

HISTORIAS DE COVID



EDITORES
MANUEL DÉLANO
KAREN TRAJTEMBERG

ESCUELA DE COMUNICACIONES Y PERIODISMO
UNIVERSIDAD ADOLFO IBÁÑEZ

HISTORIAS DE COVID

EDITORES

MANUEL DÉLANO
KAREN TRAJTEMBERG

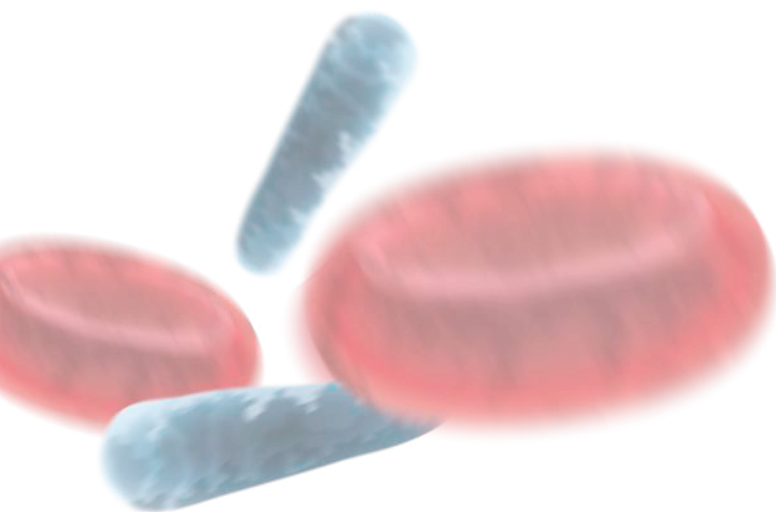
ESCUELA DE COMUNICACIONES Y PERIODISMO
UNIVERSIDAD ADOLFO IBÁÑEZ

AUTORES

LUCAS ABUHADBA, BASTIÁN AGUIRRE, JOSEFA ALFARO,
AGUSTÍN ÁLVAREZ, FRANCISCA ÁLVAREZ, TRINIDAD
AMIGO, FERNANDA AROS, MIRANDA ASPÉE, FERNANDA
ÁVILA, CAMILO BARRIOS, NICOLE BERETTA, VALENTINA
BERMEDO, AGUSTÍN BIANCHETTI, MATÍAS BOETTCHER,
JUSTINE BORDACHAR, TOMÁS BORROWMAN, LAURA
CABELLO, IGNACIA CANALES, ROSARIO CARCAVILLA,
ALBERTO COBO, JOSEFINA CONCHA, FLORENCIA
COUYOUDJIAN, MARÍA JOSÉ DE LA BARRA, JIM DE LA ROSA,
IGNACIO DONOSO, VÍCTOR DONOSO, ROCÍO FONSECA,
ISIDORA FUENZALIDA, FABIÁN GARRIDO, SABRINA GÓMEZ,
CONSTANZA GRAU, SEBASTIÁN HADDAD, NATALY
HUERTA, NICOLE IPORRE, RAIMUNDO IRAZABAL, MAURICIO
LATRILLE, JOSÉ TOMÁS LÓPEZ, SOFÍA MACCHIAVELLO,
MARIANNE MATHIEU, CATALINA MEDO, BRIAN MIRANDA,
GIOVANNI MOLINARI, FRANCISCA MORA, FRANCISCA
MOYA, GABRIELA ORTEGA, ANDRÉS PALOMINOS, ELISA
PÉREZ, JOSEFINA PIDDO, JOSÉ THOMAS PINTO, PHILLIP
POLLMANN, BENJAMÍN PONCE, ANDRÉS PUIG, IVÁN
REINOSO, NICOLÁS RIVEROS, IGNACIO RIVEROS, MARÍA
JESÚS RODRÍGUEZ, SARA SORZA, MARÍA EUGENIA SOTO,
VALERIA SUÁREZ, JOSÉ MANUEL TERNICIEN, JAVIER TOBAR,
TOMÁS THOMAS, NATALIA VALDEBENITO, SALLY VARGAS,
MATÍAS VENEGAS, IGNACIO VIDELA

AYUDANTES

SEBASTIÁN HADDAD, CAMILO PÉREZ



MANUEL DÉLANO (EDIT.)
KAREN TRAJTEMBERG (EDIT.)

ESCUELA DE COMUNICACIONES Y PERIODISMO UAI
SANTIAGO DE CHILE, 2021
428 P. 15,5 X 22,5 CM

© 2021 MANUEL DÉLANO, KAREN TRAJTEMBERG

DISEÑO DE PORTADA: JUAN PABLO HERRERO
DIAGRAMACIÓN INTERIOR: JUAN PABLO HERRERO

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.

SE AUTORIZA LA REPRODUCCIÓN PARCIAL DE LA OBRA,
CITANDO LA FUENTE, PREVIO PERMISO DE LOS EDITORES.
EN TODA CITA DEBE MENCIONARSE LA FUENTE.

HISTORIAS DE COVID



Índice

Prólogo	8
Magdalena Browne, Decana Escuela de Comunicaciones y Periodismo UAI	
Prefacio	14
PARTE UNO: La ruta del coronavirus	21
Capítulo 1.	22
China en pandemia: un culpable-inocente	
Víctor Donoso, Rocío Fonseca, Fabián Garrido, Tomás Thomas	
Capítulo 2.	38
Europa: la aventura comienza donde los planes acaban	
Giovanni Molinari, Andrés Palominos, Ignacio Riveros, Matías Venegas	
Capítulo 3.	58
El virus que derrotó a Trump	
Sebastián Haddad	
Capítulo 4.	80
México y Brasil: morir para renacer	
Miranda Aspee, Trinidad Amigo, Marianne Mathieu, María Eugenia Soto	
Capítulo 5.	104
Uruguay: ¿El mejor alumno de América Latina?	
Agustín Bianchetti, Josefina Concha, Iván Reinoso, Javier Tobar	
Capítulo 6.	128
Cuarentenas en Argentina: nada termina como empezó	
Laura Cabello, Ignacia Canales, Florencia Couyoumdjian, Sofía Macchiavello	
Capítulo 7.	150
El virus y las vacunas. ¿Y ahora qué? La Covid, una carrera y Chile	
Camilo Barrios, José Tomás López, Nicolás Riveros, María Jesús Rodríguez S.	
PARTE DOS: La batalla en casa	177
Capítulo 8.	178
Dos ministros: la polémica lucha contra un virus rebelde	
Francisca Álvarez, Nicole Iporre, Jim de la Rosa, Sara Sorza	

Capítulo 9.	202
La batalla en primera línea: los trabajadores de la salud	
Bastián Aguirre, Fernanda Aros, Constanza Grau, Francisca Mora	
Capítulo 10.	224
Covid-19: el delgado límite entre la vida y la muerte	
Nicole Beretta, Valentina Bermedo, Isidora Fuenzalida, Elisa Pérez	
Capítulo 11.	242
Los “rompecuarentenas” y su lucha contra el nuevo orden mundial	
Fernanda Ávila, Justine Bordachar, Valeria Suárez	
Capítulo 12.	262
No es la pandemia, es la economía	
Lucas Abuhadba, Josefa Alfaro, Nataly Huerta, José Manuel Ternicien	
Capítulo 13.	284
Ollas comunes: el cucharón que une a Chile en tiempos de Covid-19	
Agustín Álvarez, Tomás Borrowman, Phillip Pollmann	
Capítulo 14.	302
El coronavirus, talón de Aquiles de las AFP	
María José de la Barra, Sabrina Gómez, Gabriela Ortega, Natalia Valdebenito	
Capítulo 15.	324
El impacto desigual de la pandemia	
Matías Boettcher, Ignacio Donoso, Catalina Medo, Ignacio Videla	
Capítulo 16.	344
La pandemia detrás del estallido	
Raimundo Irazabal, José Pinto, Andrés Puig	
Capítulo 17.	368
Salud mental en tiempos de pandemia: historias de un mundo interior	
Rosario Carcavilla, Alberto Cobo, Benjamín Ponce, Sally Vargas	
Capítulo 18.	394
La doble amenaza: virus afuera, golpes adentro	
Mauricio Latrille, Brian Miranda, Francisca Moya, Josefina Piddo	

Prólogo

En los años noventa, el sociólogo alemán Ulrich Beck describía con antelación una de las tensiones que en la actualidad atraviesa la sociedad moderna: personas expuestas a los más variados tipos de riesgos de alcance personal y global, creados por la naturaleza o bien manufacturados por el ser humano, como el cambio climático. La pandemia de Covid-19 es uno de esos riesgos, cuyo impacto ha puesto en jaque todos los dispositivos científicos y políticos de control y mitigación conocidos hasta ahora.

Hoy, producto de este virus, nuestros temores ante la mayor probabilidad de que ocurran eventos disruptivos, como la enfermedad y el desempleo, se entremezclan con otras sensaciones como la extrañeza frente al quiebre de la vida cotidiana: numerosos supuestos, que dábamos por sentados y que organizaban nuestras rutinas laborales y familiares, se han vuelto problemáticos. Se agrega la ansiedad y hasta el miedo, porque somos conscientes de que vivimos una etapa inédita en nuestras vidas, cuyo término e impacto no logramos del todo vislumbrar.

En ese trasfondo de desconciertos e incertidumbre prevalecen, no obstante, el esfuerzo de miles, el sacrificio de muchos y la resiliencia de tantas otras personas, que hacen que la esperanza vuelva a nuestras vidas, a pesar del pesimismo circundante. De eso se trata de *Historias de Covid*, un libro que me enorgullece prologar en estas líneas, y que nace gracias a la colaboración de estudiantes, ayudantes y profesores de nuestra Escuela de Comunicaciones y Periodismo de la Universidad Adolfo Ibáñez.

Bien lo experimentamos día a día: los ritmos del Covid son intensos. En 18 capítulos, este libro retrata los primeros diez meses que empezamos a vivir con la pandemia, condensando crisis nacionales, mundiales e individuales, oscilaciones emocionales colectivas y personales.

Editado por los profesores Manuel Délano y Karen Trajtemberg, esta obra fue investigada y escrita por 66 autores, estudiantes del octavo semestre de nuestra carrera de periodismo, durante 2020, en pleno periodo de adaptaciones a las nuevas formas de trabajar y estudiar. Ambos profesores, Délano en la sede de Peñalolén y Trajtemberg en la de Viña del Mar, coordinaron los cursos del ramo de Periodismo Avanzado que imparten en ambas sedes, desde los programas hasta los objetivos de aprendizaje, la metodología de trabajo y la bibliografía, para que los alumnos, organizados en grupos, reportearan historias sobre las huellas que ha dejado la pandemia en las personas, en Chile y el mundo.

La lectura de *Historias de Covid* adquirió un nuevo significado cuando vivíamos una segunda ola de la pandemia, de la forma tan paradójica que suele gustarle presentarse a este virus: en medio de un proceso de vacunación masiva que avanza, y -a la vez- en uno de los momentos más álgidos en números de casos infectados y mutaciones del virus.

En esta obra, se ilustran dos dimensiones del impacto del Covid. A un nivel macrosocial, la primera de ella refiere a los desafíos que ha intentado superar el ensamblaje político y sanitario para enfrentar la pandemia. Como nunca éste se ha visto presionado por tomar decisiones y definir políticas y protocolos, en días en que el saber no siempre ha proporcionado todas las respuestas y se han multiplicado los discursos populistas que desoyen la evidencia. Retomo las palabras del sociólogo Ulrich Beck cuando se refería a esta sociedad de riesgos. Una y otra vez los sistemas y normas sociales, decía en un artículo escrito en 1998, fracasan en relación a la seguridad prometida ante los peligros y las garantías de protección, que se esperan que sean corroboradas por el Estado: “Las legitimaciones se resquebrajan. El banquillo de los acusados amenaza a quienes toman las decisiones. Por lo cual la cabeza de Jano atemoriza a una clase política siempre en el filo de la crítica”. En el corazón de este desconcierto está la incertidumbre y la democratización de la crítica. Zygmunt Bauman, otro pensador social ampliamente citado, también se adelantó escribiendo en 2006 acerca de lo líquido, lo volátil y de los miedos modernos. Nuestros tiempos, planteaba, son carentes de plenas certezas, garantías y seguridad, de toda índole.

El ejercicio del poder nunca ha sido fácil, porque el conocimiento jamás supone plena certidumbre, aun en una época donde la ciencia progresa a mucha más velocidad que en el pasado. Menos ahora, cuando el descrédito de las instituciones y la tensión social caracterizan el contexto nacional y mundial desde hace un buen rato. Esos vaivenes, desaciertos y aciertos, ejercicios y fórmulas que cayeron como castillos de naipes –como dijo en su momento el exministro de Salud, Jaime Mañalich–, son relatados en *Historias de Covid* en forma de viaje, siguiendo la ruta inicial por la cual pasó el virus. En la primera parte del libro se aborda desde su origen en China, su paso por Europa y Estados Unidos, para llegar a su impacto en América Latina, tanto en México y Brasil, donde lo minimizaron, hasta Argentina, donde se emplearon las cuarentenas para combatirlo, y Uruguay, que inicialmente tuvo los mejores resultados en nuestra región, para explicar después el virus y las vacunas.

En una segunda dimensión, *Historias de Covid* nos permite develar detrás de las fallidas o logradas estrategias contra la pandemia, el mundo de las personas que en sus vidas cotidianas han vivido una historia –una proeza– ante una cuarentena extendida, las dificultades económicas o la sobrecarga de responsabilidades y tensiones en las familias. Especialmente, en su segunda parte dedicada a Chile, este libro nos interna en la batalla que hasta el presente se da en los centros de salud, las historias de quienes han padecido Covid, así como la de aquellos que descreen de esta enfermedad, su impacto en la economía de las personas, el renacer de las ollas comunes, el impacto desigual en los territorios y personas, el contexto del estallido social, la salud mental, y la violencia intrafamiliar que creció en medio de los confinamientos.

La abundante cobertura periodística contingente que ha tenido hasta hoy la pandemia fue un aliciente para los estudiantes que emprendieron este proyecto, pero también un obstáculo de cierta manera. Debían sustraerse de la tentación de quedarse solo en las noticias diarias, para encontrar ese lado no contado de los hechos y –con ello– concentrarse en la profundidad y el encanto de la profesión, en definitiva, en la capacidad de contar buenas historias.

¿Y qué son las “buenas historias”? Tal como lo muestra este libro, una buena

historia es aquella que, a pesar de corresponder a una realidad singular y subjetiva, es capaz de representar e iluminar la polifonía de momentos, experiencias y realidades de una etapa tan excepcional como la actual. *Historias de Covid* es un relato coral de lo que le ocurrió a muchas personas, de diferentes edades, sexos, ocupaciones, segmentos socioeconómicos y nacionalidades, residentes en distintas latitudes durante el primer año de la pandemia, en 2020. La lectura de sus 18 capítulos permite entender la pandemia a través de quienes la sufrieron, pero también de aquellos que dan la batalla contra el virus, conocer a personas que ya nos dejaron y hacer persistente su memoria, y comprender las diferentes estrategias sanitarias, políticas y económicas que se emplearon en otros países.

Por eso, como antes manifesté, es un orgullo presentar esta obra. Ese sentimiento se conjuga con la admiración frente a la capacidad docente y calidad humana de Karen y Manuel, que guiaron este trabajo, y la satisfacción de constatar el compromiso y entusiasmo de nuestros estudiantes y de lo que han logrado: abrir e iluminar sobre los mundos tan heterogéneos desde los cuales se experimenta esta pandemia, en distintos puntos del país y el mundo, en los múltiples roles y tareas en los que cada uno se ha visto interpelado o comprometido.

Este libro se inscribe plenamente en el sello que procuramos imprimir en nuestra Escuela de Comunicaciones y Periodismo. Observamos como crecientemente, en el epicentro de las enormes y aceleradas transformaciones que experimentan las sociedades, se encuentran las comunicaciones. En la actualidad, esta disciplina es fundamental en la política, la economía, la ciencia, las empresas, las causas sociales... y –como hemos constatado una y otra vez en estos meses– también en la salud. Dolorosamente, hemos aprendido cuán diferentes son los resultados del combate a la pandemia en un país donde se comunica a la población el riesgo que representa el virus, respecto de otro en el que se le minimiza y hasta banaliza. En nuestras aulas intentamos formar estudiantes para que ejerzan las comunicaciones –una de cuyas expresiones más vigorosas es el periodismo– del presente y futuro. El modelo educativo que practicamos se funda en varios pilares: el pensamiento crítico ejercido

en libertad, la formación de competencias tradicionales y emergentes, y una formación especializada en comunicaciones, junto con una docencia en la que se privilegia el aprendizaje profundo de los estudiantes.

Todo esto se encuentra presente en este libro, nacido en las aulas –ya no físicas– sino virtuales. El proyecto que dio vida a *Historias de Covid* es una experiencia que abre un camino por el cual nos proponemos seguir transitando, con las herramientas e instrumentos del rigor, la reflexión, la interdisciplinariedad, el dinamismo, y la creatividad y el entusiasmo.

En representación de nuestra escuela, quiero agradecer a todo el equipo que participó en este libro, que queda a disposición de sus lectores, los verdaderos jueces de este trabajo. Pero sobre todo quisiera rendir un homenaje a los que han partido. En 2003, según cita Zygmunt Bauman, Jacques Derrida apuntaba a que cada muerte supone el fin de un mundo, de un mundo único, que no podrá jamás reaparecer o ser resucitado nuevamente. Eso vale ahora para todas las personas que han partido con esta pandemia.

Aun así, nace la esperanza, y para ello, esta vez cito a un autor que muchos volvieron a releer en estos días. En su clásico libro de 1947, *La peste*, el escritor y periodista Albert Camus –Premio Nobel de Literatura 1957– escribe que uno de los protagonistas de esta novela, el doctor Bernard Rieux, decide relatar lo que ocurrió en Orán, la ciudad azotada por la enfermedad, entre otros motivos, “para decir simplemente algo que se aprende en medio de las plagas: que hay en los hombres más cosas dignas de admiración que de desprecio”.

De alguna manera, esta confianza en la humanidad que esas palabras trasuntan es lo que aspiramos que deje en sus lectores esta obra colectiva de alumnos y profesores que aquí presentamos como *Historias de Covid*.

MAGDALENA BROWNE M.
DECANA ESCUELA DE COMUNICACIONES Y PERIODISMO
UNIVERSIDAD ADOLFO IBÁÑEZ

Prefacio

La Covid-19 ha dejado una estela trágica y sombría en la humanidad desde que fue detectada por primera vez a fines de 2019: sobre dos millones de fallecidos, más de cien millones de contagiados y con la economía sumida en una profunda recesión, la infección por este virus ha impactado las vidas de todos y modificado las conductas y formas de cómo socializan y se relacionan las personas. El país más poderoso del mundo, Estados Unidos, encabeza ambos ominosos rankings mundiales a comienzos de 2021: una de cada cuatro víctimas fatales e igual proporción de los contagiados totales por este virus es de esa potencia, que a pesar de sus vastos recursos tecnológicos, sanitarios, económicos y militares, ha sido derrotada sin apelación por un cuerpo minúsculo, cuyo tamaño se mide en nanómetros, una mil millonésima parte de un metro.

Las vacunas que comenzaron a aplicarse a fines de 2020 después de un esfuerzo científico mundial sin precedentes en la historia y que se inocularán durante este 2021, parecen indicar que en algún momento habría un punto final a esta crisis. Pero todavía el futuro es incierto: como la pandemia es global, basta que con que los brotes persistan en un país para que puedan propagarse en forma acelerada en cualquier momento. Eso, sin considerar que, además, el virus seguirá mutando, tal cual lo ha hecho hasta el presente. Y como dijo la Organización Mundial de la Salud, la distribución de las vacunas en el mundo ha sido hasta ahora tan desigual como lo es la repartición de la riqueza y las oportunidades.

A pesar de su lejanía de los grandes centros económicos y poder mundiales, Chile ha sido golpeado con particular intensidad, en relación a su población. Al escribir estas líneas, a fines de enero de 2021, cuando todavía no se cumple un año desde el 3 de marzo, día en que fue detectado el primer caso de Covid-19

en el país, han fallecido más de 18.000 personas por este virus –23.755 si se incluyen los casos sospechosos– y sobre 700 mil se han contagiado, la economía cerró 2020 con su mayor caída desde la recesión de 1982–1983, el desempleo se derrumbó, y regresaron el toque de queda, las ollas comunes y el control policial –en ocasiones también militar– en las calles.

En términos comparables de fallecidos por Covid-19 cada 100 mil habitantes, según datosmacro.com, el 27 de enero de 2021 Chile estaba en el lugar 27° del mundo, con mejores cifras que países como Estados Unidos, Brasil, México, Reino Unido, Italia, España y Francia, entre otros, pero peores que las de Alemania, Australia, Canadá, Cuba, Ecuador, Israel, Japón, Nueva Zelanda, Palestina, Paraguay y Uruguay, por ejemplo.

Si un chileno hubiese permanecido un año aislado, sin contacto con otras personas, ni enterarse de lo que ocurre y reapareciera hoy, en plena pandemia, no reconocería el país: la sola imagen de miles de personas –ojalá fueran todos– deambulando con mascarillas y conservando distancia del resto, o la de calles solitarias en las urbes durante el primer período de las cuarentenas, le causaría asombro y estupefacción.

Sin duda, la emergencia sanitaria y económica que ha provocado el coronavirus es la noticia nacional y mundial más importante que ocurrió en 2020. Es más: se trata del suceso noticioso más relevante en lo que va del siglo XXI. En la Escuela de Comunicaciones y Periodismo de la Universidad Adolfo Ibáñez, alumnos y docentes lo advertimos en forma temprana. Bajo todos los criterios clásicos de jerarquización de una noticia, la crisis provocada por este virus se debería situar en el primer lugar de cualquier ranking.

Esta percepción operó casi como un mandato para los cursos de nuestra escuela, que incluyeron ejercicios y debates sobre el tema, en el formato de clases *online*, a distancia, como se desarrolló la docencia durante 2020. Los autores de este prefacio, ambos periodistas y docentes, impartimos el curso de Periodismo Avanzado a alumnos del octavo semestre en las sedes de Santiago y Viña del Mar de nuestra unidad académica. Ellos se encuentran en una intersección de la carrera de Periodismo: el último semestre de pregrado, justo antes de que obtengan su Licenciatura en Comunicación Social, si aprueban

todas las asignaturas y su primera práctica profesional, y próximos a avanzar hacia los estudios conducentes al Magíster en Comunicaciones del quinto año. Resolvimos acometer el mayor desafío que nos hemos propuesto en tanto docentes: que los alumnos de ambos cursos, trabajando grupalmente, hicieran un libro sobre la evolución del coronavirus en el mundo y Chile en los algo de más de cuatro meses lectivos de duración del semestre. El primer paso fue estructurar y reorientar los programas de los cursos de Periodismo Avanzado en las dos sedes hacia el logro de este propósito de forma tal que se cumplieran los objetivos de aprendizaje de la asignatura.

El segundo aspecto fue definir los temas de los capítulos que investigó cada uno de los 17 grupos de trabajo en que se dividió el curso. Como los alumnos propusieron hacer un tema adicional, un capítulo quedó sin un equipo que lo desarrollara. ¿La solución? Uno de los ayudantes de la asignatura lo asumió. Así llegamos a los 18 capítulos que conforman este texto.

El hilo conductor del libro es la ruta que ha seguido esta pandemia en el mundo y en Chile, relatada a través de historias que le ocurrieron a personas. Con los objetivos definidos, los 17 grupos, de tres o cuatro alumnos cada uno, investigaron el tema que les correspondió: reunieron antecedentes, buscaron datos, leyeron bibliografía, construyeron archivos de prensa, definieron posibles fuentes, las ubicaron y entrevistaron en pos de historias que constituyeran la columna vertebral de cada capítulo. Transcribieron las entrevistas y fueron entregando informes periódicos de avance, chequeando cada dato, para después organizar periodísticamente el material. Se revisaron mutuamente sus trabajos y los mejoraron hasta culminar el curso con la entrega de sus originales. Los profesores corregimos sus textos y después que terminó 2020, los editamos. Al hacerlo, respetamos hasta donde fue posible los estilos individuales, en aras de la unicidad del texto y para facilitar su lectura. La mayor parte de los originales cerraron a fines de 2020; unos pocos incluyeron información hasta enero de 2021.

El resultado de este enorme esfuerzo colectivo, realizado además en el contexto de la pandemia y con las medidas de restricción de libertades tomadas por las autoridades para contenerla, es este libro que sus lectores

pueden hoy sopesar. Reúne historias que sus protagonistas contaron a los autores, pero también conjuga algo del espíritu de registro de un almanaque. No podemos negarlo: los dos profesores estamos orgullosos de nuestros alumnos. Sin su compromiso, esfuerzo y tesón, este trabajo jamás habría culminado.

El libro fue estructurado en dos partes. En la primera, titulada “La ruta del coronavirus”, los reportajes se ordenaron siguiendo la ruta geográfica que propagó la infección en el mundo, desde su origen en China (capítulo 1, Víctor Donoso, Rocío Fonseca, Fabián Garrido, Tomás Thomas), el tránsito por Europa (capítulo 2, Giovanni Molinari, Andrés Palominos, Ignacio Riveros, Matías Venegas) y después a Estados Unidos (capítulo 3, Sebastián Haddad). La trayectoria prosigue posteriormente por América Latina; aquí se abordan los dos casos emblemáticos de países cuyos gobiernos han minimizado la gravedad de la crisis, Brasil y México (capítulo 4, Miranda Aspee, Trinidad Amigo, Marianne Mathieu, María Eugenia Soto), para examinar en seguida el caso de Uruguay, que ha tenido resultados mejores que el resto de la región (capítulo 5, Agustín Bianchetti, Josefina Concha, Iván Reinoso, Javier Tobar) y continuar con Argentina, cuya población ha sufrido las cuarentenas más extensas del mundo, pero sin respetarlas (capítulo 6, Laura Cabello, Ignacia Canales, Florencia Couyoumdjian, Sofía Macchiavello). También en esta primera parte, y a modo de bisagra con la sección que viene a continuación, se presenta al responsable de esta crisis, el virus y las vacunas desarrolladas para frenarlo (capítulo 7, Camilo Barrios, José Tomás López, Nicolás Riveros, María Jesús Rodríguez).

En la segunda parte, titulada “La batalla en casa”, los reportajes abordan con mayor detenimiento lo que ha ocurrido en Chile. Se abre esta sección con el capítulo dedicado al trabajo de los dos ministros de salud que les correspondió enfrentar la emergencia en 2020 (capítulo 8, Francisca Álvarez, Jim de la Rosa, Nicole Iporre, Sara Sorza). A continuación, se relatan historias de quienes han combatido en primera línea contra la infección, arriesgando sus vidas y las de sus familias, los trabajadores de la salud (capítulo 9, Bastián Aguirre, Fernanda Aros, Constanza Grau, Francisca Mora). Luego, se cuentan casos dramáticos de quienes han estado en ese umbral que separa la vida de la muerte y que muchos,

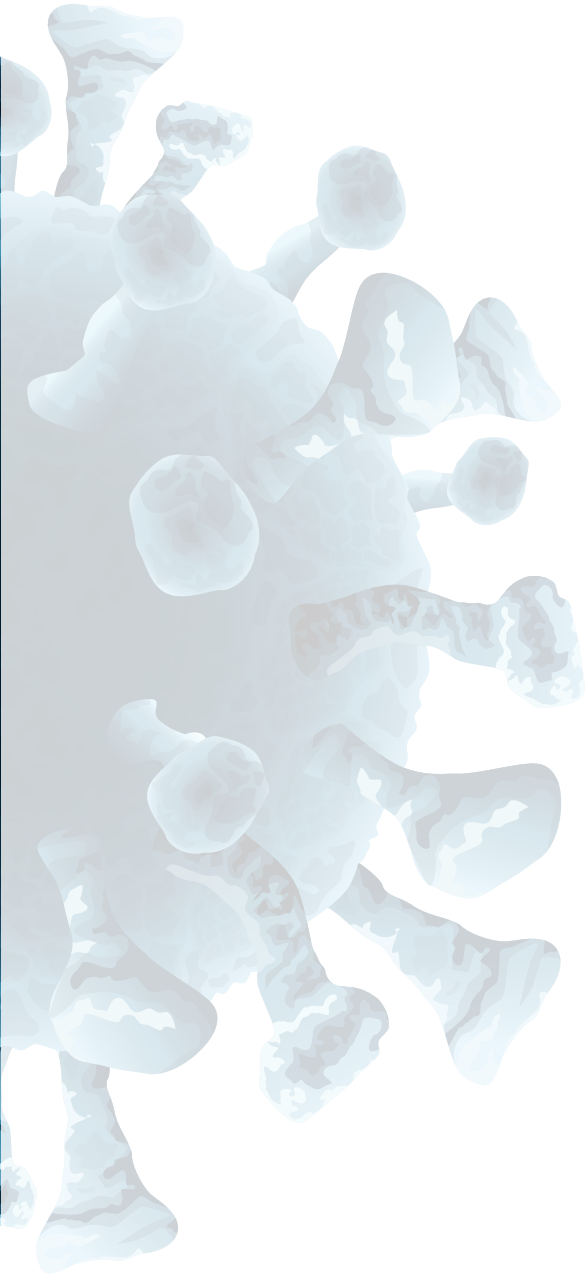
lamentablemente, cruzaron (capítulo 10, Nicole Beretta, Valentina Bermedo, Isidora Fuenzalida, Elisa Pérez). En seguida, los rompecuarentenas, aquellos que nunca han creído en la gravedad de esta enfermedad y explican los hechos con tesis conspirativas (capítulo 11, Fernanda Ávila, Justine Bordachar, Valeria Suárez). Posteriormente, el impacto brutal de la crisis en la microeconomía, y por ende en las personas, que persiste hasta el presente (capítulo 12, Lucas Abuhadba, Josefa Alfaro, Nataly Huerta, José Manuel Ternicien). El resurgimiento de las ollas comunes y el modo como se organizan se relata en el capítulo 13 (Agustín Álvarez, Tomás Borrowman, Phillip Pollmann). El siguiente reportaje aborda los retiros de fondos de las AFP y cómo estos recursos han sido fundamentales para que muchos hogares puedan sobrevivir (capítulo 14, María José de la Barra, Sabrina Gómez, Gabriela Ortega, Natalia Valdebenito). Después, se examina el impacto desigual que ha tenido la pandemia entre Santiago y regiones y, en especial, que las personas de menores niveles de ingreso han sido más afectadas que el resto (capítulo 15, Matías Boettcher, Ignacio Donoso, Catalina Medo, Ignacio Videla). Sigue un reportaje que se dedica a describir el contexto en que ocurrió la crisis, el estallido social y el histórico plebiscito de 2020 (capítulo 16, Raimundo Irazabal, José Pinto, Andrés Puig). El penúltimo reportaje se interna en un problema que inicialmente permaneció en sordina, sobre el que la sociedad está recién cobrando creciente consciencia: la salud mental de la población en medio de la crisis (capítulo 17, Rosario Carcavilla, Alberto Cobo, Benjamín Ponce, Sally Vargas). Finalmente, el último reportaje escruta el drama de la violencia intrafamiliar, estimulado por el estrés, el miedo y el confinamiento durante las cuarentenas (capítulo 18, Mauricio Latrille, Brian Miranda, Francisca Moya, Josefina Piddo).

Es cierto: los reportajes se asoman con frecuencia a historias trágicas, experiencias límite y a momentos íntimos de muchos de sus protagonistas. Pero también a anécdotas, gestos de solidaridad, cariño y amor. Vaya nuestro primer agradecimiento a todos quienes accedieron a compartir estas vivencias con ustedes, los lectores. También, a los ayudantes del curso, Sebastián Haddad y Camilo Pérez, que trabajaron con todo el ahínco y pasión que el libro requería, y en el caso de Sebastián, por apoyar también en la labor de edición.

A Juan Pablo Herrero, que diagramó estas páginas y diseño la portada. A las autoridades de nuestra Escuela de Comunicaciones y Periodismo por generar las condiciones que han permitido esta innovadora experiencia académica. Y, por cierto, a los 66 autores de estas páginas, 39 alumnos de la sede Santiago, 26 del campus Viña del Mar y un ayudante, por atreverse a hacer esta travesía inolvidable.

Queridos lectores, este libro queda a su disposición. Lo dedicamos, con mucha emoción y cariño, a todas las víctimas del coronavirus y sus familiares.

MANUEL DÉLANO, KAREN TRAJTEMBERG
PROFESORES PERIODISMO AVANZADO
ESCUELA DE COMUNICACIONES Y PERIODISMO UAI



PARTE UNO

La ruta del coronavirus

CAPÍTULO 1.

China en pandemia: un culpable-inocente

VÍCTOR DONOSO
ROCÍO FONSECA
FABIÁN GARRIDO
TOMÁS THOMAS

“ Yo he sufrido racismo y ataques desde que soy pequeño; para mí salir a la calle y que me griten ‘chino cochino’, ‘asesino’ u otras cosas es pan de cada día. Una gran parte de la población está mal informada o quizá tiene tanto miedo que culpa a gente que no tiene nada que ver, simplemente por su aspecto físico como el que tengo yo”, sostiene el estudiante descendiente de China, Weizhi Fang.

El coronavirus tiene al planeta de rodillas y por lo mismo, las personas han debido cambiar radicalmente su estilo de vida para prevenir los contagios. Sin embargo, hay cosas que no varían, aunque el mundo se derrumbe. La enfermedad no discrimina entre sus víctimas, pero el ser humano sí y de eso bien saben aquellos que tienen rasgos físicos asiáticos, pues los prejuicios y estereotipos se acrecentaron brutalmente desde la aparición de la enfermedad y hay quienes rápidamente los señalan con el dedo por el origen y la propagación de la Covid-19.

Para los propios involucrados es una realidad cruda, pero normalizada. Tan habitual como que el sol salga por las mañanas. De hecho, Fang –primera generación de su familia en Chile–, afirma ser objeto de discriminación y que es incómodo vivir este tipo de situaciones, aunque lo reconoce entre risas, pues ya es costumbre ser observado de manera distinta al resto.

“Los asiáticos sufren algo que es igual de comparable con el racismo que sufren los negros y afroamericanos”, dice el joven descendiente chino al referirse a la situación de los *asian-americans* (estadounidenses de origen asiático) y de los que provienen de dos culturas, lo que refleja el nivel de acoso social y ataques personales que pueden llegar a recibir. Y esto ha ido *in crescendo* desde la aparición de una pandemia que, se presume, tiene su origen en el país oriental. De todas formas, el caso expuesto no es el único. Una encuesta de NextShark, medio informativo sobre la comunidad recién mencionada, expuso que el 84,5% de los *asian-australians* (australianos de origen asiático) sufrió de discriminación producto del coronavirus, o sea, de diez personas, más de ocho fueron el blanco de acusaciones en lugares públicos y privados, tales como tiendas, restaurantes, trabajos, departamentos gubernamentales y bancos. Sí, el virus nace en China, lo que faculta a algunos para responsabilizar a este país

justificadamente, pero también es la excusa perfecta para camuflar la sinofobia e inculpar a gente que, posiblemente, no guarda relación con el surgimiento de la crisis sanitaria.

¿Qué es la Covid-19?

El exministro de Salud, médico cirujano y anestesiólogo, Emilio Santelices, explica que “este es un virus de la familia de los coronavirus, que tuvo una mutación y que dio origen a esta nueva versión que se le llamó finalmente la Covid-19 y que tiene características patógenas importantes; tiene una proteína (S), que es como una espina que se mete en las células y en los alvéolos pulmonares y que se replica ahí, produciendo todos los daños inflamatorios que conocemos y que después tiene una expresión clínica con compromiso multiorgánico”.

Mucha culpa, pocas pruebas

No es ningún secreto que el primer caso reportado de Covid-19 fue en territorio chino, por lo que el lugar del origen de la enfermedad ya está prácticamente despejado, a tal punto que se señala a la ciudad de Wuhan como el epicentro del desastre.

Pero lo que tiene al mundo de la ciencia de cabeza es la búsqueda de una respuesta a cómo se produjo y cuáles son los factores que le dieron vida a un germen que se instaló por un largo tiempo en el planeta, que no parece bajar la guardia y que sigue contagiando a millones de habitantes, en especial de los países más desarrollados, pese a que ellos debieran ser precisamente los más preparados y con mejor tecnología médica para afrontar un desafío como este. No obstante, el desconocimiento y desinformación sobre el potencial peligro del agente patógeno y sus consecuencias, le han jugado una mala pasada a los gobiernos. A todos.

El foco de atención se centra en culpabilizar a la República Popular de China por el surgimiento y la propagación del coronavirus. Una de las razones que se esgrimen, es que supuestamente el país habría ocultado cifras y manipulado los datos que entregan a la Organización Mundial de la Salud (OMS). Pero, además,

la censura a quienes iniciaron las alertas, no habla bien del gigante asiático. De hecho, pocas semanas antes del cierre de este reportaje, los medios internacionales daban cuenta de la condena a Zhang Zhan, una reportera ciudadana china, de 37 años, que cubrió el inicio del brote de coronavirus en Wuhan. Por su trabajo dando a conocer la realidad de los contagios en la ciudad de origen del virus, la mujer fue sentenciada a cumplir cuatro años en prisión, por “buscar altercados y provocar problemas”, lo que, según medios como la *BBC*, es un cargo que se utiliza habitualmente en ese país contra activistas.

Aunque ese tipo de hechos no hace sino reafirmar la creencia de que China no manejó bien el surgimiento de la enfermedad y que ocultó información, lo cierto es que centrar la culpa completamente en el gigante asiático no parece del todo correcto para algunos. De hecho, el médico y exministro de Salud chileno, Emilio Santelices, afirma que “estos son fenómenos que se producen y uno tiene que buscar explicaciones, no culpables”.

El murciélago corre con ventaja

“La explicación que se puede recoger es que estos son virus que han vivido y que se transmiten desde los hombres a los animales y que, en algún momento, entre esta rotativa, se produce una mutación y ese virus es capaz de anidarse con un comportamiento patógeno que produce daño en los humanos”, asevera Santelices, refiriéndose a la teoría que más adeptos tiene respecto del surgimiento de la Covid-19: la del murciélago y el mercado animal de Wuhan. Hasta ahora, lo que se sabe en el mundo científico es que en los murciélagos abundan muchos tipos de coronavirus. De hecho, en el brote anterior de SARS, en 2002, se detectó que los animales a la venta en un mercado estaban infectados y aquello habría abierto el camino para que la enfermedad se traspasara hacia el ser humano a través del consumo de esas especies. El biólogo molecular, Gabriel León, así lo cree y, en esa línea, dice sin ambages que “muy probablemente el Covid-19 salió de los murciélagos”.

No obstante, el comunicador científico sabe que puede no estar completamente en lo correcto, pues dentro de la investigación se han conocido personas

que enfermaron en diciembre –supuesta fecha de origen de la enfermedad en China– no tuvieron contacto alguno con el mercado de animales vivos ni con gente que acudió al lugar a consumir o comprar. Entonces, León se pregunta: “¿Dónde diablos se contagiaron?”. Y explica que esa duda es la que ha alimentado la teoría “alternativa” que circula, aunque él no la suscriba: el virus fue fabricado en un laboratorio y de alguna manera encontró su salida hacia el mundo.

– Como narrativa conspirativa no tiene ningún asidero, aunque resulta mucho más interesante creer que alguien creó el virus a propósito con algún fin misterioso y oscuro, antes que pensar que esto es completamente natural, que es lo que los científicos que trabajan en esta área creen –asegura.

De hecho, explica en detalle que “hoy en día, existe la tecnología para poder crear un virus, existe hace mucho tiempo, no es ningún misterio; uno puede tomar genes, cortar, pegar y armar un virus. El punto es que cuando uno hace eso en el laboratorio, quedan marcas, porque cuando uno modifica el ADN para pegar dos cosas juntas (especie de hebra) se genera una cicatriz –como cuando uno pega algo, se nota que está pegado– que uno puede reconocer. Eso está ausente en las secuencias de este coronavirus”.

El testimonio de León es prácticamente idéntico al de Santelices con respecto a esta teoría conspirativa que circula.

– Yo le consulté a algunos científicos que se dedican a la biología molecular y también a la microbiología. Cuando se produce una alteración genética y una manipulación, eso siempre queda con una cicatriz y eso se estudia y se puede identificar y se encuentra cuando se produce, pero aquí eso se hizo y no se encontró ninguna, de tal manera que no es sostenible de que este haya sido un virus creado artificialmente. A mi entender, esa evidencia disipa cualquier duda –plantea convencido el exministro.

El mito del laboratorio, entonces, comienza a derrumbarse. Y el biólogo molecular agrega más datos, enfatizando que el recorrido genético de la Covid-19 “calza con la historia natural evolutiva de cualquier virus que ataca al ser humano”, por lo que pone sus fichas en que la pandemia tiene un origen más bien natural y que guarda relación con el mercado animal de Wuhan.

El laboratorio sigue latente

De todas formas, siempre hay una excepción a la regla, así que a ratos se despejan las dudas y en tan solo minutos se vuelve a oscurecer el panorama. El ganador del premio Nobel de Medicina de 2008, Luc Montagnier, declaró en el medio francés *Pourquoi Docteur* que de ninguna manera el coronavirus proviene de los murciélagos, que “es una bella leyenda, pero no es posible”.

El virólogo, reconocido mundialmente por descubrir el virus de la inmunodeficiencia humana (VIH), cree que el germen actual contiene secuencias del VIH y que fue manipulado en el laboratorio de Wuhan. Aquel centro “se ha especializado en estos coronavirus desde principios de la década de 2000, así que tienen experiencia en esta área. Es el trabajo de un aprendiz de brujo”, expresa el médico, quien está seguro de que mientras se buscaba una vacuna contra el SIDA, se produjo la pandemia. Eso sí, no culpa a China, al gobierno comunista ni a los habitantes de dicho país, simplemente apunta a una manipulación genética del patógeno. Dado su alto estatus en la comunidad científica, esas declaraciones han sido tomadas muy en serio.

¿Por qué es posible? Es sabido por declaraciones de la directora del Laboratorio de Virología de Wuhan, Wang Yanyi, que el recinto recolecta desde hace años tipos de coronavirus provenientes de murciélagos. León afirma que en su momento la autoridad “pensó que se les podría haber arrancado a ellos, pero verificaron la secuencia genética del virus y no calza con ninguno de su estudio”. En cierto punto, la misma viróloga confesó que “como todo el mundo, ni siquiera sabíamos que el virus existía. Por lo tanto, ¿cómo podría haberse escapado? Sí, aislamos y obtuvimos algunos coronavirus a partir de murciélagos. Tenemos tres cepas de virus vivos, pero la similitud con el Covid-19 es de solo 79,8%”, por consiguiente, se une al grupo de científicos que apuestan que la enfermedad nace del lugar en donde se venden animales silvestres vivos.

Bajo esta lógica, hay quienes ponen el acento en la posibilidad de que en los experimentos haya ocurrido algún error o intervención humana. Pero Yanyi enfatiza: todo es “pura invención”. En un país con las comunicaciones

cercenadas y la censura a flor de piel, ¿es válido confiar en este diagnóstico? León respalda la dificultad en esta teoría de la manipulación del germen y argumenta que hay distintos niveles de seguridad en los laboratorios. El mayor del mundo implica el uso obligatorio de trajes para materiales peligrosos, donde sacan el aire y las puertas dobles abundan. Por ejemplo, no se puede ingresar si el acceso del pasillo no está cerrado. El de Wuhan está en este grupo de máxima seguridad y cuenta con medidas de control y prevención extremas, por lo que es poco probable que se haya escapado o habido algún tipo de error en aquel departamento de virología. Además, quien desecha por completo esta idea es el director del Instituto Nacional de Enfermedades Infecciosas y principal epidemiólogo del gobierno de Estados Unidos, Anthony Fauci, médico que expone el tema de la evolución y afirma que la Covid-19 tuvo un origen natural y que saltó entre especies.

Las voces expertas, en su mayoría, indican que es la convivencia entre los animales y el ser humano lo que permitió la llegada de la crisis sanitaria al planeta. De todas formas, no se descarta la teoría del laboratorio de Wuhan, pues Estados Unidos ha sido enfático en reiterar –sobre todo mientras Donald Trump estuvo al mando del país– que la culpa es del gobierno comunista chino.

Más allá de la cultura alimenticia

El gran plato sobre la mesa en el último tiempo ha sido la discusión sobre el consumo de animales en cualquiera de sus formas o de todo tipo de comida que derive de tal especie. Que es poco ético, genera cáncer y otras enfermedades al corazón, contamina y hace daño al ecosistema, entre tantos otros planteamientos. Por lo mismo, bajo esta perspectiva, la culpa de la llegada del temido virus puede estar precisamente allí: en lo que comen las personas. Esta teoría plantea que, entonces, el lugar de origen de la enfermedad sería China, pero de manera circunstancial. Es decir, en cualquier otro país donde sus ciudadanos tuvieran los hábitos alimenticios del gigante asiático, se habría desarrollado el virus, tal vez con menos fuerza, pues también hay que considerar la densidad poblacional y el número de habitantes (1.393 millones) en el Estado gobernado por el Partido Comunista.

En esta línea, Camila Bianchetti, periodista chilena que vivió en China durante el 2018, específicamente en Shanghái, cuenta su visión sobre el origen del virus y pone énfasis en un tema que se pasa por alto y que, a la vez, de tenerse en cuenta puede evitar futuras enfermedades:

– Hay tanta teoría conspirativa. No sé, creo que más que China, hay que cambiar la cultura de la alimentación que tenemos en general. Yo siento que casi todos los virus que nos han tocado eran de animales.

Tal como plantea la comunicadora, en China eso es tema. Según un estudio de la BBC publicado en febrero de 2019, el gigante asiático fue el país que más aumentó su consumo de carne en los últimos 60 años. Si en la década de 1960 las personas en promedio comían cinco kilos al año, hoy ingieren más de 60, un incremento que llama la atención.

Quien adhiere a esta postura, hasta cierto punto, es el biólogo molecular Gabriel León, pues realiza una analogía con una enfermedad en Chile que proviene de un animal, pero va más allá de la alimentación y pone en la palestra una visión que le da un giro a la historia.

– Lo de la cultura alimenticia es súper importante. En Chile también tenemos una enfermedad zoonótica (que se transmite entre animales y seres humanos) emergente: el Hanta. Este es un virus que vive en los ratones y después pasa a los humanos y –alza la voz– ¡nadie come sopa de ratones! No es necesario –asegura.

En ese sentido, explica que “nosotros nos vamos a meter donde los ratones viven. Entonces, más que esta costumbre de comer animales exóticos, la verdadera causa de estos brotes de enfermedades tiene que ver con nosotros, yéndonos a meter a todos los ecosistemas sin el más mínimo cuidado por lo que hay ahí. Esto tiene que ver con la destrucción y depredación de la naturaleza, es mucho más profundo que solo comer animales”.

Con tan solo arrasar con un bosque y sus árboles, los animales que habitan en ese lugar se ven en la necesidad de desplazarse para encontrar un nuevo hogar y comida, lo que como consecuencia trae el hecho de que cada vez estén más aledaños al hombre. Por ende, en palabras del comunicador científico, no es necesario comer alguna especie para contraer la enfermedad, pues el solo

hecho de que al construir una ciudad se destruya el ecosistema, acarrea una mayor cercanía con criaturas silvestres que portan virus peligrosos.

– Hay una relación que tiene que ver con esta costumbre de comer animales vivos. Además, en China existe la creencia cultural de que comer animales que han sacrificado recientemente, de alguna forma permite obtener la fuerza vital de ese animal, razón por la que es tan común que vendan tales criaturas vivas en los mercados y ya el solo hecho de tenerlos cerca del humano contribuye a las enfermedades zoonóticas emergentes –continúa explicando el biólogo.

Y reitera: “No hay que quedarse con la idea de que la culpa es de alguien que se comió una sopa de murciélago. Si bien está relacionado, la causa es mucho más profunda y tiene que ver con nuestro espíritu depredador. Al final la naturaleza recupera lo que perdió”.

La teoría bíblica

Las explicaciones no solo corren por el carril científico. Hay también quienes se inclinan por una explicación más religiosa. El descendiente chino, Óscar Chiu, postula que el SARS-CoV-2 “es algo maligno, que está escrito en la Biblia y en el apocalipsis y que tiene que pasar”. El chileno ve con buenos ojos que la nación de la que proviene su padre haya impuesto el virus, pues “las mentes son muy malas. Los chinos dominan el mundo. En mi familia siempre decían que ‘cuando despierte China, ahí vamos a ver’ y ya abarcó al mundo entero. Lo que ellos dicen, tiene que acatarse en todos los países”.

En la otra vereda, unos más aventurados, como el portavoz del Ministerio de Relaciones Exteriores de China, Zhao Lijian, sospechan de Estados Unidos. Sí, de Estados Unidos. Aunque suene extraño, la autoridad señala que “puede que haya sido un militar de las Fuerzas Armadas estadounidenses quien llevó la epidemia a Wuhan”, sin embargo, no agrega más antecedentes ni respaldos a su acusación.

Una explicación así parece tener más que ver con la pugna entre potencias que con la realidad. O al menos así lo dice la ciencia.

Finalmente, las investigaciones han llegado a algunos consensos: el virus nace en Wuhan y la postura que más adeptos suma es la del mercado animal, aunque

tampoco se descarta por completo la de la fabricación o manipulación en un laboratorio de virología.

Aquello exculpa, en cierta medida, al gigante de Asia respecto del origen de la enfermedad. ¿Por qué? Prácticamente, todos los países tienen enfermedades que provienen de las especies de las que se alimentan o conviven, la diferencia está en que el coronavirus es altamente contagioso —como se verá algunas líneas más abajo—, de muy baja tasa de letalidad, y que se propagó rápidamente por las naciones más desarrolladas, entonces, es posible que la República Popular sea tan solo un lugar circunstancial. Esto podría haber pasado sin ningún problema en Estados Unidos y con el fenómeno aperturista que existe en la mayoría de los países habría sido imposible contener la amenaza.

Otro tema es la forma en que se trató la enfermedad una vez que se hizo patente. Allí, el manejo de la información, la censura y la forma autoritaria en que el gigante asiático funciona, hace que la nube de culpabilidad vuelva a centrarse en él. Quizás el problema no estuvo en el origen, sino en su expansión.

¿Qué hay del sistema político-social chino?

La cantidad de muertes, el avance del virus y los esfuerzos por detenerlo, por parte de las autoridades orientales, se deben entender en un contexto delimitado. Cuando se trata de investigar cualquier suceso que provenga de China, hay que tener cuidado. Según el organismo encargado de velar por la defensa de la libertad de prensa a nivel mundial, Reporters Without Borders, el país se posiciona en el lugar 177 de 180 en aquel punto.

Uno de los factores que lo colocan en los peldaños inferiores son las constantes violaciones a los derechos humanos, fruto de que en este país no exista una democracia. Su política se define como un gobierno autoritario y unipartidista, en otras palabras, la concentración del poder recae en el Partido Comunista de China (PCCh).

De una manera un poco más cercana y medio en tono de broma, aunque no por ello menos serio, el doctor en historia y experto en relaciones internacionales, Fernando Wilson, comenta que “es una dictadura asiática colectivista de partido

único, que usa la chiva de que es comunista, o sea, a estos gallos no les creo ni el pronóstico del clima”. Más en serio, plantea que cuando de China se trata, la confianza debe estar guardada bajo llave. Y cómo no. Diez meses vivió en aquel territorio Alejandro Valenzuela, periodista que, frente a la interrogante sobre el control por parte del gobierno, hace referencia a la herramienta que provee el sistema, la aplicación de WeChat:

– El control viene muy asemejado, a mi entender, con lo que es la tecnología y los chinos están muy avanzados. Tienen grandes empresas como WeChat, que lo ocupan para todo. Con eso el gobierno sabe todos tus movimientos, o sea, saben qué estás haciendo, dónde estuviste, dónde fuiste, cuánto pagaste, todo –cuenta.

WeChat es una aplicación multipropósito de este país que funciona como una red social donde se realizan transacciones comerciales.

Una cosa es el control sobre la población, que evidentemente existe en la República Popular y otra, aunque va muy de la mano, es la censura (muestra de ella es el encarcelamiento de la periodista ciudadana Zhang Zhan por reportear la evolución de la enfermedad en Wuhan), pero ambas ya están insertas en la cultura de China. En esa misma línea, Camila Bianchetti explica que “los chinos repiten lo que les dicen. Están acostumbrados a que les digan qué tienen que hacer. Son muy literales”, lo que facilita en cierta medida que el gobierno central esté siempre encima de sus ciudadanos y observando cada movimiento, idea y acción de los habitantes, ya que solo así el modelo se torna estable y evita todo tipo de revelaciones en contra del poder.

Como exautoridad de la salud, Santelices dice que la censura de la información en este tipo de emergencias sanitarias mundiales no es la respuesta. Así, asegura que se debe informar “de manera mesurada, pero clara y con un mensaje cercano, que genere confianza, entendiendo que es un fenómeno que nos sobrepasa a todos, como cualquier desastre natural, así que creo que es el único camino que puede dar resultado”.

Eso es precisamente parte de lo que se le critica al gigante asiático: la forma como dio a conocer la información, el tiempo que se demoró en informar, por ejemplo, a la OMS y cómo operó la censura en un tema que podría haber

salvado millones de vidas.

Para el analista internacional, Libardo Buitrago, el gobierno de Estados Unidos utiliza la imagen de China como el responsable de manejar incorrectamente el virus y le refriega frente a la comunidad internacional haber alertado al mundo mucho tiempo después del que correspondía hacerlo. “El tema origen del Covid-19 se usó en la campaña presidencial norteamericana y no se referían a la enfermedad como el coronavirus, sino que como el ‘virus chino’ o ‘virus de Wuhan’, lo que refleja el uso político”, expresa el experto. Entonces, ¿cómo el planeta no culparía al gigante asiático si la potencia número uno lo hace cada vez que puede?

Donde todo comenzó: 31 de diciembre de 2019

Fueron 19 los días que las autoridades de la salud de China tardaron en percatarse que lidiaban con una enfermedad nunca vista y con una propagación extremadamente alta. De igual forma que los historiadores llegan a un consenso al establecer el punto inicial de la ‘Gran Guerra’, se define el 31 de diciembre de 2019 como la fecha en la que todo comenzó.

En ese momento China avisó a la OMS que existían diversos casos de neumonía en Wuhan, la ciudad capital de la provincia de Hubei, ubicada en el centro sur de China. Hoy se conoce como el epicentro de una pandemia, de la que aún se desconocen su origen real. Hay diferentes estudios que buscan determinar el inicio de esta enfermedad, aunque la verdad es que los coronavirus provienen de la ingesta de animales y en el caso de la Covid-19, se especula que podría venir directamente de murciélagos.

El 31 de diciembre es solo una referencia a la advertencia a la OMS de que no saben con qué están tratando. Lo seguro es que, según investigaciones posteriores, se rastreó al primer paciente de esta enfermedad incluso hasta el 17 de noviembre, más de un mes antes del aviso a la organización internacional.

– Hay un dato súper interesante y es que hay un periódico chino que tuvo acceso, según ellos, a datos que demuestran que esta enfermedad no comenzó en diciembre, porque cuando nace un virus no se detecta de inmediato y al ver el historial médico de los últimos enfermos y muertes antes de diciembre con

síntomas compatibles, se dice que el 17 de noviembre fue la primera persona –dice el biólogo molecular Gabriel León.

Hubo otros llamados de atención mucho antes del último día del año pasado. El médico residente, Zhang Jixian, advirtió el 27 del mismo mes que esta enfermedad era un nuevo tipo de coronavirus. De la misma manera, el doctor Li Wenliang, dijo 72 horas después, que lo que estaba sucediendo era bajo condiciones muy similares a las del Síndrome Respiratorio Agudo Grave (SARS), fuerte brote en China que entre 2002 y 2003 dejó 916 muertes. Solo el tiempo le dio la razón a este médico de 33 años, que falleció 39 días luego de pronunciar esas palabras, víctima del mismo virus.

Li Wenliang

El médico del hospital central de Wuhan, Li Wenliang, informó a varios colegas por WeChat el 30 de diciembre de 2019, sobre un misterioso brote de SARS y fue amonestado por el gobierno, bajo acusaciones de propagar información falsa. En febrero de 2020, Li Wenliang enfermó del virus y perdió la vida. Su fallecimiento lo convirtió en un ícono de la censura a la información en China y generó tal revuelo que, después, las autoridades pidieron disculpas y limpiaron su nombre.

Li Wenliang, que falleció a los 33 años, era de profesión oftalmólogo. Contrajo la infección atendiendo a un paciente. Tras su fallecimiento, el 7 de febrero de 2020, la OMS declaró estar “profundamente entristecida”.

Tomando otra ruta, el economista Francisco Quiero, que estuvo en China durante los brotes iniciales y por temas de seguridad debió retornar a Chile, pone énfasis en que la globalización es un pilar que se está dejando de lado.

– Esto es un problema de la globalización, un problema de un lugar es un problema para todos, porque el mercado se ha globalizado. La globalización aumenta las interacciones. Abrir las fronteras te vuelve más vulnerable. Los responsables somos todos aquellos que en un nuevo contexto estamos actuando como actuábamos en la Guerra Fría, con medidas obsoletas. O sea, en seis meses destruyes lo que construiste en 30 años y, ¿eso es culpa de China o es culpa tuya? Buscar un culpable por una pandemia global no sé si sea el

camino correcto –advierte.

En la búsqueda del culpable

“Al principio la culpa sí o sí fue de China, porque de allá salió el virus. Pero en cualquier parte del mundo donde hubiera partido, se habría expandido, porque todos viajan por todos lados”, expresa el joven descendiente Chi Hou Yu, quien apunta a que la propagación de la enfermedad va de la mano con la globalización y con cada país.

A su juicio –y respaldando la teoría que apunta al consumo de animales del mercado de Wuhan–, “el ámbito alimenticio es un tema de Asia, no solo de China, solo que en esta se dio el virus”, lo que iría en línea con la teoría de que este sería un país circunstancial en la pandemia, puesto a que el evento sanitario se pudo haber dado en cualquier rincón del planeta.

La ciudadana china en Chile, Lijuan Wang, adhiere a tal postura, pero con más fuerza y convicción en su relato, advirtiendo que –en realidad– el hecho de que se apunte con el dedo al gigante asiático tiene más que ver con un trasfondo político que con otra cosa. “Sinceramente, todos sabemos, esto es producto de una campaña sucia encabezada por EE.UU. en contra de China”, dice.

Agrega que “la fuerza, la eficiencia y la velocidad de China para contener el virus ha ganado elogios de la comunidad internacional. Asimismo, líderes de 170 países y 40 organizaciones internacionales expresaron su apoyo y elogiaron el enorme sacrificio que está haciendo China para contener la propagación del virus desde el comienzo”. Lo anterior, a su juicio, sería una muestra de que el trabajo en esa nación se ha hecho bien, pese a que el surgimiento del virus se localice allí.

Así como también hay dardos que van desde los norteamericanos hacia el gigante asiático, existe una férrea defensa al modelo chino y sus políticas sanitarias, sobre todo considerando el contexto y la cultura oriental.

“Mi experiencia personal puede probar que el control de China sobre el Covid-19 es definitivamente el más rápido del mundo. Podemos ayudar a detectar el virus en millones de personas en tan solo tres días”, comenta la ciudadana china que habita en su nación, Kun Xu Fang, reforzando la idea

de que la república liderada por Xi Jinping ha combatido adecuadamente la enfermedad. A modo de complemento, el abogado de derecho internacional, Cristián Pradenas, manifiesta que “ningún gobierno estaba preparado para una pandemia, pero lo que sí puedo decir, es que los demás estados tuvieron la ventaja de no ser el primer país donde se gestó el virus”.

La rigurosidad y estrictez del gobierno chino es efectivamente un elemento a considerar. Casos como el de un joven australiano que salió a trotar como todas las mañanas, en contra de la normativa sanitaria, y terminó siendo deportado a su país de origen, dan muestra de ello. Esta anécdota la revela la académica mexicana de relaciones internacionales, Diana Castillo, quien no cree que “sea responsable atribuirle toda la culpa a China, porque finalmente el manejo de la pandemia o del virus que llega a cada uno de los países, ya entra en la soberanía que tiene cada uno en cómo maneja la situación. China decidió cerrar las ciudades”.

Eso sí, en el otro lado de la cancha se encuentra el analista internacional, Fernando Wilson, quien pateo la pelota directamente hacia la potencia oriental. El académico asevera que todo lo que se conoce del virus en aquel país es sobre Wuhan y fuera de tal ciudad, el desconocimiento mundial es total, lo que se complejiza aún más considerando la censura presente en el régimen.

– ¿Alguien puede creer que en China hay 4.400 muertos, un país de 1.800 millones de habitantes? Le creo más a Maduro que tiene controlado el virus que a los chinos. No publican ni una información de trazabilidad –asegura el experto.

“Lo que China está haciendo –agrega– es proyectar una sensación de normalidad, van a la zona cero y arman una *pool party* para mostrar que lo pasan ‘chancho’. El punto es, dime de qué presumes y te diré de qué careces. ¿Por qué China está tan desesperada de emitir esa imagen de normalidad? Necesitan proyectar la imagen de un socio confiable. China no puede ser vista como un país que no puede manejar una pandemia porque un tipo se comió un murciélago”.

La escritora inglesa Margaret Drabble, decía; “Cuando nada es seguro, todo es posible”. Solo el tiempo será el encargado de que esta sociedad en el agua

decante y que el origen de este virus no esté rodeado de la incertidumbre actual. ¿Cómo? La ciencia lo determinará. Quizá algún día se sepa través de archivos clasificados que luego se filtran, como en las historias de Snowden o WikiLeaks. Camino a la meta, los principales competidores son el murciélago y el mercado de animales de Wuhan y la tesis de la creación, manipulación o accidente en el laboratorio. La carrera sigue en pie, las apuestas están abiertas y las fichas se mantienen intactas, pero en algún momento deben jugarse.

CAPÍTULO 2.

Europa: la aventura comienza donde los planes acaban

GIOVANNI MOLINARI
ANDRÉS PALOMINOS
IGNACIO RIVEROS
MATÍAS VENEGAS

Italia, Lombardía, Paderno Dugnano, domingo 30 de agosto de 2020...**La travesía para volver a casa**

Alice Di Bella, de 23 años, una estudiante de ingeniería energética del Politécnico di Milano, quería quedarse en Madrid para terminar su tan esperado intercambio. Las tardes de picnic en el Parque El Retiro, bajo las sombras de los árboles, la brisa otoñal madrileña y las caminatas por la Gran Vía en busca de unas tapas hacían muy difícil su partida. Cuando el coronavirus se salió de control en Europa, los sentimientos que la frenaron en un principio para no volver a su natal Italia, fueron la confianza en sí misma para resistir un confinamiento indefinido y la idea de que volver implicaba un riesgo para su familia en caso de que estuviera contagiada. Aún así, el viaje de vuelta a casa era inevitable .

Se despertó temprano el día que debía volar a Zurich para devolverse a su casa en Paderno Dugnano, una comuna italiana en la provincia de Milán. Su plan era hacer un *risotto alla milanese* para todos sus compañeros de piso a modo de despedida. Sin embargo, sus padres la llamaron y le dijeron que ya no quedaba tiempo.

Suiza había cerrado sus fronteras.

Alice y sus padres intentaron hablar con algunas autoridades para que la ayudaran a volver, pero nadie les contestó. A ella le dio rabia el dinero que había gastado su familia en un vuelo que no tomaría. La única solución fue comprar otros dos tickets, uno de Madrid a Barcelona en tren y el segundo de Barcelona a Roma en barco. Allí su padre la esperaba en su auto para volver a Milán.

En el tren, el ambiente le pareció muy raro. No tenía mascarilla, solo traía una bufanda puesta en la cara para cubrirse e intentar pasar inadvertida. En ese momento, los tapabocas estaban agotados en prácticamente toda Europa. Sentía que la gente la miraba con disgusto, porque no traía la protección adecuada. El susto y nerviosismo invadían su cuerpo. Estaba expuesta al contagio.

Una vez en Barcelona, se subió a un taxi que la llevaría al barco con destino a Roma. A cada minuto, Alice se preguntaba si tomó la decisión correcta. Varios

de sus amigos italianos se habían quedado algunos días más en sus países de intercambio para ver cómo evolucionaba la situación, pero cuando ella propuso esa idea sus padres le replicaron categóricos:

– No. Tienes que irte ahora, o va a ser peor.

Ella quería que el barco no estuviera, porque su ilusión, hasta último momento, era permanecer en España. Sin embargo, cuando vio el *ferry* se dio cuenta que efectivamente estaba viajando de vuelta a casa. El sueño de Alice de terminar su intercambio en Madrid había terminado. Se sentía sola y sin fuerzas contra el coronavirus.

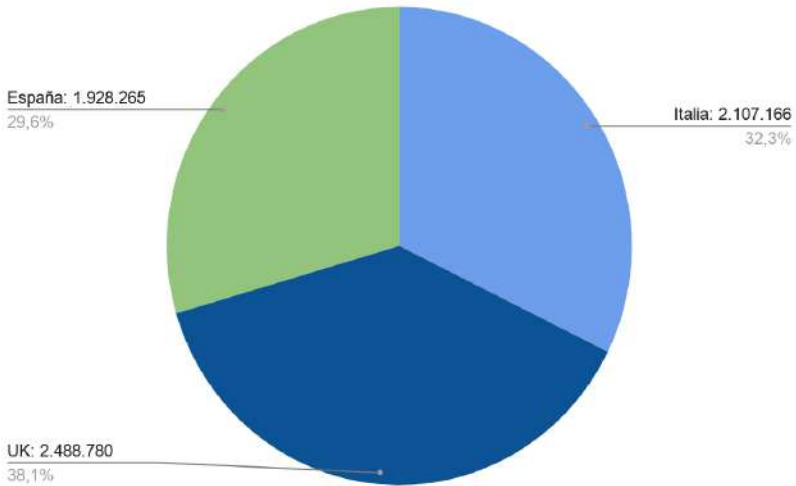
De China a Europa, el viaje de un virus

China parecía ir controlando el brote inicial del nuevo “SARS-CoV-2” cuando las miradas se volcaron bruscamente hacia la región de Lombardía, en Italia. El sábado 7 de marzo de 2020, el país reportó mil casos, lo que llamó la atención de muchos medios del mundo. El virus se propagó con tal celeridad en Milán, la capital de la industria italiana, que el gobierno cerró la ciudad el lunes 9 de marzo.

La situación en Italia se tornó tan grave que es difícil entender por qué algunos gobiernos no adoptaron medidas preventivas. Otros países europeos, como España y el Reino Unido, con un liderazgo de izquierda (Pedro Sánchez) y otro de derecha (Boris Johnson), respectivamente, a pesar de saber lo que ocurría no tomaron precauciones sanitarias y siguieron los mismos pasos de Italia.

Estos tres países comparten más que el espacio geográfico. Hasta la redacción de este capítulo, son los más afectados de Europa. Italia tiene cerca 2 millones de casos desde el inicio de la crisis, al igual que el Reino Unido, mientras que España lleva un poco más de un millón y medio de personas contagiadas. Hasta diciembre de 2020, cada uno de estos países había sufrido más de 55 mil muertes por la Covid-19.

Contagios de Covid-19 en España, Italia y Gran Bretaña, 2020 (Total de contagios en los tres países: 6.524.211)



Fuente: Ministero della Salute de Italia, Ministerio de Sanidad de España y Ministerio Británico de Sanidad.

Italia, Milán, Via Giorgio Washington, martes 6 de octubre de 2020...

El viaje continúa

– Cuando dijeron que iban a cerrar Milán con la primera cuarentena, mostraban en las noticias a la gente vuelta loca corriendo por las estaciones de trenes con las maletas. Todos trataban de salir a tiempo para devolverse a sus ciudades antes del cierre total.

Así recuerda esos días Bernardita Calzon, una periodista de 24 años, recién titulada en la Universidad Diego Portales. En sus venas corre la pasión por la elegancia y el buen vestir. Desde octavo básico su sueño era ir a Italia a aprender. Su anhelo empezó a tomar forma en 2019, aunque en su caso, todos los caminos no conducían a Roma, sino a Milán, la capital mundial de la moda.

Berni, como la llaman sus amigos, pidió un crédito bancario para cumplir su sueño de hacer un máster en moda en el Milano Fashion Institute. Carlos Santórsola, su novio, se sumó a la aventura dejando atrás su estabilidad

económica para acompañarla. Gracias a la ciudadanía europea de ambos fue fácil llegar. Una vez en Italia, el invierno europeo fue relativamente benigno para ellos e hicieron pausas para viajar a Praga, Pisa y otras ciudades. Pero el 31 de enero de 2020, cuando se reportaron en Roma los primeros casos de coronavirus de Italia, sus vidas tuvieron un vuelco.

Desde antes, Berni estaba muy nerviosa. Los medios pronosticaban que la pandemia tenía tintes apocalípticos y tanto ella como Carlos rogaban que no cruzara las fronteras asiáticas. Pero cuando dos turistas chinos procedentes de Wuhan fueron diagnosticados con el virus en un crucero atracado en Roma, ella pasó primero a la incertidumbre y después a la aceptación resignada. Era el momento de cuidarse.

– Llegué a mi universidad en la mañana, abrí el computador para ver las noticias y me apareció en primera plana que el virus ya había llegado al país –relata Calzon–. Después de eso, en la universidad empezaron a pedirnos que tomáramos precauciones, que nos laváramos las manos. De repente nos ponían unos papeles con información sanitaria arriba de nuestras mesas y era como... ¡Qué miedo!

La situación se agravó cuando a Berni le avisaron que las clases se cancelaban por una semana.

Pero el receso terminó durando tres meses.

El presidente del Consejo de Ministros italiano, Giuseppe Conte, ordenó el cierre total de la región de Lombardía, el motor económico de ese país y donde está Milán. En vísperas de esta medida, Bernardita y Carlos veían cómo el barrio bohemio de la ciudad, Navigli, seguía repleto, con ánimos de negación ante la gravedad del problema.

Pese a no entender el idioma, en las noticias las imágenes eran fuertes y crudas. Supermercados desabastecidos, personas histéricas en las estaciones de trenes, que entre empujones, intentaban huir de la ciudad para devolverse cuanto antes a sus regiones, mientras el Ministerio de Salud reportaba cifras de contagios y muertes inéditas para un país occidental.

Parecía una invasión.

Bernardita y Carlos tomaron una decisión difícil. Quedarse en un país

donde no quería estar nadie fue ir en contra la lógica de la supervivencia. Estaban amarrados desde el inicio. Al no tener trabajo, buscar a alguien que les arrendara un departamento fue una tarea titánica, al punto que la única solución fue pagar un año completo por adelantado.

Pero esa decisión los ató a Italia. Devolverse a su país y renunciar al viaje de sus vidas no era viable. Incluso en Chile la situación empezaba poco a poco a parecerse a la de Italia. Entre irse y perderlo todo, o soportar juntos el *peak* de la pandemia allá, no había mucho campo de decisión.

A fines de 2020 este país europeo atravesaba una segunda ola mucho más vigorosa. Bernardita y Carlos ya tienen la experiencia de la primera, siguen unidos como desde el primer día, y confían en sortear de nuevo la Covid-19.

España, Madrid, Parque El Retiro, domingo 18 de octubre de 2020...

Fin del viaje

“Un día nos llamaron de la residencia de mi abuela diciendo que estaba muy enferma, que tenía una pulmonía o algo por el estilo. Y después nos confirmaron que era efectivamente coronavirus. Al día siguiente, le dijeron a mi padre que fuera para allá, porque ya no había nada más que hacer”.

Cuando su padre se infectó, su hijo Hipólito Sanchiz (Poli, le dicen todos sus cercanos) de 23 años, se percató que el coronavirus no era un juego. Hasta entonces, viendo en las noticias la compleja situación italiana, no creía que algo de esa magnitud sucedería en España.

A Poli el virus se le acercó mientras trabajaba en su universidad. En el Centro de Estudios Universitarios (CEU) San Pablo de Madrid, como becario de la Oficina de Relaciones Internacionales, al mismo tiempo que cursaba su último semestre de humanidades y periodismo. Cuando el gobierno español comunicó que el cierre de la Comunidad de Madrid era inminente, todos los alumnos de intercambio o con beca Erasmus dirigieron sus preocupaciones hacia él.

La universidad no sabía responder las dudas de los extranjeros, que veían cómo se desmoronaba abruptamente su posibilidad de estudiar un semestre en España. Nadie se ponía de acuerdo. Lo único que pudo hacer Poli fue

tranquilizar a todo aquel que le enviaba correos como si el mundo se estuviera acabando. Para muchos se acababa, al menos, el mundo que significaba ser joven y estar de intercambio.

Poli veía cómo el virus golpeaba fuerte en su círculo universitario, pero dentro de su núcleo cercano la situación se ponía cada vez más compleja e incierta. Su padre tuvo coronavirus en pleno auge de contagios en marzo. Esto lo corroboraron tiempo después al hacerse todos un examen de sangre. Los resultados de su padre arrojaron que poseía los anticuerpos de Covid-19. Curiosamente, nadie más de la familia los tenía.

Para entonces, en España las prohibiciones eran los nuevos números del Loto. Todos querían saber qué se podía hacer, qué no y sobre todo, a dónde se podía ir. Por supuesto, en las residencias de ancianos se cerraron las visitas como medida inmediata, pues si de algo se tenía conciencia en ese minuto era que a los más viejos los afectaba gravemente. Eso no evitó que la Covid-19 ingresara de todas maneras y le hiciera perder la batalla a mucha gente que no tenía por qué morir todavía.

El lunes 6 de abril en la tarde, Poli estaba en casa con su familia. Sonó el celular de su padre.

Era de la residencia de su abuela.

Lo llamaron para informarle que la matriarca estaba con pulmonía. Todos supieron de inmediato que la situación era terminal. Más tarde se enteraron que fue por coronavirus.

Al día siguiente, le pidieron a su padre que fuera a la residencia porque ya no había nada más que hacer. Su madre, María Soledad, Solete como le decían, estaba cerrando sus ojos para emprender su viaje a la eternidad.

Cuando el padre de Poli, Hipólito Sanchiz Álvarez de Toledo, llegó a la residencia Ballesol, lo revistieron totalmente con protección, de pies a cabeza, y pudo estar con ella en los últimos momentos. Solete tenía demencia senil, pero incluso así algo se enteraba de las cosas. El padre de Poli alcanzó a agradecerle por todo lo que había hecho por él y a compartir un último momento íntimo de madre e hijo único.

María Soledad tenía 84 años. Su memoria y cuerpo eran frágiles hace mucho

tiempo. La iban a ver a menudo, temiendo que cada vez podía ser la última. Pese a ello, no estaban preparados para su muerte, ya que ella había vencido muchas batallas, pero el coronavirus le ganó la última.

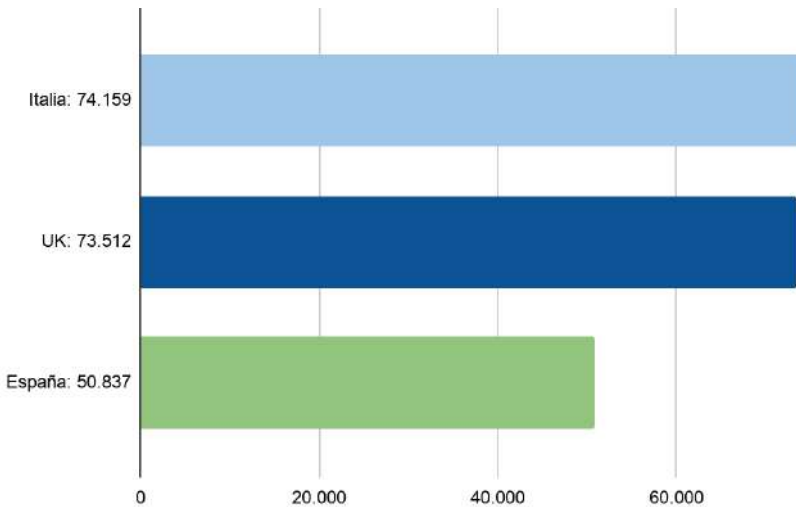
La noche del 8 de abril les confirmaron que Solete había fallecido.

Siguieron días con una España confinada, amargada y preocupada por el futuro. La economía se hundía, la gente se moría, la histeria crecía, el miedo asfixiaba. Poli supo sortear la cuarentena a pesar del estrés y de la pérdida de su abuela, gracias a su hermana Beatriz, que por su condición de autismo, tenía permisos especiales para salir a dar paseos acompañada de una sola persona. Además, Pepe, su gran perro blanco también tenía autorización de pasear por las calles desiertas de Madrid en la primavera boreal.

Los días venideros no impidieron que Poli reflexionara sobre tres sencillas cosas: siempre debe haber vigilancia en el poder político; el cambio es algo que va a pasar sí o sí, por lo que hay que adaptarse. Y por último, que las personas son más solidarias de lo que se cree en momentos de crisis.

Fallecidos por Covid-19 en España, Italia y Gran Bretaña (31/12/2020)

En los tres países: 179.166



Fuente: Ministero della Salute de Italia, Ministerio de Sanidad de España y Ministerio Británico de Sanidad.

Chile, La Reina, Santiago, sábado, 5 de septiembre de 2020...

Hogar, dulce hogar

“Al principio yo no le tenía miedo a la pandemia. Este miedo vino después, cuando ya empecé a darme cuenta que mis amigos se empezaban a ir”, dice Iván Fuentes. Él tiene 23 años y estudia ingeniería civil en la Universidad Mayor de Santiago. Ha vivido siempre en la capital de Chile y desde su infancia soñó con visitar Inglaterra y conocer sus alrededores. A comienzos de su enseñanza media, sus padres lo sorprendieron con la noticia de que habían comprado pasajes a la isla en su cumpleaños número 14.

Al regresar de ese viaje inolvidable le comentó a sus padres que volvería. Tardó en hacerlo. Llevaba dos años en la universidad cuando decidió ir de nuevo, mediante un intercambio. Pero primero debía cumplir los requisitos. Temía la evaluación de inglés, el TOEFL, aunque había estudiado en un colegio británico. Se preparó durante meses y contrató un profesor particular. No lo logró: le faltaron cuatro puntos para llegar a 80, el mínimo para postular. Al mes siguiente Fuentes rindió una segunda prueba y, más relajado, lo consiguió. A mediados de 2019 estaba listo. Viajó en enero de 2020 y llegó a una pequeña ciudad cerca de Londres, sede de la University of Hertfordshire. Inglaterra era su sueño y más. Clases, viajes, museos, bares y discotecas.

En marzo, el cambio fue drástico y muy rápido: la pandemia llegó a la isla con fuerza. Su universidad anunció que cerraría y algunos de sus amigos retornaron a sus países de origen.

– Quedábamos súper pocos de los veintitantos que éramos y en ese momento no tenía pensado irme. Quería estar hasta el final de mi intercambio aunque me quedara solo –dice Fuentes.

Le comentó a sus padres que se quedaría a pesar de los problemas. El nerviosismo de ellos era enorme. Primera vez que su hijo menor estaba tan lejos. Su familia en Chile temía que él se enfermara. Para superar el miedo, Fuentes empezó a ver tutoriales de YouTube y las listas de compras que enviaban sus parientes.

–Al principio –cuenta– no tenía miedo de esto. El miedo vino después, cuando

empecé a darme cuenta que mis amigos se iban y me quedaba solo.

Quería que todo pasara y continuar su viaje como planeó. Aún le quedaba tiempo en el Reino Unido y su idea era recorrer Europa al terminar las clases. Ya no quedaba casi ninguno de sus amigos. Todos se habían marchado salvo dos estudiantes extranjeros. Entonces contactó a su padre y le dijo que quería volver a Chile. Para este fue inesperado, aunque se sintió contento de saber que su hijo estaría con la familia y empezó a organizar el regreso. Buscó vuelos, se contactó con aerolíneas, envió correos y llamó a la Embajada de Chile en Londres. Hasta que le informaron que había un viaje disponible pero debía comprarlo de inmediato. Iván padre no lo pensó dos veces y le informó a su hijo que el vuelo despegaba en unas horas. Iván hijo apenas pudo despedirse del país que lo acogió por cuatro meses.

Al llegar al *check-in* del aeropuerto Heathrow le informaron que no había ningún vuelo a Chile. Fuente insistió: lo había comprado un par de horas antes. En el *counter* le dijeron que su vuelo estaba cancelado y no podría viajar. Iván no lo creyó. Mostró el *e-mail* con la información y el código de reserva para demostrar que su ticket era válido. Tras mucho nerviosismo y espera, le informaron que el vuelo sí saldría, pero que tenía una parada en Frankfurt, Alemania.

Para Fuentes era perfecto, aunque con la escala se alejaba de Chile en lugar de acercarse. Solo quería regresar. En seguridad del aeropuerto, los policías lo detuvieron. Le informaron que portaba un cuchillo en su equipaje de mano. Él no recordaba tenerlo guardado en su mochila. Llamaron a más personal para resolver. Solo le advirtieron que no podía llevarlo y lo dejaron pasar, sin el cuchillo.

Al llegar a Santiago, la bienvenida fue diferente. Debí hacer cuarentena en su pieza sin salir ni abrazar a sus padres y su hermana Sofía, a quienes no veía hace meses.

Fuentes hoy valora este viaje como una experiencia indeleble. Ahora su filosofía de vida es aprovechar y disfrutar cada minuto como si fuese único. El futuro es incierto y lo importante es el día a día.

Inglaterra, Gloucester, lunes 2 de noviembre de 2020...

Sin retorno a Estados Unidos

“El gobierno estaba muy interesado en animarnos a salir y gastar nuestro dinero e intentar volver a poner en marcha la economía”, recuerda Elliott Hopson, que nació en Gloucester y a sus 24 años le ha tocado vivir en uno de los países más afectados de todo el mundo por el coronavirus.

En diciembre de 2018, Hopson se estaba graduando de ingeniero aeroespacial en The University of Alabama, en Huntsville. Tras cuatro años de estudiar en Estados Unidos con una beca por tenis, volvió a su país natal en busca de trabajo y estar junto a su familia. Solo había viajado a su casa para Navidad y para las vacaciones de verano (junio a septiembre en el hemisferio norte). Tenía varios planes. Su primer objetivo era encontrar trabajo, pero no lo logró. Quería trabajar en la organización de uno de los cuatro torneos más importantes del tenis mundial, Wimbledon, que se disputa en Londres en las dos primeras semanas de cada julio. Lo consiguió: se iba a encargar de producir las estadísticas de los partidos, como *data entry*.

Sin embargo, cuando la pandemia llegó al Reino Unido, la organización anunció, el miércoles 1 de abril, que cancelaba Wimbledon. Una decisión inédita en los 75 años de vida de este torneo. Para Hopson fue un duro golpe. Estaba listo para quedarse en casa de un amigo en Londres durante las dos semanas de duración del campeonato y ver jugar a uno de sus ídolos desde la infancia, Roger Federer.

Sin Wimbledon ni posibilidades de retorno inmediato, se concentró en la crisis sanitaria en Inglaterra.

– Cuando empezó a golpear muy mal a Italia –cuenta Hopson– el coronavirus se convirtió en realidad para todos quienes dudaban. Italia está a dos horas de vuelo, así que cuando la situación se tornó crítica allí, vimos videos de cómo era y comenzó a asustarnos.

El cree que ese temor se transformó en exceso de confianza, por las políticas del gobierno conservador inglés.

– Entramos en ese primer bloqueo, todo el mundo siguió las indicaciones

muy estrictamente y los casos bajaron –cuenta el recién egresado–. Luego, se empezaron a levantar las restricciones. Entonces el gobierno estaba muy interesado en animarnos a salir y gastar nuestro dinero e intentar volver a poner en marcha la economía. En parte es culpa del gobierno por incitarnos a volver a socializar y mezclarnos. Pero al mismo tiempo, probablemente haya algunas personas que lo llevaron demasiado lejos.

Hopson comenta que, a diferencia de otros países, a los ingleses “no nos gusta que nos digan cómo vivir nuestras vidas. Nos gustan nuestras propias libertades. Así que cuando el gobierno comienza a involucrarse y nos dice qué hacer, ciertas personas empiezan a protestar y pelear”.

Él está agradecido de que su familia y amigos están bien de salud y que ningún cercano suyo se haya contagiado. Observó cómo apareció el lado solidario de las personas en la crisis. Por ejemplo, diversas organizaciones en el Reino Unido se dedicaron a recaudar fondos para ayudar a quienes la pandemia los afectó económicamente, y otras han ayudado a quienes sufren de enfermedades mentales, agravadas por la pandemia.

Italia, Lombardía, Bollate, lunes 28 de septiembre de 2020...

Ojos de madre

“Cuando supimos que en China había empezado esta cosa, aquí en Italia inmediatamente suspendieron todos los vuelos que venían del Oriente. Pero ¿qué pasó? Que la gente había entrado para acá a través de Alemania, Francia y España, y después por buses. O sea, fue una medida a medias, en realidad”

Así empezó a hablar Marianella Clandestino, de origen chileno, pero a quien las siempre desconocidas corrientes de la vida la llevaron a Bollate, en Milán, Italia, donde vive hace 15 años. Es una orgullosa madre de tres hijos, dos adultos, Rodrigo, de 36 y Marcelo, de 28, y una adolescente, Javiera, de 17.

De sonrisa amable y sincera, en agosto cumplió 59 años y vive con su esposo e hija menor. Con la Covid-19 su gran preocupación son Rodrigo, soltero, que vive en Londres y Marcelo, casado con hijos, radicado en Los Ángeles, Estados Unidos, dos chefs profesionales que ejercen en esos países.

Antes de que la pesadilla comenzara, los hijos de Marianella llegaron a Italia para pasar unos días en familia. El 3 de febrero hicieron una gran fiesta, donde hijos, nietos y amigos festejaron el reencuentro, organizado hace más de un año, pero que sin saberlo ponía en peligro la salud de todos.

Pocos días después de este encuentro la situación sanitaria se descontroló en Italia.

Todos partieron en un viaje familiar a la montaña para esquiar, desde Bollate hacia Valle de Fassa. Sin saberlo todavía, pasaron por la zona más afectada de la península, Bérgamo, una ciudad donde el coronavirus reinaba.

Tan pronto supieron las noticias de cómo el número de contagios subía, interrumpieron la junta familiar y acompañaron a los hijos al aeropuerto para que volvieran a sus países.

– Pero mira como son las cosas –dice Marianella, algo molesta–. Ellos se fueron y no les pidieron test, no les pidieron nada, ninguna cosa. Incluso, mis nietos llegaron allá, habían alcanzado a ir como cuatro días al colegio, al jardín infantil, y después, cuando ya había pasado tiempo la profesora les dice: “Oye ¿ustedes no vienen de Italia? Bien, mañana ya no pueden venir”.

Sus hijos se fueron el 29 de febrero y el 1 de marzo a sus casas. Italia cerró sus fronteras el 3 de marzo. Marianella tenía dos océanos entre ella y sus hijos. Lo que más le preocupaba era su seguridad. “La impotencia de parte mía de no poder hacer nada. A veces ni siquiera puedo hablar con ellos. Con el de Londres, sobre todo. Era la incertidumbre de que se fuera a contagiar, porque en el ambiente donde trabajan tienen contacto con mucha gente...”

Con Marcelo, su preocupación era diferente. Él tenía una mayor responsabilidad y debió cambiar de trabajo, porque el apoyo del gobierno era insuficiente para mantener a sus tres hijos.

Al menos, ella se consolaba de que “aprovechamos a concho de estar juntos este período cuando ellos pudieron venir”. Ahora, con la segunda ola en Italia, Marianella está más tranquila. Aprendió que tejer y hacer ejercicio le ayuda a entretenerse, y afirma que en la pandemia muchos pueden ser responsables, mientras que otros solo velarán por sí mismos, sin respetar al resto.

– El ser humano cuando se ve en aprietos puede ayudar, pero después, si te

puede acuchillar por la espalda, lo hará, aunque esté sonriendo por delante –reflexiona.

España, Barcelona, Cubelles, jueves 12 de noviembre de 2020...

El virus de la conciencia actual

“Creo sinceramente que por el factor económico van a cometer el mismo error que en julio, por las prisas de las compras de Navidad. Abrirán todo antes de tiempo y como en invierno este virus será peor, la tercera ola será catastrófica”, dice el español Daniel Cortina.

Todos han vivido de maneras diferentes la pandemia y el confinamiento que esta ha significado. La situación ha hecho estragos en algunas personas, mientras que otras aprovecharon para trabajar en su introspección y autoconocimiento, o bien, desestresarse de las complicaciones que la vida cotidiana podría traer. Algunos lo han usado para reflexionar sobre lo que los rodea.

Este último es el caso de Cortina, de 35 años, que fue garzón del restaurante Basconia, en Barcelona. Usa el pelo corto, negro con algunos detalles en ceniza, acompañado de una barba corta. Su mayor característica es una voz ronca, quizá porque es fumador, y que sueña con usar como doblador profesional.

Hacia fines de julio de 2020, según la Encuesta de Población Activa (EPA), la pandemia tenía más de un millón de personas sin empleo en España. Cortina fue uno de los afectados, porque los restaurantes, bares y el sector gastronómico ha sido uno de los más golpeados.

El viernes 13 de marzo, cuando quedó cesante, terminaba el frío invierno y se aproximaba la primavera mientras España se acercaba a los dos mil casos confirmados diarios. El Basconia cerró ese mismo día. “Mejor que cierren a que pase algo de verdad”, pensó Daniel entonces.

Su tiempo en casa lo impulsó a un viaje de reflexión acerca de la sociedad española, sobre lo que acarrea un encierro temporal. Arribó a una conclusión crítica sobre sus compatriotas.

– En este país prima más la vida social que la responsabilidad cívica –plantea Cortina–. Y eso es muy triste, muy triste. Aquí protestan porque se haya

cerrado el ocio nocturno. ¿Qué positivo trae a una sociedad el ocio nocturno salvo eso, vida social? Nada. Sólo es alcohol y *jijis*. Ya está. ¿Qué aporta eso a una sociedad? ¿Qué le hace crecer como sociedad? Nada. Se cierran museos y no cierran discotecas. Me parece ridículo...

Cortina teme que con la segunda ola de contagios, la situación sea mucho peor. Responsabiliza al consumismo. “Ahora, que están frenando la curva, quieren abrir para navidades por el consumo exacerbado que se hace aquí en España, porque los Reyes aquí es comprar regalos, Santa Claus aquí es comprar regalos. Sólo es comprar, comprar y comprar”.

El apoyo monetario del gobierno, mediante el Expediente de Regulación Temporal de Empleo (ERTE), le permite llegar a fin de mes sin problemas. Los ocupa en reflexiones algo pesimistas. Plantea que “el ser humano es como un virus” que se ha expandido y lo ha ocupado casi todo. A quienes habitan el planeta, para Daniel, “les falta mucha, mucha, mucha empatía”.

Pero no pierde las esperanzas: “La juventud que viene, o cambia mucho, o este país se va a ir a la mierda”.

Chile, Región de Antofagasta, martes 27 de octubre de 2020...

La xenofobia del virus

Enzo Rivera, un estudiante de periodismo de 23 años que estaba de intercambio en Madrid al estallar la pandemia en Europa, tras un fallido intento de volver a Chile desde España, debió viajar a la capital británica para regresar a su país. Cuenta:

– En el aeropuerto Heathrow de Londres me dio la impresión de estar en una película apocalíptica. Desde la aerolínea avisaron por altoparlante que el aeropuerto de Santiago de Chile no iba a aceptar a ningún extranjero. No se les iba a permitir el ingreso a menos que tuvieran residencia permanente. Muchos extranjeros se pusieron nerviosos al ver que sus planes se truncaban. Rivera vio una masa de gente acercarse al *counter* de British Airways, luego del anuncio. Reclamaban que ellos iban de paso, nada más. Necesitaban hacer escala en Santiago para regresar a sus países: Uruguay, Brasil, Argentina, Perú,

entre otros. Estaban enojados y preocupados. Solo querían devolverse a sus ciudades de origen. Pero no podrían: se les había prohibido entrar a Chile.

Chile, Región del Ñuble, Chillán, domingo 8 de noviembre de 2020...

Convivencia con el virus

“Como mi hermano llegó con síntomas, nos llamaron del hospital y nos hicieron examen a los cinco. A mi hermano le tomaron una radiografía de tórax y al parecer esta salió un poco extraña, así que lo hospitalizaron tres días [...] Al principio, Maximiliano, mi hermano chico, estaba aislado, pero ya cuando mi mamá y yo dimos positivo, asumimos que el resto igual ya lo tenía y no nos aislamos entre nosotros”, dice una chillaneja estudiante de medicina, Valentina Palma.

Turbulento fue su viaje de regreso a casa tras unas semanas de vacaciones en España junto a su familia, en medio de la pandemia. Ella arribó a Madrid con sus padres y dos hermanos el 29 de febrero, cuando en ese país había menos de 300 casos de Covid-19 diarios, mientras que en Italia las cifras superaban los cinco mil contagios diarios. Pese a lo que ocurría en Bérgamo, Italia, a 1.655 kilómetros de distancia, Palma tuvo vacaciones tranquilas, entre museos, parques, trenes de alta velocidad y monumentos históricos. Pero como estudiante de medicina, seguía inquieta pese a la calma aparente.

– El último día que nosotros estuvimos allá, fuimos a comprar turrones y seguían dando degustaciones con la mano a la gente que iba –recuerda.

Ella y su familia tenían pasajes para regresar a Chile el 11 de marzo. Ese día, su hermano menor, Maximiliano comenzó con síntomas justo antes de abordar el avión. Fiebre, escalofríos, sudoración helada, malestar general.

Un avión es de los peores sitios para estar enfermo, no solo por los mareos del viaje, sino por el pánico que puede ocasionar en otros pasajeros enterarse que están a pocos metros de un posible caso positivo de Covid-19. Así se lo hizo saber la tripulación del avión al negarse a entregarle un termómetro a Maximiliano para que pudiera tomarse la temperatura. Preferían ocultar la realidad al resto de los pasajeros. Cambiaron de lugar a quienes estaban

sentados junto a él, pero sin que nadie sospechara que ocurría algo grave.

Al aterrizar en el Aeropuerto Internacional Comodoro Arturo Merino Benítez pensaban que debería buscar una residencia donde hacer cuarentena y excusarse para faltar al trabajo o a clases. Pero nada de eso ocurrió.

–Váyanse a Conce no más...–les aconsejaron en el terminal.

Todavía faltaban unos días para que en Chile fuera obligatorio hacer cuarentena para quienes vinieran desde países de alto riesgo.

Con las maletas llenas, turroneos manoseados, un hermano con fiebre, sin acceso a un test PCR (*Polymerase Chain Reaction*, en español, “reacción en cadena de la polimerasa”) y con gran incertidumbre, Valentina y su familia tomaron otro avión para hacer una escala final en Concepción antes de, por fin, terminar su viaje en Chillán.

En el aeropuerto de Carriel Sur la esperaba su abuelo para llevarlos en auto hasta Chillán y no arriesgarse a ser contagiados o a contagiar a otros tomando un bus. Así estuvieron durante una hora y media dentro de un auto, con un hombre de la tercera edad, un niño con fiebre y con la misma incertidumbre con la que llegaron a Chile.

En Chillán todos se hicieron un test PCR. Maximiliano dio positivo y el resto negativo. Su hermano estuvo tres días hospitalizado por precaución. Todavía se podía: aún no había un colapso en la red de salud. Después volvió a casa y así comenzaron sus primeros catorce días de aislamiento. Todo más o menos dentro de lo esperable: cada quien con sus cubiertos, la ropa se lavaba por partes, distanciamiento social.

Así fue hasta el día once de aislamiento, cuando Valentina y su madre comenzaron a mostrar síntomas. Se hicieron el test PCR prácticamente por compromiso, porque sabían que contagiarse era casi inevitable después de tomar dos aviones sin saber si con las personas con que se cruzaban estaban sanas o no y haber estado durante horas en el mismo auto con Maximiliano y después todos confinados en la misma casa.

Cuando los llamaron desde la Seremi de Salud para anunciarles los resultados, ratificaron lo que ya presentían: ambas dieron positivo de Covid-19. Con eso partieron otros catorce días de confinamiento. Esta vez sin aislamiento

individual, y aceptando como destino que todos en esa casa iban a terminar contagiados tarde o temprano, rompieron las reglas establecidas con respecto a los cubiertos y el lavado de ropa, así como el uso restringido de algunos baños. Volvieron a compartir espacios comunes de la casa, y también la fiebre, la pérdida del gusto, el olfato y los malestares físicos.

Todo quedaba en familia.

El plan era que se cumpliera la voluntad de la Covid y aguantar. Y lo que este virus quiso fue que tras ese segundo periodo de confinamiento, hubiese un tercero, ya que la madre de Valentina volvió a dar positivo en su test PCR.

En total, durante 45 días Valentina y su familia estuvieron aislados del mundo viendo por televisión desde Chillán cómo Madrid, Sevilla, Toledo y otras maravillosas ciudades de España que habían conocido hace menos de dos meses, ahora parecían urbes solitarias.

– Fue penca como se estaban llevando a cabo las cosas –dice Valentina–. Quiero pensar que fue así porque era el principio y que después se fue regularizando todo... pero la verdad no sé. Porque de haber tomado buenas medidas, probablemente hubieran parado el virus un poco más desde el principio.

¿Cuántas escalas quedan?

Como escribió el novelista Henry Miller: “Nuestro destino nunca es el lugar, sino una nueva forma de ver las cosas”. Desde un estudiante de ingeniería que tuvo la ilusión de concretar el viaje de su vida por Europa; pasando por la trágica pérdida que sintió un nieto en España al ver partir a su abuela; hasta la angustia de un recién graduado de ingeniería aeroespacial que no pudo volar a otro continente para volver a ver a sus amigos de universidad, ninguno ha quedado exento de las consecuencias del coronavirus.

No solo sufrió Europa –sigue sufriendo–, sino que hay familiares, amigos y cercanos que padecieron sin saber qué podía ocurrir y aguantando además el distanciamiento social. Para muchos, la solución parche de la falta de contacto humano fueron Zoom, Meet, WhatsApp, Skype, Hangouts, entre otras muchas aplicaciones que surgieron durante esta pandemia y se llenaron los bolsillos. Estas plataformas fueron las mejores compañeras en cumpleaños, fiestas a

distancia con amigos o conversaciones de antiguos compañeros que no se veían hace tiempo. Incluso para ver familiares hospitalizados antes de morir; o solo compartir.

Así lo hicieron los padres de Iván Fuentes, que desde marzo de 2020 empezaron a usar diariamente distintas vías de comunicación para saber cómo estaba su hijo, dándole *tips* de seguridad e higiene para no contagiarse y recomendándole qué comprar para comer. La suerte fue un factor que jugó a favor de Iván y su familia, ya que encontraron un pasaje en avión a última hora con destino a Santiago de Chile.

Entre viajes, planes inesperados y objetivos inconclusos surgieron anécdotas que nunca se les borrarán de la mente a los protagonistas de este capítulo. Como la que presencié Poli, al ver que un grupo de jóvenes iba a la casa de una vecina de tercera edad a visitarla a diario, con la intención de hacerle compañía y preocuparse por ella en plena pandemia.

El virus continuó con graves consecuencias en varios países con rebrote. Luego de que la Covid-19 afectó de manera aguda, su expansión no quedó ahí. En Alemania, España, Francia, Reino Unido e Italia esta segunda ola ha provocado más contagios que a comienzos de 2020. El coronavirus se expandió en todo el mundo, transformando un simple virus en una pandemia que acabó con sueños, viajes y oportunidades que difícilmente volverán.

CAPÍTULO 3.

El virus que derrotó a Trump

SEBASTIÁN HADDAD

Era comienzos de marzo de 2020 cuando Joanna, como prefiere que la llamen, viajó por una entrevista de trabajo a Nueva Orleans. Habían pasado seis meses desde su llegada a Estados Unidos procedente de China para hacer un magíster en Innovación Digital en Comunicación en la Universidad de Nueva York, y una de sus metas era encontrar un trabajo en el área periodística que le permitiera prolongar su estadía en ese país al terminar sus estudios.

El virus ya arreciaba en China por esos días y, aunque aún no se desataba en Estados Unidos, Joanna usaba mascarilla para ir a todos lados. A la salida del aeropuerto de la capital del estado de Luisiana, pidió un Uber para que la llevara a su destino, pero al revisar su celular mientras lo esperaba vio algo que la choqueó. El chofer había visto su nombre original en chino en la aplicación y le consultó de dónde venía. En un primer momento ella no se percató de decirle Nueva York y le respondió que directamente de China.

Cuando llegó a recogerla, el hombre le preguntó al verla: “¿Tienes coronavirus?”. Joanna se impresionó y dice que fue la primera vez en su vida que se sintió discriminada por su origen. “Me enojé y le dije que no lo encontraba gracioso. No sé si habrá querido decirlo en broma o en serio, pero me sentí muy mal”, recuerda sobre el episodio.

Y es que lo que para el ciudadano estadounidense común todavía era un virus muy lejano sobre el que habían salido noticias en redes sociales y medios de comunicación, para Joanna era toda una realidad. Había visto cómo a miles de kilómetros cientos de sus compatriotas morían y por encima de todo no podía acompañar a su familia o amigos en esos momentos tan duros.

En esos días ya eran más de ocho mil los casos de contagiados en China y aunque habían pasado el *peak* de enero, su control era aún una incógnita. Lo más difícil, cuenta Joanna, fue vivirlo a la distancia. “Las primeras noticias que tuve sobre esto fueron a través de las redes sociales. Periodistas amigos míos estaban reportando en Wuhan, donde estaba el foco de la pandemia, y eso era lo que me llegaba. Me comuniqué con mi gente en China para saber que estuvieran bien y fue duro saber que no se podía viajar, que estaba lejos de mi familia y no se podía hacer nada para ayudar”.

También fue frustrante para ella el choque cultural que significó vivir en una sociedad con distintas costumbres y que enfrentó el mismo problema de forma diferente. Sus compañeros de clase no entendían lo que ella estaba viviendo y bromeaban sobre el uso de mascarilla, e incluso protagonizó alguna discusión sobre eso en el grupo de Whatsapp que comparten. La tortilla se dio vuelta cuando el foco mundial de la pandemia se instaló sobre La Gran Manzana.

“Mi reacción al comienzo al ver que llegaba acá fue como decirles, ¿lo ven?”, recuerda ahora riéndose. En cuestión de días la ciudad se encerró puertas adentro y eran sus colegas los que le pedían consejos sobre qué precauciones tomar. “No me dio miedo a esa altura porque había visto lo que pasaba en China antes. Sí fue agotador ver que llegaba acá, pero mental o físicamente se podría decir que estaba mejor preparada y también lo pude apreciar en compañeros chinos y asiáticos en comparación a la gente local”.

El momento que vivió en el aeropuerto de Nueva Orleans no fue la única oportunidad en que se sintió incómoda en público. A comienzos de marzo, antes de que Nueva York entrara en confinamiento, tomó el metro para volver a casa y lo hizo con su mascarilla puesta. En eso, una mujer se quedó observándola fijamente hasta que Joanna le devolvió la mirada y la mujer no la miró de nuevo durante varios minutos. En otras ocasiones la gente trataba de evitarla o de alejarse.

Si bien reconoce que en Nueva York las personas son más abiertas de mente que en otros sitios del país que ha visitado, sintió la discriminación. “Quizás sentían que usaba mascarilla porque tenía el virus y hasta cierto punto es comprensible. En ese momento había menos información y la gente lo ha ido adquiriendo poco a poco. Aun así, entiendo que soy extranjera y tampoco es que me detengo en la calle a decirles algo”.

Con el paso de los meses y al comparar el manejo de la crisis en cada país, Joanna cree que esa brecha cultural hizo que la gente estuviera mejor preparada en China que lo que pudo ver de la cultura occidental en Estados Unidos. En su ciudad natal, de hecho, hubo pocos casos de contagio ya que la gente estuvo desde un comienzo más atenta a lavarse las manos, sanitizar lo que tocaba y usar cubrebocas.

“Pienso que en la sociedad occidental no hay un hábito de usar mascarilla cuando estás enfermo, no está ese *background* cultural y les costó un poco más adoptar su uso como algo habitual. En nuestra sociedad estamos acostumbrados a usar mascarilla si tienes un resfrío o no te sientes bien. No digo que sea mejor o peor, sino que es una diferencia entre distintas culturas y que esta pandemia ha cambiado mucho esos hábitos en algunas personas”, reflexiona.

Joanna no quedó ajena a lo duro que fue para la gran comunidad china neoyorquina que reside en el barrio de Flushing, en Queens, donde está radicada la nueva generación de inmigrantes del gigante asiático. Muchos viven de sus restaurantes o pequeños negocios que han debido cerrar por semanas o reinventarse para evitar la quiebra. En su caso, la apremia encontrar un trabajo después del magíster para quedarse en Estados Unidos.

“Tengo amigos que son estudiantes como yo y se han vuelto a China porque no creen que puedan encontrar un empleo aquí. Ha sido difícil”, reconoce. Las intenciones de la ahora exadministración de Donald Trump, de poner trabas a los extranjeros que buscan trabajo al terminar sus estudios tampoco ayudaron, así como los continuos ataques del mandatario a la potencia asiática.

“Quizás su idea de reforzar la salida de extranjeros fue parte de su plan para ser reelecto... ya estamos acostumbrados a que lo haga”. Pese a esto, agrega que le gustaría retornar a su tierra para reencontrarse con su familia si las restricciones lo permiten, aunque sabe que como estudiante extranjera no es lo que más le conviene.

“Si quieres volver a China tienes que hacer una cuarentena de 14 días y como ciudadano de ese país tampoco puedes irte directo desde Estados Unidos, hay que hacer combinaciones. Aunque sí están las ganas de volver a encontrarme con mis padres tras más de un año sin verlos”.

Ese virus chino

A fines de 2019, el panorama electoral le sonreía al presidente Donald Trump. Si bien las encuestas lo ponían levemente por debajo de sus posibles rivales demócratas, el líder republicano confiaba en el principal argumento que había

tenido su administración durante los primeros tres años: la economía. Los buenos números de su gobierno parecía que iban a pesar más que los múltiples escándalos o salidas de tono que protagonizó.

A eso se le sumaba la incertidumbre en el Partido Demócrata para establecer un candidato firme llamado a disputar el voto que no fueron capaces de movilizar en 2016 y que le terminó costando la elección a Hillary Clinton. Y por último, la figura de Trump no había palidecido lo más mínimo durante su mandato, por lo que sus seguidores acudirían en masa a las urnas para darle cuatro años más en la Casa Blanca. Después de todo, los últimos tres presidentes electos, Obama, Bush y Clinton, habían logrado gobernar durante los dos períodos a los que aspiraban y todo hacía presagiar que se repetiría la historia.

Sin embargo, en la carrera presidencial se interpuso un invitado inesperado. Desde China llegaban noticias sobre un virus que podía ser mortal y altamente contagioso. Tanto, que no tardó en propagarse más allá de sus fronteras, aterrizar primero en Europa y luego en América. El primer caso en Estados Unidos se reportó el 21 de enero en Seattle, Washington. Un ciudadano que volvió de visitar a su familia en Wuhan y debió ser rápidamente puesto en cuarentena hizo saltar todas las alarmas, menos las del gobierno de Trump.

Un día después de conocido el primer positivo en territorio estadounidense, el mandatario aseguró en una entrevista del Foro Económico Mundial tener “totalmente bajo control” el tema del virus y que no le preocupaba en absoluto el brote. Las declaraciones en público de Trump durante las semanas en que la Covid-19 se comenzaba a expandir por el país continuaron en la misma sintonía. El 12 de febrero, con 11 casos confirmados, afirmó: “Llegado abril, en teoría, cuando el clima sea un poco más caliente, se irá de forma milagrosa”. Más tarde diría que el coronavirus era solo una gripe, para luego referirse a él como una plaga.

El 29 del mismo mes, en Seattle, se daba a conocer el primer fallecido por coronavirus en Estados Unidos. Por esos días, el presidente ya comenzaba a hablar sobre una vacuna que no tardaría en estar disponible, solo para ser refutado horas más tarde por su epidemiólogo, el médico Anthony Fauci, quien

aclaró que esta podría demorar más de un año en estar lista.

El periodista estadounidense Bob Woodward, en su libro titulado *Rabia* (2020), detalla los pasos llevados adelante por la administración de Trump en el manejo de la crisis. En una de las entrevistas que sostuvo el autor con el mandatario a principios de febrero, este mostró un detallado conocimiento del virus y su potencial impacto en la población, a casi un mes de que la pandemia comenzara a arreciar su gobierno. Pese a ello, el presidente le reveló en una charla posterior que optó por “minimizar el virus ante la ciudadanía para “no generar pánico”. Woodward desvela que Trump no hizo caso a las advertencias de sus principales consejeros en la Casa Blanca sobre el inminente desastre que se avecinaba.

A comienzos de marzo, los demócratas entraron en una fase decisiva de sus primarias para definir a quien sería el rival de Trump en las elecciones generales de noviembre. El exvicepresidente Joe Biden, de 77 años y parte del ala más moderada del partido se impuso al más progresista Bernie Sanders (78) para instalarse en la carrera presidencial.

Cada uno libra su propia guerra

Una de las grandes críticas que se le hicieron a la administración de Donald Trump fue su falta de liderazgo para enfrentar de manera seria y responsable la pandemia. También se le reprochó el déficit de un plan nacional para resistir la crisis, ya que cada gobierno estatal terminó tomando sus propias decisiones para imponer más o menos restricciones.

Generalmente, esto dependió del color político a cargo y provocó descoordinación entre las autoridades. Estados más progresistas como California en un momento dieron el ejemplo en cuanto al control de la pandemia, mientras que gobiernos republicanos locales, como en Florida o Georgia, optaron por medidas más flexibles para apresurar la reapertura de la economía.

A juicio de expertos, como la principal autoridad nacional en epidemiología, Anthony Fauci, si se hubiesen tomado medidas más agresivas a tiempo en ciertos lugares se podrían haber salvado vidas, como consignó el *The New York Times*. En la Casa Blanca aseguraron que actuaron en el momento oportuno.

Lo que debieron ser días de intensa campaña para ambos candidatos terminaron siendo puertas para adentro, ya que la Covid-19 empezaba a entrar de lleno en la vida de los estadounidenses. Nueva York y Los Ángeles, las dos ciudades más grandes y pobladas del país, ordenaron el cierre de escuelas, bares, restaurantes, cines, teatros y otros comercios a medida que la pandemia hacía entrar a ambas metrópolis en una dimensión desconocida hasta ese momento.

Cuando toca reinventarse

Era un 9 de marzo de 2020 cuando Daniel Encinas iba rumbo al club donde trabajaba como entrenador de tenis. Lo hacía con preocupación. Su rutina era la de un día normal, en la academia que formó hace año y medio en la localidad de Aventura, Florida, para dedicarse a entrenar jóvenes promesas del circuito junior. En su cabeza rondaban las conversaciones que había tenido en esa semana con los dueños del recinto sobre un posible cierre.

Ya se empezaban a conocer los primeros casos de Covid-19 en el estado y la pandemia se acercaba al área de Miami. Al llegar, se confirmaron sus temores: “Estaba la policía y dijeron que tienen que salir todos porque se acabó la semana y punto. No se puede volver a abrir esto y las multas iban desde los cinco mil dólares. Nadie podía estar metido en las canchas de tenis”. El sueño de años de tener su propia academia sufría un contratiempo.

Tocaba reinventarse.

Encinas llegó a Miami hace diez años para radicarse en Estados Unidos tras ser convencido por el célebre entrenador chileno Patricio Rodríguez, ex *coach* de Nicolás Massú y del ecuatoriano Andrés Gómez, entre otros grandes jugadores. Lo hizo tras una corta y frustrada carrera como tenista, que abandonó a los 22 años para dedicarse al oficio de entrenador. Luego de siete años trabajando en la reconocida academia del técnico ecuatoriano Colón Núñez, optó por seguir su propio camino.

Con el arribo de la pandemia, el mundo del tenis se detuvo y Encinas también. – Fue un caos. Nadie sabía cuándo se cerraban los clubes ni hasta cuándo. A todos nos tocó un poco reinventarnos. Algunos empezaron a usar Zoom para hacer clases *online*, y así inventado cosas para entrenar porque no había

espacios. Hubo una semana que dijeron que no se podía salir, pero uno veía gente que salía a correr, a andar en bicicleta. Para mí era un poco ridículo porque andaban cien personas corriendo de cerca y jugar tenis es de un lado al otro, hay distancia. Todos reclamábamos lo mismo.

Antes de la crisis, su academia contaba con un convenio para el arriendo de seis canchas en el club donde entrenaban. El cierre, cuenta, cortó el contrato de golpe y en el club no respondieron por los días que le quedaban. Los sacaron del lugar. Afortunadamente para Encinas, el estado de Florida fue más flexible con las medidas de confinamiento y a las dos semanas se podía hacer deporte al aire libre, aunque los clubes públicos seguían cerrados. “Se clausuró absolutamente todo, no había canchas, solo privadas, y tuvimos que vender los equipos para entrenar. Se paró todo, tuvimos que empezar a trabajar la parte física, al aire libre, fue muy duro”.

La relación con los niños que entrenaba en el club también fue una problemática. Los que tenían contrato para viajar a torneos se finiquitaron, mientras que las dificultades propias de la pandemia imposibilitaron la continuidad con otros. “Teníamos un plan de tener 20 jugadores en el campamento de verano, de los que teníamos confirmados 15, que era muy bueno para nuestro crecimiento como academia porque eran a tiempo completo, pero todo se debió cancelar. Otras academias tuvieron la facilidad de poder abrir antes y la mayoría de los clientes se fueron para allá. Te llamaban y te decían mira, no puedo. Todos buscan algo más cerca de la casa, ahorrar costos”.

A pesar de los inconvenientes, nunca se detuvo por completo. El contrato con uno de sus pupilos, el principal que entrena, le dio la posibilidad de seguir activo. Con él se manejaba, juntaban dos o tres chicos más y uno de ellos de repente se conseguía una cancha en Boca Ratón o en Weston, localidades cercanas a Aventura. Los gastos, eso sí, subieron mucho por la demanda de canchas. “Si una te cuesta normalmente 20 dólares la hora, en ese momento eran 40. Los horarios también estaban difíciles, y mucha gente con miedo. Trabajaba con un chico de Nueva York que salió de la universidad, que juega muy bien, y se devolvió porque los padres son médicos y estaban asustados”. El retorno a una relativa normalidad no fue sencillo. El miedo a contagiarse

persiste en muchos rincones de Florida y a Encinas le afecta directamente. “Se agarra el virus un niño y contagia a los papás, tienen que parar de trabajar dos semanas, es duro. Nadie quiere ir a un hospital. Acá no existe la licencia de trabajo. El que no trabaja no cobra, salvo que seas dueño de tu negocio”.

Si bien es un convencido de que Estados Unidos funciona como modelo, explica que no se puede dejar de producir para pagar las cosas. “Si trabajas y ganas lucas vives bien, si no, es complejo. La educación es carísima. Mi hermano estudia medicina y paga 80 mil dólares al año solo la universidad. Tiene crédito y el día de mañana tiene que pagar lo que debe. Todo el mundo está un poco en eso, evitar que se pare la economía”.

Dice que antes de la pandemia había mucho trabajo, avisos buscando gente. Ahora no, pero en los últimos años estaba esa bonanza que no había visto en periodos anteriores. Con la crisis eso se vino abajo y hay mucho desempleo. Pero ayuda del gobierno dice que hubo.

–Vivo una vida bien austera. Tengo mi casa, mi auto. Mi esposa y yo trabajamos, pero tratamos de vivir lo más tranquilos posible. El gobierno dio la posibilidad de no pagar tres meses de la hipoteca de la casa entonces no tuvimos ese gasto. Seguíamos produciendo pese a que bajaron en un 60% de los ingresos de cada uno y eso fue un alivio”.

Un sistema costoso

Bien es sabido que el sistema de salud en Estados Unidos es muy caro, básicamente porque se maneja a través de seguros privados. Más de 27,5 millones de estadounidenses no tienen acceso a seguros de salud, según datos de la Oficina del Censo que recoge *BBC*, lo que provoca que muchos que presenten síntomas o necesiten tratamiento no acudan a los hospitales por temor a los elevados costos. También existen los copagos, que para muchos que tienen este tipo de seguros deben desembolsar cantidades que pueden alcanzar miles de dólares para recibir un tratamiento o ir a una consulta. En este grupo entran 44 millones de personas, que según se define, tienen un “seguro insuficiente”. A estas cifras se pueden agregar los inmigrantes indocumentados, quienes también prefieren evitar acudir a un centro médico y eso eleva los riesgos de esparcir el virus.

Batiendo récords

Si a mediados de marzo Nueva York y Los Ángeles tomaban medidas a modo de precaución, la rápida propagación del virus obligó a extremarlas en cuestión de días. Especialmente delicada era la situación en La Gran Manzana, donde el gobierno estatal ordenó el cierre de escuelas e hizo un pedido a la gente para que evitara salir a la vía pública. “El índice de nuevas infecciones se duplica cada tres días. Eso es un aumento dramático”, reconocía el gobernador de Nueva York, Andrew Cuomo.

El 26 de marzo, Estados Unidos superó a China y se convirtió en el país con más contagiados confirmados tras reportar 92.932 casos, versus los 81.897 del gigante asiático, de acuerdo con lo informado por la Universidad *Johns Hopkins*. La reacción de la Casa Blanca se limitó a reconocer la gran cantidad de testeos que se estaban haciendo en el país, además de poner en duda la veracidad de los datos entregados por el gobierno chino.

Dos días más tarde, Trump se apuntaba un nuevo hito al invocar una ley de la guerra de Corea (ley de Producción de Defensa, aprobada en 1950) para instar a General Motors a producir más ventiladores para asistir a los pacientes con Covid-19. Esto tras uno de sus clásicos tira y afloja en Twitter con la compañía automotora, a la que le recriminaba no hacer lo suficiente para ayudar al país a combatir la crisis. Además, aprobó el mayor paquete de estímulo económico de la historia de esa nación, de más de dos billones de dólares.

Otro de sus arrebatos se produjo en abril, cuando anunció la suspensión del financiamiento de Estados Unidos a la OMS por la gestión de la pandemia. El presidente ya había atacado en días previos a la organización al acusarla de encubrimiento, difundir información falsa sobre la gravedad del virus y de no restringir los vuelos desde China.

Hacia fines de abril, otra marca histórica caía. Estados Unidos superó oficialmente el millón de positivos ratificados, mientras que al mismo tiempo los fallecidos alcanzaban la cifra de 59.225, superando a los 58.220 soldados norteamericanos que perdieron la vida en la guerra de Vietnam, según publicó la prensa.

Como es sabido la situación generada por la pandemia en las principales ciudades golpeó fuertemente la economía, lo que motivó la reapertura del comercio en algunos estados quizás demasiado pronto. Lo cierto es que la economía de Estados Unidos perdió 20,5 millones de puestos de trabajos en abril, la mayor caída desde la Gran Depresión en los años 30, con una tasa de desempleo de 14,7%. Apenas dos meses atrás, el desempleo en el país más rico del mundo estaba en 3,5%, su nivel más bajo en 50 años. Se le caía el caballito de batalla a Trump.

El temor a contagiarse

Cuando Felipe llegó al lugar no pudo creer lo que veía. Al frente suyo estaba un hospital de campaña enorme, de carpas blancas sobre lo que solía ser una amplia área de césped en el corazón del parque. Estaba rodeado de policías, con numerosas familias reunidas alrededor del recinto para ver a sus enfermos. Instalada a pasos de ese lugar, había una morgue, al igual que en otros puntos de la ciudad. Eran *containers* frigoríficos que recibían los cuerpos de las personas fallecidas que no podían ser derivadas a otro lado y temporalmente los metían ahí, acumulándose, hasta que llegaran sus familiares a recogerlos por la gran cantidad de muertos que había.

La descripción no es de una película ni la escena de una ciudad situada durante una guerra. Es la realidad que presencié el periodista chileno Felipe León en el mismísimo Central Park de Nueva York. Acostumbrado a ser uno de los principales centros turísticos de La Gran Manzana, en cosa de días se transformó en el foco mundial de la pandemia. Esas amplias áreas verdes, de frondosos árboles y lagunas llenas de vida rodeadas de edificios, de pronto se convirtieron en un símil de un campo de guerra, parte de una urbe azotada por el coronavirus.

León arribó a Nueva York en septiembre de 2019, donde compaginaría sus labores de corresponsal para 24 Horas con un magíster en la Universidad de Nueva York. Pero lo que planificó como un año enfocado más en lo académico que en lo laboral, cambió en forma abrupta. Primero por el estallido social de octubre de ese año en Chile que tuvo su repercusión en la comunidad

residente, pero aún más por la pandemia que sacudió al mundo en 2020.

Si bien a comienzos de marzo se empezaron a conocer casos positivos en la costa este de Estados Unidos, la bomba estalló para los neoyorquinos a mediados de mes. Para León comenzó con el cierre temporal del campus de la universidad y luego desembocó en el cierre completo de la ciudad cuando se conocieron los primeros contagios. En un pestañeo, la metrópoli conocida por sus luces, su ruido y sus multitudes pasó a ser una ciudad fantasma. Ninguna catástrofe asoló Nueva York en su historia como la pandemia.

– Fue impactante ver a toda esa ciudad llena de vida que alcancé a recorrer como turista, ver que todo el movimiento que había, de un día para el otro desapareció. Uno no lo dimensiona, pero fue un mes completo en que la cifra de muertos todos los días iba de 750 a 800 personas. Ver un Times Square vacío fue una experiencia que voy a poder contar a los nietos, ¡Cuándo va a volver a ocurrir algo así!

León cuenta que como debió reportear durante los meses de pandemia, se dio el tiempo de recorrer la ciudad caminando y en ese recorrido dice que fue tremendo ver kilómetros de ciudad vacíos. “En auto tardabas 10 minutos desde el centro de Manhattan hasta Brooklyn, no había un alma. Un recorrido que con el tráfico normal puede llegar a tardar una hora. El metro que siempre estaba lleno, donde pocas veces puedes tomar un asiento, estaba vacío y limpio como nunca se ve el metro de Nueva York”.

Otra situación histórica que le correspondió presenciar fue el cese de actividad del metro durante las madrugadas. Esto se dio primero por motivos económicos ya que no viajaba nadie, pero también sanitarios, ya que debían limpiarlo y sanitizarlo, algo inédito para algunas líneas que habitualmente operan durante toda la noche. A causa de esto, sacaron a los vagabundos que suelen dormir en el tren subterráneo, lo que les generó otro problema que pudo vivir en esos paseos a pie por las avenidas desiertas.

– En las calles no había nadie salvo por los vagabundos. En una ocasión estuve reportando por Manhattan, llegué a una iglesia que estaba repartiendo comida y había una fila de personas en situación de calle que alcanzaba dos o tres cuadras. A falta de un lugar donde pernoctar, suerte que no era invierno,

estaban buscando lugares donde quedarse y fue fuerte ver eso –recuerda.

La experiencia de salir a trabajar en su papel como periodista durante la pandemia coincidió con las semanas de protestas que siguieron a la muerte de George Floyd, el afroamericano de 46 años asesinado por un policía que se arrodilló sobre su cuello durante nueve minutos hasta asfixiarlo. El incidente ocurrido el 25 de mayo desencadenó semanas de manifestaciones contra el racismo y la brutalidad policial en todo el mundo, pero en especial en las ciudades más pobladas de Estados Unidos, que todavía combatían la proliferación de la Covid.

Y claro, existía el miedo a contagiarse en medio de aquellas masivas marchas en la ciudad que en un momento generaba la mayor cantidad de contagios por habitante en el mundo. “Ahí fue donde más temí contagiarme”, recuerda León. “Estábamos en medio de manifestaciones de miles de personas en contacto estrecho durante horas, recorriendo las calles de Manhattan, Brooklyn, despachando en directo para mostrar lo que estaba pasando con las protestas raciales. Si bien el 90% de la gente andaba con mascarillas estaba la sensación de que en cualquier momento te podías contagiar”.

Una situación que en particular lo marcó ocurrió en pleno Times Square, en medio de las dos semanas más intensas del movimiento contra el racismo. Se había quedado hasta tarde para terminar su despacho al canal, pero ese día advirtió un ánimo distinto en los manifestantes. “Se esperaba algún disturbio de un grupo que se notaba venían volados, se sentía el olor a marihuana. Buscamos un lugar para estar más resguardados. Estaba lleno de policías”, rememora. Al rato se empezó a movilizar la gente a un par de cuadras, se escucharon chantadas y bocinazos de autos, vidrios quebrados. Lo que siguió lo describe como una escena de la película *La Purga*.

“Dónde me vine a meter, dije ahí. El lugar más turístico del mundo esa noche era el caos mismo”. Gente saliendo con maletas de ropa de las tiendas, rompiendo ventanales, eran grupos de personas de entre 20 y 25 años. La policía miraba, ni se inmutaba. Eso fue más o menos durante una hora con la gente moviéndose de un lado para el otro. Luego comenzó la acción de la policía, la gente corriendo, otros detenidos. A partir de ese día, el centro de

Manhattan cerró todas las tiendas, las vitrinas bloquearon sus accesos y se forraron en madera y metal para evitar más saqueos.

“En Times Square hay muchas oficinas, pero East Village o Columbia son lugares residenciales que quedan cerca. No solamente estaba fresca aún la muerte de George Floyd, sino también lo que estaba ocurriendo con la pandemia. Iban varios meses de crisis, con tasas de desempleo históricas, la ayuda del gobierno que muchas veces no alcanzaba, entonces se sumó a la lucha racial una carencia que explotó en ese momento”.

Fue un poco simbólico lo que ocurrió ese día, relata León: aprovechar esa noche para devolverle la mano a la zona más blanca de Manhattan.

El entorno perfecto

Muchos se han preguntado por qué Nueva York se transformó súbitamente en el foco mundial de la pandemia, y lo cierto es que tiene una explicación lógica por ciertas condiciones que reúne la metrópolis.

En primer lugar, la alta tasa de contagio se debió a la elevadísima concentración de personas: 10 mil habitantes por kilómetro cuadrado. Una enorme densidad de población que hace propicia la propagación de un virus tan contagioso y, además, cuenta con una infraestructura urbana que atenta contra eso. Muchos edificios contiguos a otros, a diferencia de, por ejemplo, California, donde todo está más disperso y la gente vive más en casas.

En segundo lugar, es una ciudad multicultural y con gran conectividad al mundo, donde entran y salen una multitud de personas diariamente de diversos orígenes del planeta. Y tercero, el uso del transporte público en La Gran Manzana es muy masivo, lo que también se puede considerar un importante foco de contagio.

Sumado a esto se puede agregar que Nueva York, durante las semanas en que la Covid-19 la azotó, tuvo una capacidad de testeo de 16 mil personas diarias, el ritmo más alto de EE.UU. durante aquel periodo, de acuerdo con los datos entregados por *BBC*. Esto favoreció la identificación de casos positivos, permitiendo el aislamiento de estas personas para frenar el esparcimiento del virus. Esto, por ende, hizo que creciera la cifra de contagiados.

Vivir la otra pandemia

Cuando comenzaron las manifestaciones del movimiento Black Lives Matter, Mike Andersen, un afroamericano de 26 años y maestro de escuela primaria, no sentía temor a contagiarse. A esa altura ya había tenido el virus y los doctores le dijeron que era inmune. En las marchas todos andaban con mascarilla, había personas pasando alcohol gel para lavarse las manos y grupos preocupados de que la gente guardara distancia social. Había conciencia en las calles de Seattle, una de las ciudades donde más fuerte se sintió el movimiento contra el racismo tras el asesinato de George Floyd que motivó una ola de manifestaciones a lo ancho del país.

Antes de eso, en Seattle se registró el primer caso de Covid-19 en Estados Unidos, una noticia que no rebotó como lo haría semanas después, ni causó conmoción en las personas. “La primera impresión en general fue como de sorpresa. Oh, está aquí, llegó el virus, pero nada más serio que eso”, recuerda Mike, quien al poco tiempo contrajo la enfermedad.

Sin embargo, no lo supo hasta meses después. En muchos lugares no se le tomaba el peso aún y creyó que era una simple gripe. Tuvo algunos síntomas, pero siguió trabajando en la escuela. A mediados de abril se hizo un test de anticuerpos y arrojó que había tenido la Covid, lo que le llevó a darse cuenta de que probablemente había contagiado a algunos apoderados de la escuela. “Cuando enfermé tuve un par de reuniones con apoderados de uno de los cursos a los que hago clases y dos de ellos se contagiaron. Luego cuando supe que tuve el virus pensé, probablemente se contagiaron por mi culpa y eso me hizo sentir mal”.

Pasada la primera ola de contagios llegó el verano y las semanas de marchas a causa del estallido racial. Para Andersen, la pandemia no pasó a segundo plano en la población, pese a que muchos salieran masivamente a las calles a marchar. “Es un hecho que no hubo liderazgo a un nivel macro. Estaban los gobernadores de cada estado, pero no un liderazgo a nivel nacional como respuesta a la pandemia. En verano [invierno en Chile] el mensaje era casi hagan lo que quieran. Honestamente creo que había más cuidado y precauciones en

las mismas marchas que en los lugares que los republicanos frecuentan durante el verano”.

En el mes y medio de mayor efervescencia del movimiento, Anderson dice haber asistido a 14 o 15 marchas diferentes. Motivado en gran parte por cómo crecía el movimiento en todo el país, cansado de ver que durante años se ha hablado de hacer cambios al sistema que oprime a la comunidad afroamericana, sin ver resultados contundentes. El profesor siente que la pandemia sumada a las protestas terminó movilizándolo a la gente a votar contra Trump y perdieron el miedo a marchar durante la crisis sanitaria.

– La pandemia va a estar por un tiempo antes de que se controle, morirá gente, pero nuestro país ha sufrido de una opresión racial severa contra los afroamericanos durante 400 años y vale la pena estar ahí afuera luchando por esas vidas. Obviamente la pandemia es mala, pero nuestra causa es una pandemia que hemos tenido que enfrentar durante siglos. La de la Covid-19

Estallido con efecto negativo

Las masivas marchas en las ciudades más pobladas de Estados Unidos hicieron crecer el temor de que se multiplicaran los contagios de Covid-19 en esos lugares. No obstante, un estudio llevado a cabo por la Universidad de San Diego estimó que no se dispararon los casos durante esas semanas en las grandes urbes. El análisis tomó datos de 315 ciudades para estimar los impactos del distanciamiento social durante las marchas y se encontró que, incluso, la curva de contagios comenzó a descender conforme avanzaban las jornadas de manifestaciones.

Los datos, obtenidos mediante el rastreo de celulares anónimos, sugirieron que las personas que se movilizaron pueden haber contraído el virus, pero también mostraron preocupación por adoptar medidas de prevención como el uso de alcohol gel y mascarilla.

Por otra parte, aquellos que no se movilizaron optaron en forma mayoritaria por evitar la salida a la calle durante esos días. Ya sea como protección ante la escalada de violencia, ahorrarse la congestión en las calles, o para no contagiarse ante la gran cantidad de gente acumulada. De ese modo, estuvieron menos expuestos a infectarse.

es temporal y pasará”.

Por lo pronto, Andersen espera volver a las clases presenciales con sus alumnos. Desde que se cerraran las aulas en marzo pasado por el brote del virus, todo ha sido vía *online* y el retorno es indefinido. Dice que la escuela cuenta con un aporte fiscal que es fundamental y se lo podrían cortar de no volver antes de marzo de 2021. “Eso quiere decir que muchos profesores serían despedidos y eso complica todo. Pero si no es seguro es poco probable que volvamos”.

El camino a la reelección

Los intentos de Donald Trump por desviar sus responsabilidades en el manejo de la pandemia se hicieron evidentes con la notificación del mandatario a Naciones Unidas acerca de la salida de su país de la Organización Mundial de la Salud (OMS). Tras quitarle su financiación y acusar al organismo de estar bajo control de China, lo hizo oficial el 7 de julio de 2020, aunque el proceso de retiro tardaría un año en hacerse efectivo.

Debido al recrudecimiento de la pandemia en varios estados del país, a mediados de año ya se hablaba de la importancia sin precedentes que tendría el voto por correo en la elección. Sabedor de que los demócratas harían un llamado a sus electores de votar en esa modalidad, Trump planteó la posibilidad de postergar los comicios al poner en duda la eficacia y transparencia del servicio postal norteamericano. En su cuenta de Twitter, el presidente dijo que el proceso sería “el más fraudulento e inexacto de la historia” y una “gran vergüenza para los EE. UU.”. Unos comentarios que comenzaban a pavimentar el escenario electoral que se apreció con fuerza desde noviembre por parte de Trump.

Los llamativos comentarios sobre el voto por correo coincidieron con un dato demoledor: la economía estadounidense se contrajo un 9,5% entre abril y junio, la mayor caída de las últimas décadas.

A medida que se acercaban los comicios, creció la presión sobre Trump, arrinconado por la crisis generada por la pandemia. Esto se reflejó en las encuestas, que dieron un marcado favoritismo a Biden. Por eso, la premura por tener noticias sobre la vacuna se transformó en una maniobra política de

vital importancia para Trump, en la búsqueda de evitar ser el primer presidente en perder la reelección desde el también republicano George Bush padre en 1988.

Cuando solo faltaban dos meses para las elecciones generales, la administración de Trump instó a los gobiernos estatales a estar preparados lo antes posible para la distribución de la vacuna, con fecha tentativa a partir del 1 de noviembre, dos días antes de la votación.

Pero a un mes de la elección, entrando en la recta final de la campaña y a días de un nuevo debate con Biden, Trump anunció que dio positivo por Covid-19 junto a su esposa Melania. El presidente estuvo internado durante tres días en el Centro Médico Walter Reed de Washington tras presentar síntomas leves. Lo que sorprendió, eso sí, fue la rapidez con que fue dado de alta y la falta de precauciones tomadas por la Casa Blanca para evitar contagios, levantando suspicacias en los medios de comunicación acerca de su verdadera condición médica. Para algunos, realidad; para otros, una nueva maniobra política en vías de calentar el ambiente a solo semanas de la elección.

Con las votaciones más cerca, también se registró un aumento de casos diarios y hospitalizaciones, ahora enfocado en los estados del noroeste, donde la pandemia aún no golpeaba con tanta fuerza. En uno de sus últimos mítines ante el público en Arizona, por supuesto con escasas medidas de distanciamiento y protección, el presidente afirmó que “la gente está cansada de escuchar a Fauci y a todos esos idiotas”, en referencia a su epidemiólogo de cabecera. El médico Anthony Fauci había señalado en días previos que no le había sorprendido que el mandatario se contagiara y que este “equiparaba el uso de mascarilla con una muestra de debilidad”. El mismo día de la elección, Estados Unidos sobrepasaba por primera vez la barrera de los cien mil casos de contagios diarios.

Última parada... y el escándalo

Las elecciones generales de 2020 de Estados Unidos estuvieron marcadas por el voto por correo, el que arrastraba una gran polémica impulsada por el mismo presidente Trump con respecto a su acusación de posible fraude desde

meses antes del día de la elección. El masivo voto por correo impulsado por los demócratas a causa de la pandemia generó un importante sesgo a la hora del recuento, ya que en los estados clave que definirían al ganador, primero se escrutó el voto presencial de clara tendencia pro-Trump. Una vez contado este, se pasó al cómputo de las papeletas por correspondencia, lo que tardó en estados como Georgia, Pensilvania, Arizona y Nevada.

Casi cuatro días demoró el escrutinio en esas zonas, que una a una fueron cayendo del lado de Biden a pesar las estridentes denuncias de fraude de Trump, que desencadenaron una tormenta en enero. Al ver cómo se desvanecía su ventaja inicial en los estados clave en que él había ganado la elección de 2016, el candidato republicano prosiguió con su bombardeo mediático en redes sociales y cadenas nacionales en televisión de falsas acusaciones de fraude, frente al rechazo de diversos líderes mundiales por su intento de quebrantar el sistema democrático estadounidense.

Finalmente, el 7 de noviembre los medios reconocieron a Joe Biden como presidente electo de Estados Unidos. Junto a él hizo historia Kamala Harris, la primera mujer, y además afroamericana, vicepresidenta en la historia del país, quien se había desempeñado como fiscal y senadora de California previamente. El candidato demócrata se impuso con 302 votos electorales frente a los 232 de Donald Trump. También lideró en el voto popular con 81.281.888 sufragios ante los 74.223.251 del republicano, en lo que fue la elección con más alta participación de la historia de los Estados Unidos. Pese a los intentos de Trump por dar vuelta la elección aduciendo que le habían robado, sus quejas fueron desestimadas por los organismos federales y la mayoría de las demandas de su equipo de campaña en las cortes fueron rechazadas.

El 9 de noviembre, todavía no convencido de su derrota, el aún presidente celebró ante el país el anuncio de la vacuna desarrollada por Pfizer y BioNTech, que reportaron un 90% de efectividad contra la Covid-19. A pesar del triunfo que constituyó la confirmación de la vacuna, Trump expresó su malestar en su cuenta de Twitter porque “la burocracia no le permitió dar la noticia antes de la elección”, lo que a su juicio fue un intento de los demócratas por quitarle impulso en la carrera presidencial.

Un año de pandemia en Estados Unidos

Al 31 de diciembre de 2020:

Total de fallecidos:	336.811
Total de contagiados:	19.766.247

10 estados con más contagiados:

California:	2.245.379
Texas:	1.756.172
Florida:	1.300.528
Nueva York:	974.214
Illinois:	963.389
Ohio:	700.380
Pensilvania:	640.325
Tennessee:	586.802
Georgia:	566.676
Carolina del Norte:	539.545

10 estados con más muertes:

Nueva York:	30.040
Texas:	27.437
California:	25.386
Florida:	21.990
Nueva Jersey:	19.042
Illinois:	17.978
Pensilvania:	15.978
Michigan:	13.018
Massachussets:	12.423
Georgia:	10.934

Fuente: The COVID Tracking Project, revista *The Atlantic*.

Lejos de darse por enterado de los récords diarios de contagiados y hospitalizados en diversos puntos del país, Trump prosiguió con sus continuos dardos contra la transparencia de la elección y sus acusaciones de fraude. 120 mil casos diarios a mediados de diciembre mostraban un panorama desalentador a la espera de la vacuna, una situación absolutamente fuera de control y sin liderazgo que la combatiera.

Además, ahora estaba más dispersa por todo el territorio que en los focos de marzo-abril, que apuntaban solo a ambas costas; Texas como el estado con más casos, Dakota del Sur el con más internados, Nueva York con más fallecidos y el condado de Los Ángeles el con más contagiados desde el inicio de la pandemia, según datos del *The New York Times*.

Más de dos semanas después de confirmada la victoria de Biden, concedió su derrota a regañadientes en Twitter y anunció el inicio del proceso de transición de poder en la Casa Blanca, pese a que durante los meses siguientes las muestras indicaran que en su intimidad quizás nunca se convenza ello. Aún sin pruebas concretas y con parte del Partido Republicano reclamándole una salida digna, continúa intentando convencer al mundo de que en realidad ganó y fue víctima de un robo.

En enero, todavía convencido del supuesto fraude electoral, azuzó a sus huestes a marchar contra el Capitolio, la sede del Poder Legislativo en Washington, para impedir la proclamación como presidente de Biden, en un epílogo que culminó con muertos y heridos tras el asalto de la multitud al edificio, y con él mismo responsabilizado por sus adversarios e incluso por algunos republicanos de la asonada antidemocrática que lo puso ante un segundo *impeachment*, una acusación frustrada para deponerlo del cargo, cuando le faltaban pocos días para el término de su mandato.

CAPÍTULO 4.

México y Brasil: Morir para renacer

MIRANDA ASPEE
TRINIDAD AMIGO
MARIANNE MATHIEU
MARÍA EUGENIA SOTO

Alejandro Martínez es uno de los pocos que pueden decir que ha estado cerca de la muerte en dos ocasiones, y en ninguna fue por algo que estuviera en sus manos. Mientras muchas personas toman esta pandemia como una tragedia y un hecho negativo que afectó sus vidas, él prefiere abordarlo desde una perspectiva algo más optimista.

Lo primero que sintió después del accidente fue la multitud mirando su cuerpo en el piso. El calor del asfalto le recorría su espalda, piernas y brazos, mientras seguía inmóvil en la mitad de la calle. Estaba en la estación Tasqueña, una parada de la línea 2 del metro, en el centro de Ciudad de México. Recuerda una última imagen: una combi amarilla Volkswagen acercándose. Él girando en un pie, haciendo una acrobacia para esquivar el bus que horas después lo tendría en el hospital y lo llevaría a la muerte. Al menos por siete minutos.

El fallecimiento clínico se entiende como el cese de los signos vitales. Deja de latir el corazón, se termina la respiración y también se detiene el pulso. En medio de la operación para recuperar la pierna fracturada por el bus, el clavo de 43 centímetros atravesó su fémur con dificultad. Se rompió la broca y el médico aumentó la dosis de anestesia. Sospechó que algo iba mal cuando observó que estaba en la mesa de operaciones y a su lado, el cirujano: “Si me están operando... yo no puedo estar viendo que me están operando”, pensó Martínez.

Dentro del derecho penal, existe un método que se utiliza para determinar si un hecho es la causa de un resultado. La teoría de la equivalencia de condiciones plantea la siguiente interrogante: ¿De no haber mediado el hecho X, se habría producido el resultado Y? ¿Si se suprime el hecho X, ocurre el Y? ¿Se puede renacer sin morir? ¿Se puede volver a valorar la vida sin haber pasado por adversidades? ¿Es posible?

Hace pocos años había practicado gimnasia, deporte que contra todo pronóstico lo salvó de secuelas más graves, porque cuando el bus le golpeó la pierna en plena avenida, el anaquel de su memoria recordó que tenía que caer con la extremidad contraria. Y eso evitó un pronóstico peor.

La de 2020 no fue la primera crisis de Martínez: sobrevivió al atropello y también a la gripe porcina. Prefiere bromear y dice que no quiere dejar pasar

ni una enfermedad, que las quiere tener todas. Tiene la experiencia a su favor. Ahora sabía que el malestar en su garganta, el dolor de cabeza y la fiebre eran indicios de que algo no andaba bien. De que quizás se había contagiado haciendo las compras de la semana, y esta vez no era gripe, sino Covid-19. Recuerda con claridad un episodio durante su contagio. YouTube había propuesto una campaña llamada “25 de julio: filma tu día, comparte tu historia”, entonces tomó su cámara y grabó desde su habitación blanca en Xochimilco, lo que sería el renacer, el segundo de su vida.

Canción para mi muerte

La autenticidad de Martínez va más allá de su personalidad. Es una energía intangible e inagotable que encanta a quien lo escucha. Hijo de profesores de educación física, siempre creció cerca de libros: de aventura, de ficción y sobre todo, de cómics. La imagen le encantó desde pequeño. Mientras su hermano mayor compraba un LP por su afición a la música, Alejandro escogía los discos por sus portadas. Los colores, la fotografía y las tipografías se convirtieron en su pasión de un niño, que años después, terminaría siendo docente de diseño editorial. Profesor, como sus padres.

Ahora, con medio siglo de vida, ese hobby de la educación se transformó en el propósito de enseñarle a la gente... a encontrar propósitos. Le da lo mismo morir de hambre, sabe que es accesorio al sentimiento de enseñar, compartir con los alumnos, conversar, discutir y ponerse al día. Fue casualidad. Un día reemplazó a una amiga en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y hoy lleva diez años haciendo clases.

Xochimilco, que en náhuatl significa “campo de flores”, es su hogar: una zona semirrural, de abundante vegetación, formada por canales de agua dulce. No hay tanto acceso a la educación, y piensa que por eso, la población es más propensa a la desinformación: “Es más manipulable, su único acceso a la información es la televisión abierta y hay gente que considera que lo que la televisión abierta dice es ley”. Todo eso se vio reflejado en la pandemia por coronavirus.

El 27 de febrero del 2020 se detectó el primer contagio de Covid-19 en México: un hombre de 35 años que había llegado desde Italia al Distrito

Federal (DF). Sumado al manejo poco riguroso del gobierno, encabezado por el presidente Andrés Manuel López Obrador, llamado AMLO por el acrónimo de sus iniciales, se convirtió en el inicio de una ola de contagios, que cinco meses después llegaría a la alcaldía de Xochimilco y enfermaría a Martínez y a su familia.

– La Covid-19 fue una cachetada de ponerme a pensar en lo que vale la pena, un momento de valoración de lo que tengo... y lo que tengo es vida. Tengo una casa, tengo familia, mascotas. Cosas tan ridículas como el acceso a Internet, un privilegio. Puedo pagar Netflix. Puedo salir y comprar cosas para comer. He tenido más trabajo ahora en la pandemia, que antes... Por lo que para mí, sí, ha sido un renacimiento.

Él tuvo la suerte de enfermarse en plenas vacaciones de fin de semestre, por lo que no debió preocuparse por lo que ocurriría con sus clases.

En 2016 se quedó sin trabajo. Como consecuencia tuvo depresión y comenzó a cuestionar su labor como profesor. Se sentía inútil, fuera de lugar, que no lo valoraban en un mercado exigente, que discrimina cuando se sobrepasan los cuarenta años.

Aunque todo el mundo se ha visto afectado por la pandemia de la Covid-19, las personas deben continuar con sus vidas, existir y sobrevivir. Martínez estaba en medio de la multitud, uno más, expuesto. Hacía fila para comprar en un mercado local de Xochimilco. Tenía puesto su cubrebocas, respetaba la distancia con los demás a su alrededor y seguía las normas. No quería ser un número en las estadísticas que reporta diariamente el gobierno de México, que al 31 de diciembre de 2020 registra más de 1.250.000 personas contagiadas.

De repente, escuchó toser a alguien. Era como estar en una película de terror. Personificada en el asesino de *Pesadilla en la calle Elm*, Freddy Krueger, la Covid corría detrás de cada persona para apoderarse de sus cuerpos y jugar con ellos como mejor dispusiera.

Estaba ahí, detrás de él. Un joven. Uno que no llevaba cubrebocas. La tos no cesaba, como cuando alguien se ahoga con un vaso de agua y viene una

interminable seguidilla de toses para cortar la incómoda situación. Nadie lo quería cerca, pero Martínez fue el premiado. Los ojos del joven apuntaron hacia él. Desde atrás de la fila, se acercó y le tocó el hombro para pedirle si por favor le guardaba el puesto en la fila mientras pagaba.

Doce días después recordaría este episodio en el supermercado.

Su humor no era el habitual. Estaba molesto y no sabía por qué. Su irritabilidad aumentaba. Algo le había pasado a su cuerpo. No lo entendía.

Los síntomas comenzaron 14 días después del encuentro con el joven. Primero le dolió la garganta, con una sensación muy parecida a la de un resfrío normal, cuando se siente algo atorado en ella y que con un trago de agua va a pasar, pero este no era el caso. Tomar líquidos no aliviaba. La molestia persistía, más presente que antes.

El dolor de cabeza comenzó a apoderarse de él. La sensación de molestia y el cuerpo cortado tampoco lo abandonaban. A diferencia de otros que contrajeron Covid-19, Martínez no presentó temperatura alta, sino que se mantuvo con 37°C de fiebre. El malestar continuó. La falta de oxígeno se hacía cada vez más presente. La típica ronquera de una gripe común había desaparecido y en su lugar se instaló la ronquera de asfixia, que anuncia que los pulmones no están al cien. Aquella que no desaparece hasta que el virus se va. Aquella que hace que algunos se vayan y no vuelvan.

No pudo hacerse la prueba de PCR cuando lo necesitaba, por la burocracia hospitalaria mexicana. Por eso debió comprarse un oxímetro –aparato que mide la saturación de oxígeno en la sangre y el pulso– y ejercer por primera vez el papel de doctor, con un paciente que conocía a la perfección: él.

Tiempo después, cuando estaba con todos los síntomas, pudo hacerse el examen. Esperó pacientemente los resultados, con la ansiedad que conlleva la demora.

– Hacíamos con mi familia la broma de que esta espera era peor que la de una prueba de embarazo –ríe nervioso, como si todavía pudiese percibir los nervios en su estómago– porque desde el momento en que te dicen que sí, todo tu protocolo de vida cambia.

La oxigenación no debía mantenerse bajo 90, o su salud entraba en una

condición crítica en la que debía partir al hospital de urgencias, donde nadie les aseguraba una salida exitosa. La saturación de Martínez siempre se mantuvo entre 88 y 92. En cambio, se sentía desagradado, molesto.

– Intenté dormir acostado. No sirvió. La única solución era dormir sentado o si no sentía que me asfixiaba. Yo presenté un cuadro leve, pero de todas maneras la sensación de falta de aire es horrible. No me quiero ni imaginar a la gente que le da fuerte, a la que tiene que llegar la oxigenación o incluso, al respirador. Debe ser terrible...

¿Qué es la saturación de oxígeno?

Es la cantidad de oxígeno disponible en la sangre. Los niveles normales son entre 95-100 para que se garantice que las células reciban la cantidad de oxígeno adecuado.

Cuando la oxigenación baja de 90, la persona está padeciendo de hipoxemia.

La oxigenación se puede medir en el domicilio con un oxímetro de pulso, que no requiere una muestra de sangre. En los hospitales se mide con mayor precisión con una vía arterial.

Su rutina no variaba. Todos los días estaba encerrado en las cuatro paredes blancas de su habitación, cada mañana despertaba en la misma cama que lo cobijaba por las noches. El ventanal que va de un extremo a otro de la pared permitía que la luz alumbrara poco a poco sus días.

La Covid no le permitía disfrutar la comodidad de su cama de dos plazas. Al contrario: parecía una tortura permanecer en ella. Se acostaba de un lado, después del otro y volvía a la posición original. Tampoco servía. Ninguna posición mitigaba el dolor y el malestar.

Tenía episodios donde le daba mucho sueño y caía rendido a sus sábanas. Despertaba y era otra persona, se sentía más activo que nunca, pero su cuerpo no le respondía. No tenía fuerzas para moverse, sus piernas no daban ni una señal que le demostrara mejoría.

En estos tiempos de pandemia es fácil sentirse solo y deprimido. El aislamiento en casa se hizo costumbre, pero quienes se enfermaron y tuvieron que alejarse de sus familias, sobrellevar el día a día se hizo aún más difícil. Tras enfermarse de Covid-19, Martínez debió aislarse de sus cercanos y encerrarse en su dormitorio junto a sus gatos Taz y Leia.

El más pequeño, Taz, negro con manchas blancas, hace un par de apariciones en una videollamada para llamar su atención. Los pequeños peludos no se despegan de su dueño. Estuvieron encerrados con Martínez los 14 días que duró la cuarentena.

Algo parecido le ocurrió a María Cecilia Vera, una arquitecta chilena radicada en el sur de Brasil, a 7.427 kilómetros de Xochimilco. Debió encerrarse a comienzos de año en su departamento con sus tres gatos. Si bien la pandemia le afectó fuertemente a nivel emocional, sus compañeros felinos, Dylan, Bowie e Iggy, amenizaron los días de confinamiento.

Los tres conforman la familia brasileña de María Cecilia. Dylan, su gato negro con manchas blancas que se cruza un par de veces por la pantalla, es el más viejo de los tres. Le sigue Bowie, su gata blanca que adoptó para que acompañara a Dylan cuando ella iba a la universidad. A ambos los adoptó antes de la pandemia, pero en marzo decidió sumar un cuarto integrante a la camada, Iggy, un pequeño de ojos celestes que no tenía más de cuatro meses cuando lo encontró abandonado en la calle.

Ella reside en un departamento del centro de São Paulo, una de las ciudades más afectadas en Brasil por la pandemia, desde donde imparte clases virtuales de español, su único recurso para sobrevivir estos meses. Casi no ha dejado su hogar desde que se anunció el primer contagio en ese país el 26 de febrero de 2020. Tampoco ha podido visitar a su familia en Chile. Se ha visto forzada a estar sola: su principal contacto este año han sido sus mascotas.

– Me acompañan mucho. Me quedo trabajando hasta tarde y están ahí. Me voy a acostar y se van a dormir conmigo. Son súper compañeros. Son mi familia.

De la misma manera piensa Martínez: “Calman bastante cuando se acuestan

y ronronean. Entienden mucho, iban y se echaban a mi lado, empezaban a ronronear. Era curativo. No me sentía solo al dormir, estaba con mis gatos. Estaba cobijado, protegido. Te acompañan sin prejuicios, es amor profundo y real”.

Para Martínez, uno de sus mayores miedos cuando estuvo enfermo, era contagiar a sus gatos. Todavía no se comprobaba si podían contraer o no el virus, pero finalmente optó por dejarlos con él. Se preocupaba de estar siempre con mascarilla cuando se le acercaban mucho, igual como si fuesen su esposa o su hijo, ya que, antes que todo, los gatos eran parte importante de su familia.

El proceso

Según Max Weber, el sistema burocrático no es perfecto. Un sociólogo clave de la modernidad criticaba la excesiva rigidez frente a la norma y la gran cantidad de papeleo debido a la estructura jerárquica propia de la burocracia. Como si perteneciera a algún pasaje protagonizado por Josef K en *El Proceso*, los aspectos negativos cobraron vida en Brasil y México durante la pandemia. Ahí no siempre había cabida para argumentos legales o racionales: muchas veces importó más de dónde provenían y el dinero en sus bolsillos.

Poco después de contagiarse, Martínez envió un SMS COVID-19 al 51515. Un servicio de mensajería sin costo, del gobierno de México, al que se puede consultar información relacionada con el coronavirus. A fines de julio el país superaba las 400 muertes diarias y la saturación de las líneas era habitual. Los mensajes ayudaron a evitar el colapso de los números de emergencia y facilitaron el seguimiento de los casos.

Tras las preguntas básicas para establecer un primer contacto, lo llamaron por teléfono. Como su sintomatología coincidía con Covid-19, le ordenaron aislamiento y que agendara una cita para hacerse un examen que aclararía todas las dudas.

Por si la enfermedad no era suficiente, el sistema de salud mexicano puso su parte.

En Xochimilco las personas respetan poco las medidas universales de protección: rostros descubiertos y expuestos al cálido sol sin mascarilla son

frecuentes. Una escena que en un contexto sin pandemia sería normal.

La situación se descontroló cuando los centros de salud de Xochimilco se saturaron, por lo que se demoraron casi una semana en darle hora. Lo enviaron a uno que no quedaba en su barrio, al de Santa Cruz Acalpixca.

“Aquí las citas no sirven”, fue lo primero que le dijo el médico cuando ingresó al centro de salud. Martínez no lo podía creer. Le preguntó de qué barrio venía. Contestó: “De San Lorenzo” y que le habían agendado una cita para un examen de PCR. Una funcionaria interrumpió el ambiente ya crispado: “No lo podemos atender porque la prioridad es nuestra población”. Él se quedó perplejo, estático ante la rotunda respuesta de la secretaria. “Somos de la misma delegación. Somos de la misma alcaldía”, pensó.

Lo habían rechazado por ser de otro barrio. Le negaron la atención y la prueba. El caso de Georgina Henríquez tiene parecidos con el que vivió Martínez. A 10,7 kilómetros de distancia, en la Alcaldía de Iztapalapa, los médicos entraban y salían de su vida. Como en Chile, en México existe un número de emergencias. Georgina llamó cuando su esposo, Ricardo, comenzó con los síntomas de coronavirus.

Ricardo tuvo muchos médicos los meses que estuvo en el hospital. Todos recomendaban cosas distintas, diferentes medicamentos y tratamientos, algunos parecían funcionar, otros no.

LA PANDEMIA EN 6 FRASES

Los dichos más polémicos de los presidentes de México y Brasil, Manuel López Obrador y Jair Bolsonaro, en el contexto de la crisis sanitaria.



"No dejen de salir. Sigán llevando a la familia a comer"

22 DE MARZO

Vamos bien porque se ha podido domar la pandemia

26 DE ABRIL

24 DE MARZO

"No me preocuparía, es una gripecita, un resfriado"

"Me voy a poner cubrebocas ¿Saben cuándo? Cuando no haya corrupción"

31 DE JULIO

27 DE MARZO

"¿Van a morir algunos? Van morir, lo siento. Esta es la vida"

10 DE NOVIEMBRE

"Brasil debe dejar de ser un país de maricones"



Fuente: información de prensa.

Ella también se contagió de Covid-19, presentó síntomas e hizo su tratamiento. Todo fue lento, pero logró superarlo y conoció al médico que la ayudaría en el proceso de su esposo, un amigo del hermano de la doctora.

“Hablamos con el doctor de tu esposo, esperamos que den las cosas. Es cuestión de burocracia, si su doctora y él quieren, lo van a autorizar, esperemos que sí, pero es una situación de burocracia”, le dijeron a ella luego de conversar ambos médicos.

Según Georgina, el trato del personal médico mejoró tras saber que tenían a una persona en común.

– No puede ser que se deba tener una ayuda dentro de un hospital para que puedan darle la atención que requiere una persona. Todos son seres humanos y merecen la misma atención y no se vale que tengas palanca para que puedan hacer su trabajo.

Al otro lado del hemisferio, en Brasil, la crisis persiste. Verónica Brañas, una chilena que vive en Río de Janeiro hace más de 40 años explica la ruta de la pandemia en el país más grande de Latinoamérica. La Agencia Nacional de Vigilancia Sanitaria (Anvisa) de Brasil confirmó el primer contagio el 26 de febrero, pero según Verónica ocurrió antes.

– La pandemia llegó en diciembre. En Año Nuevo, a comienzos de enero, descubrieron el primer caso. Para el carnaval ya estaba la Covid, los gobernadores lo sabían, pero significaba mucho más para ellos el ganar plata que prevenir a la población.

Desde la llegada de la Covid a Brasil, el precio de los medicamentos aumentó y la circulación de recetas médicas se restringió. Así ocurrió con el fármaco Annita, utilizado para la verminosis pulmonar, un parásito. “El medicamento se compraba en la farmacia por 30 reales y sin receta médica. Luego de la noticia de que era uno de los medicamentos usados para la Covid, el remedio subió a 60 reales y solo lo vendían con receta médica”, cuenta Verónica.

Lo mismo pasó con los test PCR y exámenes de sangre. Al comienzo no había cómo hacerlos. Nadie quería hacerlos, incluso hasta hoy, dice Verónica. Los plazos de espera, los resultados, el sistema, las órdenes y las autorizaciones no tenían tiempo, podían ser semanas. “Mucha burocracia para evitar una

catástrofe”, dice.

La burocracia en un sistema de salud y en plena pandemia es una crisis dentro de otra crisis.

Ángel para un final

Tras unos lentes y a través de una pantalla, se esconde Georgina Henríquez, una mujer de 32 años, que antes de la pandemia vivía rodeada de niños, ya que es maestra de educación especial y la mayoría de sus alumnos tiene problemas auditivos.

Para ella, la vida es una y se tiene que vivir al máximo. Dejar de lado lo que piensan los demás y hacer lo que el corazón dice, es su filosofía. “Nada es para siempre”, comenta.

La pandemia fue un golpe fuerte en su historia. A los 30 años conoció a quien sería, en sus palabras, el amor de su vida. Ricardo, quien dos años después de ese primer encuentro, moriría contagiado de coronavirus. Él es una de las 114.298 muertes que acumulaba México por Covid-19 hasta el 15 de diciembre de 2020.

Desde ese momento, un cúmulo de emociones se apoderó de ella: se acostumbró al dolor, la soledad y la angustia. Solo con ayuda psicológica se liberó de todos esos sentimientos y pudo reconectar con ella misma. Era diferente y mejor.

Apasionada por los viajes, los recuerdos y los nuevos destinos que no ha visitado, Georgina estaba enamorada a pesar de la diferencia de edad de más de 19 años. Ella no solo perdió a quien amaba, sino también a la persona que daba sentido a sus días. Con esperanza y seguridad dice que hará lo imposible por aportar su ‘granito’ de arena para salvar una vida.

Dicen que los amores fugaces son únicos. Que se dan una vez en la vida y quedan marcados en los recuerdos por siempre. No todos tienen la fortuna de experimentarlos, sentir esa conexión verdadera, la fe ciega de entregarse a otro. Georgina sí pudo. Tuvo la oportunidad de compartir con su alma gemela

por dos años. Si hubiese sido decisión de ellos, nunca se habrían separado. Siempre quedará en la memoria de Georgina el 25 de agosto de 2018, cuando vio a Ricardo por primera vez. Estaban en la boda de una amiga común, en el estado de Cuernavaca. No se conocían, pero el tiempo y destino los hizo coincidir esa noche.

Los 20 años de diferencia entre ellos nunca les afectaron: eran números sin importancia, simplemente una categorización para la sociedad. El amor no tiene edad. Una frase un poco cliché, pero nada alejada de la realidad. Ricardo con sus 52 años, amaba a la mujer que hacía llamar su ‘ángel’, ella era quien había llegado a salvar su vida.

Iniciaron su relación el 13 de septiembre de ese año y en noviembre se fueron a vivir juntos. Tenían muchos gustos en común, pero el mayor de ellos era viajar. Algo que disfrutaron cada segundo que pudieron. No solo la conquistó a ella, sino también a su familia. Su caballerosidad, el estar atento y siempre disponible, hizo inmediatamente que encantara a los cercanos a Georgina.

– Siempre he pensado que la vida es una y tenemos que vivirla al máximo. Nada es para siempre –sus lágrimas afloran cada vez que recuerda a Ricardo– y ahora es cuando digo que no me arrepiento. No me arrepiento de lo que hice, ni de las decisiones que tomé con él.

En marzo de 2019, Ricardo la presentó a sus hijos. Ellos la aceptaron y se ganó un espacio en el corazón de los adolescentes. Hasta hoy la llaman mamá.

– Bueno, la verdad ya dejé de pensar y buscar la respuesta.

La voz de Georgina es acongojada y sus ojos transmiten dolor.

Antes de la pesadilla, Georgina se enfermó de gripe contagiando a Ricardo. Ambos mejoraron rápidamente. Era un resfrío más. Algo que pasaba cada año. Nada fuera de lo normal.

15 días después, los síntomas en el cuerpo de Ricardo afloraron nuevamente. La fiebre se apoderó de él. Diagnóstico: faringitis aguda. Los remedios que le recetaron no le generaron ningún beneficio; al contrario, intensificaron sus malestares en los ocho días siguientes.

Temperaturas altas, dolor de cabeza, fluido nasal, derrames de sangre en la nariz, constantes ganas de vomitar. Ricardo no contó lo que estaba pasando. Georgina estaba en la casa de sus padres. Él no quería tenerla cerca, la cuidaba por sobre todas las cosas y no podía ponerla en riesgo.

Todavía sin saber qué enfermedad padecía, comenzó a automedicarse. Pero la fiebre no le daba tregua. Ricardo llamó a su mujer y le pidió agendar una cita al doctor. Ya no podía seguir así.

El médico le tomó la saturación de oxígeno en la sangre: 94. Parámetros normales. Según el, no había de nada que preocuparse, era una faringitis aguda. Le recomendó una serie de fármacos que acabarían con sus malestares. Días después, sintió cierto alivio, una especie de tregua que le daba la enfermedad, todavía desconocida. Se movía y hacía algunas actividades. Todo iba mejor.

La noche que sintió una mejoría el avance se derrumbó. Los malestares rebrotaron más fuerte que antes. Algo no estaba bien dentro de él. Se desesperó y volvió al médico. Había comenzado la tos.

Su saturación cayó a 84. La situación se complicaba. Recién escucharon que podía ser un cuadro de Covid-19. Debían estar atentos porque en cualquier momento el virus, del cual todavía no tenían certeza, podía empeorar su salud. Solo le recetaron oxígeno. No se conocían medicamentos. Los enviaron a su casa. Sin respuestas. Sin tratamiento y con un diagnóstico poco certero.

Georgina entró en cólera. No sabían cómo podía evolucionar la Covid-19 en Ricardo. Insistió que fueran rápido a hacerse una prueba en algún lugar cercano, para saber si verdaderamente tenía coronavirus o no. Presentía que las cosas no estaban bien. Él se negaba. Solo quería tratarse en su clínica familiar.

Hasta que ella lo convenció. Se realizó la prueba. Malas noticias. Tenía que quedarse internado indefinidamente. No había dudas: era Covid-19. Los primeros exámenes determinaron que sus pulmones no estaban dañados, pero había que seguir su evolución por las secuelas que podría dejar el virus. Si todo andaba bien se podría ir a la casa.

Georgina no pudo llevárselo ese día. Ricardo estaba en urgencias. Uno de los estragos que estaba dejando el coronavirus en su cuerpo era una trombosis. Los primeros días Ricardo se quedó en el hospital, mientras ella permanecía

en casa para evitar riesgos. Pero cuando estaba cambiando las cosas de su habitación para desinfectarla comenzó a reconocer los síntomas que ya había visto en su pareja, pero esta vez era ella. Subía las escaleras y se sofocaba. El miedo comenzó a apoderarse de ella, como si subiera por sus pies y recorriera cada rincón de su cuerpo. Dolor en el pecho, congestión nasal.

– Me sentía impotente, con mucho miedo. Es un cúmulo de emociones muy feas, porque no sabe uno qué va a pasar –la cara de Georgina se transforma a medida que cuenta cómo se sentía en ese momento. Pareciera que su mente vuelve al preciso momento que recuerda–. De cierta forma lo veía ahí en el hospital, yo decía: “Pues si yo estoy infectada también, qué va a pasar conmigo, qué va a pasar con él y qué va a pasar con mi familia. Yo no quiero que ellos se infecten”.

Ella siempre tranquila, pero atemorizada iba al hospital. No sabía cómo iba a encontrar a Ricardo. ¿Estaría mejor? ¿Se habría agravado? ¿Seguiría estable?

Al pasar los días, Ricardo mostraba mejorías. Sus signos estaban bien. La saturación de oxígeno en la sangre comenzaba a superar los 90, sus pulmones empezaban a funcionar. Hasta que repentinamente la situación cambió de manera radical. La saturación se desplomó.

Saturación: 75.

Solo se podían comunicar por videollamadas que les facilitaba el personal del hospital. Lo primero que ella le preguntó fue cómo estaba. La respuesta fue un frío y simple “mal”. El virus consumía el cuerpo de Ricardo.

A Georgina nunca le confirmaron si tuvo Covid-19, pero tomó las medidas de precaución necesarias para no contagiar a nadie. Dejó de ir al hospital a diario. Con un sobrino hacían turnos para acompañar y visitar a Ricardo. Uno de los días que no fue le dijeron que lo intubaron.

– Estar intubado es la muerte, así lo veo yo ahora –dice Georgina con voz temblorosa.

Su evolución parecía favorable y los signos vitales estabilizados. La saturación era hasta 95. Pero la enfermedad es voluble. Al final de la semana su presión cayó.

Los médicos le dieron un medicamento que le ayudaba a mejorar, pero de un

momento a otro, el hospital quedó desabastecido del remedio. En su lugar, le administraron Dopamina. Dosis muy superiores a las que darían a un paciente común. Los órganos de Ricardo comenzaban a fallar. El riñón estaba dejando de funcionar. La posibilidad que lo podía ayudar era una diálisis, un proceso muy delicado en su situación.

A Georgina le pidieron un medicamento para hacer el tratamiento. Llegó al otro día con el remedio. La doctora le hizo esperar. Le dieron la noticia que nunca en su vida quiso oír. Ricardo había fallecido. Le quitaron el ventilador, para comenzar con la diálisis y no resistió.

Dame el poder

Aunque México y Brasil son países con culturas y gobiernos muy diferentes, en esta pandemia han revelado ser más parecidos de lo que se podría pensar. Ambos son encabezados por presidentes obstinados y populistas que han generado polémica con sus declaraciones sobre la Covid-19.

Si bien Andrés Manuel López Obrador (AMLO) tiene una ideología de izquierda y Jair Bolsonaro una de extrema derecha, ambos han sido muy criticados por su manejo de la pandemia, desde las medidas (o su ausencia), hasta por cómo minimizaron la enfermedad al referirse a ella.

En ambos países algunos gobernadores han ordenado a sus habitantes quedarse en la casa, contradiciendo las iniciativas de sus presidentes frente a ese tipo de medidas. A diferencia de Argentina, México y Brasil no decretaron una cuarentena nacional obligatoria.

Al comienzo de la pandemia, López Obrador instó en varias ocasiones a los mexicanos a salir a las calles o que fueran a restaurantes e hicieran su vida normal, aunque el país para esa fecha, 23 de marzo de 2020, tenía 367 contagios y la mayoría de sus gobernaciones se encontraban bajo la Jornada Nacional de Sana Distancia.

A Astrid Reyes, que vive en Poza Rica, un municipio al norte del estado de Veracruz, la pandemia le cambió su rutina por completo. Antes de la Covid-19

estuvo casi seis meses sin visitar a sus padres, concentrada entre la universidad, donde estudia ingeniería, y sus amigos; en su casa solo tomaba desayuno y cenaba. Ahora está encerrada con su familia desde que la Secretaría de Salud mexicana decretó la Jornada Nacional de Sana Distancia, el 16 de marzo de 2020. Esta consiste en medidas para controlar la crisis sanitaria: se suspendieron actividades masivas, se limitó el tránsito en áreas específicas y se adelantaron las vacaciones de Semana Santa para los colegios.

El sistema de semáforos de México

La Secretaría de Salud Federal de México estableció en mayo de 2020 un sistema de Semáforo para informar periódicamente a la población del riesgo epidemiológico frente a la Covid-19 que hay en cada uno de los 32 estados del país. El semáforo tiene un color según la gravedad de la situación estatal:

Rojo: solo se permiten actividades económicas esenciales y se puede salir a caminar alrededor de las casas.

Naranja: las actividades no esenciales pueden trabajar con un 30% del personal y se abren espacios públicos con aforo reducido.

Amarillo: todas las actividades laborales son permitidas y se puede asistir a lugares públicos y privados con foros.

Verde: se permiten todas las actividades, incluso escolares.

México, que en 2020 fue nombrado por Bloomberg como el peor lugar para vivir durante esta pandemia, acumuló al 31 de diciembre de 2020 más de 1.425.000 contagios y supera las 125.000 muertes. Tienen 36.321 contagios por millón de habitantes, en comparación al promedio mundial, que es de 10.479 casos.

Las cifras en México han recibido críticas en ese país y en el exterior, porque no reflejarían la situación. Como muchos mexicanos no creen en las estadísticas oficiales, algunos analistas y profesionales hacen sus propias estimaciones, que triplican las gubernamentales.

La pandemia ha golpeado fuerte a sus habitantes, sobre todo a quienes viven

en la capital, Ciudad de México, puesto que es la localidad que concentra más casos. Paola Ramírez es una de las afectadas. Como psicoanalista observa el manejo de la pandemia desde una perspectiva más profesional. Conoce la situación actual de su país y lo difícil que ha sido.

– El manejo que se le ha dado en México a la Covid también tiene mucho trasfondo político, porque, de alguna manera, ha servido para manejar muchas cosas que están pasando en México en favor del gobierno. Por otro lado, la poca aplicación de pruebas es lo que realmente hace que haya cifras moderadas de la pandemia. Actualmente tenemos 125.000 fallecimientos, pero se calcula por análisis que puede ser el triple.

La política es un factor fundamental en la situación actual de México. AMLO dividió al país. “México hoy está muy dividido política y socialmente”, afirma Paola.

Antes de la pandemia la aprobación hacia el mandatario ya estaba bajando, pero con la llegada del coronavirus es una caída en picada.

– En el camino tuvo varios simpatizantes, mucha gente, entre ellas estuve yo, me puedo considerar que yo también fui simpatizante de AMLO –comenta Ramírez con cierto pudor–. Hasta que de repente empezó a tener pequeñas señales de una necesidad un poco irracional y ahí empezó a perder a muchos adeptos.

Además de la Covid-19 y la grave crisis económica, al presidente le afectó la poca transparencia al enfrentar la pandemia. “Las faltas de pruebas, las denuncias de los gobernadores y las cifras inexactas son las cosas que empezaron a resonar para que la gente se pudiera dar cuenta que los números están siendo manipulados”, dice Paola.

Como dice el popular grupo Molotov en *Gimme Tha Power*, casi un himno para sus fanáticos, los opositores de AMLO plantean que en México “hay que arrancar el problema de raíz, y cambiar al gobierno de nuestro país”.

México: Cantidad de casos acumulados por estados, 2020

Fuente: Statista.

El 1 enero de 2019, 421 días antes del primer caso confirmado en Brasil, Jair Bolsonaro asumió como el 38° presidente del país. En su primer año de gobierno, el presidente brasileño ganó fama internacional acumulando polémicas y controversias contra sus adversarios. A través de sus redes sociales o en declaraciones públicas, el mandatario de ultraderecha dejó clara su actitud sobre la agenda nacional e internacional.

Frases suyas despectivas sobre la preocupación por el medio ambiente, la comunidad LGBTIQ+, opiniones sobre actores internacionales como el presidente de Francia, Emmanuel Macron, la pobreza, ideologías, el hambre y muchas otras resonaron en el mundo.

Ximena Holmer, una chilena que vive en Brasil hace 44 años, describe a Bolsonaro y su gobierno: “No es diplomático, no piensa en sus palabras, no quiere hablar bonito. Eso chocó. Por eso el Congreso y el gobierno están en esa guerra”.

La pandemia no morigeró la agresividad de Bolsonaro. Incluso la aumentó. Con más de 7,5 millones de casos confirmados en 2020 y sobre 194 mil fallecidos, el presidente trató al virus como “una pequeña gripe o resfriado”.

El 7 de julio de 2020, el mandamás brasileño dio positivo al coronavirus, poco después de llamarlo una “gripecilla”. Durante 14 días el mandatario se mantuvo aislado en el Palacio de la Alvorada, la residencia presidencial en Brasilia, y según sus declaraciones a la prensa se encontraba “perfectamente bien”. Tres semanas más tarde, confirmó que se curó del virus, sin embargo, llamó la atención que se le detectara una infección secundaria en el pulmón causada por el moho, si, en sus palabras está “curado” de la Covid-19 y generó “anticuerpos”. Curiosamente, también AMLO contrajo el virus, a fines de enero.

El presidente de Brasil se paseó por las calles de Brasilia en 2020, se sacó la mascarilla en público, abrazó a sus seguidores sin respetar la distancia social, mientras que, en otros estados del país, como la Amazonía, hicieron fosas comunes para enterrar a sus muertos. Polemizó con la comunidad médica y científica, destituyó a dos de sus ministros de salud, intentó restringir la información sobre el coronavirus y se burló de las vacunas, de las que llegó a decir: “Si te conviertes en un caimán, es tu problema”.

En São Paulo, los hospitales llegaron a estar en el 90% de su capacidad, al borde del colapso de la red sanitaria. Sin embargo, las localidades más afectadas son las de la Amazonía, en un estado donde habitan cerca de 900.000 indígenas de diferentes tribus y hay una deficiente red hospitalaria. Los centros de salud ubicados en la capital estatal, Manaus, no dieron abasto durante la pandemia, por la que se debieron cavar fosas comunes con retroexcavadoras donde sepultaron a los fallecidos por Covid-19. Los pueblos indígenas de Brasil acudieron a la OMS para pedir un fondo especial de emergencia que los proteja. A comienzos de 2021 faltó el oxígeno para los pacientes y muchos murieron por esta razón,

Otra de las razones por las que el sistema de salud no ha funcionado mejor en Brasil es la constante disputa entre Bolsonaro, el Congreso y los gobernadores. Estos últimos han decretado restricciones a la población, contra la opinión

del presidente. La pandemia profundizó la brecha entre el Ejecutivo y el resto de los poderes del Estado. Agrava los problemas la percepción en Brasil de que la corrupción crece. Según el Barómetro Global de Corrupción 2019 de Transparencia Internacional, el 54% de los encuestados considera que han aumentado las irregularidades en el país durante el último año.

Brasil: Cantidad de contagios acumulados por estados, 2020



Fuente: Statista.

Ximena Holmer es una de las personas que creen lo mencionado anteriormente. “Todo el mundo sabe que los políticos roban, pero lo que le duele al ser humano es que es inhumano que en medio de una pandemia continúe siendo más relevante la parte política que la crisis sanitaria. Es un juego de intereses”.

A pesar de sus diferencias ideológicas, AMLO y Bolsonaro han cometido el mismo error de subestimación de la Covid, asignando más importancia a la economía. En ambos países, la cuenta la han pagado sus habitantes.

Ximena lo explica de forma muy sencilla: “El manejo de la pandemia es el lado que más afecta al ser humano, hay mucha política en medio de todo este virus”.

El segundo nacimiento

Si existe certeza de algo, es que todos van a morir. La caducidad de la vida es inminente, cruda y para algunos, dolorosa. Lo finito. Los cambios abruptos. Perder a un ser querido. Perderse a sí mismo. Tal como expresa Quevedo en uno de sus poemas, “Ayer se fue, mañana no ha llegado; / hoy se está yendo sin parar un punto; / soy un fue, y un será, y un es cansado”.

Así es la vida: efímera.

Georgina lo vivió de primera mano. Dice que aprendió, con un fuerte golpe: su esposo falleció en junio y su padre en noviembre. Sin embargo, cree que siempre hay esperanza. Ella pudo haberse perdido en las desgracias que la rodearon, pero prefirió darle otra perspectiva a la situación.

Con una grandeza que sorprende, cuenta que hay demasiado dolor, pero la pérdida de Ricardo le enseñó que la vida sigue y solo es una. Que hay que tomar las cosas de la mejor manera. Dice que si puede poner un granito para salvar a alguien, lo hará.

Alejandro Martínez piensa que las personas le tienen mucho miedo a la muerte. Desde su perspectiva es lo más tranquilo del mundo: “La forma en la que mueres da miedo, pero el acto como tal a mí me pareció maravilloso”. Así fue para él, luego de sufrir un accidente en el quirófano. Cuando lo despidieron del trabajo, su depresión se agudizó. Sin embargo, la Covid llegó y modificó su perspectiva. ¿Cómo incide una pandemia en que renaciera, en que encontrara su propósito, la hoja de ruta, el motivo de su viaje?

No le cuesta conversar. Con su habla rápida recuerda que estuvo a cinco milímetros de perder la pierna, pero finalmente pudo reconstruir su fémur. Empezó a valorar todo eso. Fue un renacimiento, el primero, donde tuvo que volver a aprender a caminar.

Ahora la Covid le enseñó hábitos, lo concientizó sobre su salud, lo incentivó a llevar una vida con el objetivo de un bienestar integral. Cree que muchas variables afectan: “Tenemos que cuidar todo, hasta lo que pensamos”.

Sabe que él es el responsable de su vida. Lo ha aprendido de manera difícil. Se siente como un gato. Cree que si sigue vivo es porque tiene algo que hacer. Es la mayor enseñanza con la que se queda de la pandemia: “Todos los seres humanos tenemos un propósito, tu trabajo es encontrarlo. Quizás sea solo para ti mismo, pero con que lo encuentres y lo apliques en ti, eso cambia. Me queda la esperanza de decir, si sigo vivo puedo ser mejor”.

Tal como ellos, muchas de las personas afectadas por la pandemia estuvieron encerrados sin ver a sus seres queridos por semanas. Muchas fueron víctimas de un sistema indigno que no logró garantizarles sus necesidades básicas, o se vieron envueltos en laberintos burocráticos que entorpecieron su experiencia. Ni las historias más conocidas de Kafka, ni la canción más escuchada de Sui Generis: nada que venga de la ficción supera a la realidad. Enfrenta a las sociedades, las obliga al cambio radical y las empuja con el único propósito de persistir. Continuar en la vorágine de las conversaciones por pantalla, del distanciamiento físico, de las transformaciones laborales. El renacimiento es un recordatorio del pasado, una memoria escondida que se supera a sí misma, una señal que avisa que todo acabó, pero vuelve a comenzar. Que la vida es una paradoja entre las habitaciones de la vida y de la muerte. Como escribió la poetisa Paz Molina, “Las habitaciones del hombre son dos/ una para nacer/ otra para morir”.

¿Pero las de la esperanza? En ese camino las habitaciones son infinitas.

CAPÍTULO 5.

Uruguay: ¿El mejor alumno de América Latina?

AGUSTÍN BIANCHETTI
JOSEFINA CONCHA
IVÁN REINOSO
JAVIER TOBAR

“ No somos países hermanos, somos gemelos que nacimos en la misma placenta”, afirmó José Mujica, bajo su mandato como presidente del país charrúa frondoso y de bellas playas, refiriéndose a la estrecha similitud cultural entre argentinos y uruguayos que, hasta hoy, pareciera ser un eslabón inquebrantable en la historia de América Latina.

Ambos países comparten costumbres que solo se ven separadas por un extenso camino de agua, el Río de la Plata. Acento, modismos, colores y símbolos -como el sol en la bandera- carne y mate son algunos de los parecidos, a ojos de un vecino chileno o chilena. Sin embargo, los “gemelos” se han diferenciado fuertemente durante las últimas décadas, principalmente en temas políticos y económicos, como también –durante el último año– en el manejo de la pandemia producida por la Covid-19.

Argentina, desde la aparición de los primeros contagios en marzo de 2020, optó por actuar rápidamente con cuarentenas extendidas en todo su territorio y aun así llegó a ocupar el quinto lugar en países con mayores contagios del planeta. Uruguay, por otro lado, ha apelado a la responsabilidad de sus habitantes, sin imponer el confinamiento, y se ha convertido en el que mejor ha manejado la pandemia en el continente, con índices bajísimos de contagios y mortalidad, que se han traducido en una vuelta a la “normalidad” desde julio del año pasado. Aun cuando a comienzos de 2021 –al cierre de este reportaje– los números habían comenzado a subir, todavía se encontraban lejos de parecerse a sus vecinos o incluso a Chile y Perú.

El porqué de este fenómeno se puede relacionar con varios factores, siendo su baja densidad demográfica una arista determinante a la hora de manejar el coronavirus.

Alerta en Montevideo

Luego de dos importantes reuniones con la Junta Nacional de Emergencia y los partidos políticos, el presidente uruguayo, Luis Lacalle Pou, estaba listo para dirigirse a sus ciudadanos y comunicar lo que todos esperaban: el virus estaba entre ellos. De terno, camisa blanca y una distinguida corbata celeste, puso las manos sobre la mesa, una sobre la otra, calmadamente ordenó sus documentos,

dirigió tímidamente sus ojos a las cámaras y tomó un gran respiro.

El gobierno ya lo había decidido, sabían que la crisis se manejaría desde la ciudadanía, esa era la forma, y el mandatario se los hizo saber: “La primera definición es declarar de forma preventiva la emergencia sanitaria, en segunda instancia vamos a proceder a un cierre parcial de fronteras, implicando una cuarentena obligatoria para aquellos pasajeros provenientes de países declarados de riesgo”, manifestó Lacalle.

Fue con aquellas palabras que la primera etapa de la emergencia se inició y las autoridades establecieron sus primeras medidas: “Internamente hemos decidido la suspensión de todos los espectáculos públicos, tenemos prevista la suspensión de asistencia en todos los niveles de enseñanza pública y privada”, sentenció el líder.

La pandemia llegó de golpe a Latinoamérica. Primero fue Brasil, el 26 de febrero; luego, Ecuador, el 29 del mismo mes; seguido de Argentina y Chile el 3 de marzo, y solo diez días después, a tierras charrúas. Sin embargo, no se propagó desde las fronteras cercanas. La Covid-19 habría sido importada directamente desde Europa.

¿Cómo es la República Oriental del Uruguay?

- * Superficie: 176.215 km².
- * Población: 3.449.000 personas (Banco Mundial, 2018).
- * País unitario dividido en 19 departamentos.
- * Capital: Montevideo, 1.381.000 personas (ONU, 2017).
- * Desde 1960, Uruguay ha aumentado su población –aproximadamente– en un millón de ciudadanos.
- * Desempleo 2020: 9,9% con datos de enero a septiembre 2020 (Cepal, 2020).
- * Evolución del PIB en 2020: -4,5% (Cepal, 2020, cifras preliminares).
- * Inflación 2020: 9,9% (Cepal, 2020, cifras preliminares).
- * Deuda externa 2020: US\$ 44.767 millones (Cepal, 2020, cifras preliminares).
- * Inversión extranjera directa 2020: US\$ 1.072 millones (Cepal, 2020, cifras preliminares).

El virus aparentemente arribó al país de las playas azulinas el 7 de marzo, desde Milán, luego de que Carmela Hontou, una reconocida diseñadora de los barrios altos y parte del *jet set* nacional, retornó desde Italia, debido a la cancelación de una reunión.

La mujer regresó sin problemas al aeropuerto uruguayo una semana antes de que la alerta nacional por el coronavirus fuese emitida por Luis Lacalle Pou. Sin embargo, jamás imaginó que se convertiría en *trending topic*, luego de que asistiera a un matrimonio, junto con otros 500 invitados.

El caso alertó a los 3,4 millones de habitantes del país y muchos hablaban de Carmela. Sabían quién era y algunos asumieron que fue la responsable de la pandemia en Uruguay.

Las noticias nacionales e internacionales ayudaron a hacerle parecer como quien inició la crisis sanitaria. A partir de audios filtrados de personas cercanas a la diseñadora, los medios escritos y también los programas de farándula sumaron minutos y párrafos, sepultando la reputación de la mujer.

Sin embargo, y después del escándalo ocurrido en torno a ella, nadie le pudo culpar con certeza. Su círculo se cerró y no quiso dar declaraciones. Dos meses después, Hontou se refirió al tema a través del programa *online* “Modo Pillo”, donde declaró: “En estos días me estoy recuperando, ya un poquito más en mi casa estoy empezando a ver lo que se ha publicado en las redes con muchas mentiras que han dicho sobre mí, con fotos truchas, con videos falsos, y bueno, físicamente me estoy reponiendo, anímicamente tengo un largo proceso todavía aún que me llevará más tiempo, pero bueno, cuando sea el momento yo les hablaré”.

Uruguay en cifras

* Tasa de alfabetización: 98,5%, 2014.

* PIB per cápita: 14.643 euros (2018).

* Tasa de mortalidad: 9,47% (2018).

* Tasa de natalidad: 13,86% (2018).

* Inmigrantes: 81.482 (2019).

* Emigrantes: 633.439 (2019).

Fuente: www.gub.uy

Lo que sí es cierto es que no sólo su vida cambió. Después de aquel 13 de marzo de 2020, la “normalidad”, como se la conocía, dejó de existir para todos los uruguayos.

Consensos políticos

Con apenas 13 días al mando de su país, Luis Lacalle Pou tuvo que enfrentar un virus, que encontró una nueva escala en su gira mundial. Un comienzo vertiginoso donde debió actuar de forma certera y con el cronómetro en contra. La primera gran medida anunciada por el mandatario fue la no imposición de una cuarentena obligatoria, lo que sí se estaba dando en otros países del continente. Incluso lo conversó con su antecesor y opositor, el médico Tabaré Vázquez, quien sí veía el confinamiento como una opción.

Meses después, el 27 de mayo, ambos tuvieron una charla en privado, donde discutieron las coincidencias y diferencias entre los dos bloques para poder llegar a acuerdos políticos, económicos y sociales. Todo por el bienestar del pueblo uruguayo.

Fue así cómo el país afrontó la llegada del virus y, bajo aquellas medidas sanitarias, se mantuvo la tranquilidad de los habitantes del territorio, quienes, a pesar de haber modificado sus vidas, agradecieron los esfuerzos del gobierno por mantenerlos seguros. El primer periodo duró aproximadamente dos meses, etapa en que se registraron sólo 719 contagiados, número que se alejaba de la realidad de sus países vecinos. A modo de comparación, a fines de mayo de 2020, en Chile casi cien mil personas ya se habían contagiado con el virus.

Incluso considerando el repunte que ha tenido el país charrúa a comienzos de 2021, al cierre de este reportaje, los números son muy dispares con la realidad chilena. Así, al 8 de enero, Uruguay tenía 6,41 muertos y 668,19 contagiados por cada cien mil habitantes, de acuerdo a los datos entregados por RTVE. En tanto, en nuestra nación, a la misma fecha se contabilizan casi 90 fallecidos y más de tres mil contagiados por cada cien mil personas.

Respecto al agitado inicio de Lacalle Pou, Sergio Farto, periodista de *Radio Uruguay*, comenta que “tenemos un presidente que fue responsable, pero que jugó con nosotros a ser responsables. Y aquí no se entró en conflicto con él,

como sí pasó en otras partes”, asevera.

Farto tiene 41 años y es reportero, además de editor de la emisora en Montevideo. Vive con su esposa Mary Carmen y sus tres hijos: Gonzalo, Benicio y Amelie. Está a cargo del programa deportivo Derechos Exclusivos, aunque también cubre actualidad variada en el Programa País, de la misma estación. Así, con conocimiento de causa, el comunicador está bastante conforme con el desempeño de sus gobernantes: “Creo que se tomaron medidas correctas y que Uruguay es un país chiquito. Somos perfectamente controlables y somos responsables”.

El presentador, además, rescata la buena comunicación de las autoridades con el resto de los ciudadanos. “Todos los días estuvieron dando la cara y cierta tranquilidad. Tanto en el acierto como en el error, siempre estuvieron a disposición para charlar con la prensa. Me parece que estuvo bastante bien, a pesar de que uno siempre vea que se pueden mejorar cosas”, comenta.

Asimismo, rescata el intercambio positivo entre los principales sectores de la política uruguaya, por lo menos durante el comienzo de la pandemia. “La oposición se juntó con el presidente, varias veces, para tomar decisiones y en muchas ocasiones no estaban de acuerdo, pero el mensaje era apoyar al gobierno y más adelante veremos. Siempre los sectores políticos estuvieron alineados en sacar al país adelante. Ahora no, volvieron a ser oposición y se lanzan dardos por todos lados”, agrega entre risas el periodista.

Lo bueno es que hay salud

Larry Jaccottet Ferrer es un médico especialista en emergentología y director adjunto del Hospital de Río Branco, ciudad uruguaya fronteriza con Brasil, que tiene una comunidad de alrededor de 80.000 habitantes. Dentro de sus tantos roles, tiene a cargo el “Área Covid-19”. Es caucásico, de pelo oscuro y viste una polera gris con detalles naranjas y un short beige.

Se acomoda en lo que parece ser el living-comedor de su hogar y comparte que, para él, el virus no era nada nuevo. “Si tú dices gripe, la gente sabe lo que es gripe. Al decir coronavirus nadie sabía lo que era en Uruguay antes del 13 de marzo y el mundo entero sabía muy poco del término antes del

fin del 2019, pero cuando yo me formé en la facultad tuve que estudiarlo. Ha sabido evolucionar genéticamente de tal manera que es muy amigable, muy inteligente”, comenta Jaccottet.

El médico destaca la salud uruguaya y asegura que la respuesta efectiva que tuvo, responde a una estructura centenaria. “Uruguay tiene una democratización de la salud, por tradición. Acá existe el sistema mutual hace más de 100 años, donde quien está sano está pagando para quien se enferma. Cuando yo sea anciano y necesite, el fondo me cubre a mí. Es parte de la cultura uruguaya, todos lo damos por sentado”, expresa.

José Luis Satdjian, subsecretario del Ministerio de Salud Pública, declaró, en una conferencia de prensa a mediados de noviembre, que heredaron un sistema mutual de instituciones “único, de hace 170 años. Además, somos el primer país del mundo que adoptamos atención móvil, con médico a domicilio, hace ya 40 años. Esto hizo que no colapsen los servicios de salud”, aseveró.

Sumado a lo anterior, apareció otra teoría sobre la baja cantidad de contagios en Uruguay, la que se remonta a otra enfermedad, décadas atrás. El portal web montevideo.com.uy, publicó que un grupo de científicos de las universidades de Ben-Gurion y Jerusalén, ambas de Israel, investigan una coincidencia de la baja tasa de contagios, en 55 países donde se aplicó la vacuna BCG (Bacillus Calmette Guerin), creada para inmunizar contra la tuberculosis y que lleva décadas en calidad de obligatoria en el país charrúa.

“Hubo una vacunación obligatoria, con una cepa de defensas que la madre le transmite al feto durante el embarazo y que se fortalece con la vacuna cuando naces. Debemos tener cerca de 40 años con esta, ha sido bien estudiada en África por Israel y se comparó con nosotros. Se planteó como una de las posibilidades y se está buscando desarrollar una vacuna teniendo eso como punto de partida”, comenta el médico deportólogo, José Veloso.

Empresas, empleos e incentivos

Persianas cerradas, trabajadoras y trabajadores ahora desocupados en sus casas, otros operando de forma telemática desde el hogar. Algunos con ahorros para sobrevivir, otros no. La situación laboral de Latinoamérica

cambió drásticamente: solo el 51,1% de la población se encuentra ocupada, mientras que los índices de desempleo cerraron en un histórico 11,4%, según un informe de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), publicado el 30 de septiembre de 2020.

Treinta y cuatro millones de personas hoy se encuentran desempleadas en la región y se estima que recuperar lo perdido podría tomar una década. Sin embargo, no todo el hemisferio sur de América corrió con la misma suerte. Uruguay ha sido uno de aquellos países que ha logrado continuar con sus niveles de producción, sin la necesidad del cierre de fábricas y comercios.

Juan Raso, doctor en Derecho Laboral y académico de la Universidad de la República de Uruguay, ve cómo la pandemia presenta una oportunidad única a la nación: “Se está apostando hoy a mostrar que es un país de calidad, porque tiene una situación de calidad en épocas de Covid”. Y es que el país charrúa vivió su momento más crítico desde que arribó el virus, hasta fines de abril. “Cuando el sindicato de la construcción y las cámaras de empresarios deciden salir a trabajar, fue algo maravilloso, eso dio un estímulo a todos”, sentencia Raso.

Los alentadores índices provocaron el cambio en la estrategia con la que Uruguay planea llegar al mundo, con pilares fundados en que viven una realidad privilegiada y, por lo tanto, beneficiosa para el mercado. Raso concluye que lo anterior se debe a un tema cultural del uruguayo, quien habría sido responsable del control de la pandemia y, por ende, digno de confiar. “Se está tratando de atraer empresas, de atraer capitales. El mensaje es: nosotros tenemos menos Covid, porque somos personas serias”, detalla.

Sin embargo, estadísticamente, el país charrúa vive sus más altas cifras en temas de desempleo. Hoy, con un 11%, se posiciona en el peor momento registrado desde el 2006, época en que se llegó a un 11,6%, según indica el Instituto Nacional de Estadísticas del país. Lo anterior sucedió sin importar los esfuerzos del gobierno, quienes, según la doctora en Derecho y delegada del Ejecutivo en el Ministerio del Trabajo, Luján Charrutti, han implementado distintos instrumentos para preservar los empleos.

Al igual que en otros países latinoamericanos, el seguro de cesantía cobró un

rol importantísimo para aquellas empresas que vieron disminuida su actividad productiva, y, por lo tanto, se vieron obligadas a la reducción de personal. Sin embargo, el gobierno adoptó este fenómeno como algo transitorio, incentivando el uso del beneficio. “Las medidas de seguro de paro no son para dilatar despidos, son para preservar”, sentencia la abogada.

Además, entre las disposiciones que se elaboraron para frenar la desvinculación de trabajadores, se consideraron estímulos para que las mismas organizaciones optaran por incorporar nuevos dependientes, como también la exoneración en los pagos de luz, agua e impuestos. “Se han dado incentivos a la empresa que contrata un trabajador nuevo, un incentivo económico, la idea es no destruir el empleo, tampoco destruir la empresa”, establece la experta en material laboral.

Los primeros de la clase

Con respecto a la educación, se optó por lo obvio: las clases *online*. Desde que se supo sobre el primer caso en el país, el presidente ordenó que las sesiones presenciales se suspendieran, así que tuvieron que adaptarse al Zoom y videollamadas.

Juan Franco Lema tiene 21 años y estudia medicina en la Universidad Centro Latinoamericano de Economía Humana (CLAEH) en Punta del Este. Desde 2018, vive solo y se encuentra cursando su tercer año de carrera. Él es originario de Salto, al norte del país, lugar al que volvió al inicio del semestre por las cátedras en línea. Sin embargo, a medida que pasaba el tiempo, se hizo difícil mantener este tipo de lecciones, sobre todo por las clases prácticas, así que la universidad decidió retornar a lo presencial. Para ellos, no fue gran problema porque son 30 estudiantes y pudieron implementar un escritorio para cada uno. Van con mascarilla y les toman la temperatura para seguir los protocolos sanitarios.

Lema había comenzado a asistir a sus prácticas. “Necesitábamos la clínica. Encontré un funcionamiento interno diferente en los centros. Había zonas restringidas, el campo respiratorio estaba apartado del resto, habían implementado unos contenedores aparte. Había una sala implementada para atención telefónica, pero después de todo, fue una linda experiencia en el

hospital de Maldonado”, comenta sobre su experiencia al regresar a los centros médicos.

En la misma línea, el 22 de abril, Uruguay se convirtió en el primer país de la región en reactivar las clases en los colegios, comenzando precisamente por las zonas rurales para luego, paulatinamente, irse concretando en la totalidad del país. Fue un proceso largo, progresivo y voluntario, donde cientos de alumnos pudieron regresar a las aulas, tomando todas las precauciones sanitarias.

La realidad estudiantil además tenía una ayuda en un hecho anterior: un proyecto educacional de hace 13 años atrás, implementado en el gobierno de Tabaré Vázquez, que aportó con una base de plataformas de contenidos a nivel nacional y brindó asistencia a los estudiantes de escuelas públicas con recursos tecnológicos y sistemas de gestión de aprendizajes: el Plan Ceibal.

Las “ceibalitas”, como se les conoce popularmente, son las *laptops* que fueron entregadas a cada estudiante en este proyecto educativo. “Las he usado, no son ninguna maravilla, pero seguramente debe haber alguien que le haya ayudado”, confesó el estudiante de ingeniería informática, Felipe Young.

En esta estrategia también se incluyeron plataformas digitales educativas como Contenidos y Recursos para la Educación y el Aprendizaje (CREA), donde los profesores y alumnos pueden intercambiar materiales, tareas e impartir prácticas pedagógicas innovadoras. Asimismo, existe la Biblioteca País, que dispone de más de siete mil libros y textos académicos en versión digital, disponibles para todos los habitantes de Uruguay.

Martina Guillén, una escolar de 15 años, cuenta la experiencia que vivió a partir de la llegada de la Covid-19. “Yo me cambié de liceo, este es mi primer año en el que estoy con mis actuales compañeros. Cuando comenzó todo, hubo una especie de tristeza ya que nos estábamos conociendo y todo se cortó de la nada”, indica con pesar la estudiante de cuarto año de bachillerato del Instituto Juan XXIII de Montevideo.

Guillén añade: “Mi liceo salió mucho en los medios porque fue el primero que cerró, al ser un lugar de alto riesgo. Lo hicieron muy bien. Mi familia estaba re feliz porque el liceo tomó medidas adecuadas. Las clases comenzaron enseguida de forma *online*”. Pero como se mencionó, el sistema en línea llegó a

su fin y ha comenzado gradualmente a asistir de forma presencial. Desde el 13 de julio, su curso empezó a ir por grupos al establecimiento: la primera mitad iba martes y jueves, y la otra, lunes, miércoles y viernes.

El 29 de junio de 2020, Uruguay reabrió todos los centros educacionales públicos y privados. Se decretó que las clases serían voluntarias y, además, no podrían extenderse por más de cuatro horas al día. El gobierno informó en julio, en el primer balance sobre el retorno, que volvió más del 70% de los alumnos de educación secundaria y un 63% de los de primaria.

Una llamada en la previa

José Veloso, médico deportólogo, mandamás del Centro Médico Deportivo de la Secretaría Nacional de Deportes y director médico de Control Dopaje, está ligado a su área desde hace décadas. Su experiencia le permitió llegar a ser coordinador local antidopaje, como encargado de FIFA en la Conmebol y así, hacerse cargo de armar el protocolo sanitario para el regreso del fútbol a su país y otras disciplinas como el rugby, el baloncesto y más.

El médico destaca lo importante de la buena relación y la comunicación entre las distintas autoridades de salud: “En nuestro país, la política pública está muy confinada a feudos. Los que estamos a cargo tenemos una relación de compañeros que entramos hace 40 años a la facultad de medicina. Entonces, estábamos en contacto, nos conocíamos y tuvimos la suerte de entrar en cargos jerárquicos del mismo nivel, lo que aceitó muchísimo el mecanismo en la salud pública, para poder elaborar protocolos en los cuales se respetaran las normas del sistema nacional de emergencia y se fueran integrando al deporte”. “Debo contestar esto. Es algo urgente”, interrumpe Veloso, se pone de pie y se lleva el celular al oído, alejándose de la cámara y perdiéndose de vista. Pasados tres minutos reaparece: “Lo siento mucho, pero debo dejarlos. Pasó algo en un partido de fútbol de la Libertadores entre Peñarol y un equipo brasileño, el día de ayer, por unos casos positivos y debo atenderlo”.

En un segundo encuentro, el deportólogo cuenta que en el partido entre Peñarol de Uruguay y el Atlético Paranaense de Brasil, luego de hacerles el examen a dos jugadores y dos miembros del cuerpo médico del equipo

brazuca, se detectaron cuatro contagiados. Todo esto, antes de jugarse el duelo. “Cuando tú te encuentras con casos positivos, te ves enfrentado a desarrollar protocolos según la actividad de la persona”, comenta Veloso.

“Llegan a la burbuja en el hotel, a ellos dentro del mismo hay que aislarlos del resto de la delegación. Se les pone en pisos separados, se les pone la comida envuelta en nylon, se les golpea y deja la comida, después la sacan y la dejan fuera y la van a buscar. Los que los atienden usan trajes de protección personal, mascarillas, higienizan todo y se sacan toda la ropa cuando bajan del piso. Ese es nuestro protocolo”, complementa el médico.

La vida en cuarentena

Pablo Rodríguez, de 49 años, vive en Montevideo, específicamente en el barrio de Trubil, cerca de la costanera, sector conocido como La Rambla. Un lugar que normalmente es muy concurrido. Es arquitecto de la Universidad de La República y, por su trabajo, le tocó estar en Chile justo para la llegada del virus. En su retorno, fue crítico con las medidas que se tomaron en los aeropuertos, argumentando que “cuando llegué a Santiago, el 3 de marzo, me tomaron la temperatura, pero cuando regresé a Uruguay, el 9, no había ningún tipo de control. O sea, no todo es bueno acá”, confiesa.

Rodríguez relata que la llegada del virus a su país causó un gran pánico en la población, lo que determinó en gran medida la responsabilidad con la que los habitantes trataron la situación. “A partir del 13 hubo un impacto acá en Uruguay, un miedo generalizado, una psicosis. Si bien no se decretó cuarentena como en Argentina, la gente se negaba a salir a la calle. Incluso hubo una homogeneidad, entre el gobierno y la oposición, en decir: ‘señores hay que quedarse en sus casas’, entonces eso retroalimentó un poco ese temor que había de contraer una enfermedad que era totalmente desconocida”, comenta. El edificador, de tez clara, ojos azules y pelo canoso, comparte, desde la mesa del comedor de su departamento, sus apreciaciones sobre la productividad laboral durante la pandemia. “La actividad comercial se detuvo, la construcción se detuvo, la cantidad de transporte público se redujo y la situación comenzó a cambiar a partir del 13 de abril aproximadamente. En la segunda semana

de abril, el gobierno y el sindicato de la construcción acordaron volver a las tareas, con ciertos protocolos, lo cual reactivó de cierta manera la economía. Reactivó la construcción que es la madre de muchas industrias. Eso ayudó a que no siguiera cayendo”, concluye Rodríguez al mismo tiempo que vierte más agua hervida para su mate.

Las visiones de dos universitarios no son muy distintas. Andrés Ramírez tiene 25 años y es estudiante de derecho en la Universidad de la República en Montevideo. Sin embargo, debido a la pandemia, se trasladó a su ciudad natal, Minas, donde el primer semestre del año realizó sus clases por la plataforma Zoom.

“La verdad es que la gente fue bastante consciente. Creo que es de los pocos casos que he visto que tanta gente hace caso a una orden que no tiene una sanción”, declara desde su escritorio. “Salía la gente, pero mínimamente, a comprar la comida, para algo que tenga que pagar y volver a su casa. No se juntaba con nadie y yo, por ejemplo, con mis amigos me junté a los dos meses básicamente desde que arrancó todo, pero no era porque no pudiéramos salir. No, era porque entendíamos que teníamos que cumplir”, dice.

Felipe Young es alumno de ingeniería informática de la Universidad ORT (sigla en ruso de Organización del Trabajo Agrícola y Artesanal) de Uruguay. Vive a las afueras de Montevideo y se demora una hora en auto -aproximadamente- desde la facultad a su casa. Sentado en el asiento de copiloto, en el auto de su padre, confiesa que la pandemia fue marcada por tres etapas: la primera, desde el 13 de marzo hasta abril, donde se vivieron los momentos más críticos: “Se generó un aspecto social muy raro, el que salía a la calle estaba mal visto y todos tuvimos problemas personales con eso. Yo me acuerdo que me peleé con mi novia que me decía: ‘Vas a salir, vas a andar en bici, ¡A andar bici! No, no podés salir’. Esta fue la peor etapa de la pandemia, porque no se podía hacer nada”.

La segunda fase fue marcada por la vuelta de algunos trabajos, así como también un regreso progresivo a clases, partiendo en las zonas rurales, donde había una menor probabilidad de contagios. “Esa fue una etapa donde empezamos a ver que las cosas iban mejorando, y que un poco, se podría decir, que volvíamos

a la normalidad. Ya volvían las reuniones sociales con amigos. Ahí como que empezó el 2020 de nuevo, más o menos”, cuenta Young.

Andrés Ramírez recuerda muy bien aquella etapa: “A partir de mayo-junio, se empezaron a abrir los espacios, por ejemplo, acá (en Minas) se habían vaciado todas las plazas. Acá tenemos una rambla donde era imposible cerrarla, pero se cerró toda. Después de mayo se empezaron a abrir los espacios públicos, siempre igual exhortando al uso de tapaboca y más que nada a que hubiera higiene personal”.

El último ciclo, hasta el momento, es el que se vivió a partir de fines de junio en adelante, donde se vio casi una normalidad total. Restaurantes, gimnasios y shoppings volvieron a abrir sus puertas de forma regular, respetando ciertos protocolos sanitarios, como el uso de mascarillas. También hubo fiestas, manifestaciones y hasta elecciones municipales. “En esta tercera etapa te lavas las manos, responsable y todo, pero ya se flexibilizó bastante. Nosotros no tenemos metro, pero los ómnibus van llenos, todo el mundo está con tapaboca, pero donde se agarre un contagio, ahí olvídate”, concluye Felipe Young al bajarse del auto que lo llevaba de regreso a su casa, luego de haber podido asistir presencialmente a su universidad.

No todo lo que brilla es oro

Fabio Guillén es un constructor de 46 años que posee su propia empresa de casas prefabricadas. Está radicado en Montevideo, casi a la frontera del departamento de Canelones y vive junto a su esposa y su hija Martina. Tiene el pelo corto y castaño, aunque con algunas canas, y su piel tiene una tez bronceada, como la de una persona que pasa mucho tiempo bajo el sol.

Por temas de trabajo, él no puede seguir una cuarentena estricta, pero su rutina familiar cambió de todas maneras. Ya no van al shopping, restaurantes o al cine como suelen hacer muchos uruguayos los fines de semana.

Guillén, a pesar de las alentadoras cifras en su país, es bastante crítico. Asegura que no se cumplen las normas sanitarias y en distintos lugares como tiendas, supermercados y transporte público, presenció aglomeraciones de gente, donde no se respetaba el distanciamiento social y, además, algunos no utilizaban

mascarillas. Él siempre lleva su tapaboca y alcohol gel personal, pero no estuvo exento de sustos y sospechas.

Los primeros días de septiembre, el constructor comenzó a presentar tos, dolores en el pecho, una sensación de decaimiento y su comida no le sabía a nada. “Tengo coronavirus”, se dijo a sí mismo, idea que no surgió solo de la lista de síntomas que causa la Covid-19, sino que tres de sus hijos, que residen en la ciudad de Buenos Aires, Argentina, tuvieron los mismos signos y dieron positivo al test que les realizaron en el país vecino.

Llamó a Médica Uruguaya, un servicio de asistencia privado:

- Buenas. Llamo porque creo que tengo coronavirus. He tenido algunos síntomas durante estos días ¿Qué debo hacer? –preguntó Guillén al teléfono.
- Perfecto. No se preocupe, un médico se contactará con usted dentro de las próximas 24 horas para darle instrucciones –recibió como única respuesta, sin ningún otro tipo de indicación.

Pasaron las 24 horas y el llamado no llegó. Dos, tres, cuatro y hasta cinco días sin respuesta. Ante la demora, prefirió dejar de esperar y asistir físicamente al lugar para hacerse el examen. Era necesario despejar sus dudas, sobre todo por la salud de Martina. El caso de sus hijos le daba vueltas en la cabeza. Debido a lo parecido de los síntomas, sentía que era muy probable que tuviera la enfermedad. Con esa inquietud, Guillén se presentó en Médica Uruguaya de la ciudad de Montevideo.

“Cuando llegué fui a la misma ventanilla que va todo el mundo en la sala de emergencias. No había un lugar que dijera ‘para gente con síntomas de coronavirus’. Era el mismo mostrador al que atienden al que viene quebrado, con dolor en el pecho u otros problemas”, dijo Guillén, quien cuenta que se acercó a la ventanilla y le explicó el porqué de su visita a la mujer que atendía en urgencias:

- Hola, buenas tardes ¿En qué lo puedo ayudar? –le preguntó la persona que trabajaba en el centro médico.
- Mirá, yo tengo síntomas que me parecen que son de coronavirus –respondió.
- ¿Qué síntomas presenta? –preguntó la recepcionista, sin preocupación.
- Tengo dolor de cabeza, de garganta y no le siento el gusto a la comida.

– Pero, ¿tuvo fiebre?

– No.

– ¿Está seguro? –cuestionó nuevamente la dependiente, con mucha extrañeza.

– Sí –replicó, sin entender por qué tanta insistencia con el tema, ya que él tenía conocimiento de que existen pacientes asintomáticos.

“Ninguno de mis tres hijos tuvo fiebre y les hicieron el hisopado en Argentina y les dio positivo”, comenta el emprendedor. Asegura haber estado unos 20 minutos en la sala de espera, sin ninguna separación o medida preventiva por el motivo de su visita. “Podría haber contagiado a todos”, cuenta con preocupación y subiendo el tono.

Después de esperar, ingresó una enfermera que resaltó inmediatamente por su aspecto. Cubierta de un traje especial, guantes y mascarilla, era la única persona que él vio equipada para la instancia. Obviamente, era la encargada de tomarle la muestra.

Ya en la sala a la que se lo llevó la profesional, Guillén tomó asiento y siguió las instrucciones que le daba la mujer. En el procedimiento de la toma del examen otro detalle le llamó la atención. “Yo creo que me hicieron mal el hisopado”, acusa categóricamente. Según el relato de sus hijos, a ellos les tomaron muestras nasales y bucales y a él solo le hicieron la primera. Además, el test debería haber sido una experiencia bastante desagradable por lo que le contaron, piensa el constructor, debido a la profundidad en la que se introduce el cotonete para extraer la muestra. “Yo con suerte sentí cuando el palito entró por mi nariz y siempre en la zona de entrada”, dice.

No le dieron órdenes ni recomendaciones, salió algo desconcertado del lugar. Y al día siguiente le llamaron de la clínica para informarle que su prueba había resultado negativa. Fabio Guillén estaba convencido de que no le tomaron bien el test y que sí tuvo el virus, sobre todo por la pérdida del gusto.

Pero Guillén no es el único que ha pasado sustos durante la pandemia. El periodista Sergio Farto vive esto día a día, ya que su cónyuge, Mary Carmen Alanis, es enfermera del Hospital Británico de Montevideo, el primer centro clínico en recibir casos de infectados por coronavirus en el país. “Mi esposa estaba en el otro lado de la jungla”, relata.

Según comenta el comunicador, su pareja trabaja en uno de los hospitales más caros de Montevideo, por lo cual llegó gente adinerada que había viajado durante sus vacaciones y “trajeron” el virus, al igual que Carmela Hontou. Alanis no trabaja en el sector en que atienden contagiados, sino que se desempeña en el área de maternidad, recibiendo bebés. A pesar de ello, los miraban de forma diferente y no podían evitar los comentarios de los demás: “‘Ojo que aquel tiene una enfermera en la casa’, como si tuviera un león”, constata Farto. Esto les provocó un gran malestar como familia, sobre todo porque Alanis constantemente tiene susto de poder estar infectada y contagiar a su marido e hijos. Su rutina debió cambiar. Llegar a la casa significaba sacarse toda la ropa en la puerta y entrar a la ducha antes de hacer cualquier cosa en el hogar. Su hija Amelie tuvo gripe y en seguida creyeron que podía tener Covid-19. Les dio miedo contarle a la gente que su pequeña estaba mal porque ya se sentían bastante juzgados, “tenía la sensación de que, si la gente sabía, me iban a querer pegar un tiro”, cuenta irónicamente.

De las cosas que más extraña el periodista es el *break* para tomar mate con sus compañeros de trabajo: “Eso ahora es impensado, no puedes compartirlo con nadie porque es causal de sanción”. Farto también afirma que su esposa sigue la rutina como si todos tuvieran coronavirus. “Cuando entra un paciente se le testea y debe esperar el resultado, a no ser que sea de emergencia. Cuando van con un parto urgente, aíslan como si tuvieran coronavirus”, contó. En el último tiempo y con la progresiva vuelta a clases de sus niños, han intentado llevar las cosas como solían ser antes, están “más flojitos”, pero siempre conscientes de que el virus puede tocar la puerta en cualquier momento.

Vivir con el virus

Las cifras positivas le otorgaron a Uruguay una situación de privilegio en comparación a sus países vecinos y un retorno gradual a la “normalidad”. Una de las primeras instancias que lo demostraron fue la marcha por la diversidad, el 25 de septiembre. Pese a la pandemia, miles se manifestaron bajo la consigna “Orgullo es luchar” y llenaron de colores las calles de Montevideo. Según el diario *El País*, comenzó a las 19:00 horas en la Plaza Libertad para luego

trasladarse y finalizar en el Palacio Legislativo. Se cancelaron los shows artísticos y se utilizó mascarilla, pero, aun así, mantener el distanciamiento social fue algo imposible.

Dos días después, se realizaron las elecciones municipales, las cuales tenían como fecha inicial el 10 de mayo del 2020, pero como apenas llevaban un mes de pandemia, decidieron aplazarlas. Los charrúas escogieron a sus intendentes, ediles, alcaldes y concejales en los 19 departamentos que constituyen la nación. El voto es obligatorio y estaban convocados alrededor de 2,6 millones de personas para presentarse en las urnas.

El 3 y 4 de octubre también se celebró el Día del Patrimonio Cultural bajo el lema “Medicina y salud, bienes a preservar”. Hubo un acto ceremonial en la Facultad de Medicina de la Universidad de la República al cual asistió el presidente Luis Lacalle y el ministro de Educación y Cultura, Pablo da Silveira. Por la celebración, se abrieron diferentes sitios culturales e históricos del país para recibir a los uruguayos.

Los casos activos que se encontraban en Uruguay, provocaron que, hasta octubre del 2020, la probabilidad de encontrarse con alguien con coronavirus en Montevideo (donde se encuentra cerca del 40% de la población) fuese bastante baja. No así en la ciudad de Río Branco, que comparte frontera con Brasil, donde hubo un foco importante de contagios que generó alarma en la población: “Perdimos completamente la noción de horario, trabajamos a veces 19 horas por día”, cuenta Larry Jaccottet Ferrer, director adjunto del “Área Covid” del Hospital de esa zona.

En la capital, en tanto, en el área de atención al cliente de la multinacional “Tienda Mía”, una reconocida empresa de *e-commerce*, había incertidumbre. Recursos humanos informó a unos 90 empleados que debían cumplir con cuarentena y realizar sus trabajos desde sus respectivos hogares ¿La razón? Un caso de Covid-19 positivo entre su personal: Maite Olascoaga.

Eran las 7:30 de la mañana del lunes 26 de octubre. La joven de 23 años se despertó con dolores en el cuerpo. Se tomó la temperatura: 38 de fiebre. No quería ir a trabajar, en seguida llamó a su hospital más cercano, el Centro de Asistencia del Sindicato Médico del Uruguay, más conocido como Casmu.

Desde ahí le avisaron que le iban a tomar la PCR ese mismo día.

Llamó al supervisor para avisar que no iba a poder ir a trabajar a la empresa en la que labora hace dos años, específicamente, en el área de atención al cliente y redes sociales.

– Aló, ¿con recursos humanos?

– Sí, ¿en qué te puedo ayudar?

– Hola, soy Maite Olascoaga de atención al cliente. No podré ir a trabajar hoy. Me siento muy mal, tengo fiebre, me duele la garganta y estoy decaída.

– ¿Fuiste al hospital?

– Iré en un rato. Me dijeron que me harán el test de Covid, los resultados me los entregarán el miércoles.

– Entendido Maite, no te preocupes. Avísanos qué tal el resultado, por favor.

Olascoaga cortó la llamada, buscó su chaqueta, tomó su mascarilla y alcohol gel, y se dirigió hasta el hospital Casmu, donde se realizó el hisopado.

Las conclusiones del test confirmaron su sospecha: era de las pocas personas en Uruguay que tenía coronavirus. Al parecer, se habría contagiado a través de un familiar, quien está en la escuela militar, donde hubo un brote: “Mi hermano está ahora en Río Branco y ahí no había casos positivos de Covid hasta que llegó él, y como era asintomático no sabía que estaba contagiado. Ahora ‘por culpa’ de él Río Branco está con positivos en Covid y se desató un lío allá”, confiesa la afectada.

Dos días después una llamada entró a su teléfono.

– Aló, buenas.

– Hola Maite. Hablás con el Ministerio de Salud Pública, tenemos en nuestro sistema que resultaste positiva por coronavirus. Necesito que, por favor, nos digas el nombre de las personas con quien tuviste contacto en las últimas 48 horas para poder hacer la trazabilidad.

– Yo trabajo en Tienda Mía, en el área de atención al cliente somos unas noventa personas, estamos haciendo turnos rotativos.

– Necesito que me des el contacto de tu empresa para decirles que tienen que cumplir con cuarentena ¿Con quién más, aparte de tu lugar de trabajo, has tenido contacto?

Así fue como la joven tuvo una larga conversación con el ministerio explicándole lo que había hecho en la última semana y con quiénes había estado. Un rastreo bastante tedioso, debido a la red que se genera al estar en contacto con una sola persona. Preocupada se apresuró en contarle a su jefe los resultados del test. Sentada, con su cabello rubio y su blusa con delgadas rayas azules declara con un dejo de remordimiento: “Estamos separados, atención al cliente está en un edificio y las otras áreas en otro. Ahora todo atención al cliente está trabajando desde sus casas. Todo por culpa mía”.

El encierro para Olascoaga no fue fácil. “Cuando estás totalmente aislado no podés hacer nada. Te quedás con lo que tenés en tu casa o pieza y te tienen que alcanzar cosas”, dice. Al momento de esta entrevista, llevaba aproximadamente diez días confinada y constataba que iba a seguir así un tiempo más, para asegurarse de que realmente no tuviera Covid al volver al trabajo. De hecho, fue tanta su preocupación por ser un posible foco de contagio que llegó a un acuerdo con su empresa para realizarse otro test, de manera privada, antes de volver a su oficina.

“Mucha gente me ha ayudado, hasta hoy me escriben ‘Maite ¿Estás bien? ¿Te ayudo en algo?’, así como también hay comentarios de personas que -sin saber- te juzgan: ‘Qué feo, tuviste Covid, no me junto contigo’. Existe cierta discriminación, es real”, reflexiona.

“De todas formas no hay un culpable único, no hay un responsable, no es algo que se pueda manejar. No es algo visible, yo no estoy viendo que el Covid está ahí y me voy a tirar enfrente ‘a ver, pásame por arriba’, es algo que le puede pasar a cualquier persona y no está bien que nos juzguen o que nos etiqueten por tener un virus. Yo no elegí tenerlo, mi hermano tampoco y la persona que se lo pasó a él tampoco”, concluye la afectada, con cierta molestia.

¿Y ahora qué?

“Hoy por hoy es vida normal. La única diferencia que yo ahora noto es que cuando me subo al ómnibus, entro al shopping o a un supermercado grande, me tengo que poner el tapabocas, pero nada más. Lo otro también que no hay boliches de baile como antes, pero sí está el asado con los amigos el domingo,

las juntas, el deporte”, cuenta el estudiante de negocios, Mauricio Giraudo, de 23 años, quien no vivió el miedo generalizado de los primeros días de la pandemia en Uruguay por haber estado de intercambio en Corea del Sur. Cuando llegó a su país, el 25 de julio, la visión del virus era otra: “Mi manera de pensar es ‘ya fue el coronavirus’, como que ya está, ya pasó mucho tiempo. Vamos al bar en Colonia todos los sábados con mis amigos y pasan las 12 y ya estamos todos sin tapabocas, apretados, bailando. Ya está, si te toca, te toca”, expone.

En la contraparte está el médico Larry Jaccottet. Todos los pacientes con Covid positivo de la ciudad pasaron, en algún momento, por él. Al mismo tiempo, su pareja es vulnerable a cualquier tipo de infección. Él tiene que salir de su ambiente laboral, subirse a su vehículo con mucha precaución y llegar a su casa a cambiarse de ropa, desinfectarla, ducharse, entre otros protocolos que ya se han transformado en una rutina desde marzo.

Otro de los desafíos para los uruguayos es no poder compartir su taza de mate. “No se sabe por qué en Uruguay no pega tanto el coronavirus. Para mí que compartimos mucho mate que ya somos inmunes”, dice Giraudo, entre risas. Pero la verdad es que compartir la bombilla de ese típico brebaje es tan común en los charrúas que, según Jaccottet, empezaron a tomar mate por separado recién en el “tercer brote” del virus, cuando llegó a Río Branco.

Estadísticas Uruguay

Sistema Nacional de Emergencia
Gobierno de Uruguay (9/12/2020)

Casos totales: 8.104

Recuperados: 5.564

Activos: 2.453

Fallecidos totales: 87

Estado crítico: 28

Fallecidos por millón de habit.: 25

Test totales: 484.274

Test por millón de habit.: 139.197

Estadísticas Chile

Ministerio de Salud,
Gobierno de Chile (9/12/2020)

Casos totales: 566.440

Recuperados: 540.288

Activos: 10.057

Fallecidos totales: 15.774

Estado crítico: 671

Fallecidos por millón de habit.: 822

Test totales: 5.659.403

Test por millón de habit.: 294.937

Los charrúas se han destacado por no imponer una cuarentena obligatoria, tener un sistema de salud que dio el ancho y haber tomado conciencia cuando más se necesitaba. “Lo vemos con mucho orgullo, el punto es que se apostó a la responsabilidad de la población y no a una orden que baja desde arriba, no fue una imposición del Estado, apelaron a la libertad, la libre decisión de cada persona y eso tuvo resultados muy positivos”, dice el estudiante Felipe Young. No obstante, fue a fines de octubre cuando los casos activos comenzaron a dispararse levemente, pero de forma constante. Esto ha levantado un poco las alarmas, el gobierno ha notado un relajo en la población. “Está claro que más coronavirus es menos laburo. Si no lo entienden por la salud, lo tienen que entender por el desempleo”, exclamó el presidente Lacalle el 13 de noviembre, con un aire de reproche para aquellos que no se cuidaban de la enfermedad. Además, la mayor preocupación de muchos era que este incremento siga y se vea reflejado en el verano.

El médico Jaccottet ve con buenos ojos el manejo general de la pandemia a nivel sanitario, aunque igual cree que, en un futuro próximo, pueden seguir los brotes de la enfermedad, especialmente en el verano, cuando mucha gente esté de vacaciones: “El turismo está sufriendo muchísimo y es una industria muy fuerte en Uruguay. Nuestros dos vecinos (Argentina y Brasil) no creo que lleguen a tiempo para un protocolo común, así que va a ver una gran movilidad de personas dentro del país. El llamado turismo interno probablemente cause un rebrote”.

Y si bien en Uruguay el turismo es un tema económico importante y no hay seguridad sobre qué pasará con el control de la pandemia en el país, sí se proyecta que este verano el sector turístico se verá impactado. “La población de Punta del Este, Maldonado, que no trabajan en el turismo, no quieren extranjeros porque hay esta idea de que llega el brasileño o el argentino y trae el Covid”, establece con convicción Juan Raso.

Las cosas parecen verse resueltas, a pesar de que el turismo extranjero en el país se verá mermado, el plan de los charrúas es bastante particular: la invitación sería a vacacionar de forma interna. “A los uruguayos que les gusta irse al exterior se van a quedar en Uruguay y posiblemente van a ser los

clientes”, comenta Luján Charrutti, desde su departamento en el centro de Montevideo. Mientras observa el Río de la Plata, que se logra divisar desde ambas partes de su hogar, el coronavirus pareciera ser preocupación de otro mundo. Sobre todo, afirma, porque “nadie piensa en contagiarse en la calle, a nadie se le ocurre, nadie tiene miedo”.

CAPÍTULO 6.

Cuarentenas en Argentina: nada termina como empezó

LAURA CABELLO
IGNACIA CANALES
FLORENCIA COUYOUMDJIAN
SOFÍA MACCHIAVELLO

“Nadie puede moverse de su residencia, todos tienen que quedarse en sus casas”, decretó el presidente de Argentina, Alberto Fernández, el jueves 19 de marzo de 2020.

Latinoamérica fue la cuarta víctima mundial de la pandemia en 2020, un tsunami que tardó los dos meses del verano austral en llegar desde el otro extremo del océano Atlántico. La cuarentena y el coronavirus no eran palabras desconocidas cuando el martes 3 de marzo, Fernández, con la mayor calma posible, anunció en la Casa Rosada el primer caso de Covid-19 en su país.

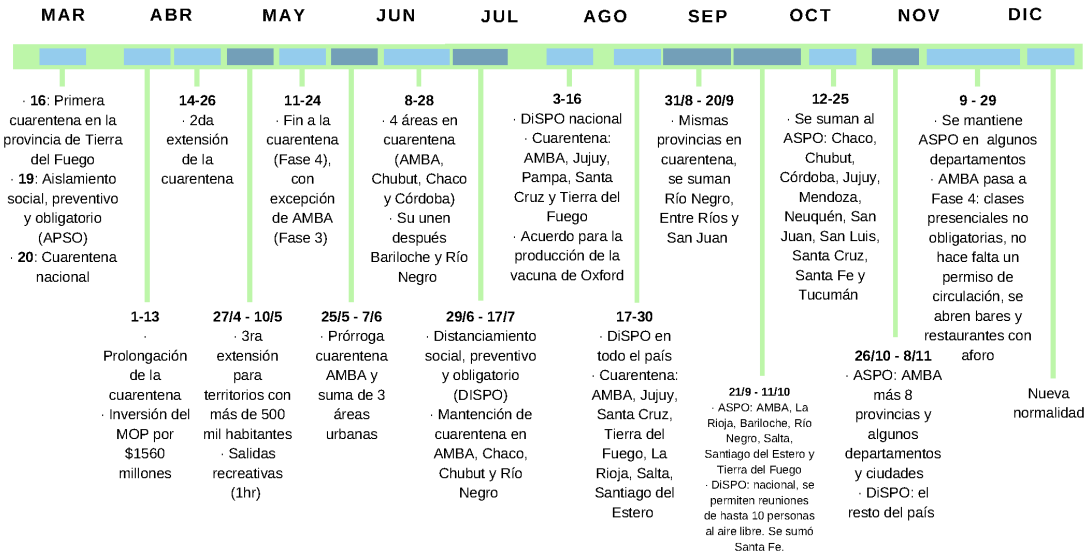
Prometió “tomar al toro por las astas” y priorizar la salud por sobre la economía. Dos semanas después, decretó cuarentena total en Argentina hasta fin de mes.

A 5,6 kilómetros de la sede de gobierno estaba Candela, una estudiante de ciencias políticas de 21 años que inició su encierro junto a su familia digna de una postal de Navidad, pero tras bambalinas, la realidad superaba la fantasía. Muy cerca, en Barrio Núñez, Roger, un abogado que se dedica a todo menos el derecho, hacía preparativos para recibir a su suegra durante lo que, no sabía, iba a ser una eternidad. En Palermo, un barrio acomodado y más lejano, pero aún en la capital, Micaela, una joven periodista, se despedía de sus padres para darles una protección que el destino le demostró que no estaba en sus manos. En los límites de Buenos Aires estaba Gustavo, un policía antidroga cuya labor lo alejaba de sus seres queridos, pero seguía protegiéndolos a distancia.

Mil 405 kilómetros más allá, pero todavía en la misma provincia, comienza la disyuntiva de Brisa. Ella debe decidir entre si protege a su familia, con la que iniciará la cuarentena, o ayuda en los comedores sociales de Bahía Blanca. Las mellizas Leonangeli regresan a Mendoza arrastradas por la ola pandémica desde Buenos Aires, donde tendrán que adaptarse a las rutinas del negocio más visitado durante la crisis: las farmacias. Con corazón argentino, pero latiendo en Costa Rica, Javier prepara una maleta para un viaje de tres semanas, sin saber que serían tres meses.

Ninguno de ellos se conoce entre sí y no tienen nada más en común que adaptarse a vivir confinados en las cuarentenas como tantas otras personas, todas víctimas del virus mortal.

Línea temporal restricciones marzo-diciembre de 2020



Fuente: Elaboración propia sobre la base de información de prensa

AMBA (Área Metropolitana Buenos Aires); APSO (Aislamiento social, preventivo y obligatorio); DISPO (Distanciamiento social, preventivo y obligatorio).

El barbijo de oro

Con menos de 50 casos en el país, Chiara y Bianca Leonangeli dejaron después de tres años la vertiginosa vida en Buenos Aires para acompañar a sus padres en la abúlica y provinciana Mendoza. Con el ánimo de prevenir, cuidar y ayudarlos decidieron quedarse a 83 kilómetros de la ciudad trasandina que las vio crecer, donde se ubica la Farmacia Tunuyán, una de las cinco que tienen sus padres.

Escondida a la sombra de dos plátanos orientales, apretada por Musimundo, rodeada de cafés y restaurantes y envuelta en una avenida de seis pistas, se asoma un cartel verde y una cruz de la salud. La farmacia, un local de dos pisos, es parte de una cadena, propiedad de la familia Leonangeli.

Las mellizas y estudiantes de la Universidad Católica de Buenos Aires se mudaron de su hogar hace más de tres años para ir a estudiar a la capital, aunque cada vez que podían, regresaban a su ciudad natal. Con este mismo

pensamiento volvieron a Mendoza al inicio de las cuarentenas: si iban a estar encerradas, mejor en su casa, cerca de la Cordillera de Los Andes, antes que en un departamento.

El viaje en auto desde la capital, que requirió permiso previo de su padre, Daniel, duró más de 17 horas. En cada provincia que pasaban, se les iban cerrando barreras a sus espaldas, que las hacían despedirse de la capital y sus amigas, pero las acercaban a los montes blancos.

En Mendoza, Chiara y Bianca tomaron la decisión de quedarse en Tunuyán. Con ánimos de ayudar, cuando empezó la crisis sanitaria en el interior de Argentina, ambas iban a la farmacia familiar, donde trabajaban su padre y María Elena, farmacéutica y madre de las hermanas. Sus lazos sanguíneos son evidentes. Parecen hechos en fotocopiadora, papá, mamá y mellizas, todos trazados por el mismo pincel.

– Estuve cuando arrancó todo –explica Chiara.

Ella debía atender en el mesón, y a la vez, lograr que las personas, con las filas formadas, cumplieran el distanciamiento social, no discutieran entre sí, ni gritaran para entrar a la farmacia a comprar alcohol gel, alcohol común, guantes y barbijos.

Ambas hermanas, pero Chiara más que Bianca, pasaban horas explicándoles a mujeres mayores por qué no se podían llevar tres envases con alcohol gel, sino uno solo.

– Mucha gente iba y compraba de más, no era necesario llevarse todas esas cosas, pero estaba ese sentimiento de que no querían quedarse sin nada –dice Bianca.

Fue aún peor con los barbijos hospitalarios, porque el gobierno argentino determinó que se podían vender exclusivamente a clínicas, hospitales y médicos.

– Parecía el fin del mundo. Fue un mes que estuvo a tope y mi mamá me acuerdo que todos los días debía llamar para reponer alcohol gel y no se conseguía por ningún lado –afirma Chiara.

El momento crítico fue al inicio, cuando las personas esperaban ser atendidas de inmediato al llegar. No querían esperar ni un minuto más, ni menos, y claro,

salir con los productos que querían. Chiara no olvida el caso del barbijo de oro. La prohibición de venta de mascarillas hospitalarias molestaba a quienes querían comprar, pero no eran del área de la salud.

– Yo les decía “no te podemos vender, no hay forma” y me respondían tipo “te pago 500 pesos argentinos”, que es un montón para nosotros –comenta Chiara, imitando la desesperación de los clientes de la farmacia.

Había personas que le ofrecían pagar más, regateando, de 500 a 600 pesos argentinos, equivalente entonces a unos cuatro mil pesos chilenos. Pero en la Farmacia Tunuyán no podían venderles por normativa nacional.

– Les intentaba explicar y les decía “pero es que no entendés que no te lo puedo vender”, parecía película –cierra Chiara entre risas y mirando al techo como si lo reviviera.

Ahí fue cuando las mellizas y los trabajadores de la farmacia bautizaron a una clienta como la mujer del barbijo de oro por su desesperación e insistencia para comprar a cualquier precio. Desconocen su nombre, pero quedó para ellas como símbolo de la desesperación de los argentinos por adquirir insumos para la prevención.

Durante meses la rutina en la farmacia cambió desde ventas de bloqueadores, agua y repelente de insectos, algo necesario en un lugar cerca de Los Andes, a guardar cajas de alcohol gel, paracetamol, mascarillas y vitaminas en el depósito para seguir entregando a los clientes, pero con consciencia. Sus mayores ventas fueron al comienzo de las cuarentenas, a la mitad se estancaron, pero nunca cesaron. Hoy está “normal”, con personas yendo a comprar las cosas necesarias.

Las mellizas siguen en la Farmacia Tunuyán, pero menos que al principio. Mientras el país se va abriendo, a pesar del número de contagios, ellas empiezan a disfrutar cada vez más estar de vuelta en casa. Pero Chiara no puede olvidar la mujer que quería un barbijo de oro.

“Vos sos boludo”

Roger Schultz es abogado, pero en realidad no se dedica a nada relacionado con el derecho. Era propietario de una empresa de drones que a mediados

de marzo detuvo sus operaciones a causa del Estado de Sitio. Con su vida en Buenos Aires, todo el equipamiento en Córdoba y las medidas sanitarias que hacían imposible recorrer los casi 700 kilómetros de distancia entre ambas urbes, debió frenar el negocio.

Con la pandemia y las barreras fronterizas que no le permitían salir de su provincia, se reinventó e inició un nuevo negocio funcional en estas estrictas y extrañas circunstancias. Desde su casa, en modo teletrabajo, montó una empresa para distribuir equipamiento tecnológico relacionado con la protección de la Covid-19, como pantallas que miden la temperatura corporal, a través del reconocimiento facial. Así pudo renovarse sin salir de casa y vendió cientos de productos a distintos países solo a través del celular y computadora. El coronavirus no sólo alteró significativamente su vida laboral, también su hogar y su rutina doméstica. Pasaron de ser tres personas en un departamento, él, su esposa y su hija, a cuatro. Con la cuarentena anunciada y un virus amenazando letalmente a la población mayor, su suegra, Pochi, como la conocen todos, se integró a la residencia Schultz-Mora.

Su esposa, Daniela Mora, trabaja en el área de la salud y adoptó todas las precauciones necesarias. Se tomó en serio la cuarentena y evitó cualquier situación que implicase un riesgo. El abogado no vio más allá de sus cuatro paredes en todo un mes.

Agotado por el cansancio y harto de la monotonía, Schultz salió de su protegido hogar, pero el mundo también era distinto: ya no había mucha diferencia entre el interior o el exterior... ambos eran entornos desfavorables.

– La primera vez que salí era porque quería, y cuando estaba en la calle me di cuenta de esa falsa nueva realidad, del exceso de cuidado; encontrarme en la calle que conozco hace siete años, como si fuera un astronauta en otro planeta. Encontrarte caminando con gente con esas mascarillas, no solo esas, sino también con esas cosas –relata mientras imita un protector facial cubriendo todo su rostro con sus manos.

Su aventura fuera de los seguros límites de su apartamento la describe como violenta e impactante, pero una realidad común en los primeros meses, los más estrictos y difíciles. Salir era casi una misión espacial, guantes, mascarillas

y químicos que supuestamente protegen del virus. Una realidad más parecida a una distopía, como la invasión alienígena que destruye Argentina y el planeta, relatada en el cómic argentino de ciencia ficción, *El Eternauta*.

Antes de la crisis sanitaria, la convivencia en el hogar era complicada. Como muchas otras familias, se enzarzaron en las clásicas discusiones de quién lava los platos o hace la limpieza. Por su actitud relajada comenzó a soltarse el pelo, aunque no tiene mucho, y por sus ansias de evadir el encierro, aflojó sus precauciones.

La cantidad de líneas hechas con tiza contando los días de encierro, ya no cabían en la pared, el uso del barbijo y la ducha rutinaria con alcohol gel, impactaron a Schultz cada vez que iba de compras. Esto lo convenció de usar nuevamente aplicaciones como Rappi y PedidosYa; cansado de los platos caseros de su suegra, y en un intento de volver a deleitar el paladar, recurrió a la comida rápida:

– La primera vez que pedí, cometí el error y pedí sushi. Subo a casa, vivo en un apartamento, con la comida y mi mujer me mira y me dice: “Roger, ¿Vos sos boludo?” y yo le digo “¿Por qué?”. “Acabas de pedir sushi, que lo hicieron con las manos y es crudo”. “Fantástico ¿Sabés? Me lo como yo solo” –rememora.

– La verdad es que nosotros nunca dejamos de pedir *delivery*, lo tenemos bastante incorporado dentro de la cotidianidad de nuestra familia y no es algo que dejamos –difiere su esposa, Daniela Mora.

La segunda vez que él se enfrentó a las medidas sanitarias fue cuando, a pesar de las recomendaciones de no hacer ejercicio, porque, ante cualquier accidente, ir a parar a un hospital era un contagio garantizado, Schultz optó por salir a andar en bicicleta y... Ley de Murphy.

– ¿Qué sucedió? Salí a andar en bicicleta y me fracturé un dedo y terminé en una guardia. Me salió perfecto... –comenta en un tono irónico.

El percance le ocurrió al intentar maniobrar la bicicleta con el pavimento húmedo que deja la lluvia. La caída rompió su casco, que le evitó una herida más grave. Por suerte, la guardia (urgencia del hospital) estaba completamente vacía.

No fue el único. Con la prolongación de las cuarentenas muchos relajaron

las medidas de precaución, aunque de forma oficial estas persistían. Pocos escuchaban a las autoridades. Bares y restaurantes funcionaban y Schultz aprovechó de compartir la ventana de libertad con su hija Sofía.

Un día caminando pasaron por “La Guitarrita”, un restorán ítalo-argentino que frecuentaban en tiempos prepandemia y le preguntó:

– ¿Te querés comer una porción de pizza, Sofi? y me responde susurrando: “Dale”. Y bueno, me senté con ella en la vereda –cuenta.

Ambos pidieron una porción y una empanada, extraña combinación gastronómica. El abogado se emocionó cuando el mozo le llevó la comida.

–Es como si nos hubieran dado la libertad, como si hubiese estado preso mucho tiempo y era la primera vez que salía a la calle con mi hija. Fue una sensación más o menos así, y este comentario nos lo hicimos varias veces: “Ahora entendemos un poquito qué es lo que siente un preso” –narra.

Según Schultz, los argentinos han tenido la cuarentena falsa más larga del mundo. La inestabilidad política y económica del país lo hizo soñar con irse a Miami. Mientras él asegura que la capital del estado de Florida estaba sí o sí en su futuro, su esposa nuevamente discrepa:

– Es un proyecto. Yo lo tomo con más prudencia y él es más onírico. Soy más de tener los pies en la tierra –declara Daniela Mora.

El Llanero Solitario

El día en que la Covid-19 llegó como el Caballo de Troya, Gustavo Javier Pérez tomó una decisión radical. El subdirector de Investigaciones de Drogas y Crimen Organizado de la Policía Federal Argentina vio a su familia por última vez en marzo, antes de poner su vida al servicio de su trabajo, sabiendo que cualquier precaución que tomara no impedía toparse con el virus cara a cara. El policía de 51 años, con cabello color azabache y apenas rastros de madurez en él, pertenece al grupo de trabajadores indispensables que no se unió a la modalidad de teletrabajo aquel 20 de marzo cuando Argentina se encerró.

– Manejamos detenidos, continuamos haciendo allanamientos y deteniendo a las personas vinculadas a delitos, entonces eso nos genera una mayor exposición –cuenta el policía, cuando era todavía incierto el nivel de protección que

otorgaba el uso de alcohol gel, barbijo y lavandina (denominación del cloro). En la unidad especial de narcotráfico, explica, empezaron a usar trajes de protección para evitar el virus.

– Tomamos los cuidados por una cuestión de protección para nosotros y nuestra familia –dice Pérez.

Tras su apariencia de hombre serio, el subinspector es un padre de familia. Aunque vive solo en su casa de Merlo, provincia de Buenos Aires, siempre está preocupado por sus tres hijos. El menor ya tiene 20 años. Los mayores lo hicieron abuelo, con una nieta de 6 años y otro de 2, a quienes no ha podido ver por el riesgo de su constante exposición a contagiarse.

– Las primeras semanas, el primer mes de aislamiento extremo, no teníamos prácticamente contacto. Obviamente no quería exponerlos, eran todos contactos virtuales, toda mensajería: Zoom y video de WhatsApp –explica.

Al igual que muchas personas en el mundo, sacrificó el contacto con su familia. La frase “si los amas déjalos ir” le sirvió como un mantra para atravesar la mayor pandemia del siglo XXI.

El 19 de agosto, cuando los contagios sobrepasaban los 305 mil, y la cifra de fallecidos pasaba las seis mil personas, Javier se preparaba para hacer uno de los allanamientos que más le han llamado la atención durante su trayectoria policial.

Uno de los grupos organizados que vigilaban, no solo vendía durante la pandemia, sino que también eran proveedores de varios “búnker o quiosquito de droga” como los llaman en jerga policial argentina. El grupo manejaba autos de alta gama, enormes sumas de dinero y solía cometer robos a mano armada.

– Todos armados con escopetas, pistolas de nueve milímetros, vestidos de policía, usaban campera y gorrita de Policía Federal –explica Pérez.

Cuando la unidad especial de narcotráfico hizo el allanamiento, además de encontrar abundante droga, hallaron algo que Pérez asegura es más común con los años. El líder de la banda era un gran admirador de Pablo Escobar, ya que la fotografía del *Patrón* estaba enmarcada en la pared junto a otro cuadro de Tony Montana, el mafioso narcotraficante de la película *Scarface*, interpretado por Al Pacino.

Si bien esto sorprendió al policía, el peor momento de la operación no fue cuando se incautaron los más de mil kilos de cocaína que había en el búnker, sino, el fusil antiaéreo que encontraron las pericias dentro de la casa.

– La intimidación que provoca el hecho de entrar a una casa donde hay delincuentes, tienen pistolas, escopetas y una ametralladora antiaérea es inquietante –explica Pérez.

Un mes después, el 9 de septiembre del 2020, Pérez vivió una encrucijada. Con más de 502 mil casos registrados de Covid-19 y casi 10.500 fallecidos, los policías realizaron una huelga masiva en Buenos Aires.

Casi 90.000 efectivos de la policía bonaerense protestaron frente a la residencia presidencial por la mejora de sus salarios, derecho a sindicalización y mayor protección frente al virus, entre otras peticiones.

–Yo puedo compartir el reclamo, pero no el método que se utilizó –afirma el policía.

Admite que la policía trabaja en muy malas condiciones, porque les asignan pocos recursos, les falta logística y los edificios están descuidados. Confirma que fueron los más jóvenes quienes salieron a manifestarse, a pesar de que el reclamo era común.

Pérez sabe de primera mano que los policías argentinos reciben bajos salarios, por lo que muchos tienen dos trabajos. Él mismo cuenta con un doble título como abogado especializado en delitos y varios posgrados que lo convierten en uno de los miembros más capacitados de la Policía Federal. La demanda por la poca protección contra la Covid-19, en su labor como personal indispensable, fue una de las más polémicas.

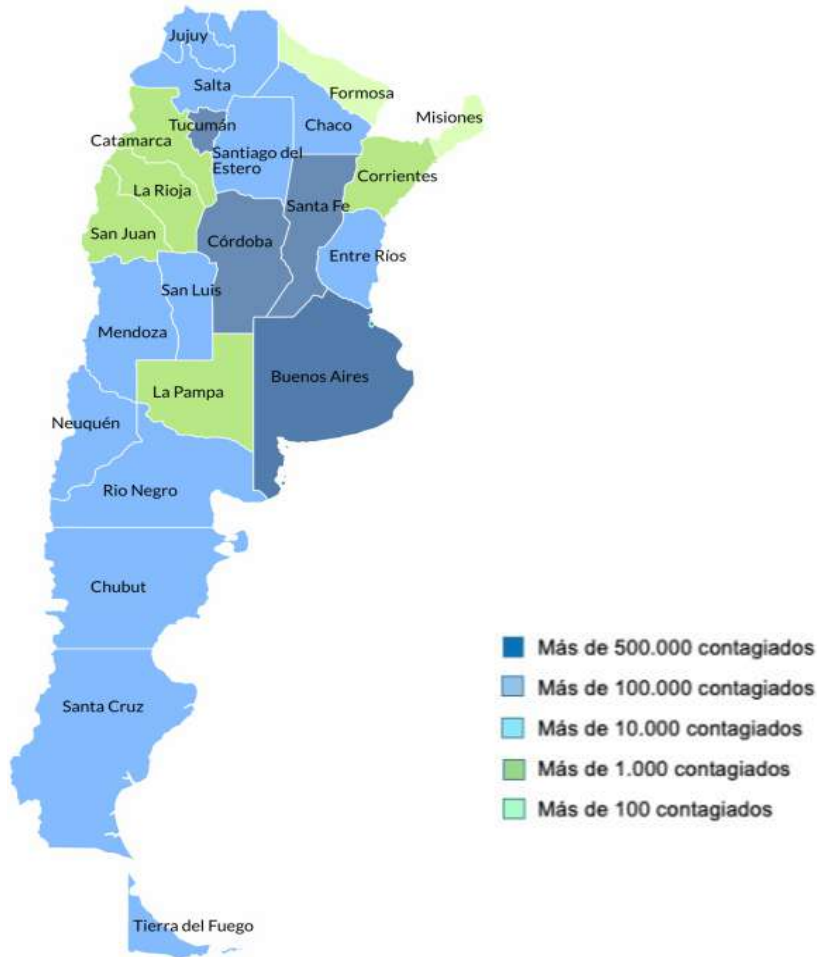
– Hay provisión de elementos, pero son insuficientes –lamenta y explica–. Uno por protección y seguridad necesita abastecerse de muchas más cosas. Es como si vos vas a trabajar y sos docente, te dan una lapicera y se te acabó la tinta, tenés que comprarte una vos. El Estado sí te da, pero una lapicera es insuficiente.

Aunque con los meses y el conocimiento cada vez mayor del virus, Pérez ha logrado ver a su familia, nunca ha vuelto a ser como antes de la pandemia.

– Es duro, porque uno necesita estar lejos por una cuestión de protección. Si

bien tenía ganas de verlos, se limita por esta cuestión que es muy letal –admite. Como él maneja detenidos en su trabajo, quienes suelen ser fuente de contagio porque no se protegen, se ha mantenido alejado de su familia. Así, la pandemia de la Covid-19 ha creado a este llanero solitario, un justiciero de acción y letras, aislado de quienes más ama, para protegerlos.

Cantidad de contagiados por Covid-19 según provincias, 2020



Fuente: Diario La Nación (Argentina), sobre la base de reportes de prensa del Ministerio de Salud de la Nación y datos del Sistema Integrado de Información Sanitaria Argentina.

“Nací peronista y moriré peronista”

Al momento del primer anuncio de cuarentena del presidente Alberto Fernández, Brisa Espasa, una mujer de chasquilla corta y cabellera sobre los hombros, vivía sola. Pero cambió su estilo de vida por la inestabilidad económica del país y su necesidad de compañía familiar: se fue a vivir con su padre y su abuela.

La joven de no más de un metro setenta y su viejo, como le dice, no siempre tuvieron la mejor relación. A ella la crio su madre y como toda hija de padres separados siempre le correspondió ver a una de las partes pocos días del año. Brisa se fue con su hermano a casa de su abuela, donde vivieron todos juntos el primer mes de pandemia. Luego, desde abril, por el compromiso con su militancia Brisa se autoexilió al quincho, a menos de tres metros de la vivienda principal.

Un día recibió una llamada de la Cámpora de Cerro, lo que ella llama “La Voz de Cristina [Fernández] en Bahía Blanca”, para pedirle que comenzara a ir a los comedores sociales de la ciudad.

– Sí, lo hice en realidad, para qué voy a mentir, porque me llamaron y sentí que no les podía decir que no – cuenta con cierta vergüenza.

Lo aceptó a pesar de que tenía miedo. Así, todos los domingos, como canta la Sonora Palacios, y durante cuatro meses, Brisa iba a los comedores sociales, que estaban llenos.

– Nunca había visto tanta gente, tan desesperada, las mesas llenas, comedores nuevos que abrieron enteros para darle de comer a 800 familias – explica.

Su labor allí consistía en armar bolsas de comida y entregárselas a gente que le agachaban la mirada por pudor, al estar en una situación que jamás imaginaron, ni en las recesiones más profundas de Argentina.

Al principio las personas que iban a buscar estos bolsones de provisiones eran jóvenes o, en algunos casos, la madre de un grupo familiar.

Ellos les daban sin pedir aportes ni información del grupo familiar. Era dar al que necesitaba. En algunas oportunidades, era una colación para sentarse a comer ahí, en otros, necesidades puntuales como papel higiénico o a veces,

bolsas que tenían lo que no puede faltar en una casa, menos en pandemia.

Todos los días Brisa se sorprendía, fuera por la cantidad de gente que iba a buscar comida, lo repleto que estaban los comedores, o quienes iban a ayudar. La mayoría de los comedores están ubicados en los sectores urbanos más empobrecidos de las ciudades, pero a uno de los que fue en varias ocasiones, estaba situado en un sector comparable a la comuna de Las Condes en Santiago. – Hay gente que nunca en la vida había tenido que ir a pedir un bolsón de comida, nunca –relata con asombro y emoción.

También a Brisa le sorprendió que, con el transcurso de los meses, la gente iba a pasar el rato, a conversar o simplemente a salir de la casa. Ella también lo empezó a considerar así, pero siempre con precauciones para no contagiar a su abuela.

En los comedores vio a sus antiguos compañeros del partido, a quienes conocía desde los 14 años, cuando empezó a militar. Aprovechó de conversar con jóvenes de los barrios cercanos, para entretenerlos porque no veían a sus amigos hace tiempo, no iban al colegio y estaban encerrados.

Finalmente dejó de asistir: un amigo muy cercano de su hermano se contagió de Covid-19. Tomó la medida para evitar contagiar a otros.

Hoy mira con satisfacción el trabajo que hizo en los comedores para ayudar a otras personas, corriendo riesgos. Quiere cumplir su sueño de irse a vivir junto a su hermano y novio a Buenos Aires.

Covid primer sospechoso, pero no el culpable

La primera vez que anunciaron cuarentena, la periodista Micaela Levitt abandonó el escritorio de su trabajo tal cual como lo hacía todos los días, pensando en que regresaría en dos semanas, sin saber que en realidad no volvería hasta siete meses después. El virus entró sin preguntar. Fue un asalto a mano armada, porque no solo interrumpió las vidas de todos, sino que también amenazaba con quitarlas.

Ella se refugió con su novio Sebastián en un departamento en Palermo, Buenos Aires. Aislarse era lo más lógico y un sacrificio mínimo para cuidar la salud.

– Hay cosas peores –opina.

Adaptó su rutina a la nueva realidad. Los dos encontraron el ritmo adecuado para sobrellevar este asalto. Pasaron sus días ocupados por el trabajo y cocinando pastas, empanadas y guisos para abrigarse del frío invierno.

Los días en que el encierro la sobrepasaba salía a caminar, solo un par de cuadras a la verdulería con la excusa de un ingrediente faltante en la cocina. Pero ya no eran las calles y el barrio que ella conocía.

– Parecía película de zombis. No había nadie y los que se veían, tapados enteros –explica mientras cubre con una mano su cara, imitando una mascarilla, dejando solo sus claros ojos al descubierto.

El virus es un enemigo que ataca a mayores, a personas con enfermedades crónicas y a veces a otros, al azar. Para ella es un adversario personal. Sus padres, Graciela y José, son de riesgo y él, además, padece Parkinson hace 20 años.

Como hija única, toma las máximas precauciones: sale de casa solo cuando es necesario y lo hace cumpliendo todas las medidas, barbijo, alcohol gel y el metro de distancia social.

Ve a sus padres a través de la pantalla del celular y habla con ellos a diario por mensaje. Los visita cada dos semanas para asegurarse que estén bien y hace lo que puede por protegerlos, aunque eso signifique contener las muestras de cariño.

Un día en que la joven periodista cocinaba empanadas árabes, su novio le propuso llevar a sus padres comida de sorpresa, pues sabía que a sus suegros les gustaban. Sin pensarlo mucho ella sacó los permisos necesarios y para engañarlos les dijo que iba en camino un repartidor a dejarles la preparación. Cuando ella llegó y su madre se dio cuenta que en realidad era su hija quien tocaba el timbre, con un plato de empanadas recién hechas, se emocionó. No lo podía creer. Los tres pasaron un tiempo juntos y ella se fue con la tranquilidad de que sus padres estaban bien, disfrutando, dentro de lo que se podía.

Dos semanas después sin previo aviso, el 13 de agosto, la vida misma se encargó de que Levitt se enfrentara a lo más temido, la pérdida de su padre. José Jacobo, Yáco, como todos lo conocían, falleció.

Su madre le avisó un día en la tarde que su padre no estaba bien y, junto su novio, acudieron inmediatamente a la casa de ellos, donde estuvieron unas horas antes de que debieran trasladarlo en ambulancia al Hospital Ignacio Pirovano. Entró con una falla multiorgánica, pero sin saber qué pasaba. Todos sospecharon que era Covid positivo y cuando llegaron con los médicos, su padre debió entrar solo, sin acompañantes, por precaución. Ella se quedó en la entrada esperando noticias y los exámenes médicos. A medianoche salió un médico y le explicó que no habría novedades hasta en la mañana.

Durante la madrugada, en medio de una noche sin sueños, descanso ni tregua, recibió el llamado que nadie quiere escuchar. A las 6:45 sonó el teléfono con un ruido distinto al habitual. Ella presintió un desenlace fatal.

Tras la confirmación del fallecimiento llegó el resultado de los análisis de Covid. Fue negativo. El principal sospechoso no era el culpable, lo que permitió que pudieran despedirlo en forma presencial.

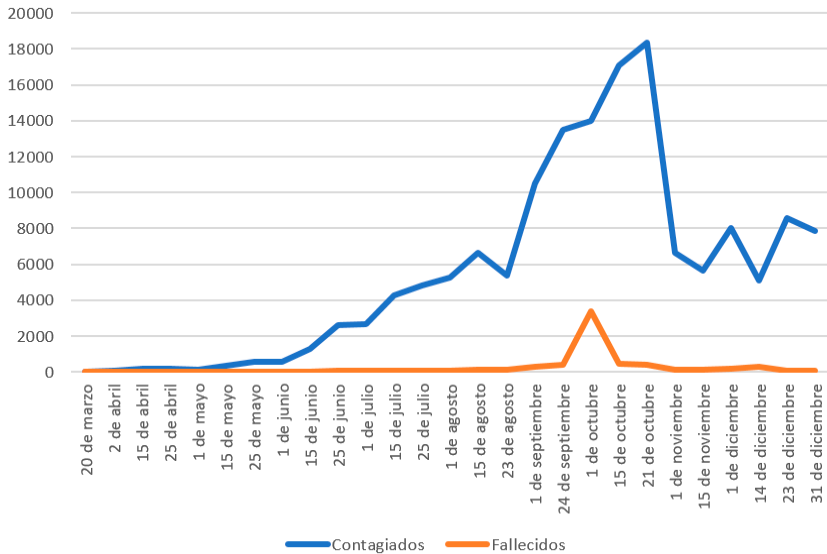
– La experiencia que me tocó fue bastante agradable, debería decirlo, esto fue un viernes y acá el día estaba muy lindo y pudimos ir los tres. La verdad es que yo casi ni lloré en ese momento, porque fue algo que estuvo a la altura de lo que era mi papá, muy austero, pero dentro de todo, lindo –relata mientras contiene sus lágrimas.

A pesar de que ella hizo cuanto estuvo a su alcance para protegerlos, no tenía su destino en las manos:

– Igual todo esto me enseñó, como me dice una amiga: “Tan preocupada estabas por el Covid y terminó pasando algo que no pudiste manejar y que en realidad no tiene nada que ver con el Covid”. Es verdad, pero no puedo arriesgar –acepta con resiliencia.

Micaela no pasó el asalto intacta, pero no por el virus, sino que por otro atacante silencioso que vivió en su familia durante años.

Argentina: contagiados y fallecidos por la Covid-19 en 2020



Fuente: Diario La Nación (Argentina), sobre la base de reportes de prensa del Ministerio de Salud de la Nación y datos del Sistema Integrado de Información Sanitaria Argentina.

Al héroe se le cayó la capa

La estudiante de ciencias políticas Candela Basualdo comenzó la cuarentena como muchos otros, encerrada en casa, con su familia y dispuesta a permanecer confinada con tal de que el virus pasara rápido. Su familia —padre, madre y hermano— nunca estuvo tan confinada como otras, porque los dos varones formaron parte de los servicios de distribuidoras de comidas, considerados esenciales. La convivencia familiar ocurría en especial al desayuno y la cena, porque el resto del día Alejandro y Gonzalo salían, mientras su madre, Marcela, permanecía en casa, y ella trabajaba y estudiaba.

Aunque el departamento donde convivían es más amplio que el promedio de los bonaerenses, sentían que el espacio de cada uno se encogía a diario, lo que derivó en que cada día había una nueva discusión, en especial en las noches y los fines de semana, cuando estaban todos. Los conflictos corrían libremente por la casa y sus padres los resentían en primera línea. Cande, como prefiere

que le digan, confiesa:

– Los problemas venían de una sumatoria anterior a la pandemia; digamos que esta los agravó.

Los hermanos bromeaban entre sí cada vez que sus papás peleaban: “Che, ya para cuando es el divorcio”. Pero no esperaban que la broma terminara siendo real y menos en confinamiento.

Sus padres tomaron la decisión de separar aguas en plena pandemia. La “sonrisa de china”, como la llama ella, se volvió hacia abajo; ni el hilo más fuerte la podía volver a estampar en su cara. Su nariz y labios grandes se quedaron sin la compañía que tanto acostumbran.

Después de ser expulsado de su casa con una escena digna de película, su padre, Alejandro, debió buscar departamento con barbijo, salvoconducto y alcohol gel en mano.

El tiempo que inicialmente le dio Marcela a Alejandro para encontrar un nuevo lugar, cambió después de que, en el día del padre en Argentina, el 20 de junio, este le pidiera a Gonzalo que lo acompañara a ver un departamento. Según Candela, a su madre la enfureció la arrogancia con la que su padre se lo ofreció a su hermano. Después, Marcela le pidió que no volviera nunca. Su mamá le confesó que, si no existieran rejas en cada ventana, habría arrojado a la calle todo lo que era de él, la ropa, sus cosas.

Alejandro volvió a ver a Marcela y a su hija la semana siguiente, cuando fue a buscar cosas que se le quedaron. Los tres almorzarón sin el hermano mayor, pero con la compañía de una tensión insoportable.

– Después de que mi papá se fue, saltaron un montón de cosas que no se sabían, que mi mamá no sabía y que se fue enterando –recuerda Candela refiriéndose a las nuevas infidelidades que descubrieron tras el exilio del padre. Después de 28 años juntos, Alejandro y Marcela finalizaron. El padre se fue a vivir solo al departamento de un amigo, la madre debió aprender a ser independiente, el hijo a seguir conviviendo con su compañero de trabajo y Candela recién asimilaba lo sucedido.

Ambos padres inicialmente no hablaban. De a poco han retomado la comunicación para conversar sobre los gastos de la casa, cosas básicas. Los

hijos almuerzan cada sábado con su padre, cuenta Candela. Todo, en medio de las cuarentenas. La costumbre de reñir en las noches y los fines de semana se desvaneció, aunque los tres que se quedaron en la casa de Recoleta reaccionan si se sienten provocados y suben sus decibeles.

– Somos todos muy efervescentes, nuestra forma de ser es bastante chispita y bueno, por cualquier cosa siempre terminamos discutiendo – asegura Candela, que de a poco ha ido recobrando su sonrisa extraviada en los confinamientos. La separación y los cambios de rutina fueron dolorosos. Ella tiene a veces dificultades para poner palabras a sus sentimientos. Empezó a ir a la psicóloga para asimilar lo ocurrido, hablar del dolor que sentía y lo lastimada que estaba con su padre, por la situación y la caída de su héroe.

– ¿Viste cuando vos tenés un ideal de una persona y la imaginás de cierta manera? Bueno, cuando vas creciendo esas cosas cambian. A lo largo del tiempo, más que nada estos últimos tres años y más ahora, empecé a pensar ciertas cosas de mi viejo que no eran las mejores... pero es mi papá –relata. “El tiempo lo sana todo”, concluye, mientras levanta la capa de héroe que a su padre se le cayó al suelo y se la pone ella.

Tres semanas fueron tres meses

Cuando la avalancha se aproximaba, con un caso ya positivo en Argentina y escuchando hace meses la realidad del Covid-19 en Europa, el economista Javier Adelfang armaba una pequeña maleta en Costa Rica el jueves 5 de marzo de 2020, para volver a su país natal, que abandonó hace ocho años por un amor que no funcionó. Los calzoncillos necesarios, un par de jeans, poleras y el computador que no puede dejar. Partió el 6 de marzo a Buenos Aires en un aeropuerto sin medidas sanitarias y ocho casos positivos, para lo que pensó serían tres semanas, pero que fueron tres meses.

Adelfang llegó a Argentina con la ilusión de comer asado, disfrutar del fútbol y reencontrarse con los amigos. Así fue inicialmente. El 7 de marzo, con sus excompañeros de facultad se juntaron a ver a Boca Juniors ganar la final del torneo local al imponerse 1-0 a Gimnasia y Esgrima La Plata, el mismo día que ocurrió la primera muerte por coronavirus en ese país. El lunes 9 de marzo,

día de su cumpleaños, celebró los 36 años con sus padres y hermana en el departamento familiar.

El gobierno empezó a anunciar el uso del barbijo como medida preventiva del contagio:

– Pucha, recién llegué y pasa esto –pensó Adelfang, pero acató las medidas por sus padres; dos adultos mayores.

Fue una semana vertiginosa. El 10 de marzo era 17 los casos positivos, el 11 de marzo 19, el 12 de marzo se disparó a 31, y el 13 de marzo el presidente Fernández anunció el cierre de los colegios por 15 días, el 14 de marzo el gobierno puso candado a las fronteras de Argentina y él comenzó a vivir de nuevo con sus padres tras ocho años.

Cinco días después y con 83 casos nuevos, Fernández anunció cuarentena total. Solo se podría “salir para hacer lo necesario”. En encierro estricto, Adelfang pensó “cuánto va a durar”.

Pasó durante tres meses las sucesivas cuarentenas con sus padres. Siempre tuvo buena relación con ellos. Dentro de un hogar con vista a la calle en Buenos Aires, cada uno armó un mundo propio: su madre leía, su padre veía películas y él revivía los recuerdos que le traía esa pieza donde estuvo 28 años. En una habitación con sus libros viejos, su escritorio y una televisión que no servía comenzó a revisar sus manuales antiguos de la facultad y creó un blog para aprender economía de forma sencilla junto a sus páginas de Instagram y Facebook. Se sentía en actividades de docencia.

A medida que pasaban las semanas sentía envejecer a sus antiguos manuales, la televisión seguía sin funcionar y sus padres inmersos en lecturas y películas. Mientras, el añoraba su vida en Costa Rica:

– Tengo todas mis cosas allá, tengo mi perro, mi trabajo, mi guitarra, mi novia... Sintió que era la hora de encontrar cómo volver. Comenzó a averiguar y a hablar con algunos conocidos y personas que tenían la suficiente información para preguntarles cuándo reabrirían los aeropuertos. Se enteró que sería a principios de septiembre, aunque en realidad ocurrió en octubre.

Pero él no se podía quedar tanto tiempo en Buenos Aires. Debía volver a impartir sus clases y a encontrar una nueva casa. Se contactó con la embajada

de Costa Rica para saber si organizaban un regreso humanitario, resultó que sí. A principios de mayo tomó un vuelo que jamás olvidará. No comió nada en el avión por miedo al coronavirus. Se llevó al Aeropuerto Internacional de Ezeiza unos sándwiches hechos por su madre. Tras dejar su maleta y pasar por Policía Internacional caminó al ala más alejada del aeropuerto, que estaba completamente vacío y con sus tiendas de Duty Free cerradas, para comerlos en soledad. Fueron su almuerzo, once y cena. Antes de embarcar se puso dos barbijos que no se sacó hasta llegar a su casa en Costa Rica.

Creyendo que le realizarían un PCR al subir al avión, Adelfang se sorprendió cuando leyó en el chat de *Whatsapp* de argentinos que tomarían el vuelo, que todos se tomarían un antihistamínico antes de entrar, por las dudas de un contagio.

Le tomaron la temperatura y le hicieron la pregunta de rutina: ¿Tiene síntomas de Covid-19? La primera escala del vuelo fue en Santiago de Chile. Se sorprendió al ver subir a los pasajeros con mascarillas N95, que en Argentina era prácticamente ilegal usarlas salvo si era personal de salud.

Hasta Bogotá, la segunda escala, las personas estaban con asientos vacíos a sus costados. Cuando subieron los pasajeros en Colombia el vuelo se llenó, como si fuera completamente normal.

Nueve horas después, sin comer ni servicio de azafatas y todavía con dos mascarillas aterrizó en San José, Costa Rica. Allí, relata la burocracia del Aeropuerto Internacional Juan Santamaría fue lo peor de la experiencia.

El vuelo aterrizó y les informaron que les realizarían a todos los pasajeros un PCR. Tras descender ingresaron de uno en uno a la sala para hacerles el hisopado.

– Primero los adultos mayores y después la gente con hijos. Como soy relativamente joven y sin hijos, quedé para el último –narra Javier entre risas.

Permaneció cerca de hora y media allí. Después pasaron a migración en un aeropuerto colapsado con solo un vuelo. El sistema computacional se cayó, y lo que serían normalmente 30 minutos, fueron más de dos horas.

Meses después, Adelfang reflexiona que no quiere revivir su odisea. No viajará a ver a sus padres hasta tener certeza de poder regresar a donde están su novia, su perro y su guitarra.

Tierra de cuarentena y familia

De forma oficial, los argentinos pasaron casi todo 2020 dentro de cuatro paredes, pero el tiempo borró esos límites y su naturaleza rebelde los sacó a las calles.

– En Chile la norma es seguir la norma, en Argentina romper la norma es la norma –sentencia Roger Shultz.

Con días incontables después del primer anuncio de cuarentena del presidente Fernández y nuevos casos de contagios que todavía no cesan, los padres de la estudiante de ciencias políticas Candela Basualdo se divorciaron, la convivencia ya no era posible. El abogado y emprendedor Roger Schultz, aburrido de Argentina, viaja en sus sueños a Miami dejando atrás a su suegra y su vida. La periodista Micaela Levitt, a pesar de sus esfuerzos, perdió a su padre, por una enfermedad que ni ella, ni él podían controlar.

El policía Gustavo Pérez se mantiene alejado de los suyos, pero ahora el país tiene un Pablo Escobar menos en las calles. La peronista Brisa Espasa cuenta los días para irse a vivir con su novio y su hermano, y por fin cumplir su sueño de darle la espalda a Bahía Blanca. Las mellizas Leonangeli abandonaron el negocio familiar y retomaron sus vidas académicas y sociales, mientras el cuerpo y corazón del economista Javier Adelfang, después de un vuelo de nueve horas con dos mascarillas y una mudanza pandémica, se afincan en Costa Rica.

El partido de Chile y Argentina

La rivalidad entre estos dos países no solo es en la cancha, sino también política. La pandemia de la Covid-19 fue también escenario de polémicas, con declaraciones que iban y volvían.

El pitazo inicial fue el viernes 11 de abril, cuando el presidente Alberto Fernández decretó la extensión de la cuarentena en su país y aprovechó de comparar las gestiones y cifras de Argentina, Chile y Brasil durante su discurso.

Días después, la prensa trasandina publicó un informe elaborado por el gobierno chileno, que refutaba a Fernández. Luego, el presidente Sebastián Piñera explicó que era un informe para uso interno y la filtración fue un error.

El entonces ministro de Salud chileno, Jaime Mañalich, respondió en el balance diario y dijo que Chile estaba aplicando las medidas necesarias.

Fernández comparó de nuevo su país el 8 de mayo, cuando señaló que en Argentina el virus estaba más controlado que en Chile o en Ecuador.

Mañalich replicó: "Prematuro y además inconducente efectuar comparaciones (entre ambos países) sobre realidades que, a lo mejor, no son comparables".

El último encontrón fue a fines de agosto, cuando Fernández aseguró: "Chile colapsó más que nosotros". El actual ministro de Salud chileno, Enrique París, respondió: "Cuando los hermanos latinoamericanos se comparan, es odioso".

A comienzos de 2021, ambos presidentes dieron por superadas estas fricciones con la visita que Fernández hizo a Chile.

CAPÍTULO 7.

El virus y las vacunas:
¿Y ahora qué? La Covid, una
carrera y Chile

CAMILO BARRIOS
JOSÉ TOMÁS LÓPEZ
NICOLÁS RIVEROS
MARÍA JESÚS RODRÍGUEZ

– Estamos preparados para el peor escenario –exclamó con confianza el entonces ministro de Salud, Jaime Mañalich, en una entrevista al matinal de Chilevisión en mayo de 2020.

Incluso, existía una posibilidad favorable.

– ¿Qué pasa si el virus muta y se pone buena persona? –preguntó Mañalich en el noticiero de TVN.

Mientras los contagios se elevaban exponencialmente insistió en su discurso triunfalista.

– Nuestro sistema de salud es uno de los mejores y más eficientes, y lo voy a decir sin ambages, del planeta –sentenció Mañalich en el matinal de Mega.

Lo dijo cuando las estadísticas indicaban que la tasa de letalidad (número de muertes por el virus en un período determinado comparado con la tasa total de casos) de Chile era tres veces menor que el registrado a nivel mundial en promedio.

Quizás para él, nuestro país aún vivía en el “oasis latinoamericano”, como dijo el presidente Sebastián Piñera el 9 de octubre de 2019 días antes del estallido social. Una nación camino al desarrollo, miembro de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), capaz de superar desastres. ¿Era realmente el caso?

Derrumbe del castillo de naipes

El doctor en bioquímica de la Universidad de Constanza (Alemania), Alejandro Rojas, explica que Chile tiene financiamiento para enfrentar los efectos de un terremoto, abastecer a la población y leyes de emergencia ante estas situaciones, pero no está preparado ante una pandemia.

– Si llega a Chile un virus mortal, no hay fondos, no hay un fondo de emergencia que nos permita a nosotros como científicos contribuir.

Concluye: “A nadie se le pasó por la cabeza que algo así podía pasar”.

Rojas está investigando la formación de anticuerpos en una alpaca.

Pero pasó.

Piñera lo admitió en cadena nacional el 17 de mayo de 2020: “Chile tampoco estaba preparado”. Quizá ningún país lo haya estado, pero en este agregó la

desconexión entre gobernantes y ciudadanía. Lo reflejó Mañalich al reconocer un nivel de pobreza y hacinamiento del que “no tenía conciencia de la magnitud”. Cuando la pandemia cobró más fuerza, los planes parecían desmoronarse. El *peak* en Chile llegó el 14 de junio con 6.938 nuevos contagios y 222 muertes por Covid-19, el reflejo de un fallido plan epidemiológico que, admitió Mañalich, “se ha derrumbado como un castillo de naipes”.

Nuestro país no estaba preparado para esta enfermedad, porque “no existe una plataforma pública de norte a sur que sea capaz de monitorear las pandemias del punto de vista inmunológico y microbiológico y de tener lugares donde se pueda no ser solamente receptor de una vacuna, sino que también generar interacción y desarrollo soberano en torno a esto”, asegura con ímpetu y voz firme la médica inmunóloga clínica Mercedes López, del Instituto Milenio de Inmunología e Inmunoterapia.

Durante la frenética carrera por conseguir una cura contra la Covid-19, “lo más probable es que nuestro rol como país en el desarrollo de esta vacuna sea participar en los estudios, no en desarrollar una propia vacuna en Chile”, explica Katia Abarca, pediatra con especialidad en enfermedades infecciosas en la Universidad Católica.

El año 2020 se instaló en los anales de la historia mundial. La pandemia, la mayor tragedia de la humanidad en lo que va del presente siglo, reveló las falencias de los gobiernos para enfrentar al virus. Muy pocos países de los más desarrollados, sortearon esta crisis exitosamente. Nueva Zelanda ha sido uno de ellos, con una presidenta mujer y un gabinete multicultural que incluye a minorías.

Un enemigo minúsculo y letal

Todo comenzó el domingo 1 de diciembre de 2019, cuando el primer paciente conocido mostró síntomas en Wuhan (China), según la revista médica *The Lancet*. A fines de año, la Organización Mundial de la Salud (OMS) recibió los reportes de “una neumonía de origen desconocido”. Fue el inicio de la pesadilla y de los intensos por combatirla. Diversas versiones atribuyen el origen del virus Sars-Cov-2 a animales, pero aún no se ha confirmado. Para

dar la batalla y contrarrestar los efectos de una infección viral, lo primero era conocer bien al enemigo.

Todos los virus poseen una membrana externa o envoltura llamada cápside. Para penetrar con éxito en las células, la estructura de su pared debe tener un área o una superficie que calce exactamente y se ajuste con alguna de las proteínas que están en la estructura de las membranas celulares humanas. Cuando esas áreas coinciden, la cápside del virus se puede fusionar con nuestras paredes celulares. Al hacerlo, el microorganismo puede ingresar su material genético en el cuerpo, para reproducirse e infectar, explicaron los científicos entrevistados.

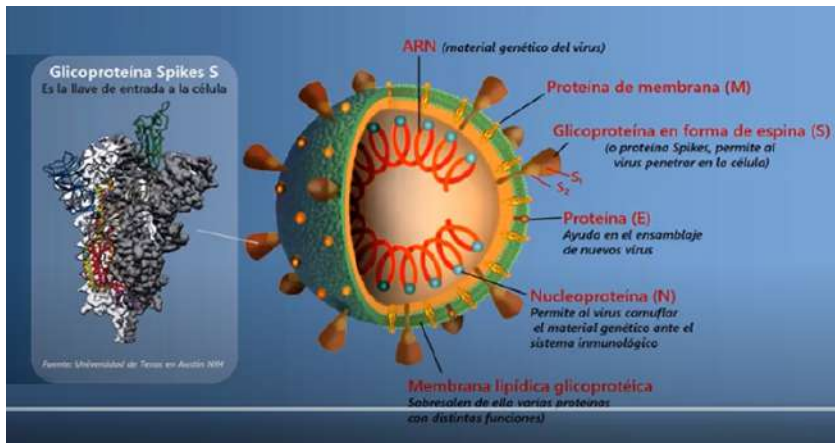
Los virus son extremadamente pequeños. El tamaño del Sars-Cov-2 (del inglés *severe acute respiratory syndrome coronavirus 2*) es de entre 60 y 140 nanómetros (nm). Un nanómetro es una mil millonésima parte de un metro ($1\text{ nm} = 10^{-9}$) o la millonésima parte de un milímetro. Una bacteria es cien veces más grande y se la puede observar con un microscopio óptico; en cambio, a un virus solo se le ve con un microscopio electrónico. Es por el tamaño del microorganismo, que las mascarillas deben ser de cierta calidad. No cualquier tela o filtro sirve. Mientras las bacterias son entidades unicelulares, los virus son material genético envuelto en una cobertura proteínica y que para reproducirse requiere de otra estructura celular a la que se adosa. A las primeras se las puede tratar con antibióticos (hay algunas que son beneficiosas); a los segundos, no.

En el caso del coronavirus, las glicoproteínas* que están en la envoltura o cápside del virus son ricas en un componente (aminoácido) llamado cisteína**. El virus utiliza estas glicoproteínas para conectarse con alguna de las proteínas que están presentes en las membranas de nuestras células.

* Glicoproteínas: de acuerdo con la Real Academia Española (RAE) son proteínas conjugadas cuyos componentes no proteicos son hidratos de carbono.

** Cisteína: según el diccionario médico de la Universidad de Navarra (España) es un aminoácido que contiene azufre y que se sintetiza a partir de la metionina-homoserina y la posterior disociación de la cistationina.

Estructura del virus que produce la enfermedad del coronavirus



Fuente: CanalDivulgación <https://youtu.be/i6xtsyt17jpg>

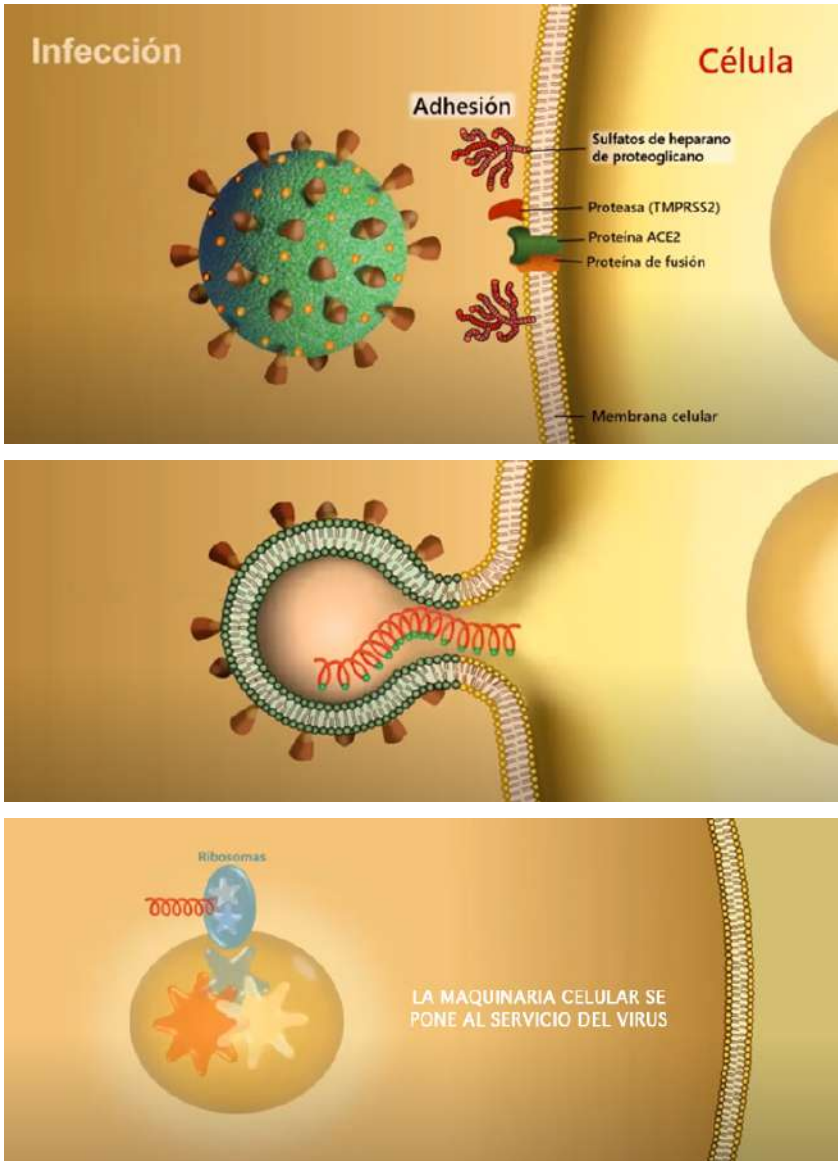
Al conectar y fusionarse con las células, el virus introduce en ellas su material genético, moléculas de ADN y ARN. Una vez liberado al interior de nuestro cuerpo, este transmite instrucciones que alteran el normal funcionamiento celular. De esta manera, el germen hace que las células generen acciones que le facilitan su reproducción. Eso termina agotando la energía interna de la célula y destruyéndola.

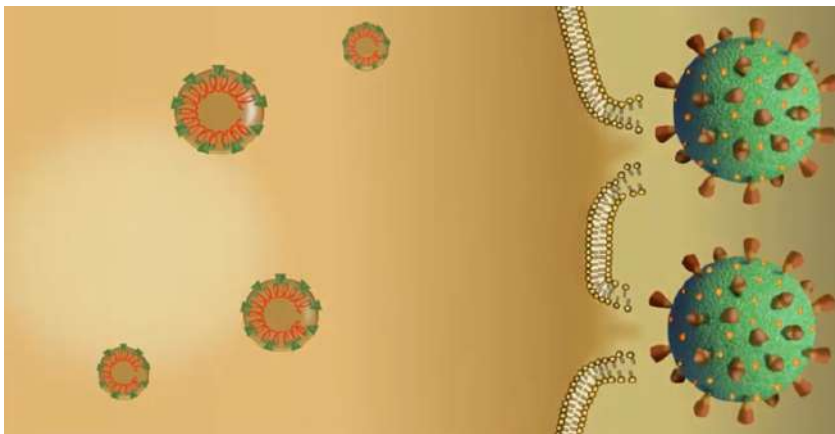
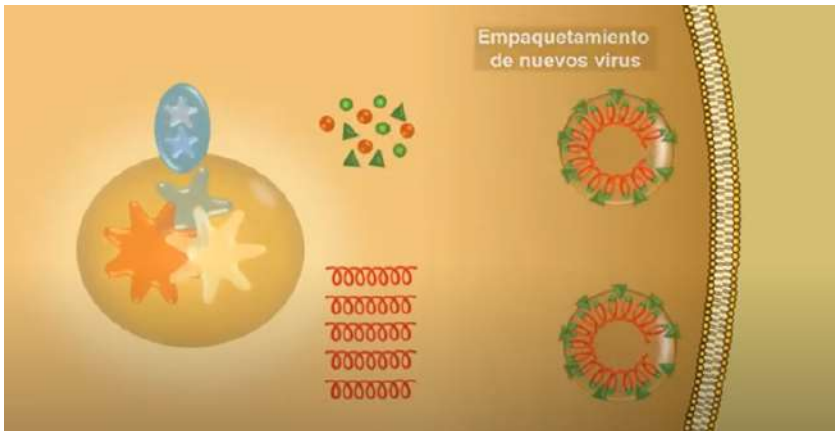
Rojas describe que se produce “una lucha entre el virus que viene a colonizar y el sistema inmune que intenta crear anticuerpos”. En el caso de otros virus, cuando comienzan a invadir el cuerpo, el organismo se defiende generando anticuerpos que contraatacan y vencen -o no- la amenaza. Después, la memoria celular almacena la información del virus y cómo combatirlo para actuar más rápido si este reaparece; así se genera inmunidad y protege el cuerpo.

– Sin embargo, cuando hablamos de la Covid-19, el virus es muy agresivo y nuestro cuerpo no sabe nada sobre cómo contrarrestar su amenaza. Por eso tiene que empezar desde cero a generar los anticuerpos necesarios para atacar al germen, pero como este se reproduce muy rápido, el organismo no alcanza a generar los anticuerpos a tiempo para protegerse por sí mismo –explica Rojas. Así, el microorganismo empieza a colonizar más de la cuenta, generando la

patología que se conoce como Covid-19, que daña gravemente los pulmones y genera una sobreinflamación descontrolada que, si no se trata a tiempo, puede provocar la muerte.

Cómo contagia el virus





Fuente: CanalDivulgación <https://youtu.be/i6xtsyt17jpg>

Incluso, si la persona se recupera, porque consigue crear los anticuerpos necesarios para contrarrestar la Covid, los estudios indican que estos quedan circulando en la sangre durante 60 días (dos meses). Se han observado casos de personas que se han contagiado por segunda vez con el mismo virus, y más alarmante todavía, en Inglaterra y Brasil, se están infectando con otras cepas, o mutaciones.

Otro aspecto que puede inducir a alarma, o al menos levantar una luz amarilla: el diario digital de información sanitaria y de salud *Gaceta Médica* publicó una investigación que alerta sobre los riesgos que traen las secuelas producto de la Covid-19. Son patologías que dejan más debilitadas a las personas que contraen el virus y que pueden persistir durante meses.

¿Cuál es el rol de la vacuna?

En una entrevista publicada en el portal del Centro de Investigación Periodística (Ciper), la médico López definió el concepto de vacuna como “un tipo de tecnología que simula una infección, pero en condiciones en las cuales las personas vacunadas no enferman. Su objetivo es dar protección de largo plazo a la población. El logro de este objetivo dependerá no sólo de factores biológicos, sino también de factores sociales”.

Las vacunas intentan introducir en las células componentes que lleven a estas una información genética adicional, que estimula en ellas la generación de una reacción de defensa ante la presencia del virus, destruyendo o inactivando el material genético que este transporta, y evitando así que pueda reproducirse e infectar.

En Argentina, por ejemplo, se probó una inoculación orientada a cambiar la función y estructura de la proteína AFC2, que es la que el virus usa para conectarse con las membranas celulares e iniciar el proceso de fusión. El nuevo material genético ingresado corta la proteína AFC2 evitando con ello que el germen pueda fusionarse y transportar su carga e información genética hacia el interior de nuestras células.

La acción ha provocado más de una controversia en el entorno médico y científico especializado de ese país. El genetista especializado en biología

genética molecular, médico Luis Marcelo Martínez, afirmó en una presentación dirigida a los senadores argentinos, que el lugar del cuerpo humano en el que se encuentran las células que poseen una mayor concentración de la proteína AFC2, que la vacuna cortaría, son los testículos de los varones.

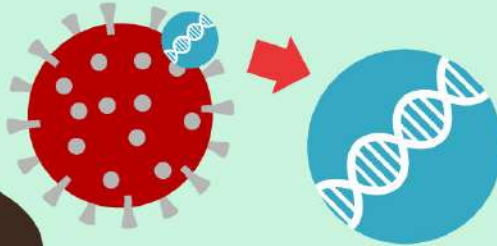
– Cuando uno estructura una vacuna, selecciona otro tipo de virus al cual se le adhiere el ARN del virus que se está probando. Ese virus que uno inyecta está marcado y uno sabe cuánto está colocando de ese virus y se va midiendo en la sangre la concentración porque están marcados. Entonces ahí se puede saber cuántos siguen estando vivos y cuántos siguen circulando –explica la subjefta de la Unidad de Pacientes Críticos (UPC) del Hospital Metropolitano, Glenda Miranda.

Algunos científicos en Argentina cuestionan precisamente este aspecto, porque no les han informado cuál es el genoma o mapa genético de los compuestos que se agregan a las células a través de la vacuna que actualmente se prueba. En rasgos generales, para producir una vacuna primero se debe desarrollar un prototipo cuya eficacia y tolerancia se prueba en mamíferos. Una vez encontrada la mejor formulación se inicia la Fase I de su acreditación, que consiste en observar su comportamiento en una muestra reducida de humanos. Si esta tiene buenos resultados, se pasa a la Fase II, donde se eleva el número de voluntarios que participan (200 y 500 personas). Si se aprecia un rendimiento positivo, se avanza a la Fase III, en la que se aplican ensayos a nivel mundial, con diferentes grupos etarios de población. Esta es la más larga de las etapas, ya que, es en esta donde se confirma si la inyección cumple con los requisitos mínimos para su producción y aplicación masiva.

Dos son los requerimientos fundamentales que necesita una vacuna para su aprobación: comprobar su eficacia y la seguridad de su implementación a escala poblacional a corto, mediano y largo plazo. Esto significa verificar que no desencadene efectos secundarios y que su uso aporte de forma significativa a contrarrestar la enfermedad o infección. Por eso se estima que el tiempo prudente que se requiere para su certificación es de uno a tres años como mínimo, según el Instituto de Salud Pública (ISP).

Cómo funciona la vacuna

- 1** Se tomaron genes de la **"proteína espiga"** del SARS-CoV2, es lo que utiliza el coronavirus para entrar en nuestras células.

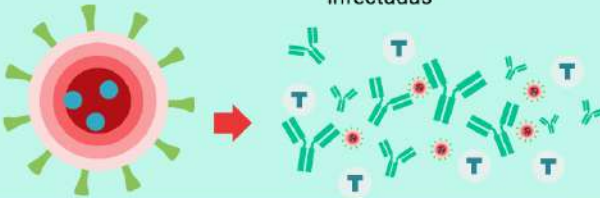


- 2** Esto **se inyecta** al paciente



- 3** Las células de la vacuna entran como si fuese una réplica del virus

- 4** Esto hace que **el sistema inmunológico produzca anticuerpos y células T** para destruir las células infectadas



- 5** Si el paciente adquiere el coronavirus, **los anticuerpos y células T sabrán cómo responder** para pelear contra el virus de nuevo.



Fuente: BBC

Tipos de vacunas

Tipo de vacuna	Conformación	Ventajas	Desventajas
Vacunas vivas atenuadas	Las vacunas vivas utilizan una forma debilitada (o atenuada) del germen que causa una enfermedad.	Fuerte y larga duración.	Difícil conservación y más contraindicaciones médicas.
Vacunas inactivadas	Las vacunas inactivadas utilizan la versión muerta del germen que causa una enfermedad.	Fácil conservación y no tienen contraindicaciones médicas.	Débiles y de poca duración.
Vacunas de subunidades, recombinantes, polisacáridas* y combinadas	Utilizan partes específicas del germen, ofrecen una respuesta inmunitaria muy fuerte dirigida a partes claves del germen.	Fuerte y larga duración.	Necesita vacunas de refuerzo para tener protección continua contra las enfermedades.
Vacunas con toxoides	Toxina (producto no vivo) fabricada a partir del germen que causa una enfermedad.	Fuerte y larga duración.	Necesita vacunas de refuerzo para tener protección continua contra las enfermedades.
Vacunas de vectores** recombinantes	Basadas en plataforma, consisten en la introducción de genes en vectores vivos, para facilitar la inducción de respuestas vigorosas de las células T, que forman parte del sistema inmunitario.	Alto nivel de efectividad.	Tecnología muy reciente y nueva, no se sabe mucho sobre las desventajas que podría producir.

Fuente: Estudio del Servicio de Microbiología Clínica, Hospital Clínico San Carlos, Facultad de Medicina y la Universidad Complutense de Madrid, (Madrid, España).

* Polisacárido: la RAE lo define como un “hidrato de carbono formado por una larga cadena de monosacáridos”, como por ejemplo el almidón, la celulosa y el glucógeno.

**Vectores: según la OMS son organismos vivos que pueden transmitir patógenos infecciosos entre personas, o de animales a personas. Muchos de esos vectores son insectos que se alimentan de sangre que ingieren los microorganismos patógenos junto con la sangre de un portador infectado (persona o animal) y posteriormente los transmiten a un nuevo portador; una vez replicado el patógeno. Con frecuencia, una vez que el vector ya es infeccioso, puede transmitir el patógeno el resto de su vida en cada picadura o ingestión de sangre posterior.

Pero estos protocolos habituales antes de la aplicación de vacunas se aceleraron al máximo en todos los países durante la crisis de la Covid. Cada día que tardara la certificación de una inoculación, significaba que más personas contraían el virus y podían fallecer.

La carrera fue a toda velocidad para salvar vidas. Pero la competencia por contar con vacunas para la población de los países fue también económica y política.

Carrera por la vacuna

La importancia de la vacuna va más allá de la medicina.

Como esta pandemia se extendió a nivel mundial, la cura tendrá una explosión similar. La vacuna que muestre mayor efectividad para considerar a un país libre del virus, con menores costos y mayores facilidades de transporte y aplicación, ganará la carrera. Los países productores de la inoculación que triunfe lograrán influencia política-económica y quedarán a la cabeza del desarrollo tecnológico en materia de salud, tal como en el pasado ocurrió con la bomba atómica o con la carrera espacial hace no tanto tiempo.

Sin embargo, como hay una pandemia y el planeta está globalizado, ningún país podrá bajar la guardia mientras el virus exista en otras sociedades. En 2020 todos los gobiernos aprendieron, dolorosamente, a costa de las vidas de muchas personas, la facilidad con que el microorganismo puede llegar a los más recónditos lugares, en el cuerpo de portadores asintomáticos.




















Pero podría ocurrir un desastre. Así lo cree el presidente del Council on Foreign Relations, Richard N. Haass, que en una entrevista para *BBC Mundo*, advirtió sobre el nacionalismo de las vacunas. Las poblaciones presionan a sus líderes por soluciones, por lo que las potencias se posicionan y compran dosis aún no aprobadas. Esto dejaría a millones en situación desfavorable por falta de acceso rápido a la inoculación, a quienes no viven en los países poderosos. Explica que tendrá efectos negativos para esos gobiernos, y advierte que el virus seguirá propagándose por la globalización. “Hay un juego político, económico y estratégico detrás de las vacunas, que es una receta para el desastre si no es posible construir algún acuerdo internacional”, concluye Haass.

A comienzos de 2021, la OMS advirtió en el mismo sentido. Al denunciar que muy pocas de las 39 millones de dosis de vacunas inoculadas hasta esa fecha fueron inyectadas en los países pobres, el director general del organismo multilateral, Tedros Adhanom Ghebreyesus, hizo un dramático llamado:

– Debo ser franco. El mundo está al borde un catastrófico fracaso moral, y el precio de este fracaso será pagado con vidas y empleos en los países más pobres del mundo. No sería justo que adultos jóvenes y sanos en los países ricos se vacunen antes de que puedan hacerlo trabajadores sanitarios y personas mayores en los países más pobres.

En esta carrera se estudian y están en distintas etapas de aprobación, e incluso de aplicación, más de 160 posibles vacunas, las cuales tienen que pasar por un proceso preclínico. En este se examina la seguridad, la eficacia y la calidad en animales para avanzar después a pruebas en humanos. Las fases clínicas son precisamente estos ensayos en humanos, cada uno en mayor escala y diversidad, hasta llegar a la población de mayor riesgo (adultos mayores, embarazadas y niños). De acuerdo con la OMS, el 29 de octubre de 2020 un total de 45 candidatas se encontraban en estas etapas, pero sólo doce están en la recta final. La Universidad de Oxford y la firma sueco-británica AstraZeneca (Reino Unido) desarrollaron una vacuna de vectores. La empresa Sinovac (China) elaboró una basada en un virus inactivo. La compañía Moderna (EE.UU.) hizo una de tipo genética. El Instituto de Productos Biológicos de Wuhan (China) y el Instituto de Productos Biológicos de Pekín (China) trabajan en diferentes proyectos, pero en conjunto con la farmacéutica estatal Sinopharm, ambos con el mismo tipo de vacuna basada en un virus inactivo. Las empresas BioNTech, Fosun Pharma y Pfizer (Alemania, China y EE.UU.) realizaron una genética. Johnson & Johnson (EE.UU.), una empresa multinacional, apostó por una de vectores al igual que CanSino Biologics (China). Novavax (Suecia y EE.UU.) investiga una inoculación basada en proteínas. Bharat Biotech (India) escogió una con virus inactivado. El Instituto de Investigación Gamelaya (Rusia) patentó la Sputnik V, una vacuna de vectores. Y el Instituto de Investigación Infantil Murdoch (Australia) plantea la reutilización de una vacuna que combate la tuberculosis desde hace 100 años.

Investigaciones que partieron en la competencia por las vacunas

 Creadores	 Nombre y tipo	 Origen
AstraZeneca/U. de Oxford	ChAdOx-1 nCov-19/De vectores	
Sinovac	CoronaVac/Virus inactivado	
CanSino Biologics	Ad26.CO2-5/De vectores	
Sinopharm/Pekín	ChiCTR2000034780/Virus inactivado	
Sinopharm/Wuhan	ChiCTR2000031809/Virus inactivado	
Anhui Zhifei	Nueva vacuna SARS-CoV-2 recombinante (CHO cell)/A base de proteínas	
Chinise Academy of Medicla Sciences	Vacuna SARS-CoV-2 (vero cell)/Virus inactivado	
Pfizer/Fosun Pharma/BioNtech	ARN-BNT162/Genética (ARN)	
Novavax	NVX-CoV2373/A base de proteínas	
Moderna	ARNm-1273/Genética (ARN)	
Johnson & Johnson	Ad26.CO2-5/De vectores	
CureVac ag	CVnCoV/Genética (ARN)	
Inst. Gamaleya	Sputnik-V/De vectores	
Baharat Biotech	Covaxin/Virus inactivado	
Zyodus Cadila	ZyCoV-D/Genética (ADN)	
Ins. inv. para problemas de seguridad biológica	QazCovid-in COVID-19/Virus inactivado	

Fuente: Organización Mundial de la Salud, CNN en Español y Pauta.

La primera que llegó a Chile fue la Pfizer y en 2021 fue aprobada la Sinovac. Parece mucho y lo es. Es un hecho sin precedentes el que en menos de un año doce candidatas estén culminando el proceso en fase III. En general, las vacunas tienen periodos de testeo y producción de entre 10 y 15 años, pero esto era demasiado para una pandemia que cobra víctimas a diario.

Acelerar el proceso no significa dejar de respetar las fases. A esto se suma que son más de 7 mil millones de personas que viven en el planeta, lo que significa un problema mayor para la distribución y la producción, nunca antes realizada a esta escala.

Son miles de millones de dosis a producir y distribuir, “sin tener en cuenta que muchas de las vacunas en estudio requieren de dos dosis por individuo. Además, otro problema añadido sería producir masivamente dosis suficientes sin afectar la producción de otras vacunas importantes”, así lo explican Ana María Ortega-Prieto, investigadora posdoctoral, y José M. Jiménez, investigador del Departamento de Enfermedades Infecciosas, ambos del King’s College de Londres, en su artículo “Diez razones para ser realistas sobre la vacuna de Covid-19 y no esperar un milagro”, publicado en *The Conversation*.

En este frenesí contra el tiempo existen razones para el optimismo, ya que uno de los motivos por los que se avanzó tan rápido en las vacunas es la colaboración de la comunidad científica y los acuerdos internacionales para hacer ensayos clínicos en el mayor número posible de voluntarios. Aquí es donde entra Chile, al final de la fase clínica, en su tercera etapa.

El doctor en bioquímica Alejandro Rojas, explica que la actividad científica con respecto a las vacunas tiene dos tipos de iniciativas: la privada, en donde están las empresas y las farmacéuticas; y la científica, con las universidades. Diferencia cuatro formas de financiamiento: acuerdos entre entidades de educación superior y empresas, como en el caso de AstraZeneca y la Universidad de Oxford; solicitud de apoyo a fondos multinacionales; iniciativas del Estado, aunque pocos tienen la capacidad para invertir; e iniciativas internas, empresas que invierten en sí mismas.

Chile no tiene los recursos para invertir, ni la infraestructura para desarrollar alguna vacuna, por lo que el acceso real a estas es mediante acuerdos para


hacer ensayos clínicos con nuestra población. Algo así como “yo doy toda la facilidad para que hagamos estos estudios, pero tú asegúrame que cuando la vacuna salga, yo como país pueda optar, en el fondo, estar dentro de tus prioridades”, explica la infectóloga pediátrica UCI y residente de la Clínica Ciudad del Mar, Daniela Fuentes.

Vacunas contra la Covid en Chile




Pfizer

Se basa en adaptar al sistema inmunológico para que reconozca un agente externo y eleve sus defensas contra él para prevenir un posible contagio y, de esta manera, neutralizar el virus. Se sustenta en el ARN mensajero.




Sinovac

La principal función es inactivar el virus, impidiendo su replicación e infección, pero retiene su capacidad de inducir respuesta inmune en la persona que recibe la vacuna. Esta vacuna tiene convenio con la U. Católica donde se hicieron pruebas clínicas. Ha sido la más usada en Chile.



Johnson & Johnson

Vacuna basada en vectores de adenovirus, que provoca una respuesta inmune robusta. Tiene un convenio con la U. de Chile, por lo que se realizan los ensayos clínicos.



AstraZeneca

Se basa en un virus genéticamente modificado que causa un resfriado. Esta se modificó para que no pueda causar infecciones en las personas y que se parezca al coronavirus. Tiene convenio con la U. de Chile, por lo que se permiten ensayos clínicos en el país.

Fuente: informaciones de prensa (a enero 2021).

Con respecto a este tipo de acceso a la inoculación, la médica cirujana, Mercedes López, exclama que “es una aberración ética y científica, si nosotros queremos participar en ensayos de vacunas no es para eso. Primero, sabemos que es necesario para la humanidad, porque solidariamente vamos a estar. Y dos, porque tenemos una infraestructura para hacerlo”.

Chile ha firmado acuerdos con cuatro farmacéuticas y sus vacunas para realizar ensayos clínicos de fase III: Sinovac, AstraZeneca, Johnson & Johnson y CanSino. El Instituto de Salud Pública (ISP) autorizó tres de estos. La Universidad Católica lleva adelante el estudio de Sinovac y la Universidad de Chile los de AstraZeneca y Johnson & Johnson. Dos de estas ya eran aplicadas a comienzos de 2021: Pfizer y Sinovac.

El 4 de noviembre, Piñera anunció que Chile había logrado un acuerdo con la alianza mundial Covax, una iniciativa de la OMS para garantizar un alcance equitativo, justo y rápido de la vacuna contra la Covid-19. Esto permitiría un acceso a 7,6 millones de dosis. Destacó que estas se sumarían a las que se aseguran en los acuerdos con los laboratorios que realizan estudios clínicos en el país y a los 10 millones de dosis que brindaría el acuerdo con Pfizer.

Las principales en competencia se encuentran en la recta final, pero no ha sido una carrera exenta de obstáculos. La Universidad de Oxford, Sinovac, Johnson & Johnson y Rusia con la Sputnik V debieron detener sus ensayos por una reacción adversa grave en uno de los sujetos de prueba. A pesar de esto, tras investigaciones se descartaron problemas en las vacunas y todas retomaron impulso.

A finales de 2020, tres de las candidatas presentaron resultados alentadores. Las vacunas de Pfizer, de AstraZeneca, la de Moderna y la Sputnik V superaron el 90% de eficiencia en los ensayos, es decir, que en el 90% de los casos, el sujeto de los grupos testeados genera inmunidad contra el virus. Sin embargo, el cuidado de las dosis tiene que ser prolijo, ya que la Pfizer debe mantenerse a menos 70°C, una temperatura que no permite el uso de refrigeradores comunes. Otra complicación para el proceso que viene después de finalizada la carrera.

Con todos estos antecedentes, hay vacunas que suenan más fuerte y se

postulan como posibles ganadoras. Las que más se repiten son la de Oxford y AstraZeneca junto con la de la empresa estadounidense, Moderna. Fueron de las primeras en ingresar a la fase III y cuentan con un fuerte apoyo monetario. Moderna recibió más de 900 millones de dólares de la Autoridad de Investigación y Desarrollo Biomédico Avanzado (BarDA) del gobierno de Estados Unidos. La de Oxford también concentra grandes inversiones para la creación, producción y distribución de esta. EE.UU. donó mil millones de dólares a los laboratorios de AstraZeneca y el gobierno británico aportó 102 millones de dólares. A estos se les suman los aportes de 30 millones de dólares del laboratorio francés Sanofi y los 61,5 millones de dólares del Imperial College London y el Instituto Jenner de la Universidad de Oxford.

El 2 de diciembre, a las 4:02 am, Matt Hancock, el ministro de Salud del Reino Unido, publicó la noticia en Twitter. La vacuna de Pfizer, BioNtech y Fosun fue aprobada de emergencia por las autoridades sanitarias del país y ya están listas para su distribución. El primero en cruzar la meta fue una mestiza. Entre Estados Unidos, China y Alemania lograron sorprender al mundo, frente a todos los pronósticos desde el lado científico. En menos de un año, fue aprobada oficialmente la primera vacuna contra el coronavirus.

A Chile, las primeras dosis de Pfizer llegaron el 24 de diciembre, en Navidad. Fueron 10.000 dosis, que se destinaron a personal de salud de las unidades de cuidado intensivo. Casi un mes después, el 20 de enero de 2021, el ISP autorizó la Sinovac, para adultos hasta los 59 años. Y el 27 del mismo mes, se le dio el “vamos” a la de Oxford.

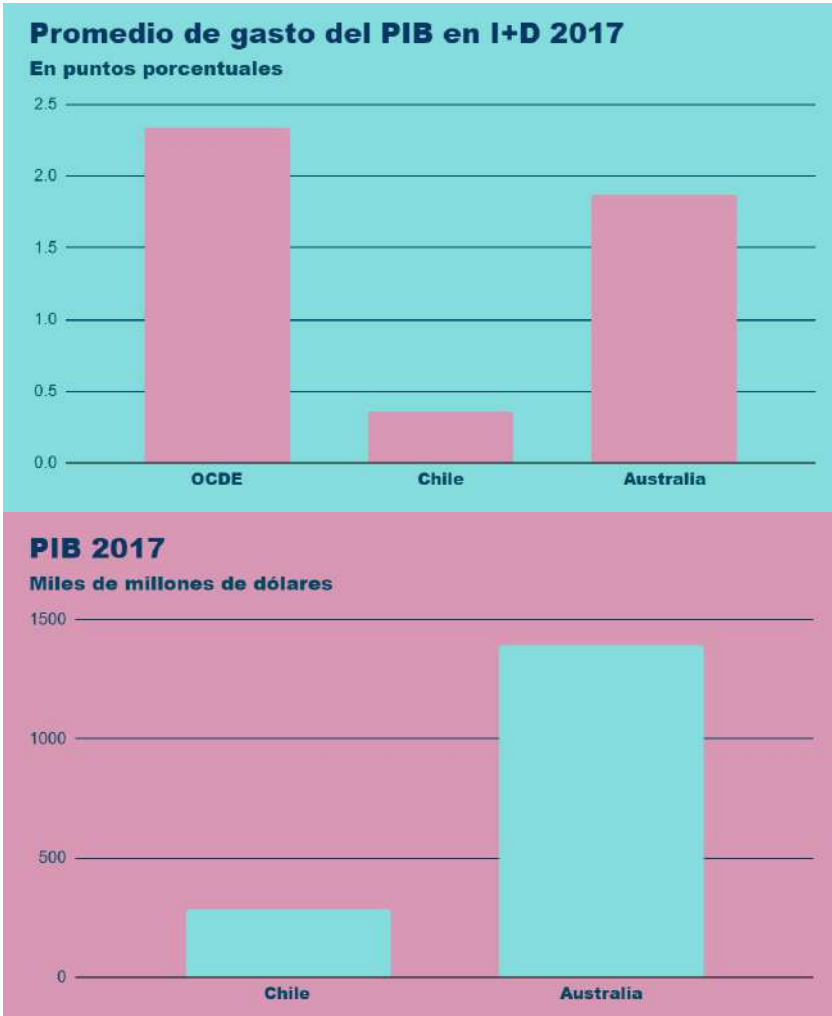
Pero el camino es largo. Según el ministro británico, la solicitud de la farmacéutica Pfizer pudo ser resuelta ya que seguían muy de cerca los pasos de esta vacuna. La Unión Europea y EE. UU. también recibieron solicitudes para aprobarla en forma de emergencia. La inoculación comenzó en el último mes de 2020.

Científicos en el mundo

El científico Alberto Amarilla es doctor en Ciencias e investigador de la Facultad de Ciencias y escuela de Química y Biociencias Moleculares de la Universidad de Queensland. A pesar de su apariencia común y despreocupada,

es un investigador que tiene múltiples maestrías y experiencia profesional en Paraguay y Brasil, donde obtuvo sus grados académicos, su PhD y su posdoctorado, y en Australia, donde hoy reside.

– Yo vine acá a Australia y empezamos a trabajar para intentar descubrir el determinante molecular del virus del Zika y de otros que causan problemas mundialmente. Hicimos descubrimientos muy grandes con relación al Zika y al West Nile –explica con un orgullo silencioso.



Fuente: Banco Mundial.

En Australia, los científicos sufren porque no tienen estabilidad laboral. “Es muy difícil, trabajamos mucho, generamos cosas que pueden hacer mucha diferencia para la humanidad, pero yo siempre le digo a mis amigos: al final de cuentas, se trata de un trabajo. Aparte de todo esto nosotros necesitamos un sueldo para poder vivir”, dice Amarilla, mientras se ríe y se encoge de hombros.

Aunque Chile es miembro de la OCDE, en cifras e indicadores de desarrollo está muy por debajo. Los 36 países en promedio destinan el 2,34% de su Producto Interno Bruto (PIB) a Investigación y Desarrollo (I+D). Según la Octava Encuesta Nacional sobre Gasto y Personal en I+D, publicada en 2019 por el Ministerio de Economía, Chile invierte un 0,36% en 2017. Ese mismo año, Australia, otro socio de este club, destinó el 1,87% del PIB a I+D, según el Banco Mundial.

El PIB de Chile en 2019 fue algo más de 282.318 millones de dólares; el de Australia ese mismo año fue de 1.392.680 millones de dólares, casi cinco veces el chileno, también según el Banco Mundial (gráficos en pág. anterior).

—Aquí en Australia —explica Amarilla— se habla muchísimo (de la vacuna contra la Covid-19 en fase II), porque el gobierno tiene una preferencia, hay una publicación en la página web de la universidad (Queensland) donde está todo lo relacionado y publicado con respecto a eso, y el gobierno, creo que el 60% de lo que invertirá en las vacunas será para que la población se ponga la vacuna que se está desarrollando aquí, y el resto será la de Oxford...

En Australia, se le da bastante cobertura a su producto, Amarilla dice que hasta en Nueva Zelanda es bastante popular, cada semana publican sobre la vacuna de Queensland.

— Pero como Australia está muy lejos de todo y está muy aislada, tal vez por eso no se hable mucho alrededor del mundo —vuelve a reír.

Un poco de contraste

El doctor Alejandro Rojas actualmente trabaja en Valdivia con el testeo de anticuerpos y la generación de anticuerpos sintéticos. Él y sus estudiantes investigan en alpacas. El académico aseguró a la revista *El Fénix* que han obtenido los mejores resultados con estos camélidos. “En sus anticuerpos podría estar

la clave que necesitamos”, explica.

El procedimiento que siguen es la inoculación del virus al animal, tras lo cual se extrae una muestra de sangre para analizar sus anticuerpos. A partir de ahí, se ven cuáles de estos han reaccionado de forma esperada y cuáles no. Rojas espera que la información de los que hayan pasado esta prueba pueda ser transferida a una bacteria y así obtener una vacuna.

– Es aburrido. Si llegas a mi laboratorio vas a encontrar a cinco personas que están distanciadas; con mascarilla, guantes y antiparras por supuesto; trabajando con tubos de agua. Los mezclan, los calientan, los centrifugan, los vuelven a calentar, los agitan... están todo el día mezclando agua con agua. Es lógico que ustedes vean esto y digan: ¡Qué cosa más aburrida! Porque lo entretenido de la ciencia está en la cabeza del investigador, no en la práctica del día a día.

Rojas es uno de los que presentaron un proyecto a distintas universidades y laboratorios en el extranjero, para cooperar con la comunidad científica mundial en la búsqueda de una cura para la Covid-19. No es la primera vez que presentan un proyecto a otras entidades internacionales: actualmente trabajan en otras investigaciones con la Universidad Laval (Canadá), la de Queensland (Australia), la de Copenhague (Dinamarca), la de Oslo (Noruega) y la de Hannover (Alemania).

Cuando presentaron su proyecto en 2020 a un fondo de la Confederación de la Producción y del Comercio (CPC) y la Sociedad de Fomento Fabril (Sofofa), junto al Ministerio de Ciencias, no tuvieron éxito. Al parecer, fueron muchas las campañas presentadas y la suya no fue seleccionada.

“La propuesta que teníamos era muy atractiva, pero necesitaba mucha plata y los fondos son limitados. Ellos priorizaron desarrollos más rápidos, cosas que pudieran contribuir de forma precoz al diagnóstico más que a solucionar la pandemia. Creímos al principio que era por poca fe en las capacidades locales, pero al postular el proyecto en Canadá, este también se lo adjudicó a otra universidad”, relata.

– Hay que entender la biología y la ciencia en general como un proceso que va cargado a lo negativo, a no encontrar lo que buscas, porque si fuese realmente fácil, alguien más ya lo habría descubierto –explica Rojas.

¿Chile a la vanguardia o atrasado?

Chile está haciendo un trabajo muy importante para obtener un *fast track* con al menos seis países para desarrollar una vacuna. En la ley Ricarte Soto se aprobó un procedimiento para los procesos de ensayos clínicos que se llevaran a cabo en Chile, y se estableció que la investigación científica se realizara fuera del país.

El senador y miembro de la Comisión de Salud, Francisco Chahuán, explica que, a pesar de estar en desacuerdo con que las investigaciones científicas se hicieran fuera del país, las regulaciones que establecía la ley Ricarte Soto eran tan exigentes, que los laboratorios dejaron de trabajar en nuestro país.

– A pesar de esto, pienso que Chile está a la vanguardia en los proyectos de vacunación, ya que participa activamente de las propuestas más prometedoras, (como la de Novax, por ejemplo), para asegurar que el país esté en primera línea, para la obtención de la vacuna –dice el senador.

Chahuán asegura que cuando uno habla con los involucrados en estos proyectos, se aprecian estos esfuerzos.

– No somos Estados Unidos, ni Japón, ni China. No invertimos lo que invierten esos países en innovación. Pero son pocos los países que han realizado este *fast track* para obtener anticipadamente una vacuna, y menos aún los países que han desarrollado proyectos inmunológicos como Novax.

La vacuna no es una panacea que solucionará todos los problemas. La estructura proteica del virus mutará todos los años, al igual que la gripe. La cepa británica que llegó a Chile a fines de año es mucho más agresiva y contagiosa que la que afectó al centro del país. Para el senador, más que el desarrollo a nivel local de una vacuna en el país, el mayor desafío ha sido el de lograr un número máximo de camillas disponibles.

– Chile no tuvo la paradoja de la “última cama”; es decir, nunca hicieron falta camas para el número de infectados graves. Eso fue porque desde el inicio se tomaron medidas preventivas –argumenta Chahuán.

El senador resalta ante esto que de los puntos positivos que se deben destacar, uno es que en el país se logró implementar un proyecto que evitó la inflación

de precios de productos sanitarios, como por ejemplo, las mascarillas.

– Otro fue la activación del seguro catastrófico para las personas que estaban en Fonasa; las mejoras a los sistemas locales de trazabilidad y la extensión de las medidas de carácter sanitario en base al comportamiento específico del virus en cada comuna –plantea Chahuán.

La médica cirujana, inmunóloga clínica y doctora en ciencias biomédicas de la Universidad de Chile, Mercedes López, que trabaja en un proyecto que ganó un fondo concursable para estudiar la dinámica de la respuesta inmune de pacientes con Covid, afirma que la investigación en el país ha estado bastante debilitada en los últimos años, por la disminución de los fondos para esta actividad.

– Nosotros dependemos de los fondos. Lo más difícil es hacer entender la urgencia, y la necesidad de hacer buena investigación, porque se requiere mucha gente. Desde el punto de vista de la pandemia, Chile ha pasado del discurso de que los ventiladores lo solucionarán todo, a que la vacuna lo va a solucionar... eso equivale a sacar las castañas con la mano del gato: las vacunas requieren de tiempo.

Según ella, esa perspectiva es como creer “tonto” al ciudadano común. Plantea López que el discurso de hacer ensayos clínicos para lograr un mejor lugar y comprar vacunas, “es una aberración ética y científica. No tenemos la infraestructura para hacer esto bien. En el fondo, vamos a prestar a nuestros ciudadanos y nuestra sangre, para que hagan pruebas y seguimientos desde afuera, esa es la verdad”.

Hoy no existe una plataforma pública de norte a sur que sea capaz de hacer seguimiento a las pandemias, desde el punto de vista inmunológico y microbiológico, y que dé a los chilenos una instancia para que puedan no ser solo receptores de una vacuna, sino que también generar interacción y participar de un desarrollo soberano en torno a esta iniciativa.

Por eso, López pide que haya más transparencia en el uso de los recursos estatales en esta materia. “Es importante que tanto el gobierno como el ministerio nos aclaren bien cuáles son los acuerdos que se están llevando, dónde se colocan fondos, cuáles son privados, cuáles son estatales, en función

de los estudios clínicos, eso tiene que ser totalmente transparente. Hasta el minuto no sabemos nada. No hay nada”.

Desde el punto de vista científico para hablar de respuesta inmune, no se puede medir solo anticuerpos, también hay que medir células y se debe definir quién y cómo la hará, qué pasará con la sangre de los pacientes o de los sujetos y cómo se realizarán los estudios.

La doctora López afirma que ella esperaba que al menos hubiese un seminario para explicarle a los investigadores cuáles son los resultados previos de cada alternativa de vacuna, qué es lo que se hará en Chile, cómo y quién lo va a medir.

– Lo que hemos aprendido en Chile, es primero, que los expertos son expertos relativos, porque les falta sentido común y calle a la mayoría.

Esgrime que el desarrollo de la dimensión técnica requiere de la asignación de recursos y que el mercado no es un buen asignador para estos requerimientos. Desde el punto de vista de la investigación científica, no existen en Chile las fortalezas ni el financiamiento de largo plazo para que los investigadores se dediquen a esta tarea en forma exclusiva.

– En un momento de pandemia, en el que la sociedad necesitaba que los objetivos y recursos e información fueran distribuidos poniendo el bien común de la humanidad como foco, te das cuenta de que eso no fue así. De repente, te das cuenta de que todo es puro humo: que ni los expertos eran tan expertos, que la gente del gobierno no tenía idea del mundo en que vivía, que la ciencia y tecnología era incapaz de poder generar una plataforma que permitiera algo más que poner a nuestros pacientes a disposición de estudios clínicos de otros países.

Lo que queda

Hay dudas con respecto al manejo de la pandemia en Chile: ¿Había conocimiento de lo que pasaba en los sectores más vulnerables? Estando en vivo para el matinal *Mucho Gusto*, Mañalich se encogió y llevó sus manos al pecho cuando acusaba ignorancia sobre la cara de la pobreza en Chile.

¿Somos ratas de laboratorio? Mientras el doctor Rojas responde, comienza a

encoger sus hombros y ladea la cabeza reflejando sus dudas.

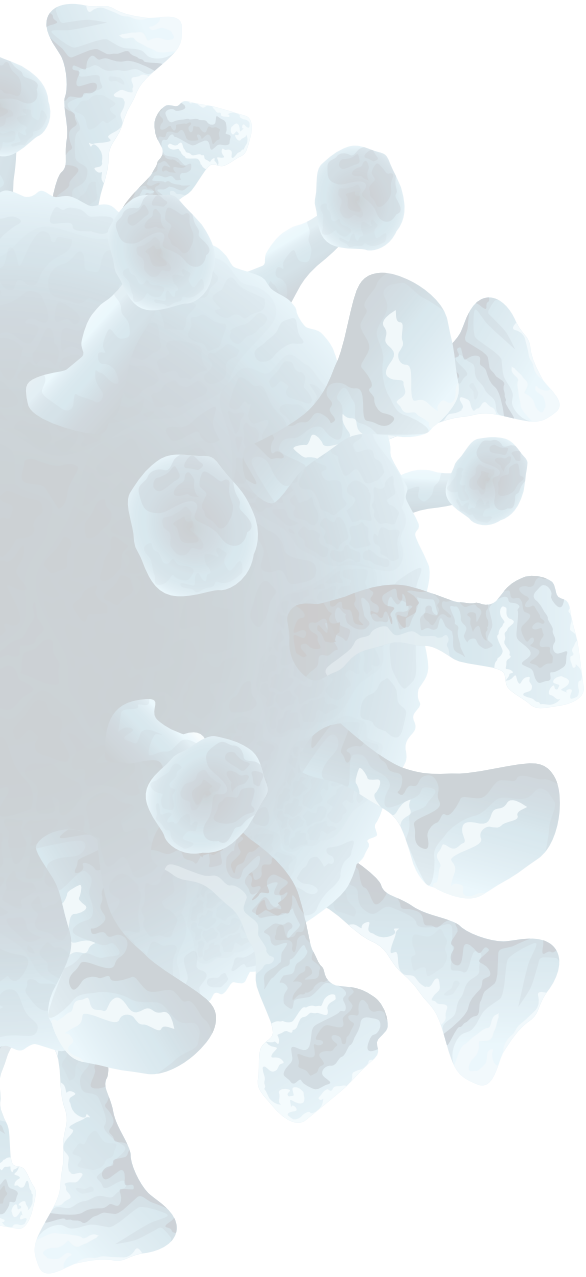
¿Qué hemos aprendido de esta pandemia? Al momento de cuestionar las capacidades del país, la doctora López levanta sus cejas y aprieta sus labios y se escucha una respiración que frena en seco. Responde con decisión:

– Sería fundamental fortalecer la investigación en las universidades y formar y fortalecer una red de institutos de investigación del Estado, que nos permita tener una ciencia soberana y propia. Hoy solo contamos con miles de pequeños proyectos y miles de pequeños *paper*, muchos de ellos pueden estar puestos en revistas muy *top*, pero en el fondo, lo que aprendimos ahora, es que hemos generado un sistema de ciencia y tecnología que no sirve para dar cuenta de los desafíos que el país tiene y eso tiene que cambiar.

Explica López que Chile requiere “pensar en un modelo de desarrollo distinto”. En el caso de las vacunas, plantea que será muy difícil “hacer el seguimiento a los pacientes, a los mismos con distintas formulaciones, ¿quién va a definir?, y sobre la base de qué criterios, ¿cuál va a ser la que se va a introducir en Chile?, ¿se van a introducir todas las formulaciones que resulten buenas?, ¿se introducirá una sola formulación?, ¿quién dirá qué formulación se introduce?, ¿cuáles son los acuerdos que previamente se han llegado con las empresas que están probando las vacunas?”.

Según ellas, todas esas decisiones no se pueden tomar mientras no se sepan los resultados de las vacunas en fase III. Y eso hay que explicarle a la población.

– Digan a la población que estamos metidos en un tremendo forro, que tenemos un virus en la población que mata gente y que tenemos que acostumbrarnos a un modo de vida distinto mientras no podamos encontrar una solución, y que eso toma tiempo. A la gente de alguna manera se le ha enseñado que la ciencia no tiene incertidumbre, que la ciencia es segura, que con la ciencia se soluciona todo: ¡Pero de dónde sacan eso!, la ciencia es incertidumbre total también.



PARTE DOS

La batalla en casa

CAPÍTULO 8.

Dos ministros: la polémica lucha contra un virus rebelde

FRANCISCA ÁLVAREZ
JIM DE LA ROSA
NICOLE IPORRE
SARA SORZA

– Me queda grande este sillón –dijo entre risas Enrique Paris, el ministro de Salud de metro y medio de estatura, mientras se sentaba en el sofá del estudio. Inmediatamente desató carcajadas incómodas de los presentadores de *Hola Chile*, Eduardo De la Iglesia y Julia Vial. Ella se apresuró a quitar la almohada de su propio asiento y pasársela al doctor y, entretanto la autoridad se acomodaba, la conductora comenzó a cambiar rápidamente de tema.

El set de *La Red* era como el living de una casa. Tenía paredes de madera, unos adornos por aquí y por allá, muebles, cuadros y plantas. Era el escenario perfecto para hacer que las cámaras que apuntaban directamente al entrevistado incomodaran lo menos posible.

Y parecía que hacía efecto, porque ese 13 de noviembre de 2020 –justo el día en que cumplía cinco meses en el cargo– él permaneció calmado, con la mirada afable y el cuerpo cargado en el apoyabrazos, a pesar de que sabía que tarde o temprano le preguntarían, ante todo el país, sobre las acusaciones que enfrentaba su cartera en medio de la crisis por el coronavirus: manipulación en las cifras de contagios, conteos paralelos, *e-mails* ocultos y obstrucción a la transparencia.

– Ministro, lo quiero llevar a lo que pasó ayer –comenzó a decir Vial, apuntándolo con un lápiz rojo, del mismo color que su pintalabios. Por segundo día consecutivo, el exministro Jaime Mañalich estuvo declarando en el Séptimo Juzgado de Garantía de Santiago, por la investigación sobre la posible negligencia en la gestión de la pandemia–. Explíquenos, por favor, qué fue lo que sucedió, según usted, con los correos.

– Va aumentando la complejidad de las preguntas –respondió Paris, mientras achinaba los ojos y se reía, tratando de esfumar la incomodidad del momento. La periodista insistió.

– Pero es que, ¿por qué costó tanto pasar los *mails*?

Paris se mojó los labios y, como si se tratara de un acto reflejo, comenzó a mover la cabeza de lado a lado. Cerró los párpados, los volvió a abrir.

– El día que llegó el señor juez y el fiscal a pedir los correos, yo no estaba en el ministerio. Yo estaba en La Moneda en no sé qué reunión. Y los abogados dijeron: ‘bueno, los correos no están acá, están en Entel y obviamente se

guardan por convenio porque es la empresa que...’

– ¿En un servidor? –interrumpió el animador Eduardo De la Iglesia.

– Exactamente, en un servidor. Así que no podemos entregar los correos, físicamente no están acá. Además, se consideró que pudiese haber correos que afectasen la seguridad nacional o la seguridad y secreto de algunos pacientes por la ley de derechos y deberes. Eso fue lo que los abogados me indicaron y lo que redactaron en un escrito y yo lo firmé y el juez aceptó.

En su papel como representante del Colegio Médico (Colmed), era costumbre participar varias veces de este y de otros programas y entrevistas. Pero ese momento fue distinto. Ya no iba a explicar de qué se trataba cierta enfermedad o a visibilizar las demandas de su gremio. Ahora, él era el principal protagonista y le correspondía responder por el equipo que lideraba bajo la sombra constante de su antecesor en el cargo, Jaime Mañalich.

Fue más de una hora de conversación en que Enrique Paris repasó sus jornadas desde aquel 13 de junio en que asumió el cargo de ministro.

– El presidente siempre me molesta mucho porque dice que al otro día comenzaron a bajar los casos.

– ¿Como un amuleto? –preguntó De la Iglesia con curiosidad.

– No –dijo entre risas– me molesta porque dice que, si vuelven a subir los casos, va a cambiar de ministro para que vuelvan a bajar.

Pese a que no lo reconoció, probablemente sí llegó como un amuleto a cambiar, aunque fuera solo en algunos aspectos, lo que pasaba dentro de la cartera de Salud. Al momento de su arribo habían pasado tres meses y diez días desde que se informó el primer caso de SARS-CoV-2 en Chile, es decir, 102 jornadas desde que se escuchó a Mañalich, en el Hospital de Talca, pronunciar la oración que todos temían: “Tenemos que confirmar que está hospitalizado en este recinto el primer caso positivo de coronavirus en este país”.

Durante ese periodo, quien había sido ministro de Salud en el primer gobierno de Piñera se enfrentó a un país que se enfermaba descontroladamente y que todavía yacía sensible por las heridas que le dejó el estallido social del

año anterior. Eso sumado a sus dichos, la tensa relación que llevaba con la prensa, alcaldes, parlamentarios y con los integrantes de la Mesa Social Covid, las medidas controversiales como las cuarentenas dinámicas, la inmunidad de rebaño y su presencia como *trending topic* con mensajes a favor y en contra, hacían la situación insostenible.

Currículum de los ministros

Ministro	Jaime José Mañalich Muxi	Óscar Enrique París Mancilla
Profesión	Médico cirujano de la Universidad de Chile.	Médico cirujano de la Universidad Católica y Pediatra de la Universidad de Chile.
Especialidad y posgrados	Nefrología. Máster en Epidemiología Clínica con mención en Economía de la Salud en la Universidad McMaster, Canadá.	Beca en Cuidados Intensivos Pediátricos, Cliniques Universitaires St. Luc, en la Universidad Católica de Lovaina, Bélgica.
Periodo ministerial	Primer periodo: Marzo 2010 – Marzo 2014. Segundo periodo: Junio 2019 – Junio 2020.	Junio 2020 – Actualidad.
Trabajo anterior al ministerio	Director médico Clínica Las Condes (1995-2010). Gerente general Clínica Las Condes (2017-2019).	Presidente del Colegio Médico de Chile (2011-2017). Integró la Mesa Social Covid hasta asumir como ministro.

Fuente: Minsal.

Además, nueve días después de la salida de Mañalich del Minsal, el Tercer Juzgado de Garantía de Santiago acogió a trámite la querrela que interpuso el alcalde de Recoleta, Daniel Jadue, un opositor del gobierno (comunista), contra el exministro, el presidente Sebastián Piñera y los subsecretarios de Salud, Paula Daza, y de Redes Asistenciales, Arturo Zúñiga, por cuasidelito de homicidio. La acción judicial, por la cual la fiscalía pidió los correos electrónicos del Minsal para investigar, se basó en “actos explícitamente negligentes e imprudentes” y

la “adopción de estrategias bajo premisas erróneas desde el comienzo de esta emergencia sanitaria y la no adopción de medidas concretas, pese a todas las opiniones y consejos de organismos técnicos”, según el escrito.

La querrela plantea que hubo “denegación de auxilio y abandono de destino” de esas cuatro autoridades por la muerte de 62 vecinos de la comuna de Recoleta durante la pandemia, que quedaron “en total desprotección”. Después de una ardua batalla en tribunales, la fiscalía pudo finalmente acceder a los correos electrónicos del Minsal.

En el informe del 13 de junio de 2020, la subsecretaria Paula Daza informó de 6.509 casos de nuevos contagiados en las últimas 24 horas; 167.355 casos totales acumulados a esa fecha. Lamentó el fallecimiento de 231 personas, con lo que el total llegó esa fecha a 3.101 decesos. Dio cuenta también de 1.656 personas hospitalizadas en unidades de cuidados intensivos, de las cuales 1.408 estaban con apoyo ventilatorio y 372 se encontraban en estado crítico. Así lo detalló sin que se le trabase la lengua al leer las cifras, frente a un grupo de periodistas y cámaras que transmitían para casi todo el país.

Algunos decían que era el *peak* de contagios, otros proyectaban que lo peor estaba por venir y que por eso se requería actuar ya: “Solicitamos que replantee la estrategia contra la pandemia, por una que sea más dura, fiscalizada y certera. Es indispensable también que en forma urgente haga un cambio en la cabeza del Ministerio de Salud (Minsal), porque queda en evidencia que, tras días de cambios de metodologías, cifras, recurrentes errores y omisión de datos sobre fallecidos, ha perdido credibilidad y la confianza y debe asumir su responsabilidad”, decía la carta que firmaron y enviaron siete timoneles de partidos de centroizquierda al presidente Piñera.

En ella aseguraban que el plan llevado a cabo por el Ejecutivo para controlar el coronavirus era un fracaso y, en consecuencia, pedían la salida de Mañalich. Dos horas después que Daza dio el informe diario, la solicitud de la oposición fue escuchada.

Para el presidente del Colegio Médico de Magallanes, Gonzalo Sáez, la renuncia de Mañalich fue mediada por la presión del momento y también por los propios estándares que el afectado se autoimpuso.

– Él mismo dijo al comienzo “júzguenme por mis resultados” y esa frase es muy autodestructiva porque, cuando los números se dispararon en Santiago y él reconoce que le había sorprendido el grado de hacinamiento de las comunas más populares, finalmente creo que lo mejor que hizo fue dar un paso al costado.

El distanciamiento que esas frases generaron con la ciudadanía y las autoridades se convirtieron en parte de los dolores de cabeza del titular de la cartera. Para Rosa Oyarce, exseremi de Salud de la Región Metropolitana y colega de Mañalich en los dos periodos presidenciales de Piñera, eso fue parte del motivo de la renuncia.

– Él estaba agotado, estaba cansado, estaba muy agotado. Creo que requería también probablemente de un cambio.

Su carácter fuerte y manera de decir las cosas era conocida, pero no por eso aceptada y menos en un contexto complejo como el que provocaba la Covid-19. El secretario nacional del Colegio Médico, José Miguel Bernucci, compara el estilo de Jaime Mañalich y de personajes como la primera ministra de Nueva Zelanda, Jacinda Ardern, o la canciller alemana, Angela Merkel.

– Acá teníamos un liderazgo personalista, muy fuerte, poco inclusivo, muy masculino y creo que en los años noventa hacia atrás hubiera sido grito y plata, pero hoy justamente lo que nos ha enseñado la pandemia es que, en general, los liderazgos que son más horizontales y menos verticales, que son más inclusivos, mucho más empáticos y que finalmente premian la transparencia, hoy en día les ha ido mucho mejor.

Bernucci agrega otro punto en contra que se suma a la imagen fuerte y de trabajo casi solitario del médico.

– Lamentablemente para el ministro esto se desarrolló en un contexto que no se dio en otros países, como era la crisis de confianza por el estallido social y en ese sentido su cercanía con el presidente Piñera, su constante forma de defenderlo, probablemente los llevó a un mismo saco y terminó siendo arrastrado por él.

La relación entre el mandatario y el exsecretario de Estado empezó hace años cuando Mañalich era médico de la familia y por eso le confió una de las carteras

más importantes del país en dos ocasiones. Pese a sus encontrones y salidas políticamente incorrectas, en términos prácticos los objetivos se cumplían. Ese pragmatismo es valorado por la diputada e integrante de la Comisión de Salud de la Cámara de Diputadas y Diputados, Ximena Ossandón.

–Yo creo que también hay un tema de prudencia, pero todos sabíamos y yo creo que, en ese minuto, tal vez, se necesitaba un ministro duro, que tuviese esa característica. Creo que fue un acierto el cambio porque ya había terminado un trabajo y la cosa estaba empezando a hacer agua.

La arista de salud en el 18-0

Las movilizaciones que comenzaron el 18 de octubre de 2019 en Chile con el estallido social, reflejaron un profundo malestar frente al modelo económico, el transporte público, el sistema de pensiones, la educación, los servicios de salud, la desigualdad y los abusos en distintas esferas.

Según la Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional (Casen) de 2017, el 20% de la población tuvo acceso al sistema privado de salud, al que en las manifestaciones se le criticó por sus costos. Las quejas en la salud apuntaron, en general, a la existencia de servicios diferentes según el nivel de ingresos. Para la salud pública, las críticas se dirigieron a la falta de hospitales, baja calidad en atención primaria, escaso número de especialistas en centros asistenciales, largas esperas y patologías médicas sin cobertura, entre otras.

Las críticas también llegaron desde el Colegio Médico. Pidieron disminuir las listas de espera y adquirir mayor equipamiento e insumos para las labores de salud.

Paris encarnó esa transformación. Recomendado por el mismo Mañalich para sucederlo en el cargo, el hombre de metro y medio de estatura y el cabello blanco casi por completo, llegó con una actitud que distaba mucho a lo que se había vivido hasta el momento.

Para el gobernador provincial de Valparaíso, Gonzalo Le Dantec, el nuevo representante tiene la ventaja de provenir desde el mundo gremial, un ambiente completamente distinto al que se vive en los servicios hospitalarios y que le

había permitido a la nueva autoridad desarrollar otro tipo de habilidades para trabajar en equipo y “darse” a la toma de decisiones. Además, valora la mejor disposición del nuevo líder de la cartera y destaca la intención de darle un sello diferente a su periodo, pero es enfático al decir que hay que tener en cuenta que cada uno enfrenta un momento particular de la crisis sanitaria. Rosa Oyarce también dejó en claro ese punto en 2020.

– El periodo que le toca a Paris tiene que ver con administrar y obviamente instalar el tema de la salida de la pandemia. Eso es más bien salud pública y la parte preventiva, el control, la salida, eso es lo que está gestionando hoy. Mañalich tuvo otro periodo, condujo la vida y la muerte, esa fue la verdad; entonces son diferentes periodos y caracteres, pero también, personas distintas.

Si el presidente lo hace, yo también...

– Los médicos no tenemos por qué ser tan buenos comunicadores –comienza a articular la exministra de Salud durante el periodo de Michelle Bachelet, Helia Molina– pero hay que asesorarse por un buen equipo de comunicaciones que me diga a mí cómo le digo a la gente que a pesar de que hay cuarentena dinámica, esto es grave, esto es terrible, esto es una catástrofe de alta magnitud. Los mensajes contradictorios y la falta de transparencia habían distanciado a una parte de la ciudadanía del ministerio. Durante su gestión, la conexión con Chile era ambivalente e incluso las comunicaciones internas y externas de la misma institución parecían casi no tener relación alguna. A medida que los casos aumentaban, las incongruencias de la cartera generaban incertidumbre en la población: un día no era necesario usar mascarillas, al otro sí. Un día se hablaba de inmunidad y el carnet Covid, y al otro imponían cuarentena rígida.

– Era minimizar primero la enfermedad y maximizar nuestros recursos. Más honesto, creo yo, hubiese sido reconocer nuestras debilidades y trabajar para intentar corregirlas en la medida de lo posible, transmitiéndole a la ciudadanía qué eran las cosas que podían esperar y qué era lo que no íbamos a poder conseguir –dice Luis Ignacio De La Torre, presidente del Colegio Médico de Valparaíso.

En la misma línea, el analista político, Felipe Vergara, cree que la comunicación de riesgo debió ser mucho más radical desde un inicio y afirma que no se trata de inculcar temor a la ciudadanía, sino que tengan toda la información de lo que podría pasar para que, a partir de ahí, las personas tomen sus propias decisiones.

El problema, es que, para poder entregar esas certezas, se debía tener una visión clara de los destinatarios del mensaje: la población chilena. Sin embargo, el ministro no sabía muy bien a quién le estaba hablando. Él mismo declaró no tener conciencia del nivel de hacinamiento y pobreza en la que vivían ciertos sectores. Para la periodista, investigadora y experta en comunicación pública, Macarena Peña y Lillo, pese al desacierto comunicacional que significó esa declaración, fue un acto de honestidad y un momento revelador para entender porqué las decisiones que se tomaban no se conectaban con la realidad.

– Los primeros mensajes sobre aislamiento dentro de las residencias o domicilios son absolutamente imposibles de cumplir en lugares donde las personas viven apretadas en una casa. Entonces ¿a quién le están hablando?

Eso se sumaba a ciertas imágenes que comenzaron a circular en la televisión de todos los chilenos y que generaban aún más confusión: el presidente Sebastián Piñera caminando por Plaza Italia sin mascarilla, en el funeral de su tío obispo abriendo la urna y sin respetar la distancia social con los demás asistentes o saliendo a comprar vino en plena cuarentena rígida. Con el paso del tiempo, estas situaciones anacrónicas se repitieron, hasta ver al mandatario sacándose fotos en la playa, sin tapabocas ni separación con sus interlocutores.

– Al minimizar, la gente siguió procurando una vida medianamente normal y había una gran cantidad de información discordante. En el fondo, esto agravó la enfermedad y el gobierno también fue poco claro en su actuar –dice Vergara–. Esto afecta principalmente a las clases más populares que recogen esto como: si lo hace el Presidente, yo también puedo hacerlo, porque no veo que él tenga más anticuerpos que yo como para no poder hacerlo –explica con cierta ironía en su voz.

El secretario nacional del Colegio Médico, José Miguel Bernucci, comenta al respecto:

– Lamentablemente esto tiene que ver con un rasgo de personalidad del presidente Piñera, de ser el cumpleaños de todos los cumpleaños y ser el dueño de la pelota y el arco cuando están jugando fútbol. Con el ministro Mañalich creyeron en algún minuto que ellos de verdad tomando esas acciones iban a poder derrotar la pandemia.

Además, desde el día uno, las autoridades transmitieron el mensaje de que Chile estaba preparado para afrontar la crisis sanitaria, dándole relevancia a los números positivos, como la cantidad de camas y ventiladores disponibles, e intentando bajarle el perfil a los negativos, como el aumento sostenido de contagios. Para el presidente del Colmed de Punta Arenas, Gonzalo Sáez, se disminuyó la percepción de riesgo porque desde La Moneda se celebraba cuando las cifras bajaban, y esto sería un triunfo desde el punto de vista político.

– Esta cosa de tratar siempre de dar el mensaje de que estamos haciendo bien y que nos feliciten del exterior, todo eso sabemos que no es cierto, pero

El punto de inflexión en la credibilidad de las cifras entregadas por el Minsal

“Estimad@s, comparto detalle de 4.201 muertes por enfermedades respiratorias, entre el 3 de marzo y 29 de abril de 2020, informado por Registro Civil. Incluye: fecha de inscripción y defunción, edad, región, comuna, oficina de inscripción y lugar de defunción”.

Así, la periodista Alejandra Matus abrió el hilo de Twitter que inició los cuestionamientos a la administración del entonces ministro de Salud, Jaime Mañalich.

Él aseguró que los únicos datos oficiales eran los manejados por el Departamento de Estadísticas e Información de Salud (DEIS), pero las cifras entregadas discrepaban con las que tenía el Registro Civil: anotaron 3.992 decesos más en el mismo periodo.

Las críticas hacia la transparencia y probidad del Minsal crecieron ante la opinión pública y la oposición, quienes dejaban sus descargos en redes sociales. Pese a ello, los resultados de la encuesta Cadem demostraron que, desde finales de abril hasta la salida del secretario de Estado el 13 de junio, aumentó en seis puntos su evaluación y logró 34% de aprobación por su trabajo durante la crisis sanitaria.

la gente lo traduce en que la situación ya no es tan terrible y que ya pasó. Sabemos que eso incidió en el relajamiento de las medidas de protección personal y en que la gente se empezara a juntar más –dice Sáez, quien vivió de cerca lo que pasó en Magallanes con la segunda ola en la que la mayoría de los contagios se dieron entre personas que se reunían luego del trabajo.

Vergara coincide con el representante gremial y cree que esa “obsesión” del gobierno de compararse con otros países es “infantil” y que, finalmente, las palabras siempre se devuelven. El presidente declaró que estábamos a niveles de los mejores territorios de Europa cuando todavía no había llegado el *peak* y, meses más tarde, Chile se situó entre los cinco países con más contagios por 100 mil habitantes.

– Esto demuestra un nivel de desprolijidad tremenda y la incapacidad de comunicarse. No tenía ningún asidero. Nadie estaba pidiendo explicaciones de si era mejor Chile, o Argentina, o Bolivia, o el que sea.

Mientras por un lado se hacía alarde, por ejemplo, de la cantidad de pruebas PCR que se tomaban a diario –lo que dejaba al país muy bien posicionado a nivel mundial– por otro, las críticas aumentaban por la falta de transparencia en los datos, especialmente con el número de contagios y fallecidos.

“El Presidente de la República Sebastián Piñera, el exministro de Salud, Jaime Mañalich, la subsecretaria de Salud, Paula Daza, y el (ex) subsecretario de Redes, Arturo Zúñiga, son responsables de la decisión política de comunicar a la ciudadanía una estadística de fallecidos por Covid-19 que subreportaba la cifra real de fallecidos puesto que no se apegó a las recomendaciones de la OMS ni consideró las normas internacionales de clasificación de enfermedades”. Esa es una de las conclusiones del informe –al que se tuvo acceso exclusivo para este reportaje– entregado por la Comisión Especial Investigadora de la Cámara de Diputadas y Diputados que analiza los actos del gobierno en relación con los impactos sanitarios, económicos, sociales y laborales de la pandemia.

El documento, además, indica que el incorrecto ingreso, procesamiento y publicación de los datos tuvo consecuencias en la variación de la tasa de letalidad en Chile, lo que afectó directamente la percepción de las personas acerca de la mortalidad provocada por la crisis sanitaria.

Para el ex titular de Salud, Emilio Santelices, en las sociedades modernas la transparencia y la rendición de cuentas generan menos suspicacias, sospechas y facilitan la toma de decisiones y la adhesión de las personas a las medidas instruidas por las autoridades.

– A diferencia de lo que pueden pensar otros, que entregar más información puede ser riesgoso, yo creo que cuando son hechos que se dan de manera fortuita –como puede ser en una pandemia– no hay nada que ocultar. Hay que poner todos los datos sobre la mesa y saber administrarlos, saber qué significan y cómo uno informa a la gente.

Felipe Vergara sentencia que las imágenes generan realidades y que el gobierno mostró tantas que hacían que Chile escapara a una donde casi no existía el coronavirus.

Más vale prevenir que curar

La decana de la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Santiago de Chile, Helia Molina, se imagina una situación: un alcalde de un municipio tiene una quebrada donde la gente se tropieza, se fractura los pies y queda con traumatismo craneoencefálico.

– Todos los días 15 personas se caen y es un desastre. El edil junta a su equipo y toman la decisión de construir el mejor hospital traumatológico. Les curan y los mejores cirujanos les hacen todas las prótesis. Es algo que cree que había que hacer –dice.

Sin embargo, Molina afirma que debía haber pasos previos: colocar vallas, un aviso en el borde del vacío que dijera “cuidado, peligro, no avance”, además de enseñar a la ciudadanía a no tropezar.

– Obviamente debe tener un buen hospital, porque seguramente algunos se van a caer, pero lo primero es prevenir. Esto es lo que pasó aquí. Pusimos primero el hospital y después empezamos a hacer prevención.

En marzo de 2020, una de las primeras medidas del entonces ministro Mañalich fue aumentar la capacidad de las unidades críticas. En Chile no se construyeron nuevos hospitales para garantizar un espacio a los contagiados, sino que reubicaron las camas y se modificaron recursos. Ese fue el foco principal.

Además, después comenzó la desesperación de la cartera por comprar ventiladores mecánicos. De esta forma, en abril -treinta días después del primer caso de coronavirus en el país- el subsecretario de Redes Asistenciales, Arturo Zúñiga, fue el vocero de las autoridades sanitarias y, victorioso, anunció que había 3.300 ventiladores y 43.300 camas.

– El trabajo que se hizo fue hospitalocéntrico –declara Luis Ignacio De La Torre, presidente del Colegio Médico de Valparaíso–. Una cama podía albergar un paciente con Covid, pero como aprendimos de los primeros países contagiados, menos del 1% llegaba a requerir una cama UCI. La base de la estrategia debía estar en la atención primaria, prevención y diagnóstico.

Así, De La Torre y Molina concuerdan en que la capacidad del ministerio de habilitar una red de atención grande fue muy buena y algo que debía hacerse, no obstante, el error estuvo en no evitar que los chilenos llegaran a necesitarla. Para la exministra, el dicho popular “más vale prevenir que curar” es clave, pues ninguna pandemia puede controlarse desde los centros de atención especializada.

– Hay cosas que se hicieron bien de la puerta del hospital hacia dentro, y cosas que se hicieron mal de la puerta hacia fuera. Nosotros como país tenemos una larguísima tradición en salud pública que no fue aprovechada –dice Gonzalo Sáez, y recuerda cómo Chile afrontó la epidemia del cólera en los años ochenta, donde casi no hubo contagiados, a pesar de que la enfermedad tenía una mortalidad alta–. Eso se logra cuando uno tiene un sistema de salud pública que apuesta a llegar al paciente, y no que el paciente llegue a ella.

Por eso, el presidente del Colegio Médico de Magallanes critica fuertemente la falta de celeridad en la puesta en marcha de la estrategia de testeo, trazabilidad y aislamiento (TTA) en su región.

– Nosotros a principios de año le pedimos a la seremi expresamente hacer un *call center* grande que pudiera dar cuenta de toda la gente que necesitaba orientación y que pudiera hacer la trazabilidad adecuada y ser por lo menos el primer contacto y seguimiento telefónico a los primeros pacientes. La idea era concatenar eso con la atención primaria para poder hacer las visitas domiciliarias, pero nunca nos hizo caso y eso ya se dio con bajo las órdenes

del ministro Paris.

En los primeros meses del primer *peak* de contagios solo tenían siete trazadores que hacían trabajo de campo. Eso generaba que la real búsqueda de los contactos estrechos fuera ineficiente. No se lograba prevenir solo mandando a cuarentena al enfermo si ya había contagiado a muchas personas y no se les hacía seguimiento.

El predecesor de Mañalich, Santelices, muestra empatía y cuenta que él habría partido trabajando desde la atención primaria, fortaleciendo los equipos que esta tenía e incluyendo a los alcaldes, acciones que no se hicieron hasta la llegada del nuevo titular.

– La pandemia es un fenómeno social, entonces hay que ir al barrio, hay que ir donde está el cité, donde hay hacinamiento e identificar la zona más vulnerable. En la necesidad de trabajar directamente con la población, coincide la exministra de la cartera, María Soledad Barría. Para ella la clave es mantener a la gente sana.

– Salud es disminuir los riesgos de que la gente se enferme, no atender de la mejor manera a todos los que se enferman (...) Chile tiene una fuerte atención primaria que atiende al 80% de la población y recién a los cuatro meses se hizo la estrategia de testeo, trazabilidad y aislamiento.

En algunos casos, la realidad fue peor. El alcalde de Punta Arenas, Claudio Radonich, cuenta que recién el 5 de agosto lo invitaron a ser parte del proceso que manejaba el nuevo ministro, y que el 1 de noviembre la atención primaria comenzó a encargarse del método que menciona Barría, ocho meses después de la llegada del virus y luego de dos olas en su ciudad.

Mañalich era como el alcalde de la quebrada que se imaginaba Helia Molina, y los equipos de expertos le hacían señas para que los escuchara, para que se uniera con ellos a clavar las vallas, a pararse en el borde para alertar a la ciudadanía, pero él no escuchó y las personas continuaron cayendo. Paris llegó a intentar ayudar en esa labor, sin embargo, en la mayoría de los casos ya era tarde.

Muchas voces, pocos oídos

La entrada al juego del nuevo rostro generó altas expectativas de que las cosas cambiarían, de renovar esa relación exhausta con el país que obligó la salida de su antecesor. Y, efectivamente, se comenzó con el pie derecho: había definiciones más claras de lo que debían hacer ciertas autoridades, como los seremis; el desarrollo más acabado de la trazabilidad mediante la plataforma Epivigila; una actitud más amigable con los medios y, finalmente, una comunicación mucho más directa con los funcionarios de salud.

El nuevo líder de la cartera empezó a escuchar más, e incluso la primera semana se reunió con el Colegio Médico, misión que se había tornado imposible durante la anterior administración.

La doctora Helia Molina sabe, por experiencia propia, lo relevante que es tener las puertas abiertas cuando se ocupa un cargo tan importante. Por eso, y también porque conoce al médico Enrique Paris desde que ambos eran jóvenes, expresa que en cuanto a tener en consideración otras voces, él lo ha hecho mejor que quien lo precedió en el cargo.

– Creo que ha tenido más orejas, se ha juntado con más gente, pero no sé si realmente esas reuniones han significado algún aporte para él o para las personas con que se reunió. Pero conociendo a Enrique, por lo menos algo le quedará resonando si le dan una opinión.

Felipe Vergara admite que el liderazgo del actual jefe ministerial es distinto al de Mañalich, con un estilo diferente, lo que le permitiría hablar con más conocimiento de causa sobre la pandemia.

– No asume que tiene todas las respuestas. En más de una oportunidad se le escuchó decir ‘no lo sé, lo averiguo y se lo contesto’, y esto se agradece mucho. No cree sabérselas todas y eso, yo creo, ha sido su sello principal –dice.

Y así como las respuestas no estaban todas en él, tampoco todo el protagonismo. El escenario de las ruedas de prensa cambió: se pasó de ver al exministro parado detrás de un podio con sus subsecretarios a tener una mesa curva con asientos para él y todo el equipo que lo acompañaba: el mensaje era claro, un grupo más grande y variopinto.

La periodista y experta en Comunicación Pública, Macarena Peña y Lillo, creyó en la imagen de la nueva autoridad, que venía con la intención de darle voz a otros actores y ganar legitimidad en el abordaje de la crisis. No obstante, el correr de los meses revela que el secretario de Estado está atado de manos y no hace mucho más de lo que Mañalich había logrado.

– Si tú piensas que la persona que está a cargo de la salud pública no es la última línea de la toma de decisiones entonces ¿en manos de quién estamos? No hay que olvidar que también existían grupos tras bambalinas, esos que no ponían la cara, pero sí las ideas. A ellos los conocía desde hace años Helia Molina. La mujer mira con tristeza lo que denomina como una pérdida de oportunidades al interior del ministerio.

– El equipo de expertos es de primer nivel, los que estaban de antes, que tienen años ahí, son excelentes. Yo los conozco mucho y son gente buenísima y por eso me da mucha pena que no les hayan hecho caso desde el principio. Entre esos de los que poco y nada escucharon también incluye al Consejo Asesor, a la Mesa Social Covid-19 y a los especialistas que desde la academia quisieron aportar con ideas, tiempo y posibles soluciones al control del virus. Eran muchas voces y solo uno el camino que se tomaba.

– Es que ellos no pueden tomar decisiones, ellos solamente hacen recomendaciones técnicas y sugerencias. Las decisiones las toma el gobierno y, por supuesto, la autoridad sanitaria –explica la exseremi, Rosa Oyarce. Para ella, el problema de los dimes y diretes en el edificio de Enrique Mac Iver 541 no descansa en esos agentes externos. Apunta a que los desaciertos se producían porque en los cargos importantes no siempre están las personas correctas y puntualiza que el gran error de Mañalich fue no renovar a todo el equipo de subsecretarías.

El informe de la Comisión Especial Investigadora de la Cámara de Diputadas y Diputados es claro en sus conclusiones sobre este tema: “La toma de decisiones por parte del gobierno careció de receptividad de ideas por parte de científicos, médicos, asociaciones gremiales, estadísticos, profesionales de la salud y, en definitiva, de la participación ciudadana que requería el manejo de esta pandemia”.

Barría también identifica, a través del proceso de cuarentenas, cómo se dejó afuera a grupos fundamentales.

– Se toman acuerdos donde la gente se involucra, con los centros de atención, uniones comunales, bomberos (...) Esas medidas no pueden ser autoritarias y este gobierno no lo ha querido entender. El gremio médico entregó a las autoridades una estrategia de participación para el desconfinamiento sin ninguna respuesta hasta el momento.

Y los reclamos vienen desde la primera línea. La presidenta del Colegio de Enfermeras de Valparaíso, Andrea Rastello, cree que, además de no escuchar a otros actores, el área de enfermería permanece casi invisible no solo para el ministerio, sino para los representantes políticos y para la ciudadanía en general.

– En los medios de comunicación quien aparece es el Colmed, y ellos dan una sola visión dentro de todo el sistema, pero aquí hay varios actores, y la enfermera y enfermero son una parte fundamental –dice Rastello–. Lo que plantean la OMS y el Consejo Internacional de Enfermería es que aquí nadie sobra y que todos pueden aportar, porque tienen una mirada distinta de lo que está pasando.

A principios de noviembre de 2020, el subsecretario de Redes Asistenciales, Arturo Zúñiga, renunció a su cargo, y entró a reemplazarlo Alberto Dougnac, quien fue decano de la Facultad de Medicina de la Universidad Finis Terrae. A los pocos días de asumir su nuevo rol, *El Desconcierto* dio a conocer denuncias de dos enfermeras que lo acusaban de tener actitudes misóginas y discriminatorias contra las profesionales.

– Las enfermeras no son inteligentes ni deben serlo, basta que sean bonitas –habría sido uno de los dichos de Dougnac.

Esta y otras actitudes dan cuenta que las comunicaciones entre el ministerio y actores importantes para el control y prevención de la pandemia como los enfermeros –que representan el 70% de los trabajadores de salud en el país– son casi nulas. Por lo mismo, desde el cuerpo colegiado piden ser escuchados.

– Estamos tratando de decir que nos visualicen, no solamente como los ayudantes del médico, sino también con un contexto de cómo nosotros

aportamos desde nuestra mirada profesional.

Enrique Paris, al terminar el informe diario de esa jornada, respaldó al nuevo integrante de su equipo, afirmando que lo conocía desde hace muchos años.

Zúñiga, a su vez, se fue enfrentando acusaciones por el manejo de las residencias sanitarias y un duro informe de la Contraloría a su gestión.

Desde el segundo piso

El arduo y largo invierno finalmente pasó y la primavera traía consigo ese aire a 18 de septiembre. Asados, cuecas, grandes fondas y muchos abrazos era la costumbre de cada año, pero Chile sabía que en esa ocasión sería todo distinto. La mitad del país seguía paralizada en cuarentena rígida, mientras que otras regiones empezaban a experimentar un desconfinamiento lento con el plan “Paso a Paso” que implementó el Ministerio de Salud.

Entonces, en medio de toda la incertidumbre, se anunció el “Fondéate en tu casa”, una estrategia que permitiría a los chilenos celebrar ese fin de semana patrio tan anhelado, pero de forma “segura”. Se dijo, en todas las redes sociales, que se podría sacar un permiso especial para reunirse con hasta cinco personas adicionales a las que habitan en el hogar y diez en espacios abiertos.

No obstante, un par de días después, Enrique Paris fue invitado al programa *Estado Nacional* de TVN, y en lugar de aclarar las dudas del periodista Matías Del Río, generó una profunda confusión.

- O sea, fuera de la casa pueden ser diez personas, en el ambiente externo
- comenzó a explicar el entrevistado.
- En un parque, en una plaza –interrumpía Del Río– pero ¿en una casa, en mi casa, donde vivimos cinco?
- En un ambiente cerrado son cinco nomás.
- Pero yo le entendí al ministro Bellolio que, si vivimos cinco en mi casa, pueden venir otros cinco –insistía el periodista, mientras movía las manos hacia su pecho.
- ¡No, no, no! No pueden venir –respondió enfáticamente el invitado mientras fruncía su ceño y acentuaba sus arrugas.
- ¿No pueden venir?

– ¡No! Dentro del ambiente cerrado el máximo va a ser cinco.

Horas más tarde, el entonces subsecretario Arturo Zúñiga salió a desmentir los dichos del jefe de la cartera y aclaró que, aunque vivieran dos o seis en un mismo hogar, los cinco invitados eran adicionales, por tanto, en un lugar cerrado podía haber más que ese número de personas en la celebración. Esta información fue rectificadora por el ministro vocero de Gobierno, Jaime Bellolio, y después fue aclarada nuevamente por todas las redes sociales oficiales.

Desde la incorporación del titular del Minsal, ciertamente hubo actitudes y hechos que revelaban una gran diferencia de su antecesor, sin embargo, para algunos actores, este tipo de escenarios reflejaba que todavía había problemas de comunicación dentro y fuera del ministerio.

Para el secretario del Colegio Médico, José Miguel Bernucci, lo que en un principio parecía mejorar, para él nunca se transformó en acciones y que, en el fondo, la forma se mantuvo constante respecto de la anterior gestión. Además, dice que la única diferencia entre Paris y Mañalich es que este último lideraba desde el segundo piso de La Moneda, y que, por tanto, representaba a un poder absoluto.

Luis Ignacio De La Torre, presidente del gremio médico de Valparaíso, cuenta que los miembros del Comité Asesor dijeron que nunca fueron consultados sobre el plan “Fondéate en tu casa”.

– ¿Cómo puedes tener un comité que te ayuda a resolver problemas del Covid y no preguntarle una medida altamente polémica y que encima vas a difundir con ese poder mediático? –dice De la Torre–. Esto te hace pensar que se reproduce una conducta que no tiene que ver con el ministro, sino con lo que planteaba Bernucci de ser una medida que se originó en el segundo piso de La Moneda y no en Salud, porque Paris estaba incómodo cuando explicó la medida.

– Hay declaraciones bastante desafortunadas de él que dan cuenta que no tiene el control del Minsal, lo cual en este contexto es bastante severo – plantea la experta en comunicación, Macarena Peña y Lillo.

Paris debía salir corriendo de ese segundo piso, pero parecía que no existían escaleras para bajar.

– Nosotros solicitamos desde un inicio que los desconfinamientos y los confinamientos fueran tomados en cuenta desde el punto de vista de datos objetivos, y no a puertas cerradas en La Moneda como se solía hacer –dice Bernucci–. En este sentido, celebramos la existencia del plan Paso a Paso.

Plan Paso a Paso (julio 2020)

Paso 1: Cuarentena

- Movilidad restringida con entrega de permisos para actividades esenciales.
- Cuarentena permanente.
- Actividades sociales prohibidas.
- Funcionamiento de restaurantes y espacios de recreación prohibido.

Paso 2: Transición

- Desplazamiento de lunes a viernes.
- Cuarentena durante fines de semana y mayores de 75 años.
- Actividades sociales con máximo de 10 personas reunidas de lunes a viernes.
- Funcionamiento de restaurantes y espacios de recreación prohibido.

Paso 3: Preparación

- Desplazamiento de lunes a domingo, excepto durante toque de queda.
- Cuarentena solo para mayores de 75 años.
- Actividades sociales con máximo de 50 personas reunidas todos los días.
- Funcionamiento de restaurantes y espacios de recreación prohibido.

Paso 4: Apertura inicial

- Desplazamiento de lunes a domingo, excepto durante toque de queda.
- Cuarentena solo para mayores de 75 años, con permiso para salir a caminar una vez al día.
- Actividades sociales con máximo de 50 personas reunidas todos los días.
- Funcionamiento de restaurantes y espacios de recreación prohibido.

Paso 5: Apertura avanzada

- Desplazamiento de lunes a domingo, excepto durante toque de queda.
- Sin cuarentena.
- Actividades sociales con máximo de 150 personas reunidas todos los días.
- Funcionamiento de restaurantes y espacios de recreación con un 75% de ocupación.

Fuente: Minsal, Plan Paso a Paso, julio 2020.

La primera versión del plan Paso a Paso, de 2020, ha tenido ajustes posteriores que, en general, aminoraron la intensidad de las restricciones en cada una de sus cinco etapas: cuarentena, transición, preparación, apertura inicial y apertura avanzada.

El secretario del Colegio Médico se refiere principalmente a que el Minsal comenzó a entregar más datos objetivos a la ciudadanía. Los chilenos podían revisar, de forma directa, cuántos casos había en cada comuna, la etapa en la que se encontraban y si se estaban acercando hacia el desconfinamiento.

Pero a pesar de que se informaba de cada zona en particular, las decisiones todavía eran centralizadas, y en La Moneda se determinaba el destino de las ciudades y pueblos de todo el país.

Para Gonzalo Sáez, presidente del Colmed de Magallanes, el plan del ministerio no es del todo correcto y todavía existe información que no es transparente.

– Para pasar de una fase a otra se deben cumplir requisitos y ciertos indicadores, pero hay algunos de ellos que todavía no conocemos públicamente y la autoridad sanitaria solo las entrega, pero no se sabe cómo están contruidos.

A esa falta de claridad se suma la multiplicidad de mensajes sobre una misma medida, como lo que pasó con el “Fondéate en tu casa”: el uso de un lenguaje poco claro y la aparente falta de relevancia a los temas que se están tratando.

Para Helia Molina todos esos errores consolidados en el modelo “Paso a Paso” provocan que la ciudadanía baje la guardia frente al virus y, en consecuencia, cada día aumenten las víctimas.

– Cada muerto tiene su familia, pero como estamos viendo todo por pantalla parece como una historia surrealista, como que le pasa a otro, no le está pasando a uno y eso también creo que influye en la percepción del riesgo, porque cuando hay un accidente se mueren cuatro personas y sale todo el día en la prensa, pero acá se mueren cien y es como nada. Pasa a ser parte de la rutina y eso no puede ser. La gente no se cuida porque no tiene percepción de riesgos.

El doctor Sáez insiste también en que el plan está hecho para desconfinar pero no para devolverse y que cuando se habla de un proceso contagioso, como es el SARS-CoV-2, hay un riesgo que avanza de forma exponencial.

– Está bien que cuando las cifras van mejorando uno tiene que ir soltando poco a poco, pero cuando empeoran, uno tiene que restringir rápidamente para cortarle la cabeza a la serpiente antes que crezca.

Entre el aumento de casos positivos, el temor al rebrote inminente y la esperanza de una nueva vacuna, el Minsal comunicó las medidas para las festividades del fin de año. Era una decisión, como todas las que se han tomado durante la pandemia, muy esperada pero también criticada por varios representantes de distintas agrupaciones: o era muy permisiva, o le estaban quitando a las personas la única opción de reunirse en familia en 2020.

Independiente de todos los comentarios, las medidas que se informaron para festejar, dentro de lo que se podía, Navidad y Año Nuevo establecieron la extensión del toque de queda, prohibición de eventos masivos –solo podrían reunirse hasta 30 personas, dependiendo la fase en la que se encontrara la ciudad–, permiso especial en Comisaría Virtual para visitar adultos mayores y, por supuesto, los cordones sanitarios en macrozonas para controlar las idas y venidas.

La incertidumbre sobre el futuro de la salud de la población chilena se acrecentaba mientras menos días faltaban para las fiestas y la recepción de la tan esperada vacuna. La real interrogante era si el plan del gobierno podría, eventualmente, cortar rápido la cabeza de la serpiente antes de que creciera incontrolablemente, lo que finalmente comenzó a suceder en los primeros días de 2021, cuando los contagios empezaron a aumentar a los mismos niveles que había en julio –en pleno *peak*- y las medidas restrictivas no estaban surtiendo efecto en una población cansada y rebelde.

Respuestas demás

Seguía con el cuerpo relajado y cargado en el sillón, con la almohada en la espalda que Julia Vial le había pasado de su asiento. De rato en rato, Paris acariciaba el apoyabrazos con la mano. El tema de los correos ocultos parecía ya haber sido enterrado, no obstante, la periodista, con el celular en la mano,

buscó algo en la pantalla y miró al invitado para iniciar una nueva pregunta.

– A todo esto, ¿por qué bloqueó de WhatsApp al alcalde de La Florida?

– ¿Él a usted? ¿O usted a él? –interrumpió Eduardo De la Iglesia.

– No, yo lo bloqueé a él.

– ¿Y por qué? Se fue en mala.

El ministro de Salud se quedó en silencio por unos segundos y giró la cabeza de izquierda a derecha, como pensando en qué responder.

– Parecido a lo que les hacía ustedes. ‘¿Por qué no me llama al matinal? ¿Por qué no me llama a La Moneda?’ –contestó, haciendo una voz casi burlona y moviendo los puños.

– Ah, o sea, ¿lo bloqueó por catete?

El médico se echó a reír.

– Me va a matar Carter por las redes sociales, pero bueno.

– O sea lo bloqueó por catete.

– Por carterte –dijo De la Iglesia, mientras resonaban las carcajadas en el estudio.

– Excelente ministro, le queremos agradecer por darnos su tiempo.

– Dije cosas que a lo mejor no debería haber dicho –interrumpió Enrique Paris.


– Pero es que esta es su casa, usted se siente cómodo acá –le respondió la periodista.

Y es que el set de *La Red* era, de verdad, como el living de una casa. Y tal vez los adornos, las paredes de madera, las plantas y los cuadros hicieron que la máxima autoridad sanitaria olvidara que tenía cámaras apuntando hacia él.

CAPÍTULO 9.

La batalla en primera línea: los trabajadores de la salud

BASTIÁN AGUIRRE
FERNANDA AROS
CONSTANZA GRAU
FRANCISCA MORA

tra mañana triste en el Hospital de La Florida. No muy distinta a las anteriores. Quizás, mejor que las que vendrán. El cansancio se asoma tras cada mascarilla que corre por los corredores. Con cada noche que pasa, las mañanas son de incertidumbre, donde pacientes de buen pronóstico, no volvieron a despertar. A Pablo Amigo, un joven anestesiista de ojos cansados y apariencia desmejorada, le corresponde ser el portador de malas noticias a las familias.

Abriéndose paso entre los pacientes con incómodos trajes protectores, están listos para la acción. Algunos tensos por el estrés, mientras que otros se duermen apoyados en la pared, esperando a ser llamados para actuar. Todos con un pensamiento común: vencer la infección y mantener a salvo a los que más se pueda.

No todos estaban preparados, pero aprendieron en la práctica. La angustia y el cansancio se acumulan. Antes de empezar ese día, algunos jamás habían imaginado que un desconocido les diría sus últimas palabras.

El sol ingresa por la ventana de la sala de Unidad de Cuidados Intensivos. Amigo, con la mirada fija, observa a todos correr, como que todo es urgente. De lejos, parece calmado, pero en su interior solo hay ganas de escapar de ahí, como si el edificio fuera a colapsar en cualquier minuto. La realidad no es muy distinta. De un momento a otro, la puerta se abre de golpe y la tranquilidad de la sala se rompe.

Otro paciente de buen pronóstico empeoró sin previo aviso. Requieren a Amigo con urgencia. Hace poco un colega había llamado a los familiares de un afectado para contarles de lo bien que evolucionaba, y ahora nuevamente se debatía entre la vida y la muerte.

Así es el coronavirus: voluble. En un mismo día alguien puede estar bien, mal y nuevamente bien.

Desde trabajar día a día con trajes incómodos de cuerpo completo, dobles mascarillas y capas extra, hasta alejarse de sus familiares, dormir lo justo y perder el apetito. La pandemia llegó con un nuevo estilo de vida al que tuvieron que adaptarse sin muchas opciones.

Médicos, enfermeras, anestesiólogos, pediatras y muchas especialidades más

pasaron a tener un solo objetivo en común, salvar a la mayor cantidad de contagiados críticos posibles. Los largos años de estudio no fueron suficientes para darle cara a una enfermedad que solo ha dejado incertidumbre y donde no queda nada más que ir “aprendiendo en la marcha”.

La Covid no discrimina personas, como bien saben los trabajadores de la salud. Como Pablo, que pasó “llorando, pero poniéndole el pecho a las balas nomás”, son miles las historias de sacrificio a lo largo del país, con las que muchos trabajadores de la salud debieron lidiar.

Hospitales colapsados, salas de espera repletas de pacientes críticos, redes de ambulancias retenidas largas horas e incluso trabajadores haciendo malabares para disimular un evidente desabastecimiento de insumos.

Como un escenario sacado de una película apocalíptica, en el que los contagios se expanden por todos los territorios, las personas mueren y otros luchan para mantener a los más posibles con vida. Es la realidad del mundo entero, una que golpeó más fuerte a los héroes principales de esta situación, los “primera línea de la salud”.

El Sudoku de los Covid y no Covid

“La experiencia hace al maestro”. Es el dicho que acompaña en su vida a un hombre que, estando a punto de retirarse del mundo de la medicina, se volcó a la docencia en su alma mater, la Universidad de Chile. “No pude escoger un mejor momento”, dice mientras ríe y toma una taza de té, mirando al infinito. Sergio Bozzo Navarrete es un hombre alto, serio, que utiliza unos peculiares lentes medianos que le dan aún mayor seriedad a su rostro de 51 años. Dedicó su vida al área de la salud. Tras completar su carrera de medicina y titularse a los 24 años, es actualmente director del Centro de Habilidades Clínicas de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile, donde le correspondió involucrarse con la vida universitaria y ejercer su rol como doctor al mismo tiempo.

“Entonces volver al hospital, era un *déjà vu*. Anteriormente, estaba haciendo ambulatorio, pacientes policlínicos o especialidades, consulta y más los estudiantes. Volver al hospital fue como esas cosas de la vida; era como

volver a la enseñanza media, un privilegio”. Con orgullo y relajado mientras se deleita con otra galleta de chocolate, Bozzo explica que volver al hospital fue gratificante, una experiencia que la vida le entregó y que nunca pensó que volvería a experimentar. Llevaba dos años sin realizar turnos en hospitales, hasta que la situación crítica de la Covid-19 lo arrastró a internarse en el San Juan de Dios.

“Tengo que dejar todos los Covid juntos, los no Covid juntos y los probables Covid juntos. Y tengo tal espacio... la cuestión era como un Sudoku”. La situación empezó a estar crítica cerca de abril de 2020, cuando Bozzo acudió a ayudar en una situación que ya no daba para más. Salas llenas, la urgencia colapsada y médicos novatos nerviosos.

Como facultativo experimentado, él debió ejercer el rol de guía en el hospital. Cual DT de un equipo de fútbol, se jugaba el todo o nada, enseñando a los médicos novatos a identificar entre quién se puede salvar y quién ya no es posible. “A uno se le nota... que estuve viendo pacientes 20 años, graves, rodeado de mucha gente entre 25 y 35 años de edad que no trabajaban con pacientes graves y ahora tenían que ver pacientes graves. Viene un nerviosismo”. La medicina no siempre es certera. Menos con la Covid. Bozzo aprendió que su experiencia no era suficiente ante la inexistencia de una cura o una fórmula para salvar pacientes. Además, tuvo que mostrar un semblante tranquilo y paciente, frente a los médicos recién egresados o con pocos años de experiencia, que creían factible recuperar a todos.

Pero el reloj avanzaba veloz en la primera línea de atención de la Covid. Las camillas se llenaban, las salas colapsaron y las meras ganas de ayudar a todos los pacientes no eran suficientes. Debían tomar decisiones rápidas y Bozzo era generalmente el encargado de hacerlas. En los momentos más críticos, él era quien trataba de determinar las oportunidades de sobrevivir de alguien.

“Uno pasaba a ser como el papá y claro uno veía que les costaba hacer cosas simples, pero estaba el otro lado de la parte, como del empeño que decía yo, estos jóvenes que trancan con la cabeza y otros no tanto (...) En cambio uno ya cacha, uno mira al paciente y dice ‘ahh, este se murió hace una semana y todavía no lo sabe... o nosotros no lo sabemos’ y hay marcadores que sirven

para decir que un paciente ya está perdido”.

“El deber me llama”

Volver a la universidad, o al menos a estudiar, es lo que Daniela Catoni y Pablo Amigo debieron hacer. Él, un anestesiólogo de 38 años acostumbrado al pabellón, a la vida en familia, las máquinas de anestesia y las cirugías, de golpe se vio enfrentado a la necesidad de reaprender sobre cómo tratar a un enfermo grave, que no necesita anestesia, sino poder respirar. Ella, pediatra y jefa de la UCI pediátrica del Hospital de La Florida, esposa y excompañera de universidad de Amigo, debió volver a atender adultos, tras nueve años viendo solo a niños.

Este matrimonio de médicos enfrentó una situación en extremo riesgosa. Decidieron dejar su casa para resguardar a sus dos hijas, de tres y seis años, y a la mamá de Catoni, que tiene diabetes y es hipertensa.

Amigo cuenta que la decisión fue muy fuerte. “Llegué a llorar varias veces a mi casa los primeros días”. Él sabía que, aunque hiciera todo lo que estaba a su alcance, a veces esto no bastaba. A todos los pilló desprevenidos, pero Amigo le puso el pecho a las balas, o como él cataloga es como un “caballito de carreras”.

Enfrentar la pandemia significó más horas de trabajo y les exigió un aprendizaje continuo para perfeccionarse en esta emergencia. Debieron poner en la balanza qué estaban dispuestos a perder. Su familia no, eso era seguro.

El problema lo tuvieron también otros trabajadores de la salud. Tener una vida familiar con normalidad era casi imposible para este sector. Su entrega a los demás les implicaba un sacrificio de los suyos.

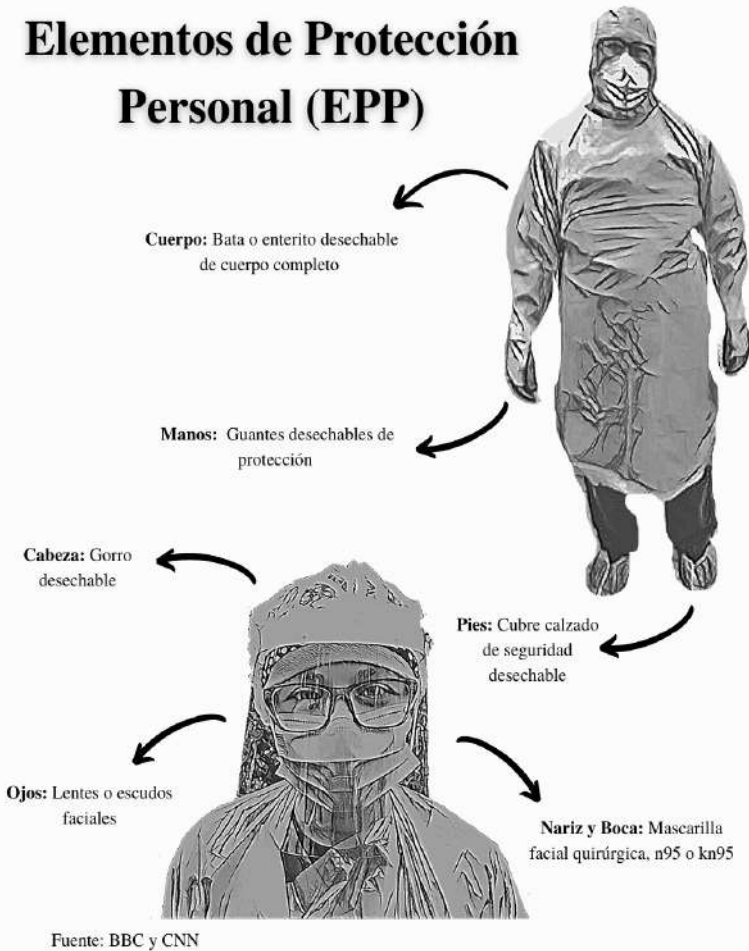
Tal como Amigo y Catoni, la médica cubana del Centro de Salud Familiar (Cesfam) Recreo, Eyvis Narváez, enfrentó una disyuntiva parecida cuando le informaron que estuvo en contacto con el primer paciente Covid positivo que se atendió en su lugar de trabajo. Todavía no había protocolos para estas situaciones. Ella resolvió partir a una residencia sanitaria para mantenerse alejada de su hija de ocho años, su madre y su pareja.

Durante dos semanas solo tuvo contacto con su madre a través de

videollamadas, las que llegaban sin falta todos los días para chequear que la médica de 28 años no presentaba síntomas. Su segundo PCR fue negativo y tras cumplir la cuarentena obligatoria, volvió a su casa y a sus labores de madre y profesora en las clases *online* de su hija. Esto no impidió que, en un segundo contacto con un paciente positivo, sí contrajera la Covid.

Aun con todos los elementos de protección como la pechera, guantes, mascarilla, antiparra y escudo facial, Narváez no se explica lo que vivió. No sabe cómo, ni en qué momento, pero algo es seguro, la línea de protección había fallado.

Elementos de Protección Personal (EPP)



Mientras armaba sus bolsos para volver a una residencia sanitaria, la pareja de médicos chilenos se instaló con bombos y petacas en el departamento de la madre de Catoni, quien se hizo cargo de las hijas del matrimonio para que ellos pudieran seguir trabajando, pero aislados para evitar contagios.

Amigo cuenta que sus hijas entendieron la situación, al menos la mayor. La familia debía esperar. Sus hijas supieron entender la realidad.

En mayo, uno de los meses más críticos de la pandemia, que registró el 78% de los fallecidos hasta entonces, la pareja se concentró en turnos eternos, con poco descanso y un estrés permanente, propio de la vida de un médico en pandemia. A esto se sumó el cambio de casa.

Sus hijas eran la fuente de energía que ella necesitaba para seguir enfrentando diariamente la realidad del hospital, y estar lejos complicaba su estado de ánimo. Sus ojos brillan al recordar lo que vivió y la impotencia que sintió ante el virus.

Por suerte se tenían el uno al otro. Daniela habla de una “relación en pausa” cuando vivieron en el departamento de turno. “Durante ese tiempo, estábamos para apoyarnos. Después nos preocuparíamos de lo que viniera”. La ayuda de la madre también fue crucial. En tiempos donde las opciones escasean, ella fue un respaldo invaluable para cuidar a sus hijas. Narváez no tuvo la misma suerte. Su aislamiento fue total y solitario. En la residencia sanitaria, su refugio, sufría un cuadro de ansiedad por lo poco que se sabía de la enfermedad en ese entonces.

La falta de abrazos y cercanía con sus más cercanos es lo que más extrañan los profesionales de la salud. Su incansable trabajo los expone y también a su núcleo familiar por lo que la mejor forma de demostrar el cariño en tiempos de pandemia, es tomando distancia.

De princesas a desolación

Al año Catoni veía morir a uno o dos pacientes. Es poco habitual ver morir a niños. Pero en los peores meses de la Covid vio la muerte a diario. Esta rondaba en los pasillos, e inesperada y fugazmente ponía a prueba a quienes combatían en primera línea.

La adaptación fue clave para los trabajadores de la salud. Médicos, enfermeras y personal de salud vieron cómo se transformaban los pabellones, gimnasios y otras áreas de los hospitales a salas Covid.

Desde que ella se tituló en 2011, nunca dejó de atender niños hasta que la pandemia llegó al hospital de La Florida. Su espacio de trabajo, la UCI pediátrica, quedó desarmada y vuelta a organizar como salas Covid. No hubo tregua y no tuvieron el suficiente tiempo para prepararse.

Las paredes de la UCI pediátrica tenían superhéroes y princesas, de todos los colores y formas. Más tarde, esas mismas paredes albergaron a enfermos intubados, desolación y muerte.

El primer día en que Catoni atendió adultos, lloró al desayunar. Sabía que sería duro y que tenía una gran responsabilidad. El área de pediatría era muy diferente. Por la edad de los pacientes, el personal que trabaja ahí es muy sensible. No era lo mismo con adultos, menos cuando a veces, hay que informar a sus familiares del desenlace fatal.

Además, concentrados en una sola dolencia. Meses trabajando rutinariamente en lo mismo. Los días pasaban igual que los de la semana pasada y del mes anterior. No importaba si era lunes o sábado: siempre turnos extensos, desgaste emocional, cansancio físico. Parecía que el personal de salud corría hacia arriba en una colina donde nunca se llegaba a la cima.

Con los pacientes adultos jóvenes era peor. “Yo tenía planes, objetivos, quería disfrutar el año, conocer a mis compañeros de pega en otros ámbitos, viajar... pero todo se fue a las pailas”, decían en ocasiones.

El miedo de contagiarse

A la enfermera Natalia Espinoza Montecinos, Nati, como la llaman sus amigos, en cambio, sí le correspondió atender niños. Los menores de edad con Covid no recibieron mucho espacio en los medios de comunicación, porque en su mayoría fueron asintomáticos.

Nacida en Constitución, en 2010 se trasladó a Santiago para comenzar sus estudios en la Pontificia Universidad Católica de Chile. Su apariencia antes de la pandemia era la de una mujer iluminada y plena de vida, a la cual a menudo

le pedían su cédula de identidad para confirmar su mayoría de edad. Pero después de meses de pandemia, refleja el cansancio de horas extra, estrés y tensiones. En su rostro pálido y agotado resalta sus ojos aceitunados. “Fue difícil”, resume. “Estaba esta cultura de que el niño no se contagia, entonces iban igual al hospital, sin mascarilla, veías a los adultos y papás protegidos, pero los cabros chicos no. Y no estaba el miedo de que te ibas a contagiar por un niño, hasta que empezaron a aparecer brotes en pisos completos”.

Espinoza explica que la situación en el hospital fue crítica. Cerca de los primeros meses de la pandemia, uno de los mayores temores al trabajar con niños, era que la mayoría parecían ser portadores asintomáticos. Esto los dejaba en una situación límite debido a que tenían muchos otros niños internados, en condiciones críticas o con otras enfermedades graves, que sufrían el riesgo de contagiarse y empeorar sus situaciones.

Ella trabaja en escáner, la toma de exámenes. Una situación regular donde los niños entran a una sala oscura, se colocan batas especiales, los introducen a una gran máquina y les toman una fotografía del interior de sus cuerpos. Un procedimiento sencillo, que con los implementos correctos y la precaución debida no debería ser de vida o muerte.

“Rayos, que es mi lado, siempre estaba como súper abastecido, pero porque usabas las precauciones justas, en los pacientes justos. O sea, pasar a usar mascarilla solo en los pacientes respiratorios con aislamiento (...). Y bajo esa situación se dejaron ver cosas súper fomes, de hospital público. La falta de insumos, de ‘no tenemos mascarillas suficientes para atender todos’, como corresponde. Si las llegábamos a tener, no cubrían a todo el personal. Se te cayó la mascarilla o atendiste a tres pacientes Covid y te tuviste que cambiar, ya no te alcanza el recurso”.

Pero salieron adelante. Y fortalecidas en su vocación.

Como dice Daniela Catoni: “Todo el mundo se va a acordar de lo grave que fue esto y lo significativo que va a ser en la vida, y que salimos adelante, salimos adelante como familia, salimos adelante como personas”.

Estreno laboral contra la Covid

Terminar los estudios y graduarse de la universidad es el sueño de todo estudiante. En el horizonte se dibujan proyectos y metas y que ahora, gracias a los largos años de estudio, pueden ser realidad. A un aspirante a médico le ocurre lo mismo.

Completar la carrera de medicina en Chile, sin reprobar ningún curso, son siete años más otros tres para conseguir una especialización. Además, un médico nunca termina de estudiar, como sabe Constanza Jadresic, de 27 años, que en diciembre de 2019 se tituló de Medicina en la Universidad de Chile.

¿Su primer trabajo? Enfrentar la pandemia.

A comienzos de 2020 rindió el Examen Único Nacional de Conocimientos de Medicina (Eunacom), prueba que todos los médicos deben superar para ejercer su profesión. Tenía todo listo para comenzar a trabajar y disfrutar de sus años de esfuerzo y estudio. Pero llegó marzo de 2020 con la Covid-19. La vida de todos se paralizó, la de muchos corrió peligro y médicos como ella, eran los encargados de ir al rescate.

Todo facultativo está formado para enfrentar una catástrofe... pero de eso, a vivir una en carne propia es muy distinto. “Yo no estaba preparada”, confiesa la chica de ojos azules mientras ríe, como si no creyera todo lo que vivió.

Poco se sabía de la enfermedad cuando se detectaron los primeros casos en Chile. Hubo que remodelar hospitales completos. Acostumbrarse a atender pacientes críticos con más frecuencia y rapidez. A que el estrés se transformara en una rutina cotidiana. A la soledad, distanciamiento físico y también a la falta de insumos.

Los meses más críticos los pasó sola, en una casa arrendada por riesgo a contagiar a los suyos, tal como hicieron muchos otros profesionales de la salud. Francisca Fuentes es otra de estas historias. A los 24 años dejó su casa en Los Ángeles y viajó nueve regiones más al norte. Hacía muy poco había terminado la carrera de enfermería y tomó la oportunidad de trabajar en el Hospital de Calama. A esas alturas la pandemia ya había cobrado muchas muertes y no estaba dispuesta a correr el riesgo de contagiar a su abuela y madre.

Con las maletas listas y muchas dudas sobre su destino, viajó el lunes 6 de abril junto a una amiga de carrera, hasta el norte de Chile para ayudar a los pacientes de este hospital. Faltaban pocos días para lograr el *peak* de contagios de la primera ola.

El cambio fue tremendo. Pasó de la zona central al desierto. En el hospital vivió de primera mano la escasez de insumos y equipamiento, acompañada de la falta de protocolos.

Cuando comenzaron a aumentar los casos en la región, la asignaron a otra área y en junio debió abandonar su trabajo con niños, para entrar al terreno desconocido de la Covid-19.

Fuentes cuenta que “fue súper duro trabajar ahí, de verdad, de locos, sobre todo en el *peak* de la pandemia”. La pediatría fue su ocupación de las primeras semanas, pero rápidamente el hospital debió adaptar sus salas y dar prioridad a los pacientes críticos, que a esas alturas colapsaron el lugar.

Trabajar con la vida de las personas es muy delicado. Cuando decenas de vidas se apagan a diario, la frustración llega como un tronco seco que se incorpora al fuego. En circunstancias así, la experiencia es de los pocos factores que pueden entregar algo de seguridad. Sin embargo, Fuentes y Jadresic debutaron en la vida profesional inmersas en una pandemia, para la cual casi nadie estaba preparado.

Todos los días había que adaptarse al escenario. Los profesionales de la salud iban equipados con sus elementos de protección personal y una cuota de incertidumbre que se hacía mayor con el pasar de los días.

Con la Covid-19, pacientes y trabajadores de salud sufren un problema paralelo. Los enfermos no pueden recibir visitas de sus familiares por la posibilidad de contagio. La primera línea de la salud, como Jadresic o Fuentes, también deben tomar distancia de sus cercanos por el mismo motivo. Para ellas, durante meses, el cansancio, los pacientes y su primer trabajo fueron sus únicas compañías.

En territorio desconocido

Había una vez un doctor sin mascarilla, una sala de espera no colapsada, un personal de la salud feliz y no fatigado. Lo que parecía un cuento de hadas

cambió radicalmente de un día para otro. El personal de salud que habitaba en ese cuento debió aprender a vivir en tinieblas, al menos por un tiempo.

Las historias de adaptación la vivieron muchos trabajadores de la salud. Debieron pasar por procesos parecidos con cambios en el trabajo por la enorme carga de la pandemia, y también en sus vidas por la necesidad de precauciones.

Con sonrisa radiante y una postura de atención, Gabriela Cataldo relata que como enfermera del Hospital Militar se aisló en su departamento durante los meses más duros de la pandemia, sin ver a sus padres ni hermanos. Sus turnos se duplicaron, de doce a 24 horas. Su trabajo ahora era como el de un guardia. Debía vigilar a los pacientes que de un momento a otro podían descompensarse. Se dispuso a gestionar las llamadas “camas calientes” donde movían a un paciente para atender a otro. Para descargar el estrés que esto significó, Gabriela se dedicó a practicar deporte.

Débora Danta es cubana y lleva cinco años en Chile ejerciendo su profesión, pero más de 20 años si se considera el trabajo en su país natal. Estudió Medicina en la Universidad de La Habana por su vocación de ayudar a las personas y el sueño de, algún día, encontrar una cura para la leucemia.

Siendo cirujana de urgencias del Hospital Eloísa Díaz, en marzo advirtió el nerviosismo. Se preparaban para algo que no sabían del todo como sería. La ansiedad recorría el centro asistencial en cada miembro de, lo que más tarde, llamarían primera línea. Vio como el lugar fue alterando sus áreas y espacios para recibir la pandemia y sintió miedo. Mucho, confiesa.

Los testimonios del personal médico de otros países calaban hondo. Su temor se hizo real con los primeros casos que llegaron. Danta mantenía un bolso con una muda y artículos de aseo en el maletero de su auto, tenía su ropa llena de manchas de cloro y seguía una estricta rutina de desinfección cuando llegaba a su hogar. Evitó el contacto físico con su hijo y llegó a estar con mascarilla dentro de su propia casa. Aun así, estuvo en contacto directo con una colega contagiada, por lo que debió mantenerse aislada, pero afortunadamente no contrajo la infección.

El cambio que vivió en su trabajo fue relativo. Había urgencias, pero les llegaban

menos accidentes. Las esperas en las salas de emergencia y los protocolos eran tediosos. Pero ella es disciplinada: su lema es “el que se cansa, pierde”.

Por el deber y la gratitud

No todo son malas noticias y caos. En medio de la crisis que trajo la pandemia, emergieron sentimientos positivos hacia los profesionales de la salud: la gratitud y el reconocimiento.

Tras el ataque de la Covid-19, cada profesional comenzó a tener nombre propio y reconocimiento oficial por su trabajo y eso, en una de las cosas más gratificantes para ellos, el agradecimiento de sus pacientes. Es lo que los impulsa y mueve a seguir dando todo y lo mejor día a día, a pesar de que estos se vean grises y hasta negros.

Con jornadas interminables y no siempre buenos resultados, la frustración, el sueño y el cansancio se hacían más intensos cada día. Ante la adversidad los sostenía la vocación y el deseo de ayudar a otros. Así lo sentía Daniela Catoni: – Había días en los que las familias nos venían a dejar regalos, nos traían canastitas de dulces, quequitos y cositas. No sé si eso se daba en otras especialidades, pero había un sentido como de que nosotros estábamos cuidando con mucho cariño a sus familiares y eso estableció esas relaciones.

El vínculo entre familiares del paciente y equipo médico se veía amenazado cuando debían en ocasiones comunicar un fallecimiento. Daban la noticia con delicadeza y cuidado, con empatía pero sin traspasar la línea profesional. En ocasiones, los familiares de las víctimas no se imaginan que los profesionales de salud también sufren con cada pérdida de una vida.

Ella recuerda el caso de la familia de un paciente fallecido que, después de recibir la noticia, siguió llamando a preguntar cómo estaba el equipo médico. Marcelo Gajardo, un técnico en enfermería de 24 años, también presenció momentos íntimos con familias de contagiados. Tuvo que lidiar con esta difícil circunstancia. Lo reconfortaban las respuestas de las familias.

“Me han dicho: ‘Mira, tú me atendiste y te agradezco mucho la atención, fuiste muy amable’ y te traen un chocolatito, una fruta, unos dulces, incluso a veces llegan con el desayuno completo”.

Hospital de La Florida: La "zona cero" de la pandemia

Esta "zona de guerra" no tuvo tregua durante casi toda la pandemia, siendo uno de los sectores más críticos y en estado de colapso constante. Uno de los centros médicos que no pasó inadvertido, ya que en reiteradas ocasiones abarcó titulares tanto de medios de televisión como prensa escrita.

1 "HOSPITAL DE LA FLORIDA ACLARA SOPECHOSO CONTAGIO MASIVO DE COVID-19 EN FUNCIONARIOS"

El Hospital de La Florida Eloísa Díaz emitió un comunicado la noche de este sábado para abordar algunos trascendidos difundidos en redes sociales sobre una supuesta sospecha de contagio de 65 funcionarios que tuvieron contacto con una paciente que dio resultado positivo de coronavirus. **"24horas" 22.03.20**

2 "FISCALÍA ORIENTE INVESTIGA LA MUERTE UN PACIENTE COVID EN HOSPITAL DE LA FLORIDA"

De acuerdo a los antecedentes, el adulto mayor llegó al hospital acompañado de su hija por estar con indicios de Covid-19. De esta manera, el hombre quedó hospitalizado tras confirmarse el contagio. Sin embargo, cerca de las 3:00 horas del domingo, personal del centro asistencial constató su muerte cuando lo fueron a ver. Las primeras indagaciones darían cuenta que se trata de un eventual suicidio. **"biobiochile.cl" 21.04.20**

3 "FUNCIONARIOS DEL HOSPITAL DE LA FLORIDA DENUNCIAN FALTA DE INSUMOS SANITARIOS COVID-19"

Magaly Díaz, dirigente del recinto de salud, explicó que tienen 140 trabajadores contagiados y 60 que están en observación. Denuncia que no tienen los elementos necesarios para prevenir los contagios. En estos momentos, un trabajador permanece en riesgo vital. **"CHVNoticias" 15.05.20**

4 "DONAN 100 TABLETS A HOSPITAL DE LA FLORIDA PARA QUE PACIENTES CON COVID HABLEN CON SUS FAMILIAS"

La Municipalidad de La Florida, junto al Colegio Médico de Santiago, entregaron 100 tablets al Hospital Dra. Eloísa Díaz, como una forma de brindar contención emocional y espiritual a los enfermos que están internados en dicho recinto. **"24Horas" 01.06.20**

5 "CREAN "ESPACIO DIGNIDAD" EN EL HOSPITAL DE LA FLORIDA PARA DESCONGESTIONAR LA URGENCIA"

El recinto, que anteriormente correspondía al Club Vive, entregará atención a las personas que estén contagiadas de Covid-19 y contará con 40 camas equipadas con dispositivos de oxígeno y reanimadores. **"biobiochile.cl" 08.06.20**

6 "MUERE DRA. CAROL ORTIZ GUTIÉRREZ POR COVID-19"

Este viernes se confirmó la muerte por COVID-19 de la doctora Carol Ortiz Gutiérrez, médica de la Unidad de Cuidados Intensivos (UCI) del Hospital Clínico Dra. Eloísa Díaz de La Florida. La profesional de la salud había pasado los últimos meses realizando labores de atención a pacientes con COVID-19. Al respecto, diversos organismos de la salud en Chile se han manifestado al respecto de su sensible pérdida, extendiendo sus condolencias a los familiares, amigos, compañeros y cercanos. **"T13" 21.11.20**

Fuente: Informaciones de prensa.

“La gente te lo agradece de todos modos y llega con algo, que quizás para la persona es todo lo que tiene, pero lo da. Te dan cositas para que uno comparta entre los mismos compañeros de trabajo. Para mí que te digan gracias ya supera todo”, cuenta.

Este reconocimiento social al enorme esfuerzo de la primera línea de la salud fue gratificante para ellos. Hubo aplausos y manifestaciones de apoyo a estos trabajadores.

A estos agradecimientos se sumaron las autoridades. Los trabajadores de la salud fueron pragmáticos. El reconocimiento del gobierno era importante, pero ellos también querían un bono salarial. Tras las presiones, el gobierno accedió, pero no fue para todos.

Historias que marcan

Gabriela Cataldo, la enfermera del Hospital Militar, tuvo que atender a la madre de una de sus amigas de toda la vida. Debió enfrentar sus miedos y ser la heroína de la historia.

Todo comenzó cuando su conocida, que reside en Canadá, se contactó con ella para mencionarle que su madre estaba en Chile con fiebre y resfriada, pero el examen de PCR le había salido negativo. Pese a esto, a la amiga de Cataldo le saltaron las alarmas y de inmediato se comunicó con la enfermera.

“Chuta, no vaya a ser que le salió falso el examen y realmente tenga coronavirus y haya que llevarla a una urgencia”, dijo la enfermera. No lo pensó demasiado: fue a visitar a los padres de su amiga a su casa, sabiendo que podía tratarse de un caso de coronavirus positivo.

Al llegar, encontró a la mujer muy grave. “Se estaba muriendo, literalmente”. Con el afán de no molestar demasiado, los padres de su amiga le habían bajado el perfil a la situación. Por esto, los hijos prefirieron no ir a verlos previamente, para no romper la cuarentena, pero nadie sabía la gravedad del escenario al que se enfrentaban.

– No podía respirar y se veía mal, muy deteriorada. Había estado una semana con fiebre, pálida. Había bajado de peso porque no había comido nada en una semana.

Cataldo no vaciló. La llevó a la urgencia del Hospital Militar, donde ingresaron a la mujer. Vivió todo el proceso con ella. Al ingreso estuvo primero en una sala donde se complicó su estado, por lo que la trasladaron a la UCI donde estuvo dos semanas hospitalizada con ventilación mecánica. Por protocolo, su familia no podía entrar a visitarla, y ella hacía todo lo posible para mantenerlos informados con videollamadas. “Me tocó y fue fuerte, súper fuerte, porque yo tenía que hablar con mi amiga y decirle que su mamá casi se estaba muriendo y también estar ahí con la mamá”, recuerda.

La situación duró alrededor de diez días. Cuando la madre de su amiga despertó, no entendía. Había estado una semana inconsciente y tenía un claro deterioro producto de la enfermedad, bajó alrededor de 10 kilos. Tuvo que prácticamente volver a aprender a caminar tras este periodo.

Para trabajar, Cataldo debía usar un gorro, protector de ojos, mascarilla y una pechera encima. Los pacientes no sabían quiénes los atendían. Incluso tenía que decirle a la mamá de su amiga que era ella, porque solo podía reconocerla por la voz. Cataldo sufrió el desgaste de ser enfermera y amiga de la paciente. Hubo casos en que extraños se convirtieron en personas significativas. Eso le pasó a Francisca Fuentes, quien cuenta que debía examinar y priorizar pacientes para hacerse cargo de quienes estuvieran peor. El futuro de los enfermos era incierto, algunos pasaban de estar estables a críticos en un par de horas.

Recuerda un hombre de la tercera edad que siempre le decía: “Yo no me quiero morir”. Ella intentaba contenerlo y este repetía “yo no me quiero morir, quiero volver a mi casa”. El ambiente era desolador. Los pacientes no podían tener contacto con sus familiares, estaban rodeados de otros enfermos y veían al personal médico protegido con implementos de seguridad.

Estaba preocupada por la evolución de este paciente e informaba a sus familiares. “Durante ese turno él se mantuvo estable y en mi turno del otro día en la noche, ese mismo caballero ni siquiera hablaba bien... veía que él ya no estaba acá y se le notaba la mirada perdida”, cuenta Fuentes.

“Para él hicieron una cadena de oración, incluso me contactó la familia porque yo le di mi número personal, cosa que no siempre hago y ahí me puse a rezar al lado de él”.

Cuando se encomienda un paciente a Dios, no hay nada que la medicina pueda hacer. El anciano le entregó su último aliento antes de que la vida dejara su cuerpo. “Él tuvo como... nosotros le llamamos como un veranito de San Juan. La gente está mal y de repente les llega como una luz, así como que se conectan, logran recuperar un poco de conciencia. Lo único que me dijo en ese momento fue: ‘Mi niña, yo me voy a morir’ y me dio un par de recados para algunas personas”, recuerda Fuentes

Ella quedó con el corazón en la mano. Nunca se imaginó que sería la última persona que este hombre vería antes de partir, sabiendo que luchó con todas sus fuerzas contra el virus para poder regresar a casa con sus seres queridos. Hubo muchos pacientes que fueron internados de urgencia, de un momento a otro por síntomas de malestar, resfriado o temperatura elevada y nunca pensaron que no podrían ver la cara de sus seres queridos otra vez. Sin embargo, recibieron el consuelo de los profesionales de la salud que estuvieron con ellos hasta el final, dedicando sus vidas y tiempos incondicionalmente.

Al médico internista Javier Ortiz lo conmovió un matrimonio de pacientes. Él tenía 91 años y ella 89. Tenían una bella familia y llevaban 63 años de casados. Hasta el estallido social, él trabajaba activamente. Después, se volvió inseguro llegar a su lugar de trabajo por las manifestaciones y dejó de hacerlo. Ella se había retirado hace algunos años y ahora se encargaba del hogar.

Pero el virus los golpeó en julio, recuerda. Él llegó muy grave al Hospital Sótero del Río y su esposa siguió rápidamente sus pasos.

– Los Covid suelen empeorar entre el séptimo y décimo día –explica Ortiz– y él, al séptimo día se fue a la cresta. Necesitaba mucho oxígeno y su estado de salud empeoraba cada vez más.

Días antes, él había pedido expresamente que no quería ser conectado a un ventilador mecánico, lo cual parecía prudente, ya que los médicos le habían ido encontrando problemas que podrían complicar su intubación. Los hijos de la pareja esperaban diariamente en el hospital para saber cómo evolucionaba su padre y Ortiz era el encargado de decirles que conforme avanzaban los días el pronóstico no era alentador.

Ella tampoco quiso ser conectada al ventilador y a los pocos días de ingresar

al hospital empeoró gravemente. Al menos estaban juntos, se consolaban sus hijos. La pareja había compartido prácticamente toda una vida y el destino los unía nuevamente en la adversidad. Estaban frente a frente en la Unidad de Cuidados Intensivos. Cansados y débiles pero siempre juntos, en la salud y en la enfermedad.

A los pocos días, él perdió la batalla. Ortiz lo recuerda con la mirada fija en un punto perdido. “Llevaban 62 años de matrimonio y esta enfermedad se llevó a uno y dejó a ella sola”, comenta emocionado.

Al médico le correspondió comunicárselo a los hijos, que hacían turnos para acompañar a sus padres a la distancia en el hospital.

– Cuando me hablan de que esta cuestión es mentira, de que esta enfermedad no es tan grave, y sale tanto huevón a liberalizar un poco las cosas es porque no han visto cara a cara a un hijo y decirle: ‘Pucha, yo creo que tu papá se va a morir y tu mamá probablemente sobreviva’, comenta enrabado el médico de 28 años.

El virus no da tregua

Nadie conoce todas las historias y vivencias que hubo dentro de los centros de salud en 2020. Tal como en una zona de guerra, hubo heridos, muertos y personal médico que hizo todo lo posible por curar y sanar a todos. Pero, ¿quién se preocupa por ellos?

Quienes están horas trabajando para atajar al virus, se vieron sobrepasados. El trabajo bajo presión les pasó la cuenta y la tensión se siente en el ambiente. Cada vez que el técnico en enfermería Marcelo Gajardo llega a sus turnos de noche nota desde el otro lado de la sala las ojeras y el cansancio en los rostros de sus compañeros.

La frase “tiene derecho a guardar silencio” en este caso parece una buena idea. Al más mínimo error, no tardan en llegar esas miradas de enojo e irritación producto de la falta de descanso y agotamiento. El confiesa que bastan nimiedades para generar discusiones y surgen problemas que si no fuera por el estrés de la pandemia jamás habrían pasado.

Gajardo lo vivió en carne propia. Las discusiones no duraban más de cinco

minutos y bastaba que quien la inició se disculpara con un “sabes qué, te traté mal y lo siento” para que las diferencias se solucionaran. El cansancio magnificaba esos incidentes

Vio a colegas suyos apoyarse en la pared y quedarse dormidos. A veces, la lucha era contra las ganas de cerrar los ojos y descansar, para mantenerse alerta durante el turno sin sucumbir.

Tener que llegar a cocinar después de largas horas de trabajo pasó de ser una entretención al calvario de Gajardo, quien por un tiempo prefirió pedir comida a domicilio para llegar a su casa, cerrar sus ojos y desconectarse de todo.

La pandemia no solo alteró el entorno laboral, también volvió frágil la salud mental y la vida de varios de la primera línea. Vivir a diario situaciones límite gatilla el estrés e incluso crisis de angustia. Fue el caso de la enfermera Francisca Fuentes, lejos de su familia y ciudad natal.

Le correspondieron varios turnos donde no conocía a ningún otro miembro del equipo y el ambiente se ponía tenso con facilidad. Alguien cometía un error y todos se esmeraban más en buscar al culpable que en solucionarlo. Cuenta que algunos compañeros renunciaron, “gente que vino igual que yo no aguantó y se devolvió a sus casas”. También ella lo pensó.

Tras varios de esos casos, el hospital le brindó ayuda psicológica al personal de salud que lo requiriera. Ella advirtió su ansiedad porque llegaba de los turnos directo a comer y a fumar, en una rutina cada vez más frecuente. Llegó a soñar con lo que veía en el hospital y con quienes había visto morir ese día, como si viviera en una película de terror. Las noches le dejaban un gusto amargo y necesitaba más que una llamada a distancia con su madre para estar mejor.

No estaba sola. Una compañera suya pasaba por lo mismo. Las sesiones con la psicóloga fueron muy necesarias para ayudarla con las crisis de angustia. Con el pecho apretado, taquicardias y llanto repentino, le era imposible trabajar y los ejercicios de respiración que le enseñó la psicóloga fueron de gran utilidad. Hubo días donde le daban crisis y su jefatura le permitía no ir a trabajar. Tiare se sentía responsable, “no podía cometer ningún error”, porque vidas de personas estaba en juego. Fuentes no alcanzó a recibir ese apoyo, pero para su suerte aceptaron su solicitud de cambio a pediatría, donde los casos habían

disminuido y estaba más controlado.

Con menos carga laboral, ella sigue luchando contra la Covid-19. Se cuestiona si seguir en caso de un rebrote. “Quizás arranque, porque soldado que arranca sirve para otra guerra”.

La lucha de la valiente “primera línea” ha sido intensa y el proceso, agotador. Historias como la de Pablo y Daniela se repiten entre los médicos, donde con todos los costos personales que implica, han enfrentado esta catástrofe de la que todavía no hay fecha de término. Y seguirán, porque el compromiso con la salud de sus pacientes es más fuerte que el miedo de revivir esos meses de oscuridad y desolación.

En Europa y Estados Unidos se siente la segunda ola de contagios, con más víctimas que la primera. Vuelven las cuarentenas, la incertidumbre y el miedo. El final de esta historia no está escrito. Quizá ocurra con la vacuna o cuando no haya fallecidos. Por ahora solo queda aprender del ejemplo de estos héroes modernos.

HÉROES CAÍDOS

La labor de la primera línea de la salud, fue dura. Muchos de ellos dieron sus vidas para ayudar en esta pandemia a miles de personas a nivel mundial y agradecemos enormemente su vocación.



Carol Ortíz Gutiérrez

Jefa de UCI del Hospital Eloísa Díaz de La Florida

Duval Aguirre Guzmán

Anestesiata.

Edmundo Rangel Farías y Cristhian Balladares Holguin

Ambos doctores de la Atención Primaria de Salud, rondaban los 50 años de edad.

Guillermo Solar Oyanedel

Broncopulmonar, 73 años.

Hernán Renato Cabello Pacheco

Urólogo del Hospital San Borja y académico de la Universidad de Chile, 77 años.

José René Sánchez Bascuñán

Gastroenterólogo, Hospital Sótero del Río, 67 años.

José Daniel Pantoja Rivera,

psiquiatra del Hospital San Juan de Dios de La Serena, 38 años.

Juan Carlos Carvajal

Broncopulmonar de la Clínica Santa María, 64 años

Luis Guillermo Voigt Julio

Geriatra y médico jefe de la Clínica Médica del Hipódromo Chile, 74 años.

Miguel Eduardo Viso González

Pediatra y Jefe de Emergencia Pediátrica del Hospital de Carabineros

Pablo Frindt Franco y los oncólogos **Ernesto Vergara Lamas** y **Guillermo Merino Hinrichsen**, tres médicos jubilados que han muerto por COVID-19.

Patricio Morales González

Traumatólogo, parte del equipo de la empresa de rescate Help. 61 años.

René Panozo Villarroel

Pediatra, 71 años.

Ricardo Tobar Herrera

Broncopulmonar, Hospital San Borja, 69 años.

Winston Robertson Craig-Christie

Traumatólogo y ex presidente del Colegio Médico filial Arica en 1980, 78 años.



Fuente: Vocería Virtual

CAPÍTULO 10.

Covid-19: el delgado límite entre la vida y la muerte

NICOLE BERETTA
VALENTINA BERMEDO
ISIDORA FUENZALIDA
ELISA PÉREZ

Trece mil cuarenta y siete eran los casos activos confirmados de Covid-19 en Chile según el Ministerio de Salud cuando se terminaron de escribir estas líneas, durante los primeros días de diciembre de 2020. Un año intenso, lleno de incertidumbre, que culminó tal como fue la tónica desde la llegada de la pandemia: muertes solitarias en hospitales, contagios de familias completas y experiencias al límite entre la vida y la muerte.

El martes 3 de marzo de 2020 se confirmó el primer caso de coronavirus en Chile. Un médico de 33 años, originario de Talca, se contagió luego de un largo viaje por el Sudeste Asiático. Rápidamente, en solo tres semanas se decretó la primera cuarentena en siete comunas de la capital. La pesadilla recién comenzaba.

“Hoy cumplo un mes de haber sido dado de alta, después de dos meses y medio de hospitalización por el Covid. Fue una etapa difícil para mí y mi familia, pero gracias a Dios pude superar esta enfermedad, a pesar de las pocas expectativas de vida que en algún momento tenía”. Facebook fue la herramienta escogida por José Aynaya para dar a conocer que –por fin– estaba fuera de peligro y en su casa. El hombre, de 54 años y nacionalidad peruana, agradeció a su familia y amigos por la preocupación y fortaleza tras su hospitalización.

Desde el jardín de su casa en la comuna de Peñalolén, Aynaya recuerda su traumática experiencia tras enfermarse. Con su tez color canela, ojos pequeños y profundos y acento extranjero, comienza a hablar. Sus labios se mimetizan con el color de su piel. Tiene un chaleco color burdeos y un polerón negro con cierre debajo de este, pues al momento de la entrevista hace frío. Su cabello corto y chuzo, de un color semejante al negro, contrasta con el blanco de las paredes. Dice que nunca pensó en todo lo que le iba a tocar vivir desde aquel 2 de mayo.

Durante las últimas semanas de abril, una técnica paramédica de su equipo de trabajo llegó enferma al hospital. Se sentía mal. Inmediatamente la enviaron a urgencias a hacerse un examen. Para su sorpresa, la PCR dio positivo. Pocos días después, tras comenzar con malestares, Aynaya sintió el cuerpo extraño, con la sensación de tener una gripe o un simple resfrío, con dolores musculares y fiebre. Mucha fiebre. El resultado de su examen fue igual al de su compañera

de trabajo: tenía coronavirus, por lo que siguió las recomendaciones médicas y se aisló en su pieza a hacer cuarentena.

“La comencé a manejar (la fiebre) con paracetamol, que en un principio funcionaba, pero después ya no era manejable, porque persistía”, cuenta y recuerda que se daba duchas con agua helada para ver si la temperatura cedía. Pero no era posible. Finalmente, el 5 de mayo en la tarde, cuando ya no aguantaba más, fue a urgencias. Le hicieron exámenes de sangre y lo dejaron hospitalizado. “Me sorprendió el hecho de tener que quedarme”, dice.

“Yo igual cada vez me sentía más cansado”, rememora Aynaya. El 7 de mayo, cuando ya llevaba días hospitalizado, sus signos vitales mostraron que la saturación de oxígeno no era la adecuada. Entonces, los médicos decidieron que debía utilizar naricera. Al día siguiente, le pusieron una cánula de alto flujo, pero tampoco fue suficiente. El panorama se comenzó a complicar.

Un respiro mecánico

“El 80% de las camas UCI de la Región Metropolitana están ocupadas”. Esa fue la noticia que anunció la Sociedad Chilena de Medicina Intensiva, llenando de miedo a las familias chilenas a comienzos de mayo, época en la que los ventiladores mecánicos eran –al igual que hoy– el pilar fundamental para estabilizar la respiración de los pacientes con coronavirus y sus niveles de oxigenación.

Durante el quinto mes del año, en el país aumentaron en un 129% los casos de personas internadas con maquinaria para respirar, informó *La Tercera* en sus titulares, y Aynaya era uno de ellos. Debido a esto se generó un ambiente de competencia dentro de las Unidades de Cuidados Intensivos, que requerían conseguirlos con urgencia. Según planteó el entonces ministro de Salud, Jaime Mañalich, quedaban a disposición 636 de estos aparatos a nivel nacional.

Los médicos de Aynaya tuvieron que acudir a este método de ventilación. Era la única forma para que el paciente recibiera oxígeno e, idealmente, mejorara, dado su complicado estado de salud. “Era un poco difícil de tolerar”, cuenta y recuerda la incómoda sensación de ahogo de ese momento, al igual que lo que le dijo la doctora: “Si no lo tolera, vamos a tener que intubar”.

Tras días hospitalizado y sin ver progresos en su recuperación, efectivamente tuvieron que intubarlo el 9 de mayo, “pero eso yo ya no lo recuerdo”, comenta el expaciente.

– Después recuerdo cuando desperté –afirma. En su grave estado, Aynaya perdió la noción del tiempo durante su estancia en la clínica. Luego, cuatro días después de la intervención respiratoria de emergencia, fue trasladado al Hospital del Trabajador, donde lograron estabilizarlo, conectado a respiración mecánica. Intubado. Sedado y sin posibilidad de comunicarse con su familia. Todo quedó reducido a llamados telefónicos entre los médicos y su esposa.

Entre el sueño y la lucidez

– Yo estuve sin conciencia por decirlo de alguna forma, poco más de un mes –cuenta Aynaya. Justo mientras le practicaban una traqueotomía y su estado empeoraba, recuerda haber tenido alucinaciones, mientras él creía que estaba dormido.

Hoy rememora que esas alucinaciones eran como sueños: estaba en su internado profesional en el extremo norte del país, en Arica. Tenía otra vida e incluso era más joven. Al igual que en su vida actual, trabajaba en un hospital y “probablemente tenga algo de relación”, analiza, ya que en sus sueños también está hospitalizado. Está muy grave. En algún momento le llega un documento de jubilación y tiene que firmarlo. Luego se despierta. Cree que sigue allá, porque el lugar donde ahora abre los ojos “era como yo lo había vivido”, dice. Las condiciones médicas de José no eran buenas. Cada día empeoraba un poco más. Mientras él alucinaba y en la vida real le practicaban una traqueotomía, llamaron a Edith, su esposa. Los doctores necesitaban conversar con ella urgente.

– En ese momento no había muchas posibilidades de sobrevivir. Me quedaban prácticamente 24 o 48 horas de vida –relata Aynaya con voz quebrada.

El despertar

Edith se prometió a sí misma nunca perder las esperanzas. Ni ella, ni su familia, ni los amigos y cercanos de José. Dado el grave estado de su esposo, le dieron

la opción de ir a verlo todos los días. Llevó a sus hijos y a su hermana, y – como si fuera un milagro– de a poco empezaron a ver que se recuperaba: ya no requería tanto oxígeno como antes. “De ahí comencé a mejorar, manteniéndome un poco más estable, ya no tan grave”, cuenta el expaciente. Así, los días siguientes fueron más esperanzadores para su familia. Aynaya recuerda la sala del hospital en la que abrió los ojos: era un espacio reducido, con colores pasteles neutros, entre blancos y rosados. Había ventanas en el costado y en medio de la pieza estaba su cama. Pequeña. Al mirar hacia arriba veía el techo “típico de los hospitales”, comenta y, justo a su lado, el ventilador mecánico. Despertó desorientado y confundido. No sabía dónde estaba ni qué día era. Pero de a poco comenzó a recordar.

El 16 de junio, el médico lo dio de alta. Sin embargo, “yo todavía no había caminado, no daba pasos, solamente me sentaba en el borde de la cama y me paraba, eso era lo único que hacía”, rememora. No estaba preparado para volver a sus actividades cotidianas: había perdido masa muscular y pesaba 15 kilos menos. Un sentimiento de inseguridad invadía su cuerpo.

“Cuando llegué, la ambulancia me vino a dejar. Yo bajé y todos los vecinos de mi cuadra sabían que estaba llegando y fue muy emocionante porque estaban todos con globos, con aplausos y fue muy bonito”, recuerda Aynaya con cariño. – Ahora yo veo la vida desde otro punto de vista y estoy más enfocado en disfrutar esta segunda oportunidad que me da la vida, que me da Dios –dice Aynaya emocionado, aun cuando la rehabilitación continúa, ahora desde su casa. Médicos, psiquiatras y kinesiólogos lo han acompañado en esta nueva etapa.

Entre ejercicios y conversaciones, el enfermero ha mostrado un gran avance. “Actualmente he logrado bastante, hago bicicleta y estoy caminando en la andadora”, dice orgulloso.

– Lo que yo creo, es que lo que uno tiene que hacer es enfocarse más en vivir la vida y en la familia, porque uno deja de lado también esas cosas que son más importantes, esas cosas afectivas –concluye.

Con la muerte al acecho

Mientras, en el norte del país Jorge Bernal llevaba varios días sin responder los mensajes ni las llamadas telefónicas. Tampoco abría la puerta de su domicilio, en Arica. Su hijo, bautizado con el mismo nombre, y su nuera, Mónica Navarrete, partieron raudos al hogar del patriarca para ver qué sucedía. Estaban preocupados por la salud del anciano. Si bien siempre había sido una persona muy activa y sana, ya tenía 77 años.

Con la ayuda de un cerrajero, lograron entrar a la casa. Pero el panorama fue desgarrador: Jorge se encontraba en muy malas condiciones.

– Nos reconoció y parecía que efectivamente le había pasado algo, pero todos sus signos vitales estaban aparentemente bien –recuerda su hijo. Decidieron trasladarlo a la casa de ellos y solicitó los servicios de médico a domicilio.

A su padre lo visitó en reiteradas veces el servicio de salud de la ciudad y le hicieron una serie de exámenes, pero ninguno para descartar la opción de Covid-19. Ante esto, no había necesidad de mantener un distanciamiento físico, por lo que sus familiares procedieron a cuidarlo y regalarlo bastante, entre baños, comida y cariño.

Alrededor de una semana después, un ataque al miocardio terminó con la vida del ariqueño Jorge Bernal, el patriarca de la familia. Acabó dando su último aliento en los brazos de su nuera, a quien consideraba como una hija más. En ese periodo, su primogénito estaba fuera de la casa porque se debía realizar chequeos médicos en la Clínica San José de Arica. Llevaba varios días presentando fuertes e intensos dolores de cabeza. Además experimentaba dificultades para respirar. Todo apuntaba a que también se había contagiado del virus.

Pasadas las 48 horas, le informaron que en ese momento pertenecía a uno de los 2.198 casos activos de Covid-19 en el país, según las cifras oficiales del 15 de julio de 2020, que entregó el Ministerio de Salud.

Jorge y su esposa Mónica –ambos académicos e investigadores de la Universidad de Tarapacá– se encerraron entonces en la habitación matrimonial. Sospechaban que ella también tenía el virus, debido al evidente contacto estrecho con su

marido. La idea era evitar contagiar a las demás personas que vivían junto a ellos: su hijo mayor (también llamado Jorge), la asesora del hogar con su hija y, sobre todo, Mercedes –la matriarca– quien tenía 83 años y padecía de diabetes e hipertensión. También se encontraba de paso el hermano del investigador con su hija, quienes llegaron para despedir a su difunto padre.

Caída en picada

Durante el domingo 19 de julio, por el camino de tierra del pasaje Alonso Sánchez llegó una ambulancia y se estacionó fuera del domicilio con numeración 4151. Esta vez, desafortunadamente, era el turno del padre de la familia, quien en ese momento se sentía muy mal. Tenía dificultad para respirar y fuertes dolores de cabeza. No podía resistir el dolor. Mónica llamó para que trasladaran de emergencia a su esposo.

– Era como si hubiese corrido una maratón –recuerda el menor de los hermanos. Además, asegura que nunca antes había visto a alguien así. Fue el único que lo vio bajar las escaleras, porque todos los demás se alejaron.

“Era la primera vez que veía a alguien con Covid-19 y fue impactante, de hecho, cuando entró a la ambulancia se tuvo que sacar la mascarilla, porque no podía respirar”, recuerda su hijo.

A Jorge lo trasladaron inmediatamente al Hospital Regional Doctor Juan Noé de Arica. Estuvo en una sala junto a cinco personas más que también padecían el virus. Su primer reporte, después de llegar, lo dio a las 19:03, a través del grupo de Whatsapp familiar. Allí indicó que se encontraba con oxígeno y suero, y que se sentía muy bien. Le habían sacado una radiografía que debía ser revisada por el médico de turno y según él, posiblemente lo internarían. De esa manera controlarían mejor su respiración. Le comentaron también que el director del hospital había visto su caso, puesto que un amigo de él lo conocía. A las 23:25 le dieron la noticia de que el virus había atacado sus pulmones. Debía quedar bajo observación. Tenía miedo.

En tanto, dentro de la casa de los Bernal, el personal de salud acudió para realizar la PCR e identificar si los demás integrantes de la familia se habían contagiado de Covid-19. La esposa y uno de los hijos, Marcelo, arrojaron

positivo. Tenían coronavirus y debían hacer cuarentena obligatoria. Cada uno se encerró en su habitación y compartieron el mismo baño. Afortunadamente, Marcelo nunca presentó síntomas.

Una almohada, galletas, una botella de agua de un litro y medio, alcohol gel y paracetamol. Estas fueron algunas de las cosas que Jorge (28) hizo llegar al cuarto piso del recinto hospitalario, a la zona de rehabilitación del Covid-19 para su padre. Los encargos estaban en una bolsa con el nombre del paciente. En un segundo reporte, el hospitalizado contó a su familia que cada una hora y media le revisaban sus niveles de azúcar, sus pulsaciones y la temperatura. Se sentía bien, pero todavía tenía un leve dolor de cabeza. Pidió que, por favor, en la próxima encomienda, le incluyeran cubiertos y audífonos.

Los días pasaron y el paciente fue trasladado a Cuidados Intermedios en la sección A. Siguió comunicándose con la familia a través de su celular. Sin embargo, a partir de ese momento, solo les entregaba malas noticias. Nada alentador.

El personal de salud le cambió varias veces su mascarilla de oxígeno por una de mayor tamaño, debido a que su capacidad respiratoria empeoraba a cada minuto. La tarde del 22 de julio fue trasladado a la Unidad de Tratamientos Intensivos (UTI) para finalmente conectarlo a un ventilador mecánico.

– Yo no entendía por qué estaba cada vez peor y no mejoraba –recuerda Jorge, desconcertado–. Me explicaron que la enfermedad, en mi caso, todavía no atacaba con todo, que aún no había tocado fondo como para avanzar en la recuperación.

Días después, tuvo un colapso respiratorio.

– Llegué a la habitación con 65 de oxígeno, sentía que moría –escribió Jorge a su familia a las 11:29, en un nuevo reporte.

Entonces, lo llevaron al primer piso del recinto para realizarse un escáner ya que quedó sin oxígeno a la medianoche del día anterior. Pasó todo el día en posición decúbito prono, boca abajo, que permite una mejor ventilación de los pulmones. Le dijeron que lo trasladarían, pero no sabía a dónde. Tuvo miedo. Mucho miedo. Todos estaban aterrados.

A las 20:06 Jorge escribió el último mensaje a su familia antes de ser trasladado

a la Unidad de Cuidados Intensivos (UCI):

– Los amo, oren.

Las cosas se habían complicado para los Bernal.

El tiempo se congeló para Mónica, quien nunca dejó su habitación. Sus días eran negros. Nada le hacía distinguir entre el día y la noche. El confinamiento y el contexto en el que se encontraba sumergida le afectaron profundamente. Lo único que marcó el transcurso de sus días fue la ansiada llamada diaria de la líder del equipo de la Unidad de Pacientes Críticos (UPC). La médica internista Kenia Orellana se contactaba con ella cada 24 horas, entre las 12:00 y las 15:00, para darle noticias de su marido.

Mónica comenzó a grabar cada una de las conversaciones que tuvo con la doctora durante este periodo para analizarlas posteriormente. En paralelo, leyó estudios sobre la enfermedad y sus atenuantes, para así, cuando volviese a recibir noticias del estado de salud de su esposo, poder participar de manera informada en la toma de decisiones respecto de los procedimientos que se le efectuarían.

“Cuando me hablaba la doctora, yo le hacía preguntas sobre la evolución de mi marido en un lenguaje más técnico e incluso le pedía algunos exámenes en particular. Y ella me preguntaba por qué, entonces yo le decía que había leído en algunos *papers* respecto del tema, por lo que quería descartar todo tipo de problemas”, rememora Mónica, con voz temblorosa.

Lo anterior fue motivado por su sentimiento de decepción ante el personal del sistema médico: estaba convencida de que habían realizado un mal diagnóstico sobre el estado de su difunto suegro, fallecimiento que –según ella– se podría haber evitado. Por eso, en esta ocasión quiso estar lo más preparada posible para enfrentar la situación, considerando sus capacidades de investigadora universitaria.

El primero en caer

– Seguramente mi suegro no se cuidó tanto –comenta Mónica, pensativa.

La familia asumió que la causa real de su muerte fue la Covid-19. Dentro de su angustia y resignación enfatiza: “Era imposible querer enojarse, porque la

verdad, lo habría hecho de nuevo, habría traído a mi suegro todas las veces que hubieran sido necesarias”.

Mientras que, con voz temblorosa, dice que, “incluso de haber sabido que tenía Covid, si tú me preguntas si lo hubiese hecho, yo diría que sí, aun cuando después uno ve el costo tan grande. Es antinatural dejar a tu ser querido para salvarte tú”, añade la mujer.

Los demás hijos de la pareja, Rodrigo (26), Daniela (19) y Marcelo (19), llegaron a la ciudad ariqueña desde Santiago, para asistir al funeral de su abuelo.

Mónica, mientras los observaba entrar con sus maletas, desde la habitación en el segundo piso, creyó que el mundo se le venía abajo. Para la académica, la incertidumbre de no saber si padecía Covid-19, le generó una angustia tremenda. En aquellos momentos, le rondaba en la cabeza el cómo iba a hacer para alimentar a todos sus familiares, incluyendo las mascotas. Era imposible hacerlo desde el aislamiento en su pieza. Afortunadamente, algunos amigos de la familia los ayudaron con las compras.

Entre todo el alboroto en la familia aquellos días, ocurrió lo que tanto les preocupaba. Mercedes, la abuela y madre de Jorge, se contagió de Covid-19 mientras su hijo seguía luchando por su vida. A pesar de haber sido atendida un par de veces en el hospital de Arica, sus enfermedades de base la posicionaban como población de riesgo. Todo apuntaba hacia el peor de los escenarios para la anciana.

Mientras su hijo batallaba contra una infección que adquirió por una mala limpieza de un aparato médico, a la señora Mercedes –como la llamaba su familia– la hospitalizaron el miércoles 29 de julio en el mismo edificio en el que se encontraba Jorge. Estaban a pocas piezas de distancia

Al día siguiente, el paciente UCI recibió la primera visita por parte de sus dos hijos mayores.

“La doctora Orellana nos había dicho que ya se había hecho todo lo médicamente posible por mi papá, y por lo mismo nos autorizó a que dos personas pudiesen visitar a mi papá. En esa época, eso solo lo hacían cuando las personas ya estaban a punto de fallecer”, recuerda emocionado Jorge hijo. Vestidos con una pechera azul, una máscara facial transparente, guantes y

habiéndose lavado desde el codo a la punta de los dedos como medida estricta para entrar al sector de la UCI, Rodrigo y Jorge ingresaron a la habitación donde se encontraba su padre. Estaba boca abajo, con el torso desnudo y cubierto por una manta celeste desde la cintura hacia abajo. Tenía la cara y los labios hinchados, muy morados, y su cabeza y cuello torcidos hacia un costado para que la manguera del respirador se mantuviera en su lugar.

Como a su padre siempre le habían gustado las películas de Rocky Balboa, los jóvenes reprodujeron un compilado de las canciones de la saga, además de algunas piezas musicales que escuchaba antiguamente junto a su esposa. Con un pendrive y una radio pequeña, se instalaron a un costado de la cama. Pegaron fotografías de sus familiares en las blancas paredes alrededor de su padre, para que sintiera la compañía y la energía de sus seres queridos.

Protección divina

Mónica fue dada de alta el sábado 1 de agosto. Ese mismo día, murió su suegra en la sala de Cuidados Intensivos, con su hijo aún inconsciente.

“Esto fue otro hecho que nos marcó mucho, porque no te puedes despedir de tus seres queridos. Queda el abrazo pendiente, queda la despedida detenida”, cuenta la esposa de Jorge Bernal, a punto de quebrarse, con voz temblorosa.

Con ambos progenitores fallecidos, Jorge continuaba luchando por su vida en la UCI. Pero al día siguiente, justo en el momento en que sepultaron a Mercedes recibieron una llamada de la doctora Orellana. Como si fuera un milagro, Jorge mostraba su primera mejoría, tras tolerar el cambio de posición boca arriba. Además, se controló la infección y salió del estado crítico.

Sus seres queridos, todos muy religiosos, sintieron que en ese instante los padres fallecidos habían acompañado a su hijo, Jorge, para protegerlo y entregarle la energía que él necesitaba para comenzar su proceso de recuperación.

Ante esto, el personal de salud propuso a la familia la posibilidad de traslado del paciente a Santiago, ya que requerían de disponibilidad de camas para otros casos de Covid-19 en la región. Sin embargo, la familia consideró los altos riesgos que implicaba el viaje, por lo que decidieron que continuara hospitalizado en Arica.

La seremi de Salud de la región, Beatriz Chávez, afirma que cuando hubo escasez de inmuebles, se implementó la estrategia de coordinación nacional. Asegura que “en ningún momento hemos dejado de atender pacientes, debido a la programación con tiempo de cada situación”.

A las 11:00 del martes 4 de agosto, tras la autorización de su esposa, a Jorge se le practicó una traqueotomía para favorecer y acelerar el proceso de recuperación. Su familia lo acompañó espiritualmente durante toda la intervención, orando el Padre Nuestro.

“¡Papá despertó!”. Fue lo que escribieron sus hijos el jueves 6 de agosto en el calendario que le entregaron a su padre. Juntos ayudaron a Jorge a orientarse con todo lo que sucedió durante el tiempo que estuvo inconsciente. El hombre se encontraba con una manguera en el cuello, costras y sangre alrededor del lugar en donde le hicieron la traqueotomía, pero, a pesar de la incomodidad, estaba tranquilo de estar de vuelta con los suyos.

La recuperación se preveía larga: al menos un año, le dijeron los médicos. Pero han pasado –al término de este reportaje– dos meses desde su alta médica y Jorge planea comenzar a trabajar de manera *online*. Asegura que la rapidez en su mejoría se debe a su tenacidad con los ejercicios de rehabilitación.

La cruda realidad

La solitaria muerte de Mercedes en el hospital marcó a su familia. Y así ha sido también en otros casos, sobre todo de adultos mayores que han contraído el virus. “Lo triste es que la gente se deja morir”, dice Francisco Rojas, kinesiólogo de la Posta Central de Santiago.

El joven comenzó a trabajar en el recinto de salud después del primer *peak* de Covid-19 en Chile. Allí, llegó a experimentar la cruda realidad. La lucha entre la vida y la muerte de cientos de personas dentro de los pabellones de urgencias. “Eso es lo penca de esto, es que te mueres solo, eso es lo más penca de morir de coronavirus”, cuenta.

– Los médicos son los que comunican que el paciente no está respondiendo a los tratamientos y ahí es cuando muchas personas se aferran, en donde no se mueren–, asegura Rojas.

Recuerda a algunos de sus pacientes. “La señora Rosa es alguien que solo se dejó ir. La Rosa tenía entre 70 y 80 años, estuvo mucho tiempo conectada. Era una viejita flaquita y se veía juvenil. Ella fue muy fumadora y tenía una enfermedad neurológica. En su casa no la querían aceptar, ella murió sola y nadie la fue a ver. Tenía problemas con su marido, su marido le decía ‘si me la traen, me voy a suicidar’. El enfermero me contó esto y luego la señora se murió sola”, rememora.

En los establecimientos de salud se siguen tratamientos y protocolos para medir la respuesta del enfermo crítico. Esto determina cuando las personas ya parecen tener un solo destino.

– Una señora estuvo con ventilador, después le pusimos un ventilador no invasivo, después una naricera para que se empezara a ir. Ya cuando se le han dado todos los tratamientos y no responde, entonces se opta por dejar ir a la persona no más –dice Rojas, quien asegura que no suele emocionarse con los decesos de sus pacientes.

Riesgos de la UCI

“Los pacientes que pasan tiempos prolongados en la UCI de por sí presentan problemas cognitivos, como falta de atención, disminución de la capacidad intelectual, pérdida de memoria, lo que agudiza cuadros de ansiedad y depresión”, dice Christian Salas, neuropsicólogo clínico e investigador de la Universidad Diego Portales (UDP).

La prevención como mejor arma

Bryan Bermedo es uno de los cientos de casos de Covid-19 que pasaron sin mayor relevancia dentro del sistema de salud del país. Por su edad (28) y profesión de ingeniero en prevención de riesgos, el joven supo de buena manera llevar sus sospechas acerca del contagio, sin afectar al resto de su familia que vivía bajo el mismo techo.

“Yo me contagié cuando hubo un *peak* de coronavirus, por lo que nunca supe con seguridad que estaba contagiado hasta que el resultado del PCR me llegó dos semanas después, cuando ya me había mejorado del virus”, dice Bermedo

con tono tranquilo. Recalca que el sistema de salud estaba colapsado, lo que explicó el mal funcionamiento de este en un principio.

Paralelamente, José Aynaya y Jorge Bernal luchaban por su vida.

El joven trabajador de la compañía de CCU en Conchalí, Santiago, en ese momento tenía como principal empleo hacer las entregas de materiales de sanitización a los demás trabajadores de la empresa y tomar las medidas preventivas en los espacios de producción que, a pesar de la Covid-19, continuaron sus funciones.

Sus conocimientos sobre protocolos sanitarios de emergencias fue lo que mantuvo en pie a Bryan y su familia que salió casi intacta del contagio de su hijo.

La primera ola de la Covid-19 en Chile tuvo una tendencia al alza desde marzo de 2020, hasta llegar a su cumbre entre junio y julio, con el epicentro de los contagiados en la región Metropolitana. Fue en esa época, cuando Bryan y su familia adquirieron el virus.

A principios de mayo, el joven fue a visitar a su polola, con la que tienen una relación a distancia, entre Santiago y Valdivia. Con la crisis sanitaria en su contra, la relación cada vez se volvía más difícil de coordinar. Las instancias para que ambos pudieran viajar a verse eran complicadas. Bryan partió desde el terminal de buses de Pajaritos hacia el sur. El joven sospecha que fue ahí donde se contagió, debido a las nulas medidas sanitarias impuestas en el lugar.

“Con el tiempo he llegado a la conclusión de que quizás me contagié en el terminal, toda la gente estaba apretadísima. No había espacio, no había medidas sanitarias,

Sin escape

“Es imposible escapar de esta pandemia global, no podemos hacer sentido, no hay claridad, se agudiza la sensación de pérdida total, familiar, laboral y hay disociación. Es una situación que nos produce mucha incertidumbre, ansiedad y también negación”, dice el doctor de la Universidad de Massachusetts, Boston, e investigador del Centro de Investigación para la Gestión Integrada del Riesgo de Desastres (Cigiden), de la Universidad Católica, Gonzalo Bacigalupe.

por lo tanto era facilísimo contagiarse ahí”, dice el joven al recordar aquel momento.

“Lo raro es que después de eso estuve todo el fin de semana con mi polola, ella no se contagió, pero al momento de volver a Santiago al terminal, mi hermano me pasó a buscar porque me sentía mal y nos dimos cuenta que yo tenía fiebre”, cuenta Bryan Bermedo. Inmediatamente de vuelta en su hogar, el padre del joven también se comenzó a sentir mal. Ambos tenían síntomas de Covid-19, por lo que acordaron ir al día siguiente al hospital más cercano a realizarse la PCR juntos.

“Mis síntomas fueron más que nada como una gripe, pero lo más notorio fue cuando olí un perfume que me regalaron y no le sentí ningún olor, entonces en el momento pensé que era un perfume de imitación o se había echado a perder”, recuerda.

Si bien su padre también se había contagiado, el tipo de contacto que habían tenido en esos días era nulo, dado que permanecían muchas horas en sus trabajos, por lo que el virus debía tener distintos orígenes.

Tras la visita al hospital, los resultados no llegaban, por lo que el joven –ante la sospecha de contagio– decidió implementar los mismos protocolos sanitarios usados en su trabajo, esta vez en su hogar. “En el segundo piso de la casa estaba yo en una pieza y mi papá en otra, si teníamos que ir al baño mandábamos un Whatsapp para que no hubiese nadie y desinfectábamos después, lo mismo para comer, nos dejaban la bandeja afuera de la pieza y después, al terminar, metíamos todo a un balde de cloro”, recuerda Bermedo entre risas.

El aislamiento cumple un papel fundamental en el proceso de cuidado de la Covid-19, ya que el nivel de contagio por aire es alto y la principal causa de la expansión de la enfermedad. No obstante, el periodo de encierro tiene consecuencias en la salud mental de las personas. “Otro aspecto importante a nivel psicológico es el estrés producido en los grupos familiares donde la convivencia se puede ver afectada por el encierro, ya que en general no estamos acostumbrados a estar todo el día juntos y necesitaremos adaptarnos a esta nueva condición”, afirma Hugo Huerta, psicólogo especialista en trauma complejo del desarrollo.

Luego de dos semanas de intensa desinfección en la casa de la familia Bermedo, y en donde Bryan y su padre trabajaron haciendo *home office*, los ánimos y síntomas parecidos a la gripe desaparecieron, presumiendo que ya se encontraban sanos de Covid-19. Sin embargo, lo contrario decía un desactualizado *mail* que le llegó a Bryan con los resultados de su examen PCR positivo, 14 días después de haber sido realizado.

Contagio en la zona austral

En solo meses, todo el país comenzó a vivir una etapa difícil producto del virus de origen chino. Punta Arenas no fue la excepción. Allí, la pandemia se complicó a partir de abril de 2020. A mediados de ese mes, la ciudad contaba con 444 contagiados, de un total de 8.273 enfermos en el país según los datos del Minsal.

Una mujer de ojos y pelo oscuro que se oponen a su piel blanquecina, parte relatando su experiencia. Trinidad Leiva, una joven de 22 años que nació y se crio en la ciudad austral cuenta que durante agosto debió encerrarse junto a su familia para sobrellevar su contagio de Covid-19, presumiblemente adquirido a partir de una visita de su tía a la casa familiar.

Hacía un tiempo que Trinidad no salía de su hogar para evitar enfermarse, ya que su madre veía con regularidad a su abuela –Teresita Harris–, de 84 años y con diagnóstico de Alzheimer. Como familia, decidieron evitar los riesgos, aislándose socialmente y llevándose a la anciana a vivir con ellos, para evitar que adquiriera el virus.

No obstante, un frío viernes de agosto su tía decidió ir a tomar té con ellas y pasar a buscar un par de cosas. “Nos contagiamos por mi tía, que es hermana de mi mamá. Nos dijo un domingo que su PCR había salido positivo”, cuenta la joven magallánica.

Los días pasaron y decidieron hacerse un examen de PCR, sin embargo, no sabían que en el centro hospitalario solo hacían pruebas de anticuerpo o serología. “Este examen sirve solo para saber si alguna vez tuviste Covid-19, pero si nunca te hiciste el PCR, en el caso de que estés con síntomas recién, no te sale qué tienes”, explica Trinidad, con calma.

Migraña, tos, dolor corporal y de garganta, y congestión nasal fueron algunos de los indicios que comenzaron a observar, pero “el síntoma que ya nos alertó fue la pérdida del olfato, todos perdimos el olfato. Y también perdimos el gusto, pero no en todas las comidas”, señala la joven estudiante.

Desde ese momento la familia comenzó a caer como fichas de dominó, tanto los padres como las hijas se vieron afectados por el virus. Así se estableció una cuarentena total dentro del domicilio, donde la abuela era la más grave, aunque solamente le dieron los síntomas de una gripe.

Las semanas pasaban y la causa del contagio se esclarecía. Gracias a una vecina se enteraron que su tía se había contagiado por la nuera –polola de su hijo– y que todos en la casa de ella también se habían enfermado.

Finalmente, después de un periodo de cuarentena, los dolores de cabeza y la preocupación de que ninguno empeorara se comenzaban a acabar. Las puertas de la casa en Punta Arenas volvían a abrirse, con todos sus integrantes sanos y sin pérdidas.

Pandemia aún vigente

En noviembre de 2020 –al cierre de este reportaje– los casos activos de Covid-19 en Chile se han tomado un descanso y se han mantenido en un nivel en donde han permitido que las comunas salgan de cuarentena y la gente pueda volver a salir. “Al menos ya sabemos de qué manera manejar el virus en los hospitales, no como al principio, en donde todo colapsó”, asegura el kinesiólogo Francisco Rojas.

Cuando el *peak* de la enfermedad desafió a los sistemas de salud y aisló a las comunas del país, el brote de este virus que se fue dando en cadena puso en jaque las vidas de las personas que murieron o perdieron a algún cercano a causa de esta enfermedad.

– Al principio ni a mis familiares los tocaba, nada. Todo a distancia, estábamos aterrados– dice Jorge Bernal, el nieto mayor de su familia y que aún siente las consecuencias que tuvo la pandemia en su vida.

A pesar de que el virus no ha cesado y aún la población mundial se encuentra expectante con las primeras vacunas y la posibilidad de que estas devuelvan al

mundo a la normalidad, el planeta comienza a vivir los primeros rebrotes y las segundas –y hasta terceras– olas de la enfermedad.

En los primeros meses de 2021, casi un año después de que el virus llegara a Chile, pese al descenso previo en los contagios, historias como las de José Aynaya, la familia Bernal o Trinidad comienzan a hacerse nuevamente realidad, a partir del rebrote que azota a nuestro país. Es más, al cierre de este reportaje, el propio presidente Sebastián Piñera comenzaba una cuarentena preventiva, tras tener contacto estrecho con alguien contagiado.

Lejos de desaparecer, la pandemia sigue rondando entre nosotros. Determinando a gusto quién vive... Y quién muere.

CAPÍTULO 11.

Los “rompecuarentenas” y su lucha contra el nuevo orden mundial

FERNANDA ÁVILA
JUSTINE BORDACHAR
VALERIA SUÁREZ

Nadie puede creerlo. El debate es constante y acalorado. Sin embargo, está sucediendo. Se trata de un animal al más puro estilo de Frankenstein. Su imagen está en todos los periódicos y conversaciones, arrastrándose como una pesadilla en los frágiles pensamientos del ser humano. Es el tema del momento, no, más bien, es el descubrimiento del milenio. Como si hubiese sido concebido en un laboratorio, el inquietante espécimen posee características de reptil y de mamífero al mismo tiempo. ¿Es esto una creación de la naturaleza o la obra de un científico loco para aniquilar a la humanidad?

“¡Esto una farsa!”. Fue lo primero que pensó el zoólogo británico George Shaw en 1799 cuando vio, por primera vez, el cuerpo disecado de un ornitorrinco. ¿Cómo podría ser real una criatura mitad castor, mitad pato? El ejemplar le había sido enviado desde Australia, pero él y otros investigadores de la época pensaron que todo se trataba de una broma de los viajeros, de algún error de observación o de una abominación creada por un maquiavélico intelecto. Las teorías más descabelladas no tardaron en aparecer. Y los científicos se tardaron cien años (sí, cien) en determinar que este extraño mamífero era real, una obra más “del Creador” y no la invención macabra de algún retorcido hombre.

En la actualidad, no es un ornitorrinco lo que descoloca a la humanidad. Es la Covid-19, un virus extremadamente complejo cuyo comportamiento y características están hundiendo al mundo entero en un océano de incertidumbre y desesperación. Dentro de este desalentador panorama y frente a esta realidad que se presenta incomprensible y absurda para millones de personas, surge la desconfianza y la negación.

¿Cómo esta cosa microscópica fue capaz de paralizar al mundo entero? ¿Cómo es posible que la vida haya cambiado tanto de la noche a la mañana? “¡Esto es una farsa!”, dicen algunos, imitando la perplejidad inicial que sufrieron los zoólogos del siglo XIX al ver un ornitorrinco por primera vez en sus vidas. “Este virus simplemente no puede ser real”, insisten. Tiene que tratarse de una invención forzada, de un error de diagnóstico o del hijo de una conspiración. Los “rompecuarentenas” se alimentan de estas creencias para contradecir las normas sanitarias y burlar los protocolos de las autoridades. Ellos se niegan a

aceptar “la nueva normalidad” que implica usar mascarilla en lugares públicos y establecimientos comerciales, solicitar permisos para salir de sus domicilios o renunciar a algunos placeres de la vida como realizar reuniones numerosas en espacios cerrados. El anhelo por recuperar las rutinas anteriores a la propagación del virus es un sentimiento que tiene eco en varios países.

Un artículo de *World Politics Review* plantea que, desde marzo de 2020, se han realizado más de 30 protestas importantes de este tipo en más de 26 países. Estas erupciones sociales generalmente se han producido en dos oleadas. Una a principios de abril, poco después de que el virus se extendiera por todo el mundo. La segunda comenzó a principios de agosto como reacción a la extensión de las medidas de confinamiento.

El prestigioso semanario *The Economist* planteó, en un titular, que “las protestas contra las cuarentenas han sido secuestradas por teóricos de la conspiración”. Ahí, la revista británica recogió una encuesta cuyos resultados son llamativos. Al menos uno de cada cuatro estadounidenses y un 44% de los republicanos creen que Bill Gates está desarrollando una vacuna para implantar microchips debajo de la piel de las personas y posteriormente controlarlas. Una charla que el empresario dio en 2015, argumentando que “si algo mata a más de 10 millones de personas en las próximas décadas, es probable que sea un virus altamente infeccioso en lugar de una guerra”, ha sido vista más de 30 millones de veces en YouTube y es considerada por muchos como una prueba de su “retorcido” plan.

“El problema de esa situación es que, con el colapso económico de por medio, estas ideas adquieren mucha fuerza frente a la desesperación. Tú tienes sectores sociales completos, con niveles educacionales bajos, que necesitan una respuesta”, dice Fernando Wilson, doctor en Historia y cientista político, al intentar descomprimir esta situación bajo el prisma de la sociología. “Lo que antiguamente habría sido el folclore y el mito, hoy día adquiere estas formas. Esto se explica bajo el Síndrome Dunning-Kruger, el cual plantea que, frente a circunstancias complejas, la persona promedio se queda con explicaciones simplistas y desconfía de las soluciones complejas que no puede comprender”. El síntoma al cual se refiere el académico, se explica con una frase: “Mientras

menos sabes de una cosa, más crees saber de ella”.

Ciertamente, no todas las protestas contra los confinamientos son atendidas por ciudadanos que sintonizan con ideas conspiranoicas. En Gran Bretaña, por ejemplo, Liberty es un organismo que vela por las libertades civiles y los derechos humanos, y actualmente la organización está levantando preocupaciones y cuestionamientos legítimos sobre el aumento de los poderes policiales, la poca privacidad de los datos y los altos niveles de vigilancia que han aparecido durante la pandemia.

El simplismo reconfortante

Independiente de aquello, hay una conspiranoia generalizada detrás de muchas protestas de este tipo, lo que salta a la vista cuando se revisan las imágenes de dichos eventos. El 23 de mayo del año pasado, el presidente de Argentina, Alberto Fernández, decidió extender la cuarentena hasta el 7 de junio, otorgándole a su país el récord de tener el confinamiento más largo del mundo, con 80 días seguidos, superando incluso a Wuhan. 48 horas más tarde, alrededor de 200 bonaerenses se reunieron frente al Obelisco.

– ¡Alberto está usando al Nuevo Orden Mundial para controlar la soberanía de los países! ¡El globalismo se está metiendo en la soberanía de los países! –gritó, eufórico, un manifestante veinteañero frente a la cámara, bajándose la mascarilla en el acto.

La teoría de conspiración acerca del Nuevo Orden Mundial afirma la existencia de un plan diseñado con el fin de instaurar un gobierno único y colectivista instalado por las elites a nivel global.

– Esto es un asco. Nos venden un virus de mierda para convertirnos en Venezuela y matarnos de hambre –dijo otro joven frente al micrófono, quien posteriormente se definió como “libertario” y pasó a mencionar a Javier Milei y José Luis Espert como sus referentes políticos.

Javier Milei es un político y economista argentino de derecha (Partido Libertario) que defiende posturas anarcocapitalistas, en tanto José Luis Espert es un político y economista argentino de derecha (independiente) de carácter liberal.

– ¡Los que él mencionó son sionistas! –apareció entonces otro hombre, interrumpiendo al muchacho, y apuntó la cámara con el dedo–. Todos trabajan para el mismo plan que es el Nuevo Orden Mundial. Los libertarios son pagados por la CIA para que no haya Argentina, no haya Estados Unidos, ni Europa. Ellos quieren que exista un mismo orden para todos.

El sionismo es un movimiento político nacionalista que propuso el establecimiento de un Estado para el pueblo judío. Este movimiento fue el promotor y principal responsable de la fundación del Estado de Israel.

– ¿Me puedes decir de dónde sacaste esa información, que son pagados por la CIA? –le increpó el joven “libertario”.

– Se desclasificó esa información. Está en Internet –le respondió vagamente el hombre, para luego volver a mirar a la cámara–. ¡Alejandro Biondini, él sí está luchando contra el Nuevo Orden Mundial!

– ¡Él es de la masonería! –se quejó el seguidor de Milei y Espert.

Alejandro Biondini es un político argentino de extrema derecha (Frente Patriota) vinculado a agrupaciones nacionalistas y neonazis.

En este diálogo queda ilustrado un problema transversal al fenómeno “rompecuarentenas” y conspiranoico. No hay un discurso único e inequívoco. Mientras algunos creen que el virus es un arma biológica creada por China para convertirse en la primera potencia mundial, otros sostienen que la pandemia es una invención de Bill Gates para controlar a la población con microchips. Unos le echan la culpa al capitalismo, otros creen que se trata de una estrategia del marxismo. Y un gran número levanta sospechas contra las elites que controlan la banca internacional.

Fernando Wilson ahonda en las explicaciones sociológicas y relaciona este fenómeno con el concepto de *enlightenment* o iluminación. La comercialización masiva de computadoras o smartphones significó que repentinamente, de un momento a otro, gran parte de la humanidad tuviera acceso a enormes volúmenes de datos, estudios, libros y conocimiento. El problema es que la mayoría de las personas no tiene los elementos teóricos necesarios para enfrentar dicha información. No la pueden entender apropiadamente. Entonces, simplemente la tergiversan.

Bajo esta perspectiva, muy pocas personas se dedicarán a la tarea de investigar sobre qué son realmente los virus y cómo se originan, cómo evolucionan y por qué pueden convertirse en una amenaza espontánea y orgánica de la naturaleza. Es fácil acceder a fuentes científicas y expertas, pero no es sencillo comprender los procesos que ahí se describen. En este panorama, los portales de información que hablan sobre grandes confabulaciones y que atribuyen toda la culpabilidad a “una elite”, en términos vagos y generales, resultan fuentes mucho más entendibles, atractivas e incluso reconfortantes para algunas personas.

Volviendo al asunto del ornitorrinco, el paralelismo con la Covid-19 es evidente. La humanidad todavía está intentando digerir la existencia de un virus altamente contagioso, que se extendió rápidamente por todos los continentes, que puede mutar de manera imprevista y que produce casos asintomáticos. Lo que parece sacado de una película de ciencia ficción, no es más que la realidad. Pero esta resulta ofensiva e intolerable para algunos. Además, ya que es difícil sentarse a escuchar las tediosas explicaciones de los infectólogos que plantean que “la bella naturaleza” es hostil, indomable e impredecible, muchos encuentran tranquilidad en las teorías alternativas.

Jordan Peterson, psicólogo clínico y crítico cultural, afirma que es un error romantizar el reino silvestre, la flora y la fauna. No obstante, el ser humano hace precisamente esto, debido a sus nociones culturales y religiosas. Peterson recuerda algo que muchos quisieran olvidar: que la naturaleza no es inmaculada ni paradisíaca, no es perfecta ni armónica, ni está desprovista de las perturbaciones y depredaciones que sólo se le atribuyen a la humanidad. La naturaleza no son sólo los paisajes estremecedores, los perritos adorables o el cultivo de deliciosas frutas y verduras.

“Lamentablemente, ‘el ambiente’ también lo componen la elefantiasis o la lombriz de Guinea; los mosquitos anopheles y la malaria; las sequías mortíferas; el sida y la peste negra. No fantaseemos sobre la belleza de estos aspectos de la naturaleza, aunque son igual de reales que los elementos asociados a nuestra visión del jardín del Edén. De hecho, es precisamente a causa de la existencia de estas cosas que intentamos cambiar lo que nos rodea, proteger a nuestros

hijos, construir ciudades y sistemas de transporte, cultivar comida y generar electricidad. Si la madre naturaleza no se mostrara tan dedicada a acabar con nosotros, nos resultaría mucho más fácil vivir en total armonía con lo que dispone”.

El derecho a respirar

Una mañana de invierno, Cristián Medina (42) logró juntar a casi quince personas frente al Museo Nacional de Bellas Artes en la comuna de Santiago. El cielo estaba nublado y los asistentes, entusiasmados, se presentaron con ropa deportiva, aunque abrigada, dispuestos a realizar una caminata rápida al aire libre. Sin distanciamiento social, sin mascarillas y listos para descolocar a la ciudadanía. A esa misma hora, el Ministerio de Salud informaba 64 nuevas muertes por Covid-19 y 1.903 nuevos contagios en nuestro país.

Pese a la cuarentena—que mantenía encerrada, en sus domicilios, a la mayoría de la población— cinco hombres sostuvieron orgullosamente un lienzo horizontal de color blanco, con letras azules y un claro, aunque controversial mensaje: “Falsa Pandemia”. En el extremo derecho, el logo de “Chile Digno” marcaba el necesario saludo militante hacia los transeúntes curiosos, quienes lanzaban miradas hostiles en contra del grupo y no tardaron en alertar a Carabineros sobre aquella “escandalosa” reunión.

Según el artículo 318 del Código Penal, Cristián Medina y su movimiento político, Chile Digno, pusieron en riesgo la salud pública y vulneraron deliberadamente las reglas de higiene y salubridad en medio de una pandemia. Sin una pizca de nerviosismo, se arriesgaron a recibir penas tan altas como tres años de presidio o multas de hasta diez millones de pesos. Así que esa mañana, cuando salieron a manifestarse, un enfadado transeúnte informó de la situación a las autoridades. En cuestión de minutos, dos carabineros estaban frente a Medina para restablecer el orden público.

— ¡Basta de medidas represivas, basta de que a nuestros niños no los dejen respirar!

Con un megáfono en su mano, el dirigente hizo la caminata deportiva por la comuna de Santiago. Vociferó con fuerza declaraciones de ese tipo,

acompañado de un puñado de personas que sostenían un segundo polémico lienzo, que decía: “Los medios mienten, son marionetas de la OMS”. No sería su primera vez realizando esta clase de intervenciones, ya que este hombre militó en Renovación Nacional y luego se cambió de vereda política para irse al partido Poder Ciudadano, el cual formaba parte del Frente Amplio y apoyó la candidatura de Beatriz Sánchez para las últimas elecciones presidenciales.

– ¿No tenemos derecho a respirar y hacer deporte? –preguntó Medina, momentos más tarde, cuando aparecieron los carabineros. Entonces detuvo su caminata, guardó las manos en sus bolsillos para protegerse del frío y comenzó a cuestionar a la autoridad con un tono tranquilo.

– Lo entiendo, pero están infringiendo la norma que establece la autoridad sanitaria. Ahora estarían infringiendo el artículo 318 del Código Penal – contestó con la misma serenidad el uniformado, usando una mascarilla que suavizó todavía más su voz.

– Está bien, hermano. Pero esta es una farsa –apuntó con el dedo al oficial y su colega–. Y ustedes están respirando hongos que se están acumulando en sus vías respiratorias. La OMS nos quiere enfermos. El juramento de ustedes es defender a la Patria. Háganlo entonces.

Cristián Medina fue detenido y llevado a una comisaría, en donde finalmente no se inició ningún procedimiento en su contra y pudo regresar a su casa sólo con una advertencia de las autoridades. Tuvo suerte. El Poder Judicial, hasta noviembre del 2020, ya había formalizado a 135.387 personas por andar sin permisos sanitarios, sin mascarillas o por no respetar el distanciamiento social. Del total de estas, más de dos mil fueron condenadas con arresto domiciliario y 547 con prisión preventiva. En comparación con el resto del mundo, Chile es uno de los países más duros en cuanto a multas por este tipo de infracciones, llegando a cobrar hasta 30 veces más que otros países, según informó *El Mercurio* en mayo de ese año.

Francisco García Manzor, abogado del Departamento de Estudios y Proyectos de la Defensoría Penal Pública, argumenta que el artículo 318 del Código Penal es controversial, toda vez que la gran mayoría de los casos sometidos al procedimiento son personas que son detenidas fuera de sus hogares sin el

permiso respectivo, en contexto de cuarentena o toque de queda, pero sin estar contagiadas ni con resultado del examen pendiente. Y, por ende, ellos no estarían poniendo en riesgo la salud pública. Este es un argumento jurídico que le sirve mucho a Medina y otros rompecuarentenas.

En julio, la jueza Andrea Díaz Muñoz acudió hasta el Tribunal Constitucional (TC) señalando que dicho artículo estaba infringiendo la Carta Fundamental por ir en contra de los principios de proporcionalidad, legalidad y de igualdad ante la ley. ¿Por qué? Porque sería “excesivo” encarcelar a alguien por romper la cuarentena. Finalmente, el 10 de septiembre, la entidad estableció que sí era inconstitucional la pena de presidio, pero sólo para ese caso particular.

A juicio del organismo –y según informó *La Tercera*–, ya que la persona en cuestión no estaba contagiada con Covid-19, no se cumplió con la intención de exponer a la población a riesgos sanitarios. Lo que vino después fue una verdadera avalancha de recursos, de otros imputados que fueron perjudicados por el 318 y que buscan que la pena carcelaria también se haga inaplicable para sus casos.

“Todo esto se va viendo según el caso concreto”, explica la abogada y exdirectora del TC, Marisol Peña. “El 318 todavía no ha sido declarado inconstitucional en términos generales”. Esto quiere decir que, actualmente, los rompecuarentenas siguen arriesgando penas carcelarias o bien, multas. Y quienes ya recibieron una condena, no pueden beneficiarse del fallo del organismo. No obstante, Peña agrega que “podría suceder que, existiendo más sentencias de inaplicabilidades parciales, el Tribunal Constitucional iniciara un procedimiento para declarar inconstitucional, para todos los casos, las penas de presidio”.

Un “antipartido” globalista

En Instagram, Chile Digno cuenta con alrededor de 3.800 seguidores y en Youtube son 1.610 suscriptores. La cifra no es para nada desalentadora tomando en cuenta que algunos diputados llegaron al poder con menos de cuatro mil votos durante las elecciones parlamentarias del 2017. Sin embargo, las pretensiones de este hombre son incluso más ambiciosas, ya que su

verdadera intención es reformar todo el sistema.

Así define Cristián Medina su proyecto: “Somos un movimiento político y queremos convertirnos en un partido. Pero al mismo tiempo, nos consideramos un “antipartido”. Algunos dirán que es una contradicción, pero no. Nos queremos diferenciar porque la política es una mafia, una cancha sucia, llena de barro y corrupción, financiada por grandes grupos económicos. La política es un show que nos tiene peleando por tonteras como el aborto libre o la ideología de género, puros temas valóricos, pero nadie se preocupa de los temas importantes”.

¿Y cuáles son esos “temas importantes” para este líder político? Por un lado, combatir la “la falsa pandemia” y, por otro lado, “derrocar al Nuevo Orden Mundial”. Este último se trataría de un gobierno oculto que trabaja en las sombras bajo el mandato de los multimillonarios más poderosos del planeta. Ellos, supuestamente, estarían financiando a la ONU y la OMS para engañar a toda la humanidad con un peligro que realmente no existe (ya que Medina sostiene que el virus no hace nada, que no es más que un resfrío común). El último propósito de estos siniestros líderes “globalistas” sería adiestrar a la ciudadanía en la obediencia, destruir las economías de todos los países y así, instaurar un nuevo régimen que erradicaría por completo a los Estados-Naciones.

El término globalismo es un neologismo que se refiere a una hipotética ideología que trata de acabar con el Estado-Nación. Se usa notablemente en ciertos círculos nacionalistas para denunciar la supuesta marcha que existe actualmente hacia una especie de “Estado mundial”.

Es por esto que uno de los principios fundamentales para Chile Digno es el nacionalismo. La noción de que nuestro país ha sido “saqueado” por el neoliberalismo y las empresas extranjeras es un discurso que tiene muchos puntos en común con movimientos de izquierda. Sin embargo, este dirigente es fuertemente crítico de dicha ala política, de los progres y de cualquier tipo de socialismo.

Un reciente estudio del cientista político Óscar Fuentes vislumbra la existencia de un posible electorado para Chile Digno. Destaca en su análisis que hay

alrededor de cinco millones de compatriotas que no se identifican ni con la izquierda, ni con la derecha. Entre ellos, tres millones quieren un Estado más fuerte y menos mercado, es decir, frenar el legado de los Chicago Boys.

Por otro lado, según una encuesta realizada por la consultora Trespuntozero Investigación Latam, el 80,3% de chilenos cree que el gobierno oculta información sobre la Covid-19 y un 67,5% considera que hay actos de corrupción a raíz de esta crisis sanitaria. Asimismo, el estudio señala que somos el segundo país latinoamericano con mayor desconfianza en esta pandemia, siendo el primero Ecuador, mientras que el último puesto lo ocupa Uruguay.

“Estamos viviendo la crisis de la modernidad”, dice Fuentes respecto de movimientos como Chile Digno y sus símiles a nivel internacional. Es decir, fenómenos políticos cuyo principal campo de acción está en las redes sociales y no tanto en la institucionalidad formal. “La gente ahora se conecta con su celular y opina en tiempo real en Internet. La gente ya no está esperando que las represente un diputado o un senador. La gente ya no quiere militar en RN o el PPD si puede crear su propio partido político y llevar su propio mensaje a los demás, sin necesidad de intermediarios”. Y es por esto que, según Fuentes, cada día existen más posibilidades de que un “rompecuarentenas” como Medina llegue al Senado o, quién sabe, quizás hasta a La Moneda.

El “mesías” de las redes sociales

Ramón Freire (56) lleva el mismo nombre que su tatarabuelo, el coronel que fue director supremo y presidente de Chile entre 1823 y 1827. Sin embargo, el Ramón Freire del siglo XXI poco se parece a su antecesor; ese hombre cuyo aspecto sólo se puede encontrar en retratos de la época. Las imágenes más conocidas en Internet lo muestran vistiendo su uniforme militar, medallas, charreteras doradas en los hombros, pulcros guantes blancos y los colores de la patria cruzándole el pecho, con la banda presidencial.

El Ramón Freire de 2020 siempre trae consigo un collar artesanal de color celeste y azul. Una piedra de las mismas tonalidades reposa en su pecho, en un pendiente que suele tocar y mover mientras habla y gesticula, aunque revela que este accesorio no tiene ningún significado en particular, que sólo lo usa

con fines estéticos. La bandana color índigo que lleva puesta en la cabeza, parecida a una justka, persigue el mismo fin. No es más que una expresión de su propio estilo. El resto de su vestimenta dista mucho de cualquier formalidad y hasta se podría catalogar como hippie, dejando de lado matices o precisiones. Poco importa, en su vida diaria, su connotado árbol genealógico. En las siguientes líneas no se expondrá sobre la historia de Chile, la guerra civil, los pipiolo o el liberalismo. En 2020, en la era digital, Ramón Freire es un músico chileno que ha creado una plataforma de contenidos en varias redes sociales. Con casi 120 mil suscriptores en “Bitácora del Sur”, el canal de YouTube contaba con más de 1.000 vídeos en donde Freire hablaba sobre temas de actualidad, política, literatura, música, filosofía, ciencia, esoterismo, astrología e incluso “autoayuda”. Sin embargo, a mediados de noviembre del año pasado el canal fue eliminado de la red por compartir demasiada desinformación sobre la Covid-19.

Varios extractos de sus vídeos son compartidos por Cristián Medina en las redes sociales de Chile Digno, aunque no trabajan juntos. De hecho, Ramón Freire desconfía de este movimiento político, dice que le llama la atención que hayan aparecido de un día para otro con financiamiento para sus actividades. Asegura que Medina lo contactó para que fuera su candidato presidencial en las próximas elecciones, pero él se negó rotundamente. Pese a esto, y sin ser de derecha ni de izquierda, se desenvuelve como un líder político. Y sus seguidores le agradecen porque él “trae la verdad” a sus vidas, como un mesías. Freire y sus suscriptores son escépticos de los medios tradicionales y los partidos políticos. Consideran que sus libertades están siendo injustamente atropelladas por los gobiernos que imponen cuarentenas o el uso obligatorio de mascarillas. Él no sacaba ningún tipo de salvoconducto o permiso sanitario para salir de su casa ubicada en La Cisterna cuando todavía había confinamiento. Para todos los efectos prácticos, este creador de contenidos era un “rompecuarentenas”.

Una vez entró al almacén de su barrio para comprar pan recién horneado, no obstante, el dueño lo detuvo en el acto y le exigió que saliera del local precisamente por estar sin tapabocas. Protestó, pero terminaron echándolo igual. Luego concretó su venganza compartiendo su negativa experiencia

frente a su amplia audiencia, haciendo un llamado masivo a no comprar en dicho negocio.

– Me llamo Ramón Freire, soy descendiente del primer hijo del general Freire, que fue presidente tres veces en este país y se enfrentó a los poderes que hoy día gobiernan el mundo, que son los poderes anglosionistas. Nosotros no somos un país libre e independiente. Dejamos de ser colonia abierta-española, para ser colonia encubierta-inglesa –dice al entrevistarlo, disparando sus convicciones de inmediato.

¿Qué pensaría su tatarabuelo, que luchó en la guerra de la independencia, si lo escuchara diciendo que Chile continúa siendo una colonia? Y cuando se le pregunta por sus preferencias hacia un posible candidato presidencial, aparece una segunda ironía: “¿¡Votar por un presidente!? ¿¡Cómo se te ocurre!? Duraría menos que un wantán y no me interesa ¡No!”.

Sombras de antisemitismo

¿Qué es el anglosionismo? En el mundo académico, se plantea que la Declaración de Balfour provocó, inintencionadamente, que el sionismo ganara más adhesión en el mundo judío estadounidense. La Declaración de Balfour es un documento público emitido por Gran Bretaña en 1912 en donde manifestaron su apoyo al establecimiento de un “hogar nacional” para el pueblo judío en la región de Palestina.

Desde entonces algunos historiadores hablan de una “alianza anglosionista”. Esta es la definición formal y seria que circula en el mundo intelectual, una definición que nada tiene que ver con la interpretación de Freire.

No existe contenido académico que defina o siquiera relacione al anglosionismo con “poderes ocultos o elites”. El concepto “anglosionista” que propone el músico no tiene sustento bibliográfico y parece ser, simplemente, un término coloquial y peyorativo, propio de los debates políticos más extremistas de las redes sociales. ¿Por qué un término de este calibre llegó a manos de un músico chileno cuyo tatarabuelo gestó el pensamiento liberal progresista en nuestro país? Aquí entra en juego el fenómeno del *enlightenment* anteriormente mencionado.

La simplificación de la realidad podría tentar al lector a concluir, perezosamente, que todos los seguidores de “Bitácora del Sur” son antisemitas. No obstante, la correlación no es causalidad. Este youtuber nunca menciona ningún tipo de desprecio hacia la religión y cultura judía. En sus discursos y actividades no hay sed de poder y, de hecho, se muestra respetoso con todas las ideologías, razas y preferencias ajenas. De hecho, repetidamente señala que tiene un ahijado judío y que su problema es “con una parte de ellos, una elite oscura, muy mínima. Son muy poca gente”. Destaca también que “en todos lados hay gente mala y hay gente buena. Ahora están gobernando los malos”.

Preocupante es, en todo caso, que Chinda Brandolino sea una de sus aliadas más cercanas en su cruzada contra “la falsa pandemia”. Ella es una médica y política argentina que junto a organizaciones como “Médicos por la Verdad” argumentan que la Covid-19 es una estrategia de manipulación social. En sus redes sociales, esta mujer cuenta con miles de seguidores que, cansados de las cuarentenas y de la crisis económica que estas suelen generar, hallan en ella un discurso reconfortante, que estimula su indignación y los motiva a “dejar de actuar como un rebaño de ovejas”.

Pero no muchas personas saben que esta médica, en 2015, participó del “Primer Congreso Internacional Identitario” el cual es, básicamente, un evento para negacionistas del Holocausto. Ahí, Brandolino acusó a la ONU y otras organizaciones supranacionales de estar controladas por el “supremacismo judío”. En su exposición, también dijo que “el fraude y la patraña más grande del mundo es la evolución”. Estas y otras declaraciones han hecho que esta mujer sea fuertemente cuestionada por la comunidad científica. Tampoco es casual que Brandolino haya llamado a votar por Alejandro Biondini, a quien en 2009 la Corte Suprema le negó el reconocimiento de un partido político por sus características antisemitas.

– A los banqueros, como dijo el señor Rothschild en el 1800, les da lo mismo si el mundo es de izquierda o de derecha –comenta Freire en uno de sus videos, con enojo y convicción–. Él lo dijo con sus palabras. “No me interesa quién gobierne, si yo controlo el dinero, controlo el mundo”. Eso es lo que está pasando. ¿Entiende usted que hay una guerra invisible? ¿Entiende usted

que la izquierda y la derecha son los dos brazos del sistema de los banqueros? ¿A usted le gusta la izquierda? ¿Anda con una boina, la polera del Che Guevara y todo eso? Bueno, usted está con los banqueros internacionales. ¿A usted le gusta Milton Friedman y habla de “gobiernos militares” en vez de dictaduras? Usted está con los banqueros internacionales también.

En su explicación, el youtuber habla sobre Mayer Amschel Rothschild, fundador de la dinastía que lleva su apellido. Esta familia siempre ha estado vinculada a incontables teorías conspirativas, ya que varios de sus integrantes fundaron bancos e instituciones financieras a finales del siglo XVIII. Es así como este linaje acabó convirtiéndose, a partir del siglo XIX, en uno de los más influyentes del mundo.

“¡Permítanme emitir y controlar el dinero de una nación, y no me importa quién haga sus leyes!”. Esta es la frase que se le atribuye falsamente al fundador de la dinastía. Sin embargo, no hay ningún documento o fuente confiable que verifique que Rothschild efectivamente dijo eso. De hecho, algunos sitios poco fehacientes señalan que el banquero la habría dicho en 1838, algo imposible, ya que este falleció en 1812.

Pese a empaparse de información de dudosa procedencia, Ramón Freire está convencido de que la banca internacional –supuestamente controlada por los Rothschild y otras familias de origen judío– son los beneficiarios de esta pandemia. Ellos serían “los amos del mundo”, quienes han gestado todo tipo de complots desde tiempos remotos.

Incluso menciona a Jesús y explica que él fue la primera persona en combatir a este malévolo grupo, cuando expulsó “él solo, con un látigo, a los cinco mil mercaderes del templo”. Porque para Freire, por descabellado que suene, “está gobernando el mal”. Y es entonces cuando comienza a hablar de rituales satánicos y pactos con energías oscuras que esta “elite angliosionista” estaría realizando para mantener su poder y dominio sobre el resto de la humanidad desde “antes de Cristo”.

El músico sostiene que los grandes líderes del mundo como las monarquías europeas, Marx o incluso los grandes magnates como los Rothschild y Rockefeller tienen orígenes judíos y, por tanto, son todos parte de este

complot. Pero según Francisco Orrego, doctor en Historia Moderna, esto no es más que reducir los hechos históricos hasta el absurdo para sustentar una teoría ideologizada.

“También se ha hablado de los orígenes judíos de Hitler. Y probablemente si uno realiza una reconstrucción genealógica de muchos líderes, en algún momento estarán conectados con el pueblo judío. Un elemento como ese no pasa de lo anecdótico. El ascenso del Partido Nacional Socialista con Hitler en el año 33, y después el estallido de la Segunda Guerra Mundial en el 39, esos son los hechos históricos relevantes. En el estudio riguroso de la historia, no se pueden elaborar interpretaciones a partir de un elemento anecdótico, a partir de un mero dato. A menos que ese dato sea capaz de demostrar una trama histórica potente, pesquizable y donde aparezca mucha más información”.

El doctor en Sociología Gastón Tagle plantea que los perfiles como Freire no son personas dañinas en la medida que sus relatos siempre son tomados como excentricidades solamente. Suelen no tener líderes, salvo uno que otro, así que rara vez concitan grandes conglomerados. Señala, además, que en la historia siempre ha habido “teorías de conspiración”, que tienen por característica la incapacidad de verificar lo que dicen. Siempre quedan en “el espacio de lo improbable”. Sin embargo, el académico hace una importante distinción. Una cosa es ser un escéptico y otra un perfilador de conspiraciones. La diferencia es que el primero, desde una perspectiva filosófica, se refiere a una persona que piensa y reflexiona. El segundo puede caer incluso en una negación de la verdad científica, dada su incapacidad de aceptar esa verdad.

El despertar

Aunque las redes sociales de Chile sean el punto de encuentro de muchos chilenos rompecuarentenas y escépticos frente a la pandemia, esto no significa que todos ellos compartan un mismo perfil político. Si bien desprecian al “globalismo”, sus diagnósticos y motivaciones difieren y varían en un amplio espectro. Andrea Cubillos (56), apareció en una manifestación de dicho movimiento a comienzos de septiembre de 2020 en el Parque Bicentenario, en Vitacura. Ahí, ella compartió su “visión rompecuarentena” desde un peculiar

prisma.

– Tenemos que despertar a la humanidad. Esto no es política, esto no es religión. Nos estamos destrozando, nuestro físico, nuestra mente... –dice la mujer rubia, delgada, y que habla con una sonrisa tímida, y bastante gentil en todo momento, a pesar del aterrador mensaje que está entregando—. Yo sé que esto va a sonar muy loco. Pero “ellos” están detrás de nuestras almas. Quieren destruir nuestro cuerpo, nuestra mente, nuestras energías.

Cubillos tiene su propio canal de YouTube, el cual cataloga como “un humilde granito de arena” en la lucha contra el Nuevo Orden Mundial. El nombre del proyecto explica el propósito, “El Despertar de la Consciencia con Andrea Cubillos”. No obstante, esta plataforma cuenta con apenas 50 suscriptores y la gestión es bastante modesta, pues se trata de vídeos sin mayores ediciones que filma con el teléfono celular desde el living de su casa. Ahí, apenas habla sobre temas geopolíticos. En cambio, se adentra en el mundo esotérico, convencida de que detrás del “globalismo” están los alienígenas y seres de energías negativas que se alimentan de los humanos.

– Se vienen cosas complicadas para la humanidad. La pandemia es sólo el comienzo, entonces mi motivación es llegar a muchas personas para ayudarlas a despertar espiritualmente, a nivel de alma.

La mujer también cree que Chinda Brandolino es “la única médica que dice la verdad” y consume ávidamente todas sus declaraciones y contenidos, las cuales obtiene a través de páginas de Facebook. Por ejemplo, la de Chile Digno. Aunque Cubillos desconoce por completo la vinculación de la médica con los seminarios antisemitas, asegura que “está más informada que nunca a través de medios no tradicionales”.

– Me di cuenta que todos los canales de televisión, la religión, la política, convergen en lo mismo. Y yo dije ¡Aquí hay un plan! Es un plan siniestro, macabro, casi de otro mundo.

Esta revelación que tuvo Cubillos, que podría ser chocante para cualquier persona, fue algo que ella siempre intuyó, desde su infancia. La razón es estremecedora. Esta mujer asegura haber sido abducida por “seres no humanos” cuando tenía ocho años: “Ojalá que nunca nadie pase por experiencias como

esta, tan difíciles, porque te dejan marcada de por vida. Pero te abren una sensibilidad, te abren la puerta hacia el conocimiento. Y uno dice ¡Dios mío, todo lo que viví era falso!”.

En términos gruesos, Cubillos piensa que los alienígenas son quienes están controlando el mundo y que las elites traicionaron a su propia especie, los humanos, a cambio de la tecnología y riqueza que los extraterrestres les otorgan. Estos seres, por otro lado, vinieron a la Tierra para alimentarse de nuestras energías espirituales. Nosotros somos su granja, básicamente.

Este “pacto” habría ocurrido hace miles de años, así que todos los eventos históricos que conocemos serían solamente una manipulación para controlar las mentes de las personas. Esto, en la actualidad, es lo que haría que todos crean en la Covid-19, pese a que, según esta mujer, el virus es una evidente farsa. No obstante, ella habla con mucha serenidad en todo momento, segura de cuál será el resultado de todo esto. Advierte que “el cambio se viene” pero, para ello, primero tiene que haber una gran erupción. Luego, la humanidad trascenderá espiritualmente. La salvación llegará. Y por eso, ella no se desgasta en temas políticos ni busca sacudir a la ciudadanía con sus mensajes, o que miles de personas la sigan.

– El lema de ellos, de estos satánicos, globalistas, perversos, es “divide y vencerás”. Derecha, izquierda. Nacionalistas, marxistas, nazis. En el fondo es todo lo mismo. Es para mantener abajo a la gente. Que la gente nunca esté alegre, que la gente nunca esté tranquila.

Al igual que Freire, Cubillos no tiene aspiraciones políticas. Ella explica que desea transmitir algo de serenidad a los demás en sus vídeos, en donde no hace llamados a transgredir las normas sanitarias, simplemente las cuestiona desde un prisma espiritual.

¿Genios o excéntricos?

Cubillos, al igual que Freire y Medina, creen que la historia, como rama de estudio, está manipulada desde tiempos prediluvianos. Al respecto, Paola Corti, doctora en Historia, no descarta puedan existir riesgos de adulteración e interpretaciones deshonestas dentro de la disciplina. Aunque claro, la

académica no incorpora en lo absoluto elementos alienígenas o conspiranoicos en su análisis. Más bien, pone el acento en la genuina preocupación que pueden tener muchas personas que, mientras anhelan conocer sobre historia, al mismo tiempo se ven frustradas porque esta rara vez se enseña de la manera correcta o incluso, muchas veces, se expone con sesgos que finalmente pueden desencantar a la gente del estudio de estas ciencias sociales.

Sumado a esto, está el problema que el historiador británico David Schama describió como “necrofilia cultural”. Según el experto, cada día se generan más contenidos como películas, series, libros y documentales que dicen tener contenido histórico, sin embargo, están llenos de imprecisiones y falsedades. Al mismo tiempo, sostiene que la disciplina está en crisis pues se transformó en una “cámara de ecos”, en donde los intelectuales sólo escriben para sus colegas, no para un público general. Entonces, acceder al conocimiento fiable es cada vez más complejo para una persona común y corriente, porque el lenguaje que utilizan se utilizan en las publicaciones formales es críptico, altamente técnico y hasta tedioso.

“Por eso la gente prefiere leer a Baradit”, concuerda Corti. “Porque es más fácil. Se hace pasar por historia y no lo es. Pero tiene un anecdotario simpático y un lenguaje más amigable”. Esto es crucial, según la académica. Es por esta razón que un ciudadano termina acudiendo a las redes sociales o blogs “de historia”, que están llenos de interpretaciones sesgadas y antojadizas. Porque es más fácil hacer eso, que realmente sentarse a estudiar los textos densos, los procesos complejos y hacer una lectura rigurosa de fuentes confiables y también diversas, no sólo las que sintonicen con las ideas que se quieren confirmar, y hasta proteger, de cualquier escrutinio o crítica.

Fernando Wilson remata esta situación con un problema filosófico y sociopolítico que John Stuart Mill abordó en 1859. En una etapa inicial, no tienes cómo saber si un “excéntrico” o “lunático” es en realidad un genio. Sólo hace falta recordar que Galileo Galilei fue condenado por la Iglesia Católica y obligado a abjurar de su explicación de que la Tierra no era el centro del sistema solar. Para evitar este problema, Mill levantó la “teoría del daño”. Mientras no le hagas daño a otro, eres libre de pararte en una

esquina y decir lo que quieras. Y por eso, en nuestras sociedades liberales y democráticas, los rompecuarentenas y disidentes de cualquier tipo (hasta los más controversiales) siempre seguirán existiendo. Ellos son, después de todo, una demostración tangible de la libertad.

CAPÍTULO 12.

No es la pandemia, es la economía

LUCAS ABUHADBA
JOSEFA ALFARO
NATALY HUERTA
JOSÉ MANUEL TERNICIEN

– Está terrible afuera, con todo esto de la pandemia, es muy peligroso –espetó su jefa y luego de un rato, continuó–. Isabel, tú me ayudas mucho y sabes que ahora viene un bebé en camino, pero si quieres seguir tendrás que trabajar puertas adentro. ¿Seguirás con nosotros?

Su empleadora en una casa en Lo Barnechea puso a Isabel en una difícil posición.

– No puedo señora, es muy complicado para mí hacer eso –respondió con angustia en su pecho–. Gracias por darme la oportunidad, pero no puedo.

Ana Villacorta Ochoa, conocida como Isabel por su segundo nombre, dejó su uniforme de asesora del hogar y salió de allí con las manos sudadas por el calor acumulado y la tensión del momento.

No podía quitar de su cabeza la imagen de sus tres hijos. Ella es una mujer peruana que llegó a Chile en 2013 para encontrar una nueva oportunidad, como muchos otros inmigrantes. Dice que es alguien que vive y trabaja por su familia. Sabía que la salud de los suyos estaba primero, sin embargo, también advirtió las consecuencias económicas que le acarrearía su decisión.

Un día antes de su renuncia, entre lavar platos, cuidar a su hijo menor y ver televisión, unos titulares que aparecieron en la pantalla captaron su atención. Pausó sus acciones en la cocina, subió el volumen y por primera vez distinguió la palabra Covid-19 y cómo este virus causaba estragos en todo el mundo.

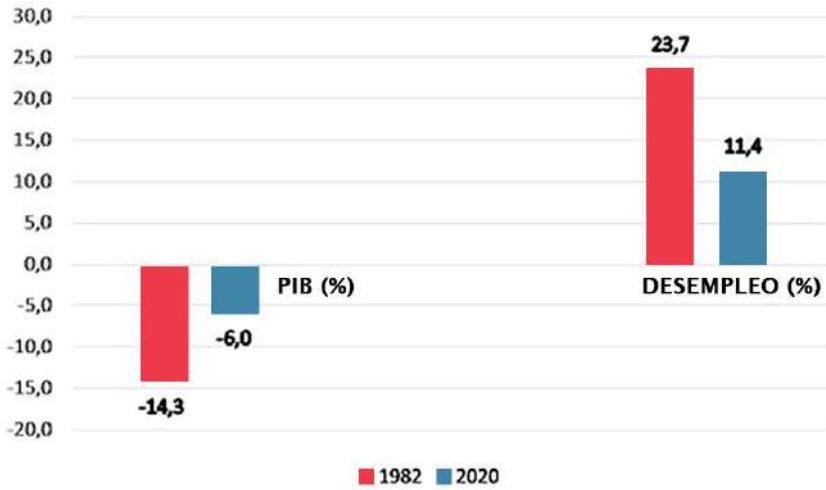
En la jornada siguiente, desde que tomó el bus hacia a su lugar de trabajo, pensaba en cómo en tan poco tiempo la enfermedad había comenzado a matar a miles de personas en el planeta. Y cómo echó hacia atrás las mantas que ocultaban la pobreza y el hambre a gran escala, los sistemas de salud mal equipados y la apatía e indiferencia hacia los marginados.

Siguió sumida en sus pensamientos, mientras limpiaba el living, preparaba el almuerzo y ordenaba la terraza del sector oriente donde ella trabajaba. La incertidumbre crecía tanto por su trabajo como por su familia, hasta que lo que más le aterraba se presentó frente a ella.

– Con la pandemia me tocó retirarme, pero ahora sí que está muy duro conseguir trabajo –masculla Isabel, con su mirada ausente. Lleva tres meses desempleada y no sabe hasta cuándo seguirá en la rutina de acudir a entrevistas sin tener más noticias.

Su experiencia es una de muchas que golpearon a las familias de los más necesitados. El virus dismanteló con éxito las economías globales. Se aproximaba una catástrofe tan inconcebible como inevitable.

PIB y desempleo en las crisis de 1982 y 2020



Fuente: Banco Central de Chile e Instituto Nacional de Estadísticas.

PIB 2020: estimación Banco Central; desempleo 2020, cifra preliminar.

“Ahora me afeito una vez a la semana”

– Mientras conducía, un día me tocó llevar a un pasajero que lo despidieron por teléfono. Había reaccionado muy mal, alzaba la voz y lanzaba sus garabatos. Me había dicho perdón dentro de su impotencia, pero yo solo le contesté: “No te preocupes”. Esas historias me dejaban pensando.

Bernardo Alfaro, de 49 años, solía comenzar su día a las 7:00. Primero, tomaba desayuno y luego alistaba el auto para recoger pasajeros en las calles de La Serena, a 25 minutos de Coquimbo, donde fácilmente podía ganar cinco mil pesos por hora con cuatro pasajeros.

Pero durante los primeros meses de la pandemia, no había razón para apresurarse al amanecer: sabía que no habría nadie esperando que lo lleven. Los ingresos de Alfaro se redujeron casi a la mitad desde antes, con el estallido

social del 18 de octubre en 2019. Por los veraneantes alcanzó a repuntar en enero y febrero, pero después llegó el virus, y el 16 de marzo comenzaron a regir las normas sanitarias restrictivas. Nuevamente, él y su familia tuvieron un retroceso en lo económico: sin pasajeros no hay dinero.

– Cuando comenzó el confinamiento, mi ingreso se redujo a tres mil pesos por hora, a veces menos. Y cuando se decretó cuarentena total en La Serena, todo fue de mal en peor. Ganaba apenas mil pesos por hora. Solo me alcanzaba para recargar gasolina y salir a trabajar al día siguiente. Pero ya no había personas en las calles... Antofagastino y padre de cuatro hijas, Alfaro vive hoy solo con una de ellas. Emigró a La Serena en busca de nuevas oportunidades. Siempre se ha considerado una persona alegre y sociable, atributos que le permitieron conocer diversas realidades desde que trabaja en un colectivo.

Nunca pensó que la pandemia lo haría tocar fondo y darse cuenta que el dinero que no quiso recibir de sus padres por orgullo, era necesario y de enorme ayuda. Especialmente, un aporte en agosto y septiembre de 2020.

Según el economista y profesor de la Universidad de Santiago, Víctor Salas, “el gobierno se olvidó que había alrededor de un 29% promedio de gente que se dice ocupada pero que está en el sector informal, es decir, no tienen contrato y esa gente principalmente usa la calle, para vender sus bienes y servicios”.

Al igual que en otros trabajos críticos, los taxistas como Alfaro van de tienda en tienda tratando de encontrar máscaras, guantes y suministros desinfectantes. Como el negocio ha caído, el costo adicional de comprar artículos de limpieza para mantener su colectivo desinfectado se ha convertido en lucha cotidiana. Las gestiones del gobierno al inicio de la cuarentena permitieron prohibir a las empresas cortar servicios de primera necesidad como la electricidad y el agua. Esto le significó un alivio, pero no evitó la acumulación de deudas que hoy debe repactar y pagar.

Un sondeo mensual de la Universidad Católica reveló que desde octubre de 2019 un 41,6% de los hogares disminuyeron sus ingresos totales comparado con el mismo mes del año anterior. El 15% de los hogares indicó tener una deuda complicada, mientras que un 36% declaró una situación de deuda medianamente complicada.

– Uno tiene que dar prioridad, en el caso mío, a tener combustible para el vehículo y salir a trabajar al otro día. La segunda, es que como estoy viviendo con mi hija Renata, tenía que velar por el tema alimenticio. Poder desayunar, almorzar y tomar once tranquilos –musita. Sus brazos descubiertos evidencian una piel tostada y agrietada por la exposición constante al sol cuando maneja el colectivo.

A mediados de septiembre, con las calles perturbadoramente vacías, Alfaro se enteró de que el Ministerio de Transportes aprobó el Bono de Apoyo para los transportistas por contexto Covid-19, con un monto de 350 mil pesos. Hasta noviembre de 2020, más de 106.000 personas usaron este beneficio, que incorporó a los choferes de microbuses, dueños de taxibuses, colectivos y transporte escolar. Todos estaban considerados.

Alfaro, cuyo vehículo está a nombre de su madre, aún no lo recibe. De momento solo ha obtenido una caja de alimentos que entregó el gobierno a principios de la crisis sanitaria. La incertidumbre lo agobia.

Otra de las ayudas a las que postuló es el acceso al 10% de las AFP. Por problemas personales con su expareja, no había hecho el retiro al escribir estas líneas, pero pretende hacerlo pronto porque lo necesita para pagar el colegio de sus hijas.

– Una cosa chistosa de esto –explica entre risas– es que con mi hija dejamos de ir al peluquero, lo que supone que ahora yo le corto el pelo a ella y ella a mí. También antes yo me afeitaba día por medio, pero ahora lo hago una vez a la semana.

Para subsistir, como muchos otros, evalúa reinventarse. Conversó con su padre sobre vender la casa y el auto porque necesita dinero. Pero duda por los riesgos de cambiar de rubro o hacer algo complementario.

– Reinventarse en lo pronto es más como chiste. Hay muchos factores que inciden y pueden ir cambiando. Llevarlo a la realidad no lo veo porque tengo mis temores. Uno dice, “ya un Uber”, que es lo más práctico. Pero hay una ley pendiente, y, por otro lado, no hay tanta gente en las calles para usarlo. Creo que este tema no tendrá solución hasta que salga la vacuna el próximo año.

Al ingresar al paso Apertura Inicial (fase 4) en La Serena, las calles volvieron

a tener la presencia de personas en octubre. Alfaro aprovechó de recoger pasajeros a comienzos del mismo mes y elevar sus ingresos para dar en el gusto a su hija en comidas de vez en cuando. Sin embargo, no confía. Por si acaso, siempre está atento a las noticias de la radio al salir cada mañana en busca de pasajeros.

El dinero es un salvavidas

Cuando a mediados de marzo de 2020 Samuel Parada pasó por el gimnasio Sportlife de Iquique, donde trabajaba como preparador físico, su empleador le lanzó la bomba:

– Sé que hay un contrato de por medio, pero tenemos que dejarlo hasta acá. Cuando todo vuelva a la normalidad, tendrás contrato renovado para seguir entrenando a todos.

Parada, de 31 años y aspecto corpulento, ganaba suficiente dinero en distintos gimnasios para proveer a su hija y pareja, quien también trabajaba. Fue despedido de uno de los centros de entrenamiento Olympus cuando los casos de coronavirus comenzaron a dispararse. Así, el sueño de continuar como instructor de *crossfit* se desvaneció.

Una noticia lo calmó en parte: el gimnasio Sportlife se acogió a la Ley de Protección al Empleo. Esto le permitió acceder al seguro de cesantía, el único sustento para mantener a su familia. Pero no quiso detenerse ahí.

– La pandemia me obligó a utilizar otro tipo de estrategia, que es la parte *online*. Muchos entrenadores lo realizaban desde antes, pero no me había atrevido a hacerlo. Pretendo que sea un ingreso extra cuando vuelva a trabajar en los gimnasios –explica.

Con risa nerviosa, asegura que en un comienzo fue una apuesta, pero resultó ser un acierto. Hoy tiene más de 50 personas que siguen sus programas personalizados de entrenamiento a través de Zoom.

Durante la crisis sanitaria, se le presentaron otras dos cartas bajo la manga: acceder al Bono Clase Media y al 10% de los fondos de pensiones. El dinero fue un salvavidas para pagar las cuentas y comprar alimentos. Hasta decidió ahorrar una parte para estar más tranquilo los meses siguientes. Además, sirvió para

mejorar su trabajo e imagen como personal *trainer* en redes sociales.

– En vez de invertir preferí guardar para ver qué puedo hacer después porque tengo planes en el futuro. Antes tenía muchos más, pero se vieron truncados por la pandemia –relata Parada.

Pese a que él fue una de las 1.065.450 personas que buscaron trabajo en mayo, junio y julio de 2020, según cifras del Instituto Nacional de Estadísticas (INE), logró reinventarse en el mundo deportivo.

Fue una época en que las ventas de artículos de ejercicios aumentaron en un 15% respecto al mismo periodo de 2019, según el sitio web Yapo. El incremento ocurrió por la cuarentena.

Su meta después de la contingencia sanitaria es tener su propia marca y planes de ejercicio. Y con la ayuda de nutricionistas, entrenar a deportistas y a quienes quieran cambiar su estilo de vida.

El apoyo en tiempos de crisis

Según datos del INE, el desempleo llegó a un 7% en el trimestre móvil de octubre-diciembre en 2019, con un aumento de un 0,3% respecto del mismo periodo en el año anterior, como resultado del estallido social. Siguió creciendo en 2020 por el impacto económico que ocasionaron la Covid-19 y las medidas para frenar los contagios.

El 31 de diciembre de 2019, en vísperas del nuevo año, a Carolina Eyzaguirre la notificaron de su despido como subgerente de ventas y *retail* en el Buin Zoo.

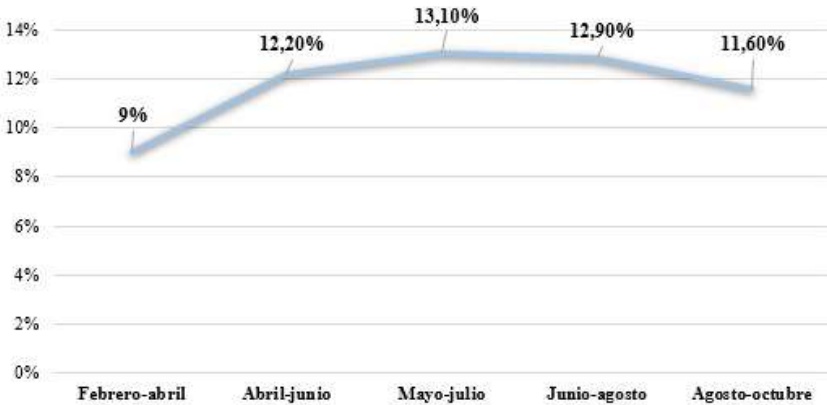
– Fueron ocho meses de trabajo ideal –describe con hombros abatidos.

El zoológico sufrió una crisis económica a partir de la segunda mitad de octubre de 2019. Las personas dejaron de ir por el contexto social hasta que el impacto llegó a los trabajadores a través de despidos.

En los últimos meses la cesantía no aumentó. El economista Víctor Salas dice que la tasa de desempleo se mantuvo alrededor del 11% desde septiembre, no obstante, aunque no advierte que sea inversamente proporcional con la productividad. Comenta que “de hecho, el Consejo Nacional para la Productividad se apresuró a decir que no puede atribuirse a una mayor productividad del trabajo el que haya aumentado el Índice Mensual de Actividad

Económica (Imacec), si no que tendrá que buscarse otra explicación”.

Impacto de la crisis sanitaria en el desempleo (2020)



Fuente: Instituto Nacional de Estadísticas (INE Chile).

– Me gustaría volver al Buin Zoo, pero de que se pueda, no lo creo. Vino esto de la pandemia y se frenó todo. Si bien postulé a varios lugares, no me llamaron de ninguno. Al final uno se empieza a urgir y preguntar: ¿Hasta cuándo tendré que esperar para que me llamen? –asegura Eyzaguirre. Ella cuenta que cruza los dedos para conseguir un trabajo.

Las postulaciones fueron una constante incertidumbre de varias semanas para Eyzaguirre. Se contactó con *head hunters*, postuló por LinkedIn, Laborum e incluso habló otra vez con Buin Zoo. Nadie le contestó, sólo recibió respuestas del tipo “currículum recibido, te avisaremos cualquier cosa”.

– Los meses que pasan te dejan como flotando –explica.

Como vivía sola, no podía esperar más. Pensó hasta que ideó un plan de escape del desempleo. Sin ingresos suficientes para pagar el arriendo de su departamento, se mudó con sus mejores amigos y dividió los gastos. Desde la terraza del hogar, se mostró entusiasta al decir que habita en un lugar donde respetan su independencia, lo que agradeció mucho: es la segunda de nueve hermanos.

Después de quedar sin ingresos, pudo acceder al retiro del 10% de sus fondos de pensiones:

– Un colchoncito en casos de emergencia –expresa con mirada esquiva.

Pero ese ahorro era insuficiente. Debía hacer algo más y lo sabía. Luego que la madre de una amiga le enseñó a tejer a crochet, decidió vender prendas entre sus cercanos para tener ingresos extra.

Eyzaguirre había sido profesora en la Universidad del Desarrollo, la misma institución donde estudió Ingeniería Comercial. Para reinventarse comenzó a dar clases particulares de matemáticas avanzadas a estudiantes en línea.

Gracias a eso, ha podido subsistir con lo necesario y aportar en la casa donde está viviendo. Ya no gasta dinero en bencina, que eran cerca de 400 mil pesos mensuales para ir al Buin Zoo, ni los cerca de 600.000 pesos del arriendo.

Pese a que disminuyó sus gastos cerca de un millón de pesos, ha tenido que ahorrar en su consumo diario. Ahora, por ejemplo, busca productos de alimentos a un bajo precio y dejó de comprar prendas de vestir, una de sus grandes aficiones.

Para ella, nada es como solía ser hace más de un año.

A veces ganas, a veces pierdes

Muchos continúan dependiendo de los beneficios del Estado, especialmente los que acudieron al Bono Clase Media, Bono Covid-19 y la ayuda individual del seguro de cesantía. Si bien ninguna historia es idéntica, los hilos comunes revelan que los sueños se han aplazado. Y la necesidad de conseguir un trabajo temporal en el nuevo mundo en que se convirtió el país por la pandemia es cada vez más apremiante.

Agustín Perera es periodista de profesión. Pero se ha dedicado al mundo corporativo en lugar de los medios, principalmente trabajando en la realización de eventos, temas de marketing y *branding* deportivo, su gran pasión.

Como estaba vinculado a actos que requieren asistencia de público, su trabajo fue afectado por la pandemia de coronavirus. Aunque la crisis comenzó en marzo, Perera duró hasta finales de mayo en su empleo y quedó cesante en junio de 2020.

Ayudas estatales en pandemia por Covid-19

	Población Objetivo	Monto	Beneficiarios
Bono Covid-19	Pertencientes a programas sociales y al 60% de los hogares más vulnerables inscritos en el Registro Social de Hogares y no percibieran ingresos formales.	\$50.000 pago único (\$63 USD) en abril.	Más de 2.000.000 de personas y 1.528.459 hogares.
Ingreso Familiar de Emergencia (IFE)	Beneficiarios de programas sociales y 60% de familias más vulnerables inscritos en el Registro Social de Hogares y que no percibieran ingresos formales.	\$65.000 (\$82 USD) por carga familiar en el primer mes (junio), y \$100.000 (\$127 USD) en el segundo y tercer mes. *Fueron seis aportes durante 2020.	8.267.106 personas y 3.350.506 hogares.
Bono Clase Media	Trabajadores, trabajadoras dependientes o independientes y empresarios individuales desempleados o con una reducción de un 30% o más de sus ingresos, que estén acogidos al Seguro de Cesantía.	Hasta \$500.000 (\$68 USD) no reembolsables.	Hasta el 30 de septiembre se pagaron 1.676.370 bonos. El gobierno contempló beneficiar a 1,6 millones de personas.
Préstamo solidario	Trabajadores dependientes, empresarios individuales o trabajadores independientes que solicitaron el préstamo con tasa de interés real de 0% hasta noviembre y que hayan disminuido sus ingresos en un 30%.	Hasta \$650.000 (\$89 USD) mensuales.	Hasta el 9 de noviembre se realizaron 2.891.485 pagos en total: 781.359 independientes, 2.013.671 dependientes y 96.455 por empresario individual.
Crédito Fogape-Covid	Pymes durante la crisis sanitaria desde abril de 2020 hasta agotar fondos designados por el Estado como garantía por US\$3.000 millones.	\$716.662.500 (\$898.007 USD) para pymes / \$7.166.625.000 (8.980.000 USD) para pymes.	Hasta el 1 de noviembre se aprobaron más de 303 mil créditos, que corresponde a 334 mil empresas.
Bono Covid Navidad	Familias que recibieron el sexto pago del Ingreso Familiar de Emergencia (IFE) y estén inscritos en el Registro Social de Hogares.	Pago único de \$25.000 por cada integrante del hogar y \$55.000 por persona si la familia vive en una comuna en Cuarentena (fase 1) durante la última semana de noviembre.	8,3 millones de personas y 3,4 millones de familias de 17 comunas del país.

Fuentes: Ministerio de Hacienda, Servicio de Impuestos Internos (SII), *Ciper Chile*, Chile Atiende.

Vibra Marketing prescindió de su trabajo, pues al reinventarse, su puesto era innecesario. Si bien logró hacer dos eventos *online*, no era el foco de la empresa. Hasta la fecha, Perera sigue sin encontrar trabajo. Han sido seis meses en los que ha tenido que saber distribuir mejor su dinero.

– Tuve un buen finiquito, que es lo que me permite estar donde estoy –confiesa. No ha tenido mayores cambios en su rutina de vida. Gracias al finiquito, el seguro de cesantía y su 10% de la AFP se mantiene a flote. Además, este último tiempo comenzó a trabajar en Cornershop, mientras encuentra una ocupación más estable.

De acuerdo al diario *La Segunda*, el número de repartidores de aplicaciones de comida como Uber Eats, Rappi y Pedidos Ya aumentó un 60% entre marzo y junio del año pasado debido al comercio electrónico y al crecimiento del desempleo.

– Si no consigo nada, ya no me puedo dar el lujo de gastar por gastar. Tengo que empezar a generar dinero, aunque sea algo para equiparar lo más posible. Si no me sale un trabajo estable, seguiré haciendo envíos. La verdad, si te lo tomas en serio, deja buena plata –manifiesta como quien se acaba de dar cuenta de la certeza de su afirmación.

Perera ha pasado por cinco procesos de selección laboral diferentes sin lograr algo concreto. Incluso, en algunas postulaciones llegó a etapas finales. Hoy está a la espera de uno para ser el encargado de marketing y comunicaciones de una empresa.

– Nunca ejercí periodismo como tal, lo bueno es que la carrera te entrega mucha versatilidad –plantea con seguridad.

Vive en la comuna de Las Condes, donde acostumbra un estándar de vida alto, pero estar cesante lo ha mantenido preocupado. A pesar de las ayudas y beneficios del Estado, ha debido manejar bien su dinero para no bajar su calidad de vida. Hasta antes de Cornershop, sintió que derrochaba el dinero.

Además del trabajo de la aplicación, está con un emprendimiento de moda con unos amigos, pero no ha explotado mucho. Está recién empezando y de manera esporádica, casi como un hobby.

– Lo que hice fue separar mi finiquito. Puse, más o menos, un 60% de lo que

me llegó en el banco, como plata que no voy a tocar. El otro 40% lo dejé para vivir, dinero que estaba quemando hasta que empecé en Cornershop, hace un par de semanas.

Así Perera ha sobrellevado la pandemia, como parte del 10,8% de desempleo que hubo en el trimestre móvil septiembre-noviembre de 2020, según el INE.

La salud recae en los bolsillos

Todavía recuerda la mañana del 7 de julio, aquella que debió estar colmada de risas y mensajes de cumpleaños, pero en lugar de eso Maggie Jara se encontraba aislada en una pieza con su vista pegada en una ventana. Desde allí, observó cómo su abuela y sus padres la saludaban desde la casa de al frente mientras añoraba sentir el abrazo de cada uno.

Ese fue el peor cumpleaños de su vida. Estaba encerrada y preocupada de no contagiar a su familia con Covid-19. Sabía que su licencia médica no sería cubierta ni tampoco los exámenes que venían por delante.

Maggie Ricardo Jara es una tecnóloga médica de 33 años, a quien nunca le falta una sonrisa en su rostro. Rebosa carisma y todos se sienten cálidos y acogidos a su alrededor.

Vivía en Puerto Varas junto a su esposo. Sin embargo, la crisis que dejó el estallido social provocó el despido de ambos, lo que les obligó a buscar otra alternativa. Vendieron todo lo que pudieron y volvieron a la casa de los padres de ella en Maipú.

Hoy se mantiene positiva. La pandemia le trajo lo que no estuvo presente durante once meses: empleo.

Lo que en marzo llegó como un reemplazo de un mes y medio, se transformó en su empleo actual en un laboratorio, luego que la persona de 68 años a la que estaba reemplazando se declaró grupo de riesgo, en un país donde las curvas de contagiados y muertos iban cada vez peor.

– Es mi trabajo soñado –comenta Jara con una sonrisa brillante de oreja a oreja.

No obstante, cuando se trata de dinero no es suficiente. Su madre padece cáncer y su padre, con 62 años, fue despedido en marzo. El dinero comenzó

a faltar, así que buscaron apoyo en los subsidios del gobierno, pero solo recibieron la caja de mercaderías de su municipio. Cuando ella se convirtió en el único sustento un visitante inesperado causó un caos abismal dentro del hogar.

– Yo trabajo de manera presencial –explica–. A una de mis compañeras, con las que hacía turno, le dio Covid y ella me lo pegó a mí. Quizá era inevitable porque en el laboratorio trabajo con muchos pacientes positivos, entonces había una alta probabilidad.

El 3 de julio, cuatro días antes de su cumpleaños, a ella le diagnosticaron coronavirus. Estaba en el proceso de transición previsional de Fonasa a isapre así que pidió el Bono de Emergencia Covid-19, uno de los primeros beneficios otorgados por el Ministerio de Hacienda.

– En realidad, yo tomé este bono como la licencia que nunca nadie me pagó, porque ni Fonasa ni la isapre se hicieron responsables –platica seriamente mientras peina su cabello azabache con sus dedos–. Se supone que eso debiese ser universal, debería cubrir a cualquier persona en Chile que tuviera Covid, pero no fue así. Debe haber un montón de casos similares. Al final, ambos decían que el otro tenía que cubrirla. Se pelotearon la pega y quedó en nada. Entonces, al parecer tienes que intentar no enfermarte ni nada porque nadie te lo va a cubrir.

Como describe Jara, los precios y las deudas de salud son otra preocupación en la pandemia. El Centro de Investigación e Información Periodística (Ciper) realizó en marzo una investigación sobre los costos médicos en el sistema público y privado, el mismo mes que se alertó la llegada del virus al país.

Sus resultados son impactantes. El examen para detectar la Covid llegó hasta un precio de \$ 158.000 en las clínicas de la región Metropolitana, mientras que en los hospitales del sector público era de \$ 3.500. Este presupuesto incluye solamente el precio del examen, y el de la atención médica de urgencia, que podía cambiar dependiendo de la bonificación de cada isapre o Fonasa.

El 24 de marzo, el entonces ministro de Salud, Jaime Mañalich, anunció que el precio máximo de la *Polymerase Chain Reaction* (PCR) fue fijada en \$ 25.000. Sin embargo, según el Servicio Nacional del Consumidor (Sernac), las personas

indican que han pagado más de \$ 80.000.

Actualmente, para los beneficiarios de Fonasa, la PCR en el sector público tiene costo cero, en las clínicas con convenio cuesta \$ 12.500 y en las clínicas sin convenio, un valor de \$ 25.000. El precio para los afiliados en isapres depende de cada una de ellas.

Apenas comenzó la pandemia, los insumos médicos como las mascarillas y el alcohol gel se acabaron en el mercado formal, y en la web sufrieron un *peak* de demanda que causó precios excesivos. Ciper también se refirió al respecto en su investigación: a principios de marzo las mascarillas se vendían a solo \$ 700, pero a finales de ese mismo mes llegaron a costar hasta \$ 9.000. Otro producto que alcanzó una fuerte alza fue el alcohol gel. Antes, cinco litros costaban \$ 8.000 y hoy hasta \$ 30.000.

Ayudas individuales en pandemia por Covid-19:

	Requisitos	Monto	Beneficiarios
Retiro del 10% de AFP	Estar en una de las siete AFP como afiliado o pensionado. Contar con fondos en una AFP.	\$1.000.000 (35UF) a \$4.000.000 (150 UF) Si el saldo es menor a 35 UF puede retirar todo.	9.147.332 personas.
Fondo de Seguro de Cesantía	Trabajadores dependientes con contrato fijo e indefinido.	70% del promedio de últimas tres rentas o tope de \$652.000 el primer mes con disminución al 30% el sexto mes. Y un máximo de \$466.000 y disminución del 35% al tercer mes.	7.667.660 personas.
Fondo Solidario de Seguro de Cesantía	Que las tres últimas cotizaciones sean con el mismo empleador. Tener 12 cotizaciones en el fondo de cesantía en los últimos dos años. Y estar cesante.	70% del promedio de las últimas 12 cotizaciones, primer mes. 35% del promedio al mes final (quinto mes).	

Fuente: Chile Atiende, Administradora de Fondos de Cesantía de Chile. (AFC), Diario Financiero.

– Mi mamá tiene cáncer entonces yo siempre le he tenido que comprar mascarillas. Antes de la Covid cada caja con 50 mascarillas costaba 1.300 a 1.600 pesos, y luego de la alerta en marzo, la misma caja llegó a 20.000 pesos –dice Jara.

Emprendedores: en busca de oportunidades

Como la cantidad de contagiados aumentaba, no le extrañó recibir la llamada telefónica de Claudio, su amigo y colega. Al quinto llamado, Nelson Sandoval notó que se trataba sobre un asunto más importante que solo saber de su salud.

– La verdad es que con Héctor te tenemos una propuesta –le dijeron desde otro teléfono–. Hemos intentado iniciar un negocio en varias oportunidades, pero nunca nos ha resultado. Queremos intentarlo de nuevo y esta vez nos gustaría que te nos unieras.

A Nelson no le entusiasmó mucho la idea

– Puede ser... –respondió indeciso.

Su mente divagaba entre el “sí” y el “no”. Iniciar un emprendimiento es difícil, pero también sabía que era una oportunidad y que no cualquiera tiene un grupo de confianza con la motivación y las herramientas necesarias para hacer un negocio. Así que se decidió:

– ¿Sabes qué? Hagámoslo, pero si lo vamos a hacer, lo haremos bien.

Nelson Sandoval tiene 42 años, es profesor de educación física con especialización en natación. Sin embargo, desde hace 17 años trabaja como director de deportes en un colegio enfocado en potenciar diferentes actividades como el fútbol, básquetbol y hockey.

Su filosofía es estricta y pocas veces se deja vencer. Sus serios ojos oscuros se iluminan al hablar de su familia y de sus proyectos. Sabe que, a pesar de ser víctima de la organización en su trabajo y ganar solo el 10% de su sueldo, puede salir adelante.

Al igual que él, un grupo cercano de colegas se vieron afectados económicamente por la pandemia. Para sobrevivir, formaron su propio emprendimiento: “Deporte en Acción”. La iniciativa presta servicios deportivos a instituciones

públicas y privadas, especialmente fuera de la región Metropolitana.

El emprendimiento lo conforman principalmente Sandoval y sus colegas Claudio y Héctor, tres docentes dedicados a los deportes. Hoy dos de ellos están con suspensión laboral.

Sandoval vive con su esposa Soledad y sus dos hijas, Daniela y Francisca. Esta última, la mayor, acaba de salir de la universidad y la menor cursa educación superior. Gracias al trabajo de su esposa y el de su hija recién egresada, declara estar estable. Sin embargo, los otros dos docentes están complicados.

Muchas personas buscan con ahínco trabajos esporádicos, mientras encuentran algún empleo fijo que los ayude a paliar su situación económica.

– Como soy el más viejo, pongo “la pelota al piso”, enciendo algunos semáforos y digo: “Oye, veamos esto o desarrollemos esto otro”. También mis años de experiencia hacen que maneje una red de contactos que nos ayuda a abrirnos puertas –comenta sereno Sandoval.

El 16 de marzo, antes de pensar en su emprendimiento, la institución en donde trabaja cerró. De pronto, no hubo niños corriendo por las canchas ni por los jardines. La pandemia causó que, lo que alguna vez fue un lugar lleno de vida, pareciera un desierto.

La escuela llamó a sus funcionarios para realizar un anexo de suspensión laboral en sus contratos. En total, fueron más de cien personas que quedaron cesantes y se acogieron a la Ley de Protección al Empleo. Solo cuatro quedaron con una cantidad mínima de horas que tendrían que hacer por plataformas como Zoom y Google Meets, entre ellas Sandoval.

Según Chile Atiende, la Ley de Protección al Empleo permite que se pueda generar una reducción de hasta el 50% de las horas laborales. Los empleadores deben continuar pagando el sueldo a sus trabajadores de manera proporcional a la jornada laboral acordada. Del mismo modo, los empleados recibirán el seguro de cesantía, correspondiente al 25% de sus remuneraciones, y si este se agota, podrán hacer uso del Fondo de Cesantía Solidario.

Desgraciadamente para los trabajadores, en su mayoría docentes, los encargados y los asesores cometieron un error gravísimo que afectó directamente a quienes quedaron en la institución. El abogado que realizó los

anexos lo hizo con la reducción de horas totales de hasta 10% y no con el 50% permitido, por lo que cuando se presentó la documentación a la Inspección del Trabajo, esta los rechazó.

A causa de eso, Sandoval llegó a recibir solo \$ 117.000. Ante esto, la empresa reconoció que había cometido ese error y pagó retroactivos y parte del dinero que nunca recibió. El problema aún no se ha resuelto del todo porque él no ha podido cobrar su seguro de cesantía hasta la redacción de estas líneas.

Sandoval opina que la gerencia lo hace para dilatar el problema, considerando que se trata de un negocio que no tiene ingresos, por lo que hasta el momento solo cabe esperar.

– Te genera un problema económico que te hace cuestionar si puedes salir adelante. También produce una preocupación adicional, desilusión y una incertidumbre por lo que pasará con tu trabajo. Es bien complejo el escenario. Buscó aportes del Estado, pero sólo pudo solicitar el Bono de Clase Media, y si bien la situación no ha estado tan mal tuvieron que hacer varios sacrificios. Entre ellos, despedir a su asesora del hogar, quien iba dos veces a la semana a ayudarlos. Intentaron evitarlo a toda costa para que ella no perdiera sus ingresos a pesar de las restricciones de la Covid, pero llegaron a un límite en dónde ya no les alcanzaba para costear los gastos adicionales.

A pesar de todo, Sandoval se mantiene optimista. Tiene un sueño recurrente en el que nada por un mar con olas rebeldes y al ser un amante de la natación sabe que tiene dos opciones: se sobrepone o se hunde. Confesó que a pesar de darle un poco de susto siempre nada por arriba de esa gran ola y logra pasarla.

– El soñar y pensar una idea quizás no te va a resolver el problema económico, pero te sacará de un estado de preocupación. Trato de tener una actitud positiva frente a lo que está pasando –afirma con una sonrisa motivacional.

Para sobrevivir tienes que innovar

Uno de los sectores más afectados en la economía chilena fue la pequeña y mediana empresa, pues por el distanciamiento social, cerraron sus puertas o bajaron tanto su producción como las utilidades. Es el caso de Natalia Figueroa, dueña de un emprendimiento que desde 2016 hace decoraciones para fiestas

de cumpleaños. Desde mayo, forma parte del sector que ese mes anotó una caída de un 42% en la región Metropolitana, de acuerdo a la Cámara Nacional del Comercio, Servicios y Turismo (CNC).

– Generalmente, para todos los eventos de enero y febrero, este negocio está muerto. En mi caso, fue desde el 10 de mayo en adelante que recién pude trabajar, pues antes era todo débil –asegura en un tono suave y apacible.

La pandemia obligó a empresas como la de ella a enfrentar sus problemas, pues debido al confinamiento no se celebraban reuniones. Al no ser de primera necesidad su servicio, fue duramente golpeado en los primeros meses de la cuarentena.

Se consoló a sí misma: no era solo ella. Uno de los aspectos más complicados en su negocio fue que los productos aumentaron de precio debido a la demanda.

– Desde un inicio fue bastante complicado porque no podía salir a comprar los insumos y costó conseguir buenos proveedores. Todos eran revendedores y querían ganar plata, fue un gran problema –afirma.

Aun así, se sintió aliviada en parte al postular a fondos del Estado para innovar y expandir su negocio, los cuales tuvo la oportunidad de obtener antes de la pandemia. Pero con las nuevas normas de salubridad, su rubro no se encuentra dentro de los proyectos con los requisitos necesarios de protección.

– Me afectó al 100% porque yo ya no podía hacer eso y postulé con tres cosas a este proyecto. Me dijeron que tenía que reinventarme, dejar que las mismas personas decoren sus casas por la contingencia –detalla.

Cuando se trata de reinversión y creación de nuevas líneas de producción, aspira ampliar su negocio de decoraciones para festejos de empresas. Lo ha postergado debido a la crisis económica que atraviesa el país y la necesidad de adquirir un medio de transporte que le brinde la posibilidad de ampliar sus horizontes de puntos de venta.

Con la mirada fija en la pantalla, Natalia está optimista porque la situación va mejorando según sus ventas de buques de globos y mayor atención de clientes en sus redes sociales como Instagram.

Las actividades más afectadas fueron servicios personales, construcción, transporte, restaurantes, hoteles y servicios empresariales. Ahora, si bien el

Imacec en septiembre tuvo una caída de 5.3% fue considerado un respiro para la economía del país pues se dejó atrás el retroceso de dos dígitos registrado en los últimos cinco meses.

– Una señal positiva que va en la dirección correcta, aunque hay que mirarla con cautela. Esperamos que en el cuarto trimestre tengamos las primeras cifras positivas –dijo con optimismo Ignacio Briones, entonces ministro de Hacienda, a radio *Cooperativa* sobre la caída del Imacec.

Mejor que nunca

María Teresa Gaete, conocida como Tía Minina, es una mujer de mediana edad que desde joven ha sido apasionada por el trabajo. Después de treinta años de estar desempeñándose en la industria de alimentos, pasó a laborar desde su casa con su propio horario y hacer lo que tanto ansiaba: tener tiempo con sus dos hijos, a quienes muchas veces no podía ver a causa de su demandante empleo.

Casa Miso es el emprendimiento que Tía Minina había creado para reemplazar su antiguo trabajo. El pequeño negocio está conformado por ella, Soledad y los hijos de Gaete, que siempre están dispuestos a ayudar.

Todo era una historia de superación. Tenían ventas que sustentaban los gastos, al igual que su empleo anterior, e incluso a veces mejor. Y a menos de un año de estar con el negocio, habían logrado cientos de ventas. Pero se venía un periodo difícil e inesperado: la Covid se insertó en el cronograma de los emprendedores del país.

– En un principio dijimos, chuta, hasta aquí no más llegamos, se murió el emprendimiento, qué iba a hacer, con qué iba a solventar los gastos de la casa –exclama–. No era fácil encontrar una pega. Lamentablemente, a los 40 años te crucifican.

Los problemas que, para algunos emprendedores causaron estragos desde el estallido social sumado a la crisis sanitaria, Gaete los venció sin temor. Casa Miso es un emprendimiento *online* que ofrece productos útiles para el hogar vía Instagram o por contactos telefónicos.

Las ventas subieron, el mundo tecnológico cambió la perspectiva de cómo se

realizan las cosas y la manera de obtener lo que Gaete quería lograr en su pequeña empresa. Se contactó a través de grupos de WhatsApp, Facebook e Instagram, donde publicaba anuncios de sus productos de cuatro a cinco veces al día. Tenía publicidad por todas partes y eso fue un factor para el éxito.

El estallido social le produjo una mayor cantidad de ventas en Navidad y Gaete, con su mirada entusiasta, dejó de lado las creencias y las estimaciones económicas. Simplemente salió adelante. En pleno enero y febrero, donde según ella debían bajar las ventas, se mantuvieron, por lo que pudieron sustentar sus gastos.

Sin embargo, a Gaete le llegó un enemigo que pudo ser mortal, pero lo transformó en una oportunidad que la llevó a que su emprendimiento fuera cuesta arriba. Incluso, debieron contratar una red de *delivery* para despachar sus productos pues no había suficientes manos.

Lo que podría haber sido un infierno se facilitó con la llegada de la Covid. Se acercaban distintas fechas, como el día de la madre o diversos cumpleaños que permitieron un aumento de ventas.

– En mayo las ventas subieron un 50% –comenta–. Pasó así marzo, abril y después pum, y hemos estado subiendo un 25% todos los meses. No te voy a decir que es para el lujo, pero estamos viviendo, comiendo y respirando y que más se puede pedir, está bien la cosa.

Casa Miso podría haber optado a ayudas del Estado, pero no fue así. Al no estar inscrito formalmente el emprendimiento no puede recibir ninguna subvención, porque técnicamente no existe. Lo que sí lograron hacer es mantener un negocio en pandemia a través de su propio esfuerzo, publicidad y optimismo, que han llevado a que la labor siga su curso hasta la fecha.

No todos perdieron con la Covid. Algunos encontraron nuevas oportunidades y horizontes.

El precio de la pandemia por coronavirus

– ¿Crees que puedas ser mi reemplazo este mes? –escuchó desde el otro lado de la línea–. Es en Colina y serían solo dos días a la semana.

Esa información fue suficiente para Ana Isabel Villacorta Ochoa, quien le

contestó que lo tomaría de inmediato. Así volvió a trabajar como asesora del hogar, pero en su comuna de residencia, lo que significa que no debe tomar el transporte público para ir a Santiago, una de las tantas razones por las que dejó su empleo en Lo Barnechea hace casi cuatro meses.

Aunque su sueldo es inferior al de su trabajo previo, dice estar muy agradecida. Isabel sabe que en circunstancias como esta no puede regodearse. Sigue afligida y está consciente que el 1 de diciembre volverá a estar desempleada, y por tanto, sin ingresos.

Cuando la Covid-19 retroceda y el plan de vacunas del gobierno se concrete desde el primer semestre en 2021, dejará atrás una huella de la crisis económica en el país. Pero algunas personas se beneficiarán y otras no. El proceso llevará tiempo y no hay garantías. La mirada es optimista mientras las medidas sanitarias funcionen y no vengan retrocesos.

CAPÍTULO 13.

Ollas comunes: el cucharón que une a Chile en tiempos de Covid-19

AGUSTÍN ÁLVAREZ
TOMÁS BORROWMAN
PHILLIP POLLMANN

El paisaje verde de los cerros quillotanos contrasta con las malezas secas de la población Antumapu. En ese sector, funciona una de las 14 ollas comunes que la reconocida “ciudad de las chirimoyas” posee. Lo que antes era un colegio para adultos, hoy se ha convertido en un lugar de solidaridad y de entrega a quienes más lo necesitan.

En la entrada, ya descolorida por el sol, pero acompañada de una jardinera de tonos vívidos, se encuentra Margarita. Ella y dos vecinas más son compañeras de labores desde mayo de 2020, con el fin de ayudar a todas aquellas personas que no podían “parar la olla”.

El aire matinal no está lo suficientemente cálido para templar el ambiente, pero eso no importa, porque los cuatro quemadores de la cocina están encendidos para calentar el agua de las marmitas y comenzar a cocinar las 237 raciones de tallarines con salsa y jurel, que el comedor Antumapu les entregará a sus beneficiarios.

El cambio de temperatura, mezclado con el vapor del agua a punto de hervir y el olor a los cuarenta y siete tarros de jurel abiertos sobre una larga mesa, configuran el escenario de la cocina social que funciona, según cuentan sus organizadoras, de lunes a viernes, sin parar, desde los inicios de la emergencia sanitaria.

– El comedor partió con otra persona a cargo. Años anteriores había realizado comedores en las vacaciones de invierno, las dos semanas. Ella organizaba el comedor y partió acá, pero por problemas familiares se tuvo que retirar y las chiquillas siguieron con la iniciativa. Esto ocurrió en el momento donde la gente más lo necesitaba, entonces el comedor no se podía cerrar de ninguna manera. Ellas igual tomaron la decisión de seguir a cargo, de hecho, fue el primer comedor que se abrió durante la pandemia acá –dice Francisca Oliva, funcionaria municipal que trabaja como nexo entre la Dirección de Desarrollo Comunal de Quillota (Dideco) y las organizadoras.

Las tres mosqueteras

Son tres mujeres las que están a cargo de Antumapu: María (36), Margarita (39) y Claudia (42), quienes, por razones de privacidad, prefieren dar a conocer solo

sus nombres. Ellas no se conocían del todo antes de conformar el comedor, sin embargo, ahora afirman que “desde el día uno, enganchamos”.

– Nosotras entramos en mayo, las tres juntas el mismo día y no nos conocíamos, de vista no más –continúa María, entre risas–, no nos hemos separado, nos hemos aguantado.

Mientras esperan a que hierva el agua de las ollas, aseguran que el trabajo no es fácil, en especial por los cuidados que requieren frente a la Covid 19. Claudia, quien convive con una enfermedad de base, se contagió de coronavirus cuando fue a teñirse el pelo a la casa de una vecina: “Mi doctor me dijo ‘la sacaste bien barata’, porque al final yo también soy complicada, hay personas que se han muerto y, gracias a Dios, yo no requerí ni oxígeno”.

En relación al funcionamiento, para las organizadoras, llevar un comedor solidario implica calcular cuánta comida hay que preparar para cumplir con las raciones diarias. Por lo que cuentan, es lo mismo que una casa, pero con muchas más personas, aun así, no existe una minuta semanal.

– Lo vamos planeando día a día, en base a lo que tenemos para cocinar – afirma Margarita.

Oliva cuenta que, para llevar un control de la cantidad de raciones a elaborar, realizan un catastro por pasaje, número de la casa y cuántos integrantes viven allí, de modo que, según ella, “la experiencia sea permanente, no para que vengan cuando les guste el almuerzo, si nosotras estamos entregando un beneficio. No vamos a estar un día haciendo 200 y al otro día, 100 almuerzos, porque las chiquillas están cocinando todos los días la misma cantidad, tampoco podemos estar perdiendo la comida”.

En esa línea, Antumapu tiene como política nunca botar los alimentos: si es que se hacen más raciones, son las mismas organizadoras las que las reparten, por ejemplo, a hogares donde viven muchas personas.

– Buscamos vecinos, nosotras mismas, en este caso tenemos dos vecinas que tienen hartos hijos y a ellos les encanta las legumbres y traen ollas grandes. Nunca se ha botado la comida, gracias a Dios no hemos llegado a ese punto. Dentro de nosotras mismas buscamos la gente para darle. Tratamos de repartir todo lo que nos viene quedando –detalla María.

No obstante, aunque de forma cómica, dice que muchas veces llega más gente de la que está inscrita, como es el caso de los viernes.

– Aquí nosotros damos pollo asado al horno y venía toda la villa, personas que no habíamos visto nunca, venían justo el día viernes, por el olor –comenta entre risas – nos dimos cuenta que las personas venían el día viernes por el pollo asado y arroz, el día feliz.

Pese a la anécdota del último día de la semana, Claudia es clara en comentar que “le damos la prioridad a los que son constantes y después uno entra a mirar cuánto queda y las porciones que podemos dar”. Incluso así, “igual se busca la solución, el qué hacer. Tratamos de no mandar a nadie de vuelta sin comida, tratamos de solucionarlo porque no podemos mandarlos sin comida, no se puede”, finaliza.

Los adornos dieciocheros aún están colgados en la pizarra de la antigua sala de clases. Los casi veinte metros cuadrados están distribuidos entre áreas de trabajo, limpieza, albergue de alimentos y preparación de las comidas; las zonas que están vacías, solo se rellenan por el entusiasmo y cariño que María, Margarita y Claudia tienen al trabajar en el comedor solidario.

Consultadas por la continuidad de sus labores, María es enfática al confirmar la permanencia de las tres en Antumapu: “Nosotras queremos seguir hasta cuando se pueda, cuando nuestro cuerpo diga: ya, paramos”.

Delivery social

Un callejón sin salida. La camioneta da marcha atrás para alejarse de un panorama riesgoso. Si pasa algo, hacia adelante no se puede ir, pero tampoco se puede hacer mucho en reversa. Recién un señor le puso doble llave a la reja de su casa. La música suena de forma estridente por los parlantes de un auto en un terreno baldío, pero repleto de vehículos de todo tipo, entre ellos, un camión de transporte grande, de esos que llevan *containers*. No es un lugar seguro, incluso así, hay que repartir.

Esta escena no es nueva para Pablo Hermosilla (55), miembro del comedor solidario San Alberto Hurtado, en la comuna de Quillota. Él, junto a Verónica Gómez (44), la chofer, son los encargados de repartir las raciones a quienes

no pueden comprar alimentos, muchos de ellos, personas en situación de calle y adultos mayores.

Marcela Díaz (51) es una de las casi diez vecinos que colaboran en el comedor. Tiene el pelo castaño que casi no se le ve, por el gorro de cocina que lleva. Con su mascarilla puesta, los anteojos se le empañan cada vez que habla.

– Somos el único que hace *delivery*, porque acá no viene nadie. Nosotros, por lo mismo de que no podíamos aglomerar gente ni nada, vamos a reparto.

San Alberto es reconocida por su formato de trabajo: de lunes a domingo, sin descanso. La mayoría son adultos mayores y en situación de pobreza.

Díaz relata que la rutina diaria comienza cerca de las 11:00: abrir y sacar los candados de la reja, encender las luces, llenar las marmitas con agua, prender el fuego y esperar a que hierva el agua. Tras este rito, casi por inercia, los voluntarios preparan la ensalada, mientras a la par, otros cortan el pan para disponerlo en el gran mesón y esperar a que otros ayudantes le agreguen, como dicen, “lo que haya en el refri”.

Dada la modalidad del comedor, el almuerzo debe estar listo antes de las 14:00 para que puedan cargarlo en las bandejas de plumavit, en el vehículo que maneja Verónica, una vecina del sector y conductora designada.

Arriba de la camioneta Hyundai Terracan, prestada por Gómez, están dispuestos los asientos para transportar las bandejas. Atrás, en la maleta, los voluntarios hacen un espacio para dejar la leche y las botellas con jugo de durazno.

Pablo Hermosilla, de profesión realizador audiovisual, cuenta que es una “cadena de solidaridad”: parte de las donaciones son entregadas por personas ajenas al comedor y otras, por organizaciones, como es el caso de las hallullas. “Las hacen y las van a dejar al comedor una agrupación de ayuda y rehabilitación de jóvenes con adicción a las drogas”, cuenta.

Mientras habla, la hija de Ximena Alveal (48), otra colaboradora del comedor, corta los panes para dejarlos sobre la mesa. Algunos vienen más tostados que otros, pero al partirlos, todos por igual expelen el clásico olor tan placentero de la miga recién horneada. Apenas termina la tarea, se acomoda en una silla para descansar un poco. A la par, sintoniza desde su celular las clases del colegio. “Quiero estudiar medicina”, señala.

En relación a los almuerzos que se entregan, según cuenta Marcela Díaz, la planificación de las comidas no es tan exacta, pese a que existe una minuta diaria. “Todo puede ser movido, pero normalmente como hay muchas personas en situación de calle y adultos mayores, brindamos dos o tres veces a la semana legumbres”, asegura. Incluso así, intentan organizar un servicio que entregue un menú equilibrado en relación al aporte nutricional.

Ximena Alveal es oriunda de Venezuela, pero hace seis años que tiene la nacionalidad chilena. Su tez blanca, casi sin arrugas y una voz dulce que rebosa el comedor de alegría y cariño por lo que hace, detalla entre risas, que tallarines no es su especialidad, que a veces se le pegan y que aún no sabe calcular la porción “perfecta” para las raciones.

Con dos tenedores, Ximena toma una cantidad considerable de fideos y los deposita en las bandejas, que están dispuestas a lo largo de las tres mesas de la sala. Lo hace así con cada una. Luego, con un cucharón, distribuye la salsa de tomate con carne sobre el spaghetti, con una dosis de nerviosismo a la hora de dosificar el acompañamiento.

Al terminar, Hermosilla raudamente les saca unas fotos a los almuerzos y pide que todos cierren las tapas de las cajas, en una operación que no dura más de tres minutos. Está todo listo para repartirlas.

Más que un almuerzo

Es viernes, 14:00. Los 23 grados Celsius se advierten en las calles quillotanas. No hace mucho calor, pero entre la sequedad del asfalto, el efecto lupa del sol traspasando el vidrio del auto y las polvorientas calles de la ciudad, pareciera que el verano se está notando antes de tiempo.

Verónica Gómez enciende el motor y, al interior del vehículo, las raciones están contadas: 57 bandejas de plumavit con tallarines con salsa y 114 hallullas, dos por persona. Ni uno más, ni uno menos. También hay vasos térmicos para la leche y otros plásticos para el jugo. La comida está caliente y las personas con hambre.

Muchos de los beneficiarios son vecinos, esta particularidad se ve reflejada cuando entre ellos se avisan que la comida ya está por arribar a sus casas. Tanto

Hermosilla como la conductora, saben perfectamente cuántos almuerzos son para cada hogar. Pero también saben sus gustos, preferencias e incluso las mañas de algunos.

Cada una de las entregas comienza con un saludo fraterno y se produce un curioso intercambio de palabras, donde prima la simpatía y la cordialidad: en la despedida, la sonrisa de oreja a oreja es totalmente sobrecogedora.

No obstante, este ritual no siempre es así de perfecto. Hermosilla comenta que, en ocasiones, los adultos mayores no están de buen humor y salen de sus casas alterados y no es del todo agradable. Los voluntarios del comedor San Alberto aseguran que, pese a estas situaciones, nadie les quita la alegría por servir a los más necesitados.

Tras ir a dejar algunas cajas de almuerzo, la camioneta se dirige hacia otro lugar. El acceso es controlado y hay un estacionamiento lo suficientemente grande como para que una decena de autos pueda ubicarse sin problemas. El jardín no es más que un cerco de arbustos que tapan la visión hacia la calle, pero aportan con el toque verde entre tanto pavimento.

Hacia el interior del recinto, una cantidad importante de casas de un piso, la gran mayoría con una entrada sin escalones, solo una rampa, ideal para sillas de ruedas o personas que tiene problemas de movilidad. Las murallas son coloridas: rojo, verde, azul, amarillo y blanco, ninguna de tonos oscuros.

El escenario no es muy distinto a la de un condominio, en proporciones pequeñas, claro está, pero la vida es exactamente la misma. Los abuelos de la residencia del Servicio Nacional del Adulto Mayor (Senama) se conocen entre todos, saben de sus problemas, de sus vidas, inclusive si es que están o no en sus casas.

Verónica Gómez desciende del vehículo y, tal como si tuviera un computador en su cabeza, tiene todo el operativo planificado: a dónde hay que ir, cuántos almuerzos son, a quiénes se les entrega té, leche o jugo; a quién hay que preguntarle por el vecino, y así... todo de memoria.

– Ella no come fideos. A don Carlos hay que dejarle la comida con el vecino porque a esta hora sale. La Ximenita no sé si está, porque se accidentó y lleva varias semanas afuera –relata mientras camina rápidamente.

Estas actualizaciones no son en vano: debe tener todo calculado para llegar y repartir sin demora, porque en otros sectores de Quillota hay gente esperándolos. Aun así, cada caja que se entrega simboliza un breve, pero profundo lazo entre los ancianos y los voluntarios. En ese sentido, la respuesta es mutua, todo termina siempre con un “gracias, mijita” y una amplia sonrisa.

– Es lindo de verdad saber los nombres. Si yo no voy, me mandan saludos y un ‘cómo está’. Ya se crearon lazos con las personas.

Entre la mascarilla y el calor quillotano, Verónica Gómez suspira por última vez antes de entrar a la camioneta y emprender rumbo a uno de los sectores con mayor vulnerabilidad social de la ciudad.

– Vamos a la Defensa del Río, precisa la conductora.

Pies sobre la tierra

A orillas del río Aconcagua, en Quillota, entre el tierral de una calle en construcción y una fogata humeante, se acerca un hombre de pelo negro, tez morena, varias arrugas y con un solo calcetín. Reclama, porque, precisamente, las dos hallullas que vienen en la bolsa tienen mermelada de mora y, según él, tiene diabetes. No obstante, Pablo Hermosilla le replica con simpatía que el trago que toma tiene más azúcar que el contenido del pan, a lo que la contraparte responde con la picardía única del chileno: “Es que el doctor me dijo que el alcohol me cura más rápido, y aquí estamos”.

La ruta hacia este destino no está exenta de obstáculos. El primero, la gran cantidad de luces rojas, discos Pare y Ceda el Paso que ralentizan la misión; el segundo, el estado del camino antes de llegar al lugar.

La única entrada al sector La Defensa del Río es desde una calle pavimentada que termina en una obra en construcción. No solo la forma acceder al punto de entrega complica el panorama, sino también la tierra suelta y los socavones dificultan cumplir con el objetivo de los voluntarios.

Apenas bajan del móvil, el escenario quiebra la parsimonia que viven después del hogar de ancianos. Con latas de zinc, maderas a medio cortar, colchones desparramados por el lugar y una hoguera que solo emana una nube de humo, el panorama no es del todo positivo.

Según cuenta Marcela Díaz, del comedor San Alberto, trece personas habitan en lo que se denominan como “rucos”. Tanto el interior como el exterior de estas viviendas hechizas están compuestas por ropa de abrigo, mallas de nylon y planchas de calamina.

Pese a la situación en que viven estas personas, Díaz es enfática al explicar que siempre hay cariño por parte de ellos.

– Todos salen tan contentos a recibirte: “Hola tías”, u “hola tía y bendiciones”. Nos regalan flores. Es lindo, te juro que es muy lindo.

El objetivo de Hermosilla y Gómez es entregar una ración de almuerzo a cada uno, sin embargo, los beneficiarios no quieren la caja de tallarines con salsa, solo piden el pan que, azarosamente, viene con jamón, paté o mermelada de mora.

Tras finalizar la misión, el camino de regreso es el mismo: tierra suelta y socavones, pero con una inmensa alegría por ayudar a sus vecinos quillotanos.

Siempre estuvieron ahí

Las ollas comunes son parte de nuestra historia. Nacieron en un contexto de crisis económica de 1918, posterior a la Primera Guerra Mundial y desde ese momento representan el escenario de la pobreza en los momentos difíciles del país. Pero también, configuran una característica que está presente en el ADN de todo chileno, la resiliencia y la solidaridad, cualidades que se demuestran cada vez que hay alguna catástrofe. Y en Chile hay muchas.

Estas organizaciones estuvieron soterradas mientras el país vivía años de crecimiento y bonanza económica, fundamentalmente desde el regreso de la democracia. No obstante, para el doctor en Historia Económica y docente de la Universidad de Valparaíso, Patricio Herrera, las ollas comunes emergen en la medida que existan crisis, ya sea económica o social.

– (Chile) es un territorio que siempre ha tenido, por ejemplo, catástrofes naturales. (Hemos vivido) situaciones propias de un territorio que ha tenido por décadas una pobreza importante y la experiencia más relevante que da inicio a una sistematicidad del proceso de ollas comunes data, de la época de 1918, después de la Primera Guerra Mundial-, puntualiza Herrera.

En esa línea, el profesor detalla que, tras la invención del salitre sintético por los alemanes, acompañado del contexto posguerra, la crisis económica en Chile se agudizó profundamente. Casi el 90% de los ingresos del país provenían desde la extracción de este mineral. Gran parte de las actividades giraban en torno al mercado del “oro blanco”, como denominaban a esta materia.

– Eso generó una crisis muy importante en los trabajadores del salitre: muchos de ellos bajaron a las ciudades más relevantes del Norte, por ejemplo, Antofagasta e Iquique. En el caso de Santiago y Valparaíso, también se llenó de un importante contingente de familias del norte o “pampinos”.

A partir de esta inestabilidad y, como respuesta a las carencias alimentarias de los antiguos mineros, se creó, a fines de 1918, la Asamblea Obrera de Alimentación Nacional (AOAN).

– Esa Asamblea Obrera de Alimentación Nacional va a organizar las primeras ollas comunes en Valparaíso, Santiago, Antofagasta, Copiapó, Coquimbo, e inclusive en zonas como Talca, Linares y Concepción –menciona Herrera.

Pero esa no fue la única vez que cobraron un rol trascendental, dado que, en palabras del académico, “fueron una forma de organizarse social y políticamente en un periodo en que la historia de Chile también es bastante compleja. Un período autoritario, donde hay claramente cierto signo, donde los partidos políticos no tienen espacio para poder manifestar su oposición. Entonces, de alguna manera, se involucran mucho con un proceso de organización política, desde las bases sociales, como para poder recuperar también ciertos espacios de politización, los que se habían ido perdiendo entre 1973 y 1983-1984”.

Catastro Nacional de Campamentos 2019

- En Chile hay 802 campamentos.
- En total, en ellos hay 47.050 hogares.
- La región de Valparaíso es la que más campamentos tiene: 181.

Fuente: Catastro Nacional de Campamentos, Ministerio de Desarrollo Social.

Tres décadas y media fue el tiempo que pasó para que las ollas comunes mostraran nuevamente su rol social. Desde marzo de este año, el coronavirus no solo está cobrando la vida de miles de personas, sino que —en paralelo y a causa de las cuarentenas y restricciones— los índices de desempleo alcanzaron niveles históricos en 2020, los más altos de la crisis de 1982-1983. Esto afecta directamente a las fuentes de trabajo y por consiguiente se tradujo en la reducción de ingresos de muchas familias y hogares.

Ante esta realidad, la economista y docente de la Universidad Adolfo Ibáñez, Diana Krüger, afirma que, con la pandemia, muchas familias de clase media se ven realmente afectadas por la crisis: la caída de los sueldos, el sobreendeudamiento y la escasa posibilidad de pagar bienes y servicios, son factores perjudiciales para que miles de chilenos y chilenas caigan bajo la línea de la pobreza.

Ello queda claro cuando se revisan las cifras de personas sin trabajo: el Instituto Nacional de Estadísticas (INE) informaba en su boletín estadístico de empleo trimestral julio-septiembre 2020 (momento en que se terminó de escribir este capítulo) que, durante ese período, la tasa de desocupados alcanzó a un 12,3%. Si las 1.844.192 personas que estaban entonces desempleadas se hubiese reunido, podrían haber llenado 40 veces el Estadio Nacional o 131,7 veces el anfiteatro de la Quinta Vergara.

“Está mala la cosa”

En la región de Valparaíso, particularmente en la comuna de Viña del Mar, el comedor solidario de Villa La Pradera, liderado por María Tapia, y el sacerdote Marcelo Catril, de la Parroquia Asunción de María, en Achupallas, son dos ejemplos de la cruzada solidaria que muchas organizaciones sociales están llevando a cabo para entregar comida a quienes no pueden acceder a ella.

Según los datos que entrega la página web La Olla de Chile, en el país hay 245 ollas comunes y comedores solidarios. No obstante, esta cifra es solo una referencia, ya que no existe un catastro oficial de todas las organizaciones sociales que realizan estas labores.

Con un delantal negro, adornado de un borde beige y figuras hiladas de un tono oscuro, detrás de una pantalla, aparece la sonrisa de oreja a oreja de

una mujer que sorprende por su energía y buen corazón. Ella es María Tapia (58), quien se encarga de coordinar el comedor solidario de Villa La Pradera. Además, preside el comité de vivienda del campamento Manuel Bustos, el más grande de Chile y que está ubicado en la zona alta de Viña del Mar.

Mientras se acomoda en un lugar, sigue haciendo gestos y señas dirigidas hacia las trabajadoras indicando que la labor diaria aún no termina: detrás de ella se ven las instalaciones donde la mujer coopera: paredes azules, artículos de aseo, muebles de cocina metálicos y algunas bandejas de plástico ordenadas debajo de un mesón para preparar alimentos.

La mujer tiene la cara cansada, se nota que es un arduo trabajo, pero eso no le quita su felicidad. Pese a las arrugas que dan muestra del paso de los años, su actitud positiva la mantiene en una constante juventud.

Se sienta e inmediatamente toma de un costado un gorro de chef negro con rojo y se lo ajusta en su cabeza: “Ahora sí”, dice. El reloj marca las cuatro y media de la tarde y el turno de ocho horas de María Tapia llega a su fin. En seguida, comienza a relatar cómo se constituyó este comedor, poniendo énfasis en la situación del país con respecto a, en primera instancia, el estallido social y luego la pandemia.

– (Vimos) mucha gente cesante y mucha necesidad económicamente, no mucha gente que realmente necesita día a día, sino que, también era gente de trabajo y no estaba acostumbrada a tener una necesidad mayor.

La encargada del comedor cuenta cómo comenzó esta cruzada, señalando que, a través de la urgencia propia de la pandemia, surge la motivación por constituir un comedor solidario.

– Nosotros empezamos a ver esta necesidad y nos reunimos entre tres o cuatro mujeres de La Pradera. Dijimos, “está mala la cosa”, hay mucha gente con necesidad: vimos algunos adultos mayores que muchos no tenían qué comer, porque era esa la realidad, gente de trabajo, de esfuerzo, que también quedó en la calle, quedó con deuda, más deuda, más deuda, y no podían parar la olla –explica.

La propia organizadora detalla que, antes de armar la cocina comunitaria, ella era asesora del hogar en una casa particular y, a través de los contactos de

sus empleadores, en mayo de este año instaló una red de ayuda al interior del campamento.

– Empezamos a mandar cartas y decirles si por favor podrían hacer una cadena con mercadería, porque íbamos a empezar un comedor solidario, el 8 de mayo. Para poder continuar con esta olla común, empezamos con 100 raciones – detalla mientras sus compañeras de labor se despiden con señas de manos y brazos.

Tapia es entusiasta al contar el origen del comedor Villa La Pradera, habla de la cantidad de raciones que sirven y, al mismo tiempo, cuenta con las manos y sube la mirada para acordarse de los almuerzos diarios que sirven.

– Y resulta que fueron, 100, 150, después 200, y hoy entregamos entre 280 a 320 raciones por día, tres veces a la semana, lunes, miércoles y viernes.

Todos los alimentos preparados por las voluntarias son a partir de donaciones que hacen distintas organizaciones, entre ellas la Iglesia Anglicana. “Nos aportan con algo de dinero para comprar lo que es la carne, la vienesa, algunas cosas para poder acompañar los fideos, el arroz. Y así hemos subsistido”, precisa María Tapia.

– Hoy día también se ha sumado la Municipalidad de Viña –continúa– nos ha traído algunas donaciones, gracias a Dios, porque ya estábamos pasando susto, no nos quedaba nada.

Pese a los temores, dice que tiene un “ángel de la guarda”: el sacerdote Marcelo Catril, vicario de la Parroquia Asunción de María, ubicada en el sector de Achupallas, en Viña del Mar: “Nos dona todas las semanas y, gracias a él, tenemos verduras”.

El cura Catril (@cura atril), como es conocido en redes sociales, está a cargo de doce organizaciones, entre comedores solidarios y ollas comunes, pero también, hace entregas directas a cerca de 450 familias, quienes se ven beneficiadas tanto con cajas de alimentos como con artículos de aseo.

– Partimos con dos comedores, que es el de María Tapia y María Medina, del campamento Manuel Bustos, que empezaron a organizarse al respecto, y claro, nos empezó a llegar mayor mercadería y empezamos a acopiar y distribuir también a los campamentos.

Desde su casa, Catril (46), teniente primero de la Armada de Chile, explica que el número de cajas solidarias que están entregando ha ido aumentando gradualmente hasta llegar a las quinientas ayudas. Agrega que estas donaciones surgen a partir de la necesidad que viven algunas familias ante el difícil escenario laboral y sanitario.

– La desesperación de los papás fue tal, que ya en abril empezaron a tocar la puerta, aquí en la parroquia. Estábamos dando alimento de lo poco que nos quedaba porque todos los años permanentemente damos mercadería a cierto grupito, pero empezó a ser tal la cantidad de personas, que nos vimos en la necesidad de organizar una entrega masiva de mercadería.

El religioso detalla que, parte de esas ayudas se fueron dando a través de donaciones entregadas por los mismos parroquianos y también por los apoderados de los colegios Seminario San Rafael, de Viña del Mar y Valparaíso, y el The Mackay School, de Reñaca, donde él fue capellán.

– Partimos con 60 personas y ahora estamos en 450 familias que están recibiendo ayuda hasta este mes –puntualiza.

En relación a la cooperación que hace la Parroquia, el sacerdote precisa que los aportes que se realizan son, al igual que con el comedor de Villa La Pradera, en base a las urgencias que vieron a partir de la disminución de los trabajos dada la emergencia sanitaria y el aumento de la pobreza, particularmente en los campamentos del sector alto de Viña del Mar.

Diversidad solidaria

Las ollas comunes no son las únicas que destacan en términos de solidaridad en estos tiempos de pandemia, también hay organizaciones sociales que brindan distintos apoyos a quienes se ven más afectados por esta crisis.

Una de ellas es la Fundación Ciudad Nuestra, que ya lleva cuatro años de trabajo a través de la acción social y el aporte a las distintas entidades vecinales. Esta fundación aporta en Viña del Mar a siete comedores; en Villa Alemana a seis, y en Valparaíso a uno. Su director, David Suazo comenta que la decisión de crear esta ONG surge a partir del interés por “colaborar desde la ejecución y el diseño de políticas públicas de proyectos sociales aplicados, para poder

erradicar la extrema pobreza y disminuir la vulnerabilidad en algunos sectores periféricos de las comunas de la Quinta Región”.

Suazo afirma que ayudar al resto no requiere, necesariamente, pertenecer a un partido político o ser de un determinado nivel socioeconómico, sino que, tener las “ganas” de apoyar a las personas.

Con respecto al impacto del coronavirus en la realidad de los chilenos, el líder de Ciudad Nuestra es enfático al confirmar que la pandemia saca a la luz ciertos elementos sociales.

–Yo creo que el coronavirus vino a desnudar varias cosas que venían pasando de hace tiempo, nos hemos topado en las ollas comunes, sobre todo en Viña, que, si no fuera por el plato de comida que le entrega la olla común, no comerían.

En relación a los propios aportes que entrega la organización, destaca que existe un convenio con la fundación Red de Alimentos, la que se encarga de reunir comida “en merma”, es decir, a medio abrir o a punto de vencer. Ciudad Nuestra las compra a un valor muy bajo para luego repartirlas sin costo a los comedores solidarios y ollas comunes de Viña del Mar, Valparaíso y Villa Alemana.

Otro caso ejemplar es el de Juan Alberto Fernández, ingeniero civil y exgerente de Gener, una de las empresas más grandes de generación de energía eléctrica en Chile. Actualmente, es el director de la fundación Todos a la Mesa, organización que se encarga de financiar ollas comunes en la Región Metropolitana y en otras zonas del país.

Su interés por crear esta organización nace tras conocer, a través de los medios de comunicación, una realidad que –afirma– es muy distinta y que se hallaba a solo tres kilómetros de su casa: una olla común en Colón Oriente, en la comuna de Las Condes.

Tras averiguaciones, llegó al centro de acopio de toda la mercadería, en el almacén Pamela. La dueña del minimarket le comentó que todos los alimentos eran donados por los propios vecinos del sector y por los mismos asistentes al comedor solidario, lo que sorprendió al creador de Todos a la Mesa.

– Nos contactamos con la gestora de la olla, una mujer que vive en Colón

Oriente, Maricarmen. Hablamos con ella, (nos dijo) que había partido la olla hace unos pocos días, con su propia plata.

A partir de esta conversación, Juan Alberto Fernández y su esposa Cecilia, decidieron conformar esta agrupación porque, según cuenta, consideraron necesario que existiera una entidad con el fin específico de ser un soporte económico para las ollas comunes en esta crisis sanitaria. Ante esta inquietud, actualmente Todos a la Mesa contribuye a 45 comedores solidarios ubicados entre la Primera y la Octava regiones, con un total de “más de 20 mil almuerzos a la semana”.

En cuanto a la gestión de las autoridades gubernamentales, Fernández critica sin ambages a las jefaturas comunales, respecto del rol que deben cumplir en sus ciudades.

– Donde yo sí tengo un diagnóstico más negativo, bien negativo, es con respecto a las municipalidades, que están encima de la situación, encima de la gente, de las comunas, yo he visto pocas municipalidades que se han comprometido con las ollas comunes.

Apreciación que contrasta con la visión del alcalde (s) de Quillota, Óscar Calderón, quien además es el director de la Dirección de Desarrollo Comunitario (Dideco).

– Por el lado social, teníamos la misión de irnos adelantando a lo que iba a venir después: gente enferma, cesante, sola y angustiada (...) los comedores solidarios aquí, son levantados con los vecinos, con la comunidad. No es que el municipio llega y lo ejecuta, que podría haber sido una estrategia, aquí es al revés: es la comunidad que lo levanta y el municipio va, colabora y pone a disposición los apoyos que tengamos que poner, aquí se propone la solidaridad desde el mismo origen de la necesidad.

Asimismo, el edil de Quillota afirma que “los equipos municipales que trabajan en la Dideco tienen que pensar en su implementación no desde la oficina ni en la oficina, sino en el barrio y desde el barrio, porque, aunque somos una comuna, hay distintas realidades en lo rural y lo urbano, existe también una distinta madurez que tienen las organizaciones sociales”.

Poder femenino

Durante la pandemia, las mujeres han “puesto el hombro”, como tantas otras veces en la historia, por ejemplo, en la crisis de los ochenta. De hecho, las ollas comunes difícilmente podrían estar en pie sin el toque femenino y la gran mayoría de las cocinas sociales están compuestas por mujeres.

El líder de Todos a la Mesa, Juan Alberto Fernández, asegura que “en la fundación, en toda la mesa, yo soy el único hombre. Todas las demás son mujeres. En las ollas comunes, también la inmensa mayoría de las gestoras, las personas que organizan la olla, y que cocinan y gestionan recursos, son mujeres también”.

En referencia a este tema, María, Margarita y Claudia, del comedor Antumapu de Quillota, responden con modestia y aclaran que los hombres igualmente ayudan, pero en otras labores, como el transporte y la carga de los alimentos. En esa línea, Francisco López, fundador de Patroncitos, organización que vela por la integridad de los niños y niñas en riesgo social, considera que la labor de la mujer es fundamental, pues son las que forman comunidad en el día a día y logran comunicarse entre sí, para la coordinación de la ayuda social.

– Las que hoy día están picaneando para que la gente junte su millón 150 mil para el subsidio; las que hacen las listas; las que van y organizan actividades; que viene Halloween, que la Navidad, que el día del niño; que venden papas fritas porque a una vecina se le quemó la casa; que hay que organizar un bingo... El papel de la mujer es clave –afirma López.

Si bien el cansancio es evidente en las trabajadoras de las ollas comunes, nada las detiene. Existe una motivación por ayudar al resto que las hace levantarse cada día y continuar con el trabajo que desarrollan desde principios de la pandemia: siempre con una perfecta disposición, ánimo y una sonrisa que logra evocar un poco de esperanza a quienes más la necesitan.

María Tapia, en el comedor Villa La Pradera; María, Margarita y Claudia, en Antumapu; Marcela Díaz, Ximena Alveal y Verónica Gómez, en San Alberto, son algunas mujeres de miles que trabajan y colaboran por un Chile más solidario y menos desigual. Todas las labores que ellas hacen, dejan en evidencia que el rol de las mujeres y el poder femenino es uno de los elementos más característicos

de las crisis que nuestro país registra en sus libros.

Juan Alberto Fernández analiza la situación a través de una analogía particular.

– Cuando ustedes estaban en el colegio y algún papá se quedaba sin pega, ¿Quién era la que vendía huevos a la salida del colegio, que vendía tortas o no sé, cuchufliés, o frutos secos? Las mujeres, no eran los hombres. Ellos se quedan fondeados en la casa, escondidos, que nadie supiera que no tenían pega. Y esto se da aquí también. La inmensa mayoría de las responsables son mujeres.

La crisis por coronavirus no es la excepción. Pese al riesgo del contagio, tanto las mujeres como los hombres que colaboran en la instalación y funcionamiento de estas ollas comunes, lo tienen claro: el alimento es un derecho básico del ser humano y, como tal, alguien debe satisfacerlo, aunque sea desde la solidaridad.

CAPÍTULO 14.

El coronavirus, talón de Aquiles de las AFP

MARÍA JOSÉ DE LA BARRA
SABRINA GÓMEZ
GABRIELA ORTEGA
NATALIA VALDEBENITO

Son las 14:46 del 15 de julio de 2020 y Diego Paulsen, presidente de la Cámara de Diputados, sacude la campana para finalizar la sesión en la que, con 95 votos a favor, se aprueba el histórico primer retiro del 10% de los fondos previsionales.

Acto seguido, el ministro de Hacienda, Ignacio Briones, ajusta su bufanda, toma su maletín y se retira abatido por la derrota. Al unísono, los parlamentarios opositores se levantan con banderas de la consigna No + AFP y celebran este hito que será un alivio crucial para los ciudadanos y, a la vez, demoledor para el criticado sistema de pensiones que impera en Chile.

El hemiciclo está dividido, los parlamentarios de Chile Vamos –cabizbajos– saben que su derrota es evidente. Algunos prefieren mirar sus teléfonos, hablar entre ellos o abandonan el lugar en forma discreta. Votos oficialistas, en su mayoría de RN, fueron decisivos para conseguir el quorum que permitió aprobar el retiro, al plegarse a una iniciativa opositora para paliar las necesidades apremiantes de las personas, a pesar que tanto el gobierno como los empresarios lo criticaron como una mala política pública. Las bancadas a favor del retiro celebran de manera eufórica este histórico momento. A pesar que la pandemia obliga al distanciamiento social, se abrazan ente ellos. La diputada Pamela Jiles, del Partido Humanista, pasa a la historia al erguirse de su asiento y correr por la sala con una capa rosada que flamea. Parece una performance de la Abuela, como la apodan. A ella le agrada el sobrenombre: lo utiliza para contraatacar. Su carrera será después comparada con las del personaje principal de la serie animada “Naruto”, y su video fue uno de los más viralizados por las redes sociales durante esa semana.

La mayoría de los diputados cantan el Himno Nacional y se escucha a coro una versión con un nuevo final: “O el asilo contra la opresión, ¡Revolución!, o el asilo contra la opresión, ¡Revolución!”.

Cuatro años antes, el 24 de julio de 2016, la misma consigna que utilizaron los diputados fue la que congregó a más de 750 mil personas que marcharon en las mayores ciudades de Chile en protesta contra el sistema de las Administradoras de Fondos de Pensiones (AFP).

Desde antes de esas movilizaciones había fuertes críticas contra el modelo

de capitalización individual y diversos gremios y sectores exigían un cambio estructural. El Colegio de Profesores era una de estas voces. María Angélica Ojeda, vicepresidenta de este gremio en Antofagasta, recuerda las primeras marchas en 2005 y orgullosa relata que no solo fueron pioneros en esta lucha sino también en exigir una nueva Constitución.

– El año 1997, nosotros hicimos un congreso de educación –dice Ojeda– y planteamos que lo más importante para un cambio en la educación era cambiar la Constitución. Años después, en 2005, además de salir a la calle reclamando algunos derechos laborales, nosotros estábamos en la defensa de la educación pública y No + AFP.

La docente suspira y sonríe con nostalgia al recordar las manifestaciones. Enfatiza que no se deben bajar las banderas porque queda mucho camino por recorrer. “Nosotros veíamos a nuestros pensionados que sacaban 80 o 90 mil pesos de pensión, eran paupérrimas (...) Los jubilados de este país están debajo de la línea de la pobreza, reciben menos del ingreso mínimo nacional y han trabajado toda una vida”.

El fin del sistema de las AFP fue uno de los motores de las movilizaciones del estallido social de 2019. Durante la pandemia, pasado el shock inicial del virus, la ciudadanía repuso el tema en la agenda. La crisis económica y el sostenido aumento del desempleo llevó a la población a exigir que se les permitiera, por primera vez en la historia, retirar parte de sus ahorros para solventar necesidades básicas.

Ya no eran 750 mil personas, sino que un 82% de la población, según la encuesta Pulso Ciudadano, que dijo estar dispuesta a retirar el 10% de sus fondos previsionales. Durante las sesiones en que el Congreso abordó el tema se registró un visionado histórico de más de 18 mil espectadores.

Pese a que el plazo máximo para solicitar el dinero por el primer retiro del 10% es el 29 de julio de 2021, la Superintendencia de Pensiones informó que hasta el 22 de enero de ese mismo año, 10.516.264 personas habían solicitado sus fondos y, de ellos, 10.264.004 ya los habían obtenido.

Antes de terminar 2020, y con el paradójal apoyo del gobierno, el Congreso aprobó un segundo retiro, pero con condiciones, a diferencia del anterior. La

Moneda y Hacienda terminaron impulsando este proyecto al advertir que, de nuevo, no podrían alinear a sus parlamentarios para rechazarlo. Fue la conocida táctica de que “si no puedes con tu adversario, únete a él”.

Al 22 de enero de 2021, entre el primer y segundo retiro de sus fondos previsionales, los afiliados y beneficiarios han sacado 33.931 millones de dólares. El monto es equivalente a casi la mitad del presupuesto fiscal de 2021, o si se prefiere, tres veces los ingresos por exportaciones que obtuvo la estatal Codelco en 2019.

Ese dinero, de propiedad de los trabajadores, ha sido el mayor volumen de ayuda que han recibido durante la pandemia. A esto se agregan los fondos de cesantía, también de propiedad de los asalariados. En la crisis sanitaria del coronavirus, la principal ayuda ha sido de los propios trabajadores a sí mismos, a costa de sus fondos para la vejez y cesantía, superando el apoyo estatal.

Matías Soto, María Pía Roa, Diego Valenzuela, Carola Bravo, María Angélica Ojeda, Jorge Poblete e Ibeth Romero, son algunas de las personas que han usado estos recursos en el primer retiro del 10% de las AFP.

El recorrido de una lucha

Para muchos ese 24 de julio de 2016 marcó un antes y un después en el tranquilo reinado de las AFP. No eran solo jóvenes ni estudiantes secundarios, sino miles de personas, de diferentes generaciones, quienes marcharon por la Alameda y acompañaron, entre pasos y aplausos, el ritmo de las batucadas. La manifestación no distinguió edad, oficio ni color político, pues muchos chilenos se congregaron por una sola causa: poner fin al actual sistema de pensiones.

Al inicio de la década de los ochenta, la dictadura incorporó un nuevo sistema previsional de capitalización individual, en que la jubilación depende de los ahorros que haga el trabajador en su vida activa. Este reemplazó en forma paulatina al sistema solidario, en que las generaciones de trabajadores activos financiaban las jubilaciones de los trabajadores jubilados. La reforma creó las Administradoras de Fondos de Pensiones, empresas privadas para manejar los fondos y que prometían jubilaciones equivalentes al 70% de las últimas rentas. Sin embargo, más de cuarenta años después de su implementación, el

promedio de las pensiones es de \$ 288.308, monto que, para un hogar de dos personas, bordea la línea de la pobreza. Por tanto, los años de trabajo, sacrificio y esfuerzo no han sido suficientes para que los adultos mayores tengan una jubilación digna. Esto, que ningún gobierno ha podido solucionar, ha generado indignación e impotencia y fue uno de los motivos del estallido social. Además, los fondos que los trabajadores han cotizado obligatoriamente en las AFP han permitido que los propietarios de estas administradoras controlen empresas clave de la economía chilena.

Las banderas amarillas del movimiento No + AFP inundaron la principal avenida de la capital ese 24 de julio. La movilización se tomó la agenda de los medios de comunicación. “Masiva convocatoria logra la marcha contra las AFP” (*Cooperativa*); “Marcha ‘No + AFP’: Convocantes cifran asistencia de 600 mil y Carabineros en 800 mil” (*Emol*); “La historia del movimiento que convocó a miles de chilenos” (*La Tercera*); “No + AFP: Masiva concurrencia a marcha familiar contra las AFP” (*24 Horas*); “No + AFP: imágenes de las masivas protestas contra el sistema privado de pensiones de Chile” (*BBC Mundo*).

Para el economista Juan Carlos Feres, exfuncionario internacional de Naciones Unidas, el sistema de pensiones chileno era una bomba de tiempo que en cualquier momento podía estallar. Según él, las AFP no son un sistema de seguridad social, sino solo un modelo de ahorro individual, en el que la pensión está directamente relacionada con la capacidad de las personas de acumular fondos en su vida activa.

Lo que hizo detonar la bomba no fue un hecho en particular, sino que, esgrime Feres, un proceso de larga duración que llevó a la gente a levantar la bandera de No + AFP.

– Ya en 2006 estaba absolutamente demostrado que el sistema, habiendo alcanzado su mayoría de edad, tenía personas que estaban jubilando con más de 26 años de aporte y que obtenían pensiones miserables (...) Eso te lleva al cuestionamiento de decencia del sistema porque no solo no ha ofrecido lo que fue su promesa, sino que no tiene ninguna chance de cumplirla en ningún futuro.

Nuevas demandas estremecen el sistema

A mediados de 2019, la profesora de matemáticas María Angélica Ojeda caminaba por las calles de Antofagasta cuando se encontró con una de sus compañeras de la Coordinadora No + AFP. Bastaron un par de minutos de conversación para que ambas, sin presagiar lo que vendría, cambiaran en 180° el debate ciudadano en torno al sistema de pensiones. Cuenta Ojeda:

– Venía saliendo de mi club de lectura cuando la vi. Estaba con una cara de tristeza, como desmotivada y le dije: “¿Qué te pasó?”

– Necesitamos más personas para hacer la demanda de las AFP -le explicó.

– ¡Yo lo hago, no te preocupes! –le respondió.

Al día siguiente, la profesora, que estaba en paro, partió a la AFP con una carta. Ojeda terminó sus 33 años de docencia con una remuneración superior al millón de pesos mensuales. Sabía que al jubilar sus ingresos iban a disminuir de forma considerable. No esperaba nada del sistema de pensiones e incluso así este la decepcionó.

– Yo pensaba que iba a sacar una pensión de unos 380 mil pesos, más o menos. Con eso me alcanza perfectamente para vivir. Pero la verdad que no fue así, bajar de un millón doscientos a ganar 185 mil pesos, era tirado de las mechas. Por esto, luego del fortuito encuentro de esa tarde y apoyada por la Coordinadora, demandó a la AFP Cuprum para pedir los más de 45 millones que había ahorrado en su vida laboral.

En menos de un mes, centenares de correos electrónicos circularon entre la AFP y la jubilada sin llegar a puerto. La situación era un dolor de cabeza para Cuprum y el único remedio que encontraron fue negarse a la petición de la profesora.

A pesar de la negativa, Ojeda no bajó sus brazos. Más que obtener esos fondos, la motivaba cambiar el sistema previsional para que las personas puedan vivir con dignidad.

– Mi intención iba más allá, porque si me podían devolver la plata a mí, se la podían devolver a miles de personas que estaban en iguales o peores condiciones que yo. Quería denunciar que los pensionados de este país están

NO+
AFP

“NO SOY UNA SIMPLE PROFESORA JUBILADA”

María Angélica Ojeda, a sus 66 años, en su cuerpo guarda secretos de luchas sociales históricas. Desde adolescente tuvo ansias de cambiar lo establecido. Hoy afirma no solo ser una profesora jubilada, sino que es la voz enérgica que representa a todo un pueblo, que lucha por una causa común.

Se crió en las oficinas salitreras y a los 7 años se fue a vivir a Santiago con uno de sus hermanos mayores. Se involucró en las manifestaciones y con 15 años se afianzó al mundo gremial, tanto por causas estudiantiles como sociales. Miraba desde su balcón en la Avenida Bulnes a los manifestantes que protestaban frente a La Moneda y esto hizo que cuestionara el mundo de forma diferente.

“Ahí va un poco mi compromiso social con la gente y yo personalmente, creo que ahí está mi conciencia. Ver los discursos de Allende, de los candidatos a presidente, diputados, las huelgas y las marchas del hambre, un montón de cosas que uno ve cuando chica y, como no teníamos televisor, era entretenido mirar por la ventana”.

Antes del golpe de Estado toda su familia participaba en política, sin embargo, después del 73' sus hermanos tomaron distancia y ella encontró en la clandestinidad la única forma de seguir luchando. A pesar de los años, cuando ahonda sobre este período, se retrae, evita el tema y guarda silencio.

Tres años después del golpe volvió al norte a estudiar Pedagogía en Matemáticas y, una vez ejerciendo, se involucró de lleno en el mundo gremial. “Empecé a ser presidenta de mi liceo, después seguí siendo dirigente. En una oportunidad llegué a tomar un cargo en la directiva regional de Antofagasta y hasta hoy soy dirigente comunal.”

No le gusta que la recuerden como la pobre profesora jubilada que retiró su dinero de la AFP, sino que para ella su vida ha sido mucho más que eso: “Yo soy la vicepresidenta del colegio de profesores, soy parte de la coordinadora NO+AFP, soy dirigente de la CUT. Soy una mujer que tiene una representatividad, he hecho un trabajo gremial durante muchos años, tengo un compromiso social y político con este país”.

Cuando habla de su trayectoria sindical se emociona al recordar las marchas que más la marcaron. “La manifestación que más me emocionó, porque me encontré con mi hermano, fue la de la Guerra de Vietnam. Mi hermano había viajado de Antofagasta para la marcha y nos encontramos. Estamos hablando del año 71'. Esa y la convocatoria del año pasado -la marcha del millón del 25 de octubre- donde hubo una cantidad increíble de gente en Santiago y en todo el país. Me mueve el hecho de que mucha gente pueda participar en movimientos que, de alguna manera, unan.”

bajo la línea de la pobreza reciben menos del ingreso mínimo y han trabajado toda una vida. Mi objetivo era mostrar la realidad de miles de personas.

Frente a la negativa de la AFP, presentó un recurso en la Corte de Apelaciones de Antofagasta basada en dos fundamentos: el principio de seguridad social y el derecho a la propiedad. La disputa jurídica duró semanas, era una demanda sin precedentes en la historia del sistema de pensiones y, para sorpresa de muchos, la justicia falló a favor de la docente.

En plena pandemia su nombre volvió a resonar. Era pionera en entablar la discusión del retiro de fondos y su caso inspiró a un grupo de diputados de oposición que, frente a la lentitud e ineficacia de las ayudas del gobierno, además de que no eran universales, propusieron paliar la crisis económica con una medida excepcional: el famoso retiro del 10%. Para María Angélica Ojeda este proyecto de ley tenía un sabor diferente, se sentía parte de lo que le dio vida a la moción parlamentaria.

–Al ver lo que estaba sucediendo –relata Ojeda– me sentí como el que metió el gol al final del campeonato porque, en el fondo, contribuí a poner en el debate la situación de las pensiones. Por eso, con el retiro del 10% estoy muy satisfecha, ya que muchas personas accedieron a su plata, sus fondos, una parte de sus sueldos.

Mosaico emprendedor

En pleno siglo XXI con tecnologías que avanzan cada día más rápido, sería impensable que la especie humana se viera en peligro. Sin embargo, una pandemia azotó al mundo entero e hizo que muchas personas volvieran a poner su instinto más intrínseco a prueba, sobrevivir.

Con la crisis sanitaria, los trabajadores fueron sumamente afectados. El *peak* ocurrió en el trimestre de mayo-julio donde, según las estadísticas del INE, la tasa de desempleo alcanzó un 13,1%, equivalente a casi dos millones de personas que perdieron su trabajo, una cifra que no se observaba hace 16 años. Al cerrar las empresas, las mentes se abrieron para crear nuevos emprendimientos. Matías Soto es un joven extrovertido de 23 años, pelo castaño y cuerpo fornido. Este capoeirista y estudiante de educación física,

posee una sonrisa y energía que traspasa la pantalla. Mientras come sushi, habla del motor de su vida, su hijo Andrés de tres años.

Trabajaba en el Estadio Municipal de Quinta Normal haciendo rutinas de entrenamiento para la gente, pero el paso del estallido social y el inicio de la pandemia lo dejaron cesante en febrero de 2020.

- Me sentía desesperado por no tener plata y no poder depositarle a mi hijo -relata-. Empecé a preguntar tanto que un amigo me dijo: “Oye Mati, anda conmigo a la feria y yo te pago 10 lucas diarias por vender chocolates”.

Pasaron dos semanas y Matías se dio cuenta que el ingreso que recibía era insuficiente para cubrir sus gastos y los de Andrés. La única solución era independizarse. Juntó coraje para hablar a su amigo y le pidió el contacto del proveedor: comenzó a vender chocolates por su cuenta.

Paralelamente, al otro lado de la capital, la familia de María Pía Roa también debió emprender. Al comenzar la pandemia, muchos rubros se paralizaron y uno de ellos fue el de los restaurantes. Varios trabajadores enfrentaron la cesantía o tuvieron que acogerse, por decisión de sus empleadores, a la Ley de Protección al Empleo. Uno de los afectados fue José Carlos, su esposo, quien trabajaba en Tiramisú, una pizzería de Las Condes.

- Pasó esto el 18 de marzo, cerraron el restaurante, lo mandaron a la casa y al final de mes le llegó un tercio del sueldo -dice Roa-. Fue espantoso, porque en abril había que pagar arriendo, colegio, todos los pagos que se hacen y tú dices, “chuta, si no alcanza la plata, ¿cómo la haces?”

Ella es una mujer de grandes ojos que inspiran alegría y una sonrisa que transmite alivio. Finaliza su día en la madrugada tras una agitada jornada. Tiene muchas formas de endulzar la vida como le demuestra día a día a sus comensales y familia. Reinventa sus labores, su hogar y afronta las adversidad como si fluyera en el caudal de un río. A través de la cámara presenta a su esposo, lo besa... Se miran con complicidad, quieren seguir creando.

Su vida antes de emprender se basaba en el corretaje de propiedades, administraba las casas que su madre vendía, pero como todo se paralizó, también dejó de trabajar. La situación los obligó a priorizar gastos. Tenían ahorros, pero el bolsillo solo aguantaba los primeros meses de pandemia,

sabían que debían buscar nuevos rumbos: “Oye, ¿qué hacemos? Hagamos lo que sabemos hacer”.

Así fue como, literalmente, pusieron las manos en la masa, prendieron los hornos y nació Julimandy’s.

Carola Bravo, por la necesidad y las ganas de mantenerse firme frente a la crisis sanitaria, también emprendió. Como María Pía, es chef, fue corredora de propiedades y tiene dos hijos. Sin embargo, su vida tomó un rumbo completamente diferente.

Su pelo café con tintes anaranjados es una de sus características más llamativas. A los 44 años transmite optimismo y ríe con la mirada. Con orgullo, cuenta que ha vendido huevos, mascarillas y detergentes para sacar adelante a Florencia y Nicolás, sus hijos. Dejó de lado la conducción de Uber para sobrellevar este período de incertidumbre, que cataloga como “un obstáculo más de la vida”.

Antes de la pandemia, mientras los niños estaban en el colegio, Bravo obtenía su mayor ingreso manejando por el sector oriente. El confinamiento hizo que las personas dejaran de transitar por las calles mientras las cifras de contagios aumentaban. El panorama era incierto y era perentorio encontrar estabilidad económica, por lo que buscó nuevos horizontes. Al enterarse, su amiga Daniela le dijo:

– Sabes Carola, yo te ayudo con esto, te entrego algunos productos a consignación y tú los vendes, así ambas ganamos, ¿te tinca?

Su nueva socia había comenzado a formar una empresa y le tendió una mano. Era el impulso que necesitaba para sobrellevar los gastos y sustentar a sus hijos durante los meses más críticos de la pandemia. Emprender significó movilizarse para difundir boca a boca su negocio y tener clientes. Pegó carteles escritos con su propia letra: “Vendo huevos, mascarillas y detergentes a domicilio. Contáctame al WhatsApp, Carola Bravo”. Pasó por todas las conserjerías de los edificios, postes y paraderos de su vecindario.

Emprender es una moneda de dos caras: ganar o perder. Jorge Poblete vivió de lleno esta segunda opción. Cada incertidumbre en la vida solo es un día malo para él, sobrevivir en soledad, una etapa más.

En sus cuatro años de cesantía ha enfrentado múltiples batallas, pero mantiene

la mirada hacia el horizonte. En sus ojos se notan las marcas de guerra y cada vez que habla de su extensa carrera se yergue.

Cuando la empresa de la que formaba parte anunció que sería adquirida por la multinacional sueca Electrolux, supo que sus días como gerente estaban contados. Al advertirlo pensó en un plan B. Aprovechó su último tiempo en la empresa para adquirir nuevos conocimientos y tomarlo como una oportunidad de emprender. Desde que quedó cesante pasó muchos procesos internos que lo ayudaron a asimilar el duro golpe que vivió. En 2016 obtuvo un máster en negocios internacionales en una universidad española y dos años después creó un negocio de toldos. Desistió porque las ganancias fueron insuficientes.

– Partí el año 2018, muy despacito, el 2019 empecé a crecer un pelito, después me pilló el estallido social y la pandemia. Ahí la actividad se fue a cero, los clientes no trabajaron, no produjeron y no tuve más opción que cerrar.

Poblete sabe que esta no es su última oportunidad, pero Diego Valenzuela apostó todo y la pandemia se hizo cargo de que su inversión no diera frutos. A fines de 2019 su madre falleció por un accidente cerebrovascular y debió dejar el lugar donde vivía con ella, su pareja e hijos. Él la cuidaba desde hace meses y paralelamente trabajaba en un bazar.

– Cuando ella murió, seguí trabajando en ese bazar y la dueña me dio el dato del campamento para que le echara una mirada y yo llegué, quedé justo en una casa esquina y de ahí que no nos hemos movido.

A punta de pintura y martillo, Diego levantó su hogar en el campamento Dignidad, enfrentando la calle, la pobreza y la crianza de cinco niños. Claudia, su pareja, y el amor de su familia lo han ayudado a salir de la depresión y sobrellevar esta pandemia con la frente en alto.

Llegaron al campamento el 5 de enero de 2020 y recuerdan ese día como si hubiese sido ayer. La familia venía con problemas económicos previos a la pandemia y, junto con cuatro niños y un bebé en camino se instalaron en Dignidad con un toldo, una carpa y un colchón.

La voz de Claudia se quiebra al relatar. Es la primera vez que verbaliza el proceso:

– Fue difícil, porque pasamos sed y hambre. Con mi pareja no sabíamos de

dónde sacar para darles de comer a los niños que son los que más sufren, no teníamos cómo cubrirlos del calor, porque llegamos justo en verano, fue fuerte y más encima que había muerto mi suegra, más fuerte nos agarró. Es sacrificado, pero Dios no me ha desamparado, sigue conmigo.

Mudarse al campamento Dignidad, implicó dejar de trabajar para construir su nueva casa, por lo que decidió invertir el dinero de las AFP que heredó de su madre en un almacén. El negocio estaba junto a su vivienda y en este, las más de 500 familias que viven en Dignidad podían encontrar desde una caja de fósforos hasta un kilo de arroz. Sin embargo, la crisis sanitaria hizo que las puertas del emprendimiento cerraran para evitar contagios y sus ingresos se redujeron a cero.

También hay personas que sufrieron las consecuencias de la pandemia con un trabajo estable. Una de ellas fue Ibeth Romero, venezolana que en 2016 llegó a Chile junto a sus hijos.

Un 5,02% del total de la población residente en Chile es inmigrante. La inestabilidad que impera en los países de América Latina hizo que, desde 2015, miles de extranjeros llegaran al oasis de la región. Según el INE, la ola migratoria alcanzó su mayor cifra en 2019, llegando a casi un millón y medio de personas como residentes habituales.

Ibeth viajó en busca de una mejor vida y estabilidad económica. Con su mirada cautivadora y sus ojos verdes, relata su anhelo de surgir en un nuevo país. Cansada tras un extenso día de trabajo, transmite su principal motivación, sus hijos Paula y Edward.

Arribar a Chile no fue fácil: “Fue duro porque no conseguía trabajo, gracias a Dios traía unos dólares de ahorro, y con eso me mantuve unos meses. Después conseguí un *part time* en el negocio donde estoy y en enero cumplí tres años. Soy muy estable, no me gusta estar aquí allá. No gano gran cosa, pero tengo otros beneficios bien maravillosos, o sea, yo salgo, busco a mi hija al colegio, la llevo toda la tarde al trabajo. Una cosa compensa la otra”.

En Venezuela su vida era completamente distinta. Se emociona al recordar su tiempo como jefa del departamento de vida –lo que aquí se llama recursos humanos– de la Venezolana de Industria Tecnológica (VIT) porque, si bien no

era millonaria, ganaba lo suficiente y no llegaba apenas a fin de mes.

El ingreso que recibe atendiendo un negocio en Maipú la hizo calificar dentro quienes cumplen con los requisitos necesarios para recibir ayuda estatal:

– Fui beneficiada con el IFE (Ingreso Familiar de Emergencia) y el Ingreso Mínimo Garantizado, que son como 45 mil pesos, porque yo tengo un sueldo muy bajo. También recibí una caja de alimentos, pero a mi hija le dan algunas cositas de mercadería porque va al colegio público.

El retiro lo hizo posible

Una vez aprobado el proyecto de ley para el retiro del 10%, algunos vieron estos recursos como una oportunidad para salir adelante. Por fin, en medio de la incertidumbre, una certeza: el dinero fue un respiro para el país, oxígeno para los endeudados y un alivio para las empresas.

Carola Bravo sintió alivio y alegría. Con el 10% pudo solventar las necesidades básicas de su hogar y ponerse al día con las cuentas. “En mi caso no es para comprarme ropa, ni televisores o celulares, sino que es para pagar lo que debo, poder comprar en el supermercado y seguir viviendo el día a día”, cuenta.

Las palabras del ministro de Hacienda, Ignacio Briones, sobre que esta medida era “pan para hoy y hambre para mañana” no la amilanaron. Sacó sus fondos previsionales porque su necesidad presente estaba antes que el futuro. Explica:

– Las jubilaciones son tan miserables en este país que en realidad yo prefiero salvarme ahora. Más adelante tendré que ver cómo lo hago.

Para Ibeth, más que alivio, su primera sensación fue de decepción. Pensaba que por ser extranjera no podría acceder a su dinero, pero en la televisión se enteró que todos los afiliados a las AFP sí tenían derecho al retiro y, en ese instante, tuvo esperanzas:

– Yo tengo permanencia definitiva, estoy totalmente en regla por lo que sí calificaba. Lo primero que hice fue pensar qué iba a hacer con ese millón de pesos.

Le rechazaron su primer intento de retiro. Le dijeron que era un problema del Registro Civil. No se rindió. Sabía que el sistema estaba colapsado.

– Hice la segunda postulación en nombre de Dios, porque me hacía falta.

Enfermos terminales podrán retirar fondos de las AFP

Desde el 1 abril de 2021, los afiliados al sistema de AFP y los pensionados que padezcan enfermedades terminales podrán retirar sus fondos acumulados para la previsión. Según establece la ley, quienes sean certificados como enfermos terminales tendrán derecho a recibir una pensión calculada como una renta temporal a doce meses.

La pensión será calculada por la AFP con cargo al saldo de la cuenta de capitalización individual del afiliado que sea enfermo terminal, previa reserva del capital necesario para el pago de las pensiones de sobrevivencia y la cuota mortuoria.

Según explicó el presidente Sebastián Piñera al promulgar la iniciativa, “esta ley considera como enfermo terminal a toda persona que tenga una condición de salud grave y que tenga una expectativa de vida inferior a los 12 meses”.

En una primera etapa, transitoria, entre el 1 de abril y el 30 de junio de 2021, accederán exclusivamente a la pensión anticipada y al retiro de fondos para enfermos terminales quienes estén incorporados en los beneficios de las Garantías Explícitas en Salud (GES) de los cuidados paliativos de cánceres avanzados para un grupo específico de dichas patologías. Durante ese trimestre, quienes padezcan alguna de dichas patologías accederán al beneficio mediante un certificado de la unidad de cuidados paliativos del establecimiento asistencial en el cual se esté tratando. El beneficio se otorgará con rapidez, en los cinco días hábiles siguientes a la presentación de la solicitud en la AFP.

En la segunda etapa, en régimen, que comenzará en julio de 2021, el nuevo consejo médico de la Superintendencia de Pensiones, integrado por médicos de distintas especialidades, se dedicará exclusivamente a certificar la condición de enfermo terminal, para lo que tendrá diez días hábiles no prorrogables en cada caso. Si el pensionado o afiliado no está de acuerdo con la resolución podrá recurrir a un Consejo Médico de Apelación, integrado por facultativos de distintas especialidades, que tendrá diez días hábiles no prorrogables, para dirimir en estos casos, según establece la Superintendencia de Pensiones.

Fuente: Superintendencia de Pensiones.

Mi meta, mi sueño, es tener una casa propia para que mis hijos no pasen tanto trabajo, porque aquí el arriendo es muy costoso. No me importa otra cosa más que eso.

Ibeth invirtió su dinero del retiro en una Cuenta de Ahorro para la Vivienda, buscando un mejor futuro para sus hijos. Su vida no tuvo un vuelco. No perdió el trabajo y su sueldo siempre ha sido bajo, pero los bonos fueron un pilar fundamental para ella durante estos meses. El retiro fue para cumplir su meta que, de no tener ese millón de pesos, le habría costado años conseguir.

Para Jorge Poblete no fue así. Aunque él se encuentra sin trabajo desde hace cuatro años, el Estado no le otorgó ningún beneficio, ya que su labor profesional no califica en los registros del Servicio de Impuestos Internos: sus ingresos vienen de proveedores desde el extranjero.

Tampoco tiene acceso a la Ficha de Protección Social: “Estoy viviendo de allegado en la casa de un familiar. Ella no califica en el Registro Social de Hogares, tiene una buena situación, por lo tanto, no accede”. No culpa al Estado porque admite que su situación personal es bastante particular.

Cuando Poblete recibió el dinero del 10%, ya tenía planificado en qué usarlo. Cubrió cuentas pendientes, créditos y la universidad de sus hijos.

– No aumentó ni un pelo mi estándar de vida. El único gusto que me di fue comprarme unas zapatillas y ropa para mi hija menor.

Desde que quedó sin trabajo el 10% fue la única ayuda que recibió.

Para él, esto también significó una gran tranquilidad, porque sabe que, a pesar de la angustiante situación en la que se encuentra, debe cumplir con Martín, Magdalena y María Paz, sus tres hijos.

Para muchos padres, sus hijos son el principal horizonte y, a la vez, la mayor preocupación. En el campamento Dignidad, a Diego Valenzuela le angustiaba no saber cuánto tiempo más estaría sin trabajo. Debía mantener a cinco niños y llegar con un plato de comida a la mesa. El retiro de sus fondos más los de Claudia –ella tenía solo 35 mil pesos acumulados– les garantizaron un par de meses de tranquilidad.

– Fue un alivio. Era como si me estuviera ahogando y me tiraran un salvavidas. Con el dinero en sus manos, la pareja no lo pensó dos veces. Compraron

mercadería, la suficiente para llenar los refrigeradores y, con lo poco que sobró, aprovecharon de arreglar su casa:

– Es como un plus que le llegó a la familia, da como energía positiva. Porque uno como papá se siente bien; a los hijos no les está faltando para comer, disfrutaban lo que uno le tiene.

Sin embargo, el dinero se agota, los alimentos se acaban, son muchos en casa y todos se ven en la obligación de hacer algo para volver a tener algún ingreso. Varios en su hogar trabajan en la feria, venden ropa o cartonean, hacen lo posible para alimentarse, “sabe, ni yo mismo me explico cómo estamos así de parados”.

El capoeirista Matías Soto no es la excepción. Aunque no vive con su hijo Andrés, él es su preocupación principal. Tras sobrevivir cuatro meses de cesantía, encontró trabajo en una bodega que se dedica al transporte: Newtrans. Paralelamente, sigue su emprendimiento de chocolates. Como sus ingresos aún no le permiten cubrir todos sus gastos, la noticia del retiro le hizo sentir que la soga que tenía al cuello se iba aflojando de a poco.

– Cuando se empezó a hablar sobre el 10% sentí alivio. Yo dije “pulento, todos vamos a recibir plata”. Y cuando ya empezaron a decir en la tele, “los que deben plata en la pensión, no van a poder sacarla”, yo dije “tate”. Era.

Él dice haber estado al día con la pensión alimenticia de Andrés, por lo que no se inquietó cuando hablaron de la retención para quienes debían este dinero. “No tenía deuda en la cuenta, de hecho al contrario, deposité más de la plata que correspondía”. Sin embargo, Esperanza, la madre de su hijo, pidió que le retuvieran los 680 mil pesos que el recibiría.

Este extendió el proceso. El Juzgado de Familia de San Miguel debe dictaminar si corresponde o no traspasar los fondos a la cuenta de Esperanza. Matías aún espera de la resolución. El asegura que cuando revisen el estado de los pagos sabrán que no corresponde hacer efectiva la retención, pero de no ser así, no tiene problema de que se le descuente una parte de sus ahorros. Mientras la justicia dictamina, Matías sigue con su emprendimiento: le retengan o no el dinero, debe depositar la pensión de Andrés.

El inicio de esta nueva etapa para la familia de María Pía Roa, no solo fue

de inversión sino que también consistió en acomodar su hogar a la pyme. “Tuvimos que ir adaptando los espacios, la cocina, los muebles”. Así, en el living comedor ahora también hay cosas del negocio.

Aunque sus hijos le ayudan con el emprendimiento, el tiempo libre para ella se redujo. Se dio un gusto con una parte del 10% y compró una aspiradora eléctrica para optimizar su día. Al adquirirla se sintió muy frívola. Cuenta que pensó que con este dinero podría haber ayudado a otros. Sin embargo, si el emprendimiento crecía, esto les daba la oportunidad de apoyar a otras personas: “Nosotros somos de esa idea, de que uno tiene que ayudar, porque siempre hay alguien que va a estar más mal que uno, ¿cachai?”

Gracias al retiro del 10% y los aportes de su padre, su negocio propio creció, y cada día satisfacen a sus clientes con sus recetas de pizza, que cautivan con los sabores que crean. Un toque gourmet, pero a la vez casero, es el valor agregado que atrae a sus clientes.

Lo que el 10% no cubrió

Las consecuencias de la crisis sanitaria son evidentes y van desde los síntomas del virus a la recesión. También hay secuelas psicológicas como el insomnio, la angustia, ansiedad y el estrés, que hacen la cotidianidad más difícil de sobrellevar. En este ámbito, el apoyo, amor y unión de la familia es fundamental para conseguir el equilibrio.

A Carola Bravo la desesperación la desbordó. Sintió angustia y miedo. Quería trabajar, pero no podía y esto le generó achaques, mareos e incluso una hernia en la columna. “Yo creo que esto ha llevado a la mayoría de la población a estar en una situación de estrés, presión y todo lo que conlleva no tener la plata, tener que vivir día a día sin saber cómo ni con cuánto”, plantea.

Debió guardar su orgullo y pedir ayuda económica a sus padres. “Tengo la suerte de que me han podido pagar algunas cuentas, cosas así, pero ha sido difícil. El papá de mis hijos también me apoya, paga el arriendo de mi departamento y el colegio. Si no fuera por ellos yo estaría en la calle”, dice.

Tras ocho meses de encierro, ella tiene esperanzas de que todo pase pronto: – Lo que hago es rezar y pedirle a Dios que encuentren luego la vacuna, nos

podamos sanar todos, nadie más se contagie y salgamos adelante.

Al igual que Carola, Jorge Poblete atravesó por una época de incertidumbre. Inquieto y abatido, debió luchar internamente para no deprimirse. Así resurgió una ilusión, la de volver a creer en sí mismo, y seguir adelante, gracias al apoyo de su familia, pareja y amigos, que persistieron en todas sus batallas.

– Fui súper bien acogido por mi familia y eso ha sido clave. Lo otro, es que mi pareja me ha ayudado sentimentalmente, ha estado ahí también en varios momentos. No es una ayuda monetaria, pero sí me ha ayudado a poder hacer la vida más agradable.

A Poblete le inquieta el cambio de estándar de vida, porque sus hijos no están acostumbrados a esta inestabilidad de su padre. Explica:

– Sientes que fracasaste como papá y te sientes mal de no poder darles a tus hijos todo lo que te faltó cuando chico. Siempre me preocupé de dárselos, pero bajo esta situación fue muy difícil, no podía nomás...

Martín, Magdalena y María Paz, sus hijos, fueron capaces de enfrentar la situación y poner los pies en la tierra.

María Pía Roa también sintió el apoyo de sus hijos desde el primer momento. Apenas ella y José Carlos, su esposo, les contaron que emprenderían, los niños se sumaron y les dijeron: “Ya y ¿nosotros en qué vamos a ayudar?, ¿cómo vamos a trabajar nosotros?”.

Así fue como Julián, el mayor, se convirtió en el fotógrafo y Amanda se dedicó a rallar el queso de las pizzas.

Pese al crecimiento familiar, no faltaron las crisis pandémicas, como ella misma define, en las que el llanto la desbordaba. “Se suma todo, las cosas de la casa, el no poder ver a los amigos, a la familia. Nosotros somos súper sociales, mi casa siempre estaba llena de gente”.

Después ocurrió el regreso de José Carlos al restaurante. Justo cuando ya se habían acostumbrado a estar todo el día los cuatro juntos, y disfrutaban de cocinar en familia: “Estar sin tu *partner* era fome, en especial los primeros días, angustiante, triste, fue como un barril de agua con hielo”, dice.

Los niños han sido su principal preocupación. La situación les deprime. “Yo puedo estar sin comer, pero a los niños no puedo decirles ‘puta, no hay’.

Andamos con dolores de cabeza todo el día de tanto pensar. A veces uno prende la tele por la cuarentena o trata de ver algo, pero los problemas siguen, entonces a uno eso lo azota”, relata María Pía.

También les ha afectado no poder asegurar la educación de sus hijos. “Yo traté. Contraté Internet y le dije a la profe, pero como me ha ido tan mal, no pude pagar la cuenta. Los chicos quedaron sin Internet y eso dificulta que hagan tareas *online*. Aparte creo que les ha afectado no ir al colegio y sentimos que han empezado a absorber la depresión”.

En el campamento Dignidad, Diego Valenzuela tiene presente que aunque lleve consigo una nube negra, depende de él vivir el día a día de buena manera. “Tengo que poner de mi parte, porque si no me muevo, obviamente vamos a seguir hundiéndonos en la depresión.”

Matías Soto sobrelleva la pandemia lejos de su hijo, que vive en Quintero. Ser padre en esas condiciones ha sido difícil, porque además de cubrir los gastos del viaje, cuenta que los familiares de su expareja lo han amenazado y no puede llegar libremente a visitar a su hijo. “No voy a Quintero porque la mamá de mi hijo le ha hablado mal de mí a mucha gente. Si voy para allá, capaz me hagan algo”, dice.

Como Esperanza lo bloqueó de WhatsApp y todas las plataformas sociales, solo sabe de su hijo a través de terceros. Pero sigue luchando para reencontrarse con Andrés. “Él es mi razón de trabajar y seguir vivo. Si no estuviera Andrés, estaría haciendo otra cosa, pero como está él, me he estado enfocando más, trabajando, juntando plata, ahorrando”.

La estabilidad emocional de Ibeth, flaquea desde mucho antes de la pandemia. Cuando llegó a Chile, la angustia y el estrés formaron parte de su vida cotidiana porque no ha recuperado el estándar de vida que tuvo en Venezuela. En octubre de 2019 el estallido social le recordó el inicio de la crisis en su país. “Yo lloré noches y noches encerrada, porque dije no puede ser que yo me venga huyendo y esta gente tiene todo y no lo valora”.

A veces, Ibeth se mira a sí misma y siente que no avanza: “Todavía no surjo ni logro llegar a mi situación económica. No estoy diciendo millonaria, pero por lo menos tener un poco de holgura a nivel económico. Sin embargo, la

misión o la finalidad de venirme la estoy cumpliendo, porque a mi hija no le falta absolutamente nada y a mi hijo tampoco. No tendrán lujos, pero sí una estabilidad que allá no podrían tener”.

¿Cuántas vidas volverán a cambiar?

De los más de diez millones de beneficiados por el primer retiro, este capítulo solo mostró siete historias de vidas que, gracias al proyecto aprobado en julio de 2020, cambiaron en la pandemia.

Según una encuesta de Defensa Deudores y Facultad de Estadística y de Sociología de la Universidad de Playa Ancha, el 47% de las personas destinó su dinero a comprar alimentos y productos de primera necesidad y el 45% lo utilizó para pagar sus deudas.

Después de más de tres meses de aprobado el proyecto, la discusión de un segundo retiro se tomó la agenda. La prolongada crisis económica, la reducción en la movilidad por la pandemia y la lenta recuperación del empleo llevaron a los parlamentarios de oposición a levantar esta moción, que finalmente fue aprobada con restricciones, y por iniciativa del gobierno. Hoy, a comienzos de 2021, hay quienes hablan de un tercer retiro.

Diferencias de Proyectos del Retiro del 10%

	PRIMER RETIRO	SEGUNDO RETIRO	RETIRO GOBIERNO
BENEFICIADOS	Para todos los afiliados	Para todos los afiliados	Afiliados activos, excepto quienes hayan cotizado por remuneraciones de 100UF (\$2.800.000)
MONTO	Piso: 35 UF (\$1.000.000) Techo: 150 UF (\$4.300.000)	Piso: 35 UF (\$1.000.000) Techo: 150 UF (\$4.300.000)	Piso: 35 UF (\$1.000.000) Techo: 100 UF (\$2.900.000)
IMPUESTO	No	No	Sí, constituyen renta
PLAZO	50% en 10 días hábiles 50% en 30 días hábiles	15 días hábiles	50% en 60 días hábiles 50% en 10 días hábiles
REINTEGRO	No	Si el afiliado lo decide	Obligatorio

Fuente: Leychile.cl

A medida que avanzan los meses las ayudas del Estado comienzan a debilitarse. Los retiros han debilitado el sistema de pensiones de las AFP, el proyecto de reforma sigue estancado y cualquier iniciativa en este terreno para reemplazarlo debe originarse en el Ejecutivo. Por ahora, el futuro de la previsión sigue con un signo de incertidumbre.

CAPÍTULO 15.

La desigualdad, el peor virus

MATÍAS BOETTCHER
IGNACIO DONOSO
CATALINA MEDO
IGNACIO VIDELA

Ya era 28 de mayo y los contagios en Chile iban camino a su *peak*. Esa mañana, el ministro de Salud Jaime Mañalich visitó el matinal *Mucho Gusto* y con una pizarra empezó a explicar el porqué de las cifras. Luego de un rato, ante la mirada de todas las personas presentes en ese iluminado set de grabación, Mañalich lanzó una de sus frases más recordadas; y a modo de disculpas dijo que “hay un nivel de pobreza y hacinamiento del cual yo no tenía conciencia de la magnitud”.

Días antes, Francisco Leyton se encontraba en cama por culpa del virus. Él es un trabajador social que vive en La Pincoya en una donde habitan diez personas más, con quienes comparte dos pisos y un baño que se encuentra en la primera planta. Estuvo un mes enfermo con el coronavirus, días en que atravesó crisis de pánico y sobrevivía con ayuda económica de sus amigos.

El trabajo social siempre ha estado presente en la vida de Leyton. En su vida ha formado distintos proyectos de este tipo y fue justamente esa vocación lo que lo llevó a vivir el que, probablemente, ha sido el peor mes de su vida. Fue a finales de marzo que un incendio provocó que muchas familias de su campamento perdieran absolutamente todo. Él no se encontraba ahí en ese momento, pero al llegar vio como adultos y niños dormían en el piso de brazos cruzados, resignados por haber perdido lo poco que les pertenecía. Francisco se encargó de la colecta para erigir las nuevas viviendas y repartir bienes a las familias

Cree que fue durante esos días que contrajo la Covid-19.

“Estuve a punto de ir a internarme a una clínica, un amigo me ofreció las lucas porque me veía muy mal. Fue un día viernes, tomé la decisión de que si pasaba el sábado mal me iba a ir a la clínica a internarme de urgencia porque ya me ahogaba, tenía crisis de pánico, no podía bajar las escaleras y no tengo baño en el segundo piso. Cuando las bajaba era una escalera eterna y no llegaba nunca al baño, me ahogaba a los dos pasos. Lo pasé muy mal en mi casa”.

A la hora que alguien sin el dinero para pagar una clínica privada necesita acceso a un profesional de la salud le resulta muy difícil. La red de salud pública colapsó durante el *peak* del Covid-19: si ya era difícil para los hospitales sobrellevar un invierno en los años anteriores, en 2020 fue peor. Para un paciente el acceso a

un profesional era complejo, pero por cómo aumentaron los casos, el acceso a una cama para ser internado era casi una misión imposible.

Leyton no es el único.

Existen muchas más historias marcadas por la desigualdad que existe en Chile, una desigualdad que creció durante la pandemia y hoy es una realidad que no se puede seguir ignorando. La pandemia ha afectado a todos, de eso no existe duda, pero hay una parte de la población que ha sufrido los embates de este tiempo, estas son las historias de una parte de Chile que ni el exministro Jaime Mañalich sabía.

La brecha social

Son 4.270 kilómetros en total, desde Arica y Parinacota hasta Magallanes. 3.000 kilómetros de cordillera encierran a Chile contra el océano Pacífico. Un pedazo de tierra tan largo y diverso en muchos niveles, con zonas geográficas tan distintas unas de las otras; el norte que alberga el desierto más seco del mundo, el centro y sus coloridos puertos, el sur lleno de vida en sus bosques infinitos y ancestrales, por último, la zona austral donde parte de la histórica Patagonia hace acto de presencia. Parecen cuatro países distintos en uno, con costumbres, dialectos y paisajes tan variados, que hacen de Chile lo que es.

Pero los paisajes no son la única no son lo único disímil. En el país más largo del mundo se aloja una alarmante desigualdad, algo que siempre existió, pero la pandemia vino a demostrar que es una realidad mucho más cruda de lo que se creía, de lo que incluso el mismo gobierno creía.

Poco a poco la cuarentena se instaló en cada una de las zonas del país. Primero fue la zona centro, Santiago, pero rápidamente se expandió a cada rincón, por más recóndito que fuera. La Covid-19 no mide distancias. Las primeras dos semanas que se decretó la cuarentena preventiva nadie se imaginó cuánto iba a durar su efecto tan directo en la vida de las personas y que evidenciaría la brecha social que separa más a los chilenos que los 4.270 kilómetros que abarca el país.

La pandemia traspasó cualquier límite, atacó a todos por igual. Nadie estuvo exento de la cuarentena, las calles se vaciaron y las casas se llenaron de

personas y de la incertidumbre del mañana. De norte a sur, nadie se salvó, el país se paralizó, las comunas más ricas y también las más pobres, aquellas en medio del ajetreo de la ciudad y esas ocultas entre los cerros.

Distanciamiento social dijeron las autoridades, pero lo que más se distanció fue el nivel socioeconómico de las personas que empezaron a pasar hambre después de no poder trabajar unos días; tiempo que se fue sumando, sin una fecha límite de término.

Una importante parte de la población chilena que se ha visto significativamente afectada, son aquellos que tienen una preocupación más grande que la pandemia: el qué comeré mañana. Porque la gente prefiere morirse de Covid-19 que de hambre, una realidad que siempre estuvo oculta por el crédito, el cual se acabó y con eso la comida. Esta es la historia de aquellas personas que no llegan a los medios tradicionales a contar su verdad, quienes han tenido que sobrellevar la pandemia en este desigual país y sus brechas más abismales que las diferencias entre el desierto de Atacama y las Torres del Paine.

Los niveles de desigualdad son registrados en las estadísticas por los llamados “deciles”, que dividen a la población en diez partes según sus ingresos y poder adquisitivo. Esta medida es el resultado del ingreso total de la familia, es decir, se suman todos los aportes monetarios que percibe un grupo familiar, para luego dividirlo en los integrantes. Los 10 niveles van en aumento: el primer decil es el de la población más vulnerable y es aquel que recibe desde \$ 0 a \$ 48.750 ingresos por persona y en el último están aquellos cuyos ingresos son de \$ 611.729 o más.

Así como los deciles miden los distintos niveles de desigualdad, estos se expresan según las zonas donde se concentran. Puente Alto, por ejemplo, es una comuna con alto riesgo social donde existe un alto número de poblaciones. Las poblaciones son aquellos lugares donde existe una gran cantidad de viviendas sólidas (a diferencia de los campamentos donde las personas fabrican sus casas con material liviano que usualmente provienen de desechos), pero pequeñas y muy juntas unas de de otras. Como viven muchas personas en una vivienda esto genera hacinamiento. Además no suelen ser lugares tranquilos, pues prolifera la delincuencia, el narcotráfico e incluso la prostitución.

Luchar contra el encierro

Puente Alto es una comuna del Gran Santiago del sector suroriente de la ciudad y en los meses del *peak* de la pandemia, entre junio y agosto, fue la que tuvo las cifras de contagios y muertes más elevadas a nivel nacional. Julio es un joven de la población Nevados del Maipo, en esta comuna, que vive junto a sus padres, hermano y sobrina.

Él trabaja como independiente relacionado al tema audiovisual, con lo que aportaba a su hogar para el sustento de la familia. La pandemia los pilló por sorpresa. Pronto se dieron cuenta de que el tema sería complicado. Su padre, de avanzada edad, trabajaba como independiente en construcción, realizando ampliaciones y distintos “pololitos” para juntar el dinero que permitía pagar el arriendo y llevar comida a la casa, pero comenzando la pandemia, las cosas se empezaron a complicar. Con la crisis, los “pololos” se terminaron,

“Como en abril, el primer mes ya fue brígido, ya nos estábamos preguntando qué podíamos hacer, como de adónde vamos a sacar lucas, qué podíamos hacer para poder seguir sosteniendo la casa”, cuenta Julio. Su trabajo podía hacerse de manera remota, ya que utiliza principalmente el computador, sirvió de sustento para ayudar en la casa, sumando la pensión que recibe su madre de 67 años, que se empezó a emplear para el arriendo. Entre todos se movían para pagar las cuentas como agua, luz o internet. Su trabajo permitió a la familia sostenerse.

Sortear la pandemia ha sido complejo. El entorno donde vive Julio es hacinado, el ambiente ideal para que el virus se expanda a gran velocidad. Así lo refleja la encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional (Casen), donde según las últimas estadísticas, un 6,5% de las viviendas a nivel nacional presenta algún grado de hacinamiento, destacándose la Región Metropolitana con un 8,1%, también es necesario tener en cuenta que Puente Alto es la comuna más poblada del país, con sobre 650.000 habitantes. Esto también se vio reflejado en el número de contagios que presentó la comuna, donde llegaron a tener un *peak* de 2.779 contagios en un día (14 de junio) y fueron durante semanas la zona con más contagios del país.

“Era obvio que iba a ser una de las comunas con más contagios, si estamos, por decir así, comprimidos en esta comuna, somos muchos, y en verdad tú te has dado cuenta, hay una casa cada cuatro o cinco metros. Entonces si cada cinco metros viven cinco o seis personas, entonces estamos todos muy unidos, es prácticamente imposible que no se genere un contagio masivo si vivimos tan hacinados”.

El hacinamiento no es el único problema que enfrentan en Nevados del Maipo. La delincuencia y el narcotráfico son pan de cada día en la población, donde las personas no pueden salir tranquilas a la calle. Los momentos en los cuales debería ser normal la circulación peatonal por la calle, conviven con el miedo de que las asalten o se vean afectadas por algún conflicto entre bandas y ante tales peligros es mejor quedarse lejos, apartados de quedar al medio de este tipo de situaciones.

A esta conclusión llegaron mucho antes de la pandemia. La vida en este lugar es compleja por donde se mire y en época de pandemia todo esto se acrecienta. En 2020, dice Julio, “ya han muerto cinco o seis cabros, y quizás más, por balaceras y ajustes de cuentas. Es por el tema de las drogas, porque es un secreto a voces, aquí se habla y se conversa sobre cuando empezó la pandemia y los cordones sanitarios y no entra droga, entonces los narcotraficantes no tienen cómo vender, comienzan las famosas mexicanas y se empiezan a matar entre sí para poder quitarse las drogas y así poder vender”.

El descontento en la población nunca es escuchado menciona Julio durante la conversación:

– Aquí no llega la prensa ni los pacos. Es como que sales, haces una barricada y vuelves. No sacai nada manifestándote en la población, porque es como para que te escuchen tus vecinos, esa es la verdad.

Dice que solo se observa preocupación cuando hay elecciones municipales o presidenciales y los políticos van a buscar nuevos votantes, se pasean por las calles asegurándole a la gente que vienen a solucionar sus problemas. “Pero cuando llegan los momentos difíciles, no aparece nadie”, agrega.

Por otra parte, admite que no todo es tan oscuro. Se ven cosas buenas dentro de su hogar. Agradece la buena convivencia que han tenido como familia, a

pesar del poco espacio que tienen en la casa y el encierro que muchas veces lleva a las personas a sus límites de tolerancia con otros. Pero más allá de las típicas disputas entre hermanos, para ellos la convivencia en el hogar ha sido muy buena: han sobrellevado las cuarentenas de manera tranquila como una familia unida. No así sucede lo mismo en otras casas de la población.

Julio no es el único que ha tenido que sortear momentos difíciles. Ha debido pensar muy bien y estratégicamente cada decisión para sobrevivir, no solo en términos de sobrellevar el virus. Hay otros que han pasado por momentos más complejos, en los campamentos, una realidad permanente del país desde las grandes migraciones del campo a las ciudades en los años cincuenta, y que por lo mismo, salvo cuando ocurren tomas, están prácticamente invisibilizados.

La vida en la periferia

De acuerdo con el último catastro del Ministerio de Vivienda y Urbanismo, realizado en 2019, había 112 mil personas viviendo en campamentos, se dividían en 47 mil hogares que se repartían en las 802 tomas a lo largo del país. Aunque no existe ningún informe hasta la fecha sobre el aumento de campamentos durante la pandemia, el Ministerio de Bienes Nacionales declaró en julio de 2020 que existen 14.256 terrenos del fisco tomados, mientras que en diciembre de 2019 eran 13.957, lo que significa un aumento del 2,1%.

A partir de lo señalado en el párrafo anterior se puede concluir que efectivamente han aumentado las personas en situación de vivienda precaria debido a la pandemia, una realidad muy presente en Chile antes que la pandemia, ya que entre 2011 y 2019 hubo un aumento del 22%.

Desprotegidas, las personas que viven en campamentos están sufriendo las peores consecuencias de esta pandemia. La cuarentena ha forzado a las familias del quintil más bajo del país a vivir bajo peores condiciones de las que ya estaban acostumbradas. Delincuencia descontrolada, la imposibilidad de acceder al trabajo, el hacinamiento, falta de recursos y servicios básicos; son algunos de los tantos problemas que aquejan a estas personas.

El campamento Ribera Sur, ubicado en la comuna de Colina, no es más que un ejemplo en región Metropolitana. Sin recursos adicionales, podría ser una

misión imposible controlar allí un brote de Covid-19.

Según la encuesta más reciente realizada por Techo para Chile, una organización independiente que busca ayudar a los más pobres en nuestro país a construir y reconstruir sus viviendas (además de brindarle los servicios básicos), cerca de 220 familias viven en este asentamiento, y el 85% de ellos son extranjeros, la mayoría provenientes de República Dominicana.

Los efectos negativos de la pandemia aún no cesan, pero aun así se han hecho sentir muy fuertemente en el campamento Ribera Sur. El estilo de vida de sus habitantes ha cambiado sustancialmente desde que comenzó el confinamiento obligatorio. Durante 2020, las familias que residen ahí han sufrido tanto económica como socialmente. La angustia de los padres por intentar mantener a sus hijos dentro de un ambiente saludable es una misión impracticable: drogas, alcohol y fiestas ilegales están por todas partes, y lamentablemente con la cuarentena, la gente ha tenido que convivir con ello.

Sofía Ruiz-Tagle, coordinadora general del campamento Ribera Sur, dice que cerca del 90% de las familias están en una situación crítica debido a la crisis de la Covid-19.

– La principal explicación a este problema es por supuesto, la falta de acceso al trabajo, pero lo que agrava más aún el problema, es que si bien es gente que pudo acceder a los bonos, estos nunca dejaron de endeudarse. Los ingresos que reciben hoy no les alcanza para cubrir el día a día, porque están enfocados en pagar todo lo que deben. Entiéndase como cuentas de luz, agua, entre muchas otras. Por ejemplo, las cuentas de luz en el campamento no llegaron por cinco meses, y cuando finalmente llegaron, se les acumuló la deuda y les llegaron cuentas carísimas”.

Otro problema que experimentan las familias del campamento Ribera Sur, es que las autoridades no los tienen en cuenta, según ella. Este es un problema que, comenta Ruiz-Tagle, es una de las máximas luchas y preocupaciones de Techo. “La municipalidad no muestra interés, para la municipalidad el campamento no... mira tú tienes que pensar que, para cualquier municipalidad, una toma es una problemática, entonces jamás van a brindarles ayuda o seguridad, porque lo único que quiere la municipalidad es que esa gente se vaya de ahí lo antes

posible. Entonces lo que pasa es que, si uno alega por la seguridad de la gente, la municipalidad no le interesa porque quieren que se vayan. Es sencillo, no los ayudan lo suficiente para que la gente no de más, se aburra y se vaya del lugar. Además, la municipalidad de Colina cuenta con seis campamentos distintos”. Sumándole a esto, la delincuencia se ha disparado y las familias no pueden lidiar con tantos problemas a su alrededor. La coordinadora general del campamento explica que es una situación límite y que es una de sus mayores preocupaciones.

– Aumentó muchísimo la delincuencia. Yo creo que estando en tiempos de pandemia la gente se vio tan desesperada y angustiada, que la delincuencia y los robos entre las mismas viviendas aumentaron. Entre los mismos vecinos se roban las cajas de mercadería que recibían de ayuda. Entonces se generó una atmósfera de tanta tensión, angustia y desesperación, que sin duda la delincuencia fue como una fuente para botar todo esto. Y también en las noches, el toque de queda en el campamento no se respeta, entonces sí aumentaron las balaceras y las fiestas clandestinas se triplicaron.

Ayudar a pesar de todo

Otro barrio que ha sufrido el embate de la Covid-19 es La Pincoya, donde vive Francisco Leyton. Como a muchas personas, la pandemia no le permitió seguir desempeñándose en su trabajo. Antes del coronavirus, trabajaba en una productora de eventos, labor que en pandemia no tenía sentido continuar: ¿Quién va a querer un evento en pleno confinamiento total? Bueno, tampoco se podía, ya que cualquier evento está prohibido por la ley e incluso es sancionado con multas que pueden ser cuantiosas.

De todas formas, no se cruzó de brazos, buscó como salir adelante y se reinventó: comenzó a repartir fruta en el sector oriente de Santiago en una jornada de medio día. Su rutina no consiste solo en trabajo y familia, él tiene una vocación por el trabajo social y es a eso a lo que ha dedicado la mayoría de su tiempo en esta vida: fue fundador de varios proyectos de fundaciones y hoy trabaja con la Corporación de Desarrollo Actúa, una ONG.

La Pincoya queda en la zona norte de Santiago, en la comuna de Huechuraba.

En su casa vive él junto a diez personas más, entre ellas su pareja y sus suegros, una vivienda de dos pisos que comparten un baño que se encuentra en el primero. A principios de año Leyton estaba alejado del trabajo social, pensaba que ya le había dedicado suficiente tiempo en su vida y prefirió dejarlo de lado para poder crecer, pero ocurrió un accidente.

Su casa queda a cuerdas del campamento José Inostroza y fue a principios de marzo de este año que ese mismo lugar sufrió un incendio que dejó a muchas de las familias que lo habitaban con las manos vacías, se quemaron 20 hogares en total. Francisco no se encontraba en su casa al momento que ocurrió el incendio, pero al llegar y ver a familias enteras durmiendo en el piso sin nada más que lo puesto solo pensó en cómo poder ayudarlos.

Se puso en contacto con Isidora Ugarte, de Actúa, y logró reunir seis millones de pesos que permitieron levantar nuevas viviendas para todas las familias que perdieron el esfuerzo de sus vidas. El trabajo no se detuvo ahí, además de dedicarse a la colecta de los fondos, también organiza las donaciones de bienes e implementos. Durante las colectas es el momento donde él asegura que se contagió: “Cuando fui a trabajar al campamento a ayudar a separar ropa me contagié de Covid”.

Si la vida con coronavirus no es fácil, viviendo con diez personas más, algunos de los cuales son pacientes de riesgo, y sin posibilidad de generar ingresos mediante teletrabajo, es muy complicada.

Leyton admitió haber sido responsable y consciente del riesgo que implicaba en el contexto en que estaba inmerso. Se encerró en su pieza, pero él no fue el único que se contagió: “Cayó mi suegro primero, después mi suegra y de ahí yo. No sabemos quién de los tres fue el primer contagiado. Mi suegro estuvo grave, súper grave. Estuvo en el hospital, pero no intubado, con otro tratamiento, incluso lo desahucieron porque tenía los pulmones secos. Pero se salvó finalmente, con 80 años. Nos dio a todos fuerte, mi suegra estuvo 30 días en cama, yo 22, mi suegro hospitalizado grave, lo pasamos súper mal como familia”.

Cuenta haber estado preparado para esta situación, su trabajo es completamente presencial y debió adoptar ciertas medidas, cada una de ellas con su costo:

– Lo que hice fue vender mi pc para tener un colchoncito y estar uno o dos meses sin problemas. También recibí la devolución de impuestos, no fue tanto tampoco, pero igual ayudó, se sumó a lo del computador y pude estar la mitad del tiempo con eso. Después vino el bono clase media en que me dieron 120 mil pesos por lo que gano yo en producciones de eventos. Entonces quedé súper al medio de todo, cachai’, no recibía por ningún lado. Lo que me sirvió fue el préstamo solidario que dio el SII, que te lo descuentan de las boletas a honorarios, yo trabajo independiente. Eso fue lo que me ayudó más y con un palo me he dado vuelta este tiempo

Leyton cuenta que los pobladores de La Pincoya no tienen los recursos económicos ni alimenticios para estar encerrados y aislados una semana, ni probablemente tienen para tres días. O sea, es materialmente imposible realizar una cuarentena preventiva de dos semanas por exigencia del gobierno. Esto genera una de las complicaciones más grandes de la pandemia, que ha sido algo común en el diario vivir de aquellas familias que viven al día. Para él esa es la razón por la que las personas salieron a las calles de igual manera durante el *peak* de la Covid, no era por gusto ni porfía, más bien por necesidad. Asegura que incluso vio a personas contagiadas comprando en la feria.

Para el gobierno tampoco han sido meses fáciles en lo económico. La pandemia ha dejado a muchos Estados vulnerables. Por ejemplo, Europa se ha visto muy afectada por rebrotes, lo que significa que aún no han podido controlar al virus y el daño a la economía mundial ha sido notorio, de hecho, se trata de la peor recesión desde la segunda guerra mundial, asegura el Banco Mundial. Para poder hacer frente, en Chile se aprobaron distintos bonos y, por otro lado, el congreso votó a favor del retiro de un 10% de las AFP, como manera de suplir las necesidades de aquellos que no han podido percibir ingresos.

De norte a sur el país ha reclamado por ayuda estatal, la que, según la ciudadanía no ha estado presente como lo debería estar. En las grandes ciudades se hace notar el descontento, mientras que algunas pequeñas localidades pasa inadvertido.

Alejados en el valle

Una de esas localidades pequeñas está encerrada por las montañas del Valle del Elqui en la región de Coquimbo. Es la comuna de Paihuano, de 4.500 habitantes, cuyo epicentro es el pueblito de Paihuano, de calles adoquinadas y antiguas casonas de arcilla.

El sol siempre brilla fuerte sobre los áridos cerros marrones, con pendientes infinitas que crean sublimes contrastes en el cielo celeste. Una de las características más importante del Valle del Elqui es su privilegiado clima: un verano prolongado, con temperaturas que llegan sobre los 35 grados Celsius, refrescadas por el río Elqui que baja desde la cordillera con aguas de deshielo y es una alternativa perfecta para capear el calor que facilita el crecimiento de los viñedos.

En un pueblo tan pequeño todos se conocen. En el censo de 2017 se contabilizaron 988 paihuaninos, la mayoría de la tercera edad, la población más vulnerable al virus. Por esta misma razón se creó una barrera sanitaria desde la primera semana en la que se detectó el ingreso de la Covid al país. Esta fue una iniciativa propia y autogestión de los vecinos que se organizaron para rotar turnos de control a la entrada de Vicuña, donde es la frontera comunal. No dejaban pasar a nadie, era imposible entrar si no se pertenecía a la comunidad. – Están controlando todo el día desde las 5 de la mañana hasta las 11 de la noche que es el toque de queda. La prueba para que puedan pasar para acá es un certificado de residencia diciendo que uno es de acá de la comuna, entonces la gente igual está tranquila con eso –explica Boryean Rojo, uno de los vecinos del pueblo.

Después, se sumó la ayuda de la municipalidad para regularizar la situación, agregaron efectivos de carabineros con el fin de tener un estricto control y tranquilizar a la población. Resultó, ya que los habitantes se lo tomaron de manera positiva y no hubo muchos contagios, sólo un fallecido por el virus, el chofer de la única ambulancia del pequeño centro de salud de Paihuano.

Aunque la Covid se ha manejado con tranquilidad, la mayor problemática que ha causado esta pandemia en los habitantes de este valle es la desigualdad en

cuanto a la atención que se les proporciona a las personas en salud mental. En 2020, Paihuano vivió una de las épocas más difíciles de su historia. Una situación que la psicóloga del centro de atención local, Tamara Galaz, califica como un “enjambre suicida”, por lo que todos los esfuerzos de su área están dedicados a la prevención y control a las personas de riesgo.

Una de las características más importantes de la zona es su geografía, que no permite una buena conectividad entre los distintos pueblos del valle, lo que complica la atención de salud dependiendo de las circunstancias. Por ejemplo, en el pueblo de Cochiguaz hay cobertura de una sola compañía telefónica y sus antenas presentan problemas cada vez que el clima empeora. Cuando llueve es otro problema, muchos de los caminos que unen a los pueblos de este valle no están pavimentados, por lo que la mala condición de las rutas imposibilita el transporte de una comunidad a otra, lo que deja a los habitantes prácticamente abandonados a su suerte.

Cada vez que ocurre un incendio o algún tipo de siniestro se corta la luz en Paihuano, quedando los adultos mayores y las familias que viven más aisladas completamente desconectados frente a cualquier clase de imprevisto. Estas condiciones son factores que afectan a la salud mental de los habitantes.

La modernidad no ha llegado de forma completa al valle, su lejanía con las ciudades importantes de la región además de sus condiciones rurales evidencia la desigualdad en comparación con Coquimbo y La Serena. Según la psicóloga Galaz, esto ha ocasionado la normalización de situaciones de abuso sexual, ya que muchas veces las víctimas se ven en sus casas atrapadas con las personas que abusan de ellas de manera constante:

“Lo que pasó es que acá es un pueblo rural, casi todos son amigos o conocidos, entonces ocurrió o quizás ocurre todavía, la normalización del abuso y empieza a ocurrir también la funa a través de redes sociales, se empieza a imitar el patrón de otras localidades de subir funas y que las chicas lamentablemente se suicidan. Pasa de que siguen el ejemplo, el efecto Werther donde alguien se suicida y automáticamente aparecen otros dos intentos o tres. Tiene que ver mucho con Antonia (Barra), con las redes sociales, el sentirse identificadas con la historia... o identificados también, hay chicos también. Pero esto viene de

antes, pero claro que se potencia con la pandemia, porque muchos chicos viven con su agresor y no lo cuentan y no se puede acceder a protegerlos, es lo más complicado (...). Por otra parte, también ha aumentado la tasa de violencia intrafamiliar, mujeres que ya están aburridas y ya no pueden aguantar, que están sin trabajo y deben mantener a muchos niños”.

El sentimiento de claustro y la sensación de aislamiento han sido los mayores enemigos de Paihuano en esta pandemia, más que el mismo virus. Lo peor de combatir con esta situación es que no hay quien quede ajeno a este malestar. Así lo confirma Galaz, que emocionada recuerda a su compañero Jaime, quien trabajaba junto a ella en el área de salud y que este año, al igual que muchos otros de la comunidad, tomó la decisión de partir.

La billetera es lo importante

Para nadie es un secreto de que en nuestro país las cosas no están funcionando bien. Los campamentos existen a lo largo de todo el país, reflejando las duras condiciones en las cuales viven miles de familias. El hacinamiento, las condiciones de salubridad, las dificultades para generar ingresos y llevar el sustento al hogar son algunos de los temas que con la pandemia y posterior cuarentena se han acrecentado.

Así lo manifestó el sociólogo de la Universidad Católica, Tomas Vodanovic, quien señala que la pandemia hizo ver la real situación que vive nuestro país, entre quienes poseen menos recursos. “La pandemia dejó al descubierto todas esas desigualdades que a veces están muy ocultadas por la capacidad de consumo, el acceso al crédito y desnudó un poco el tipo de país que somos, que a las pocas semanas de una pandemia ya había gente que no tenía como comer o que no tenía cómo pagar el dividendo de su casa o como acceder a los bienes más básicos”.

El proyecto “Vida en Pandemia”, realizado por un grupo multidisciplinario de investigadores de la Universidad de Chile para reflejar en datos la situación actual de distintas familias de nuestro país, arrojó resultados claros. El 30% de los encuestados –que pertenecen a hogares de bajos ingresos– mencionó haber perdido su trabajo durante la pandemia. En cambio, la cifra se reduce a

la mitad (15%) en hogares con altos ingresos.

Dentro de las familias con menores ingresos: un 73% ha tenido problemas para pagar sus créditos de consumo, el 56% para comprar artículos básicos, el 49% para comprar medicamentos, el 43% para pagar el dividendo y el 42% para pagar el arriendo de donde viven. En familias de segmentos de ingresos más altos esto se reduce a: 32%, 10%, 13%, 17% y 10% respectivamente.

Para Vodanovic, el Estado no se ha hecho cargo de aspectos fundamentales frente a una situación como esta, por lo que las mismas familias deben afrontar gastos que complique su situación.

– Se nota la ausencia de un Estado garante o benefactor y finalmente la gente deja de percibir un salario a fin de mes y no tiene a que aferrarse, y esa es la desigualdad más profunda –dice.

La cuarentena visibilizó los niveles de desigualdad existentes en Chile, y que, si no hubiese sido por todo lo que ha ocurrido, la gente seguiría su vida normal sin saber por lo que está pasando el otro. Todas estas situaciones obviamente no solo tienen un impacto en el ámbito monetario de los hogares, sino que también un claro deterioro del estado de ánimo de la población, que no sabe cómo enfrentar la incertidumbre de un momento que es complejo para todos, pero más complejo para algunos en especial.

Una de las cosas que más le llamó la atención a Vodanovic, tras haber conocido la situación en que vivían muchas familias en comunas como Maipú, Cerrillos y Pudahuel, fue ver cómo la gente se ayuda entre ellos, pero a la vez ver la poca atención que brindaban las autoridades. “Las ollas comunes estaban siendo levantadas por puros vecinos a pulso y mucha gente esperando un plato de comida, mientras uno veía por la tele a mucho político a veces hablando en matinales o muchas performance de alcaldes o alcaldesas paseándose con un gran equipo de despliegue de funcionarios”.

En el fondo, la vida de una persona en nuestro país está condicionada por la capacidad monetaria que tenga o no, ya que no se ha logrado establecer pisos mínimos de dignidad como sociedad.

Además, con esta crisis sanitaria se ha visto cómo los hospitales se han visto colapsados, teniendo que llegar a trasladar a personas de unas regiones a otras

para poder ser tratadas, ya que no había mayor capacidad en sus regiones.

La desigualdad entre el gasto de la salud pública y privada es abismal. El mismo ministro de Salud, Enrique Paris, en su primera sesión ante el Senado el 23 de junio de 2020 mencionó: “Hay que aumentar el gasto per cápita para la atención primaria. Más aún, creo que tenemos que aumentar el porcentaje PIB de Chile destinado a salud, porque si nos pilla otra pandemia, que va a ocurrir, vamos a tener problemas”.

Según datos publicados a comienzos de julio por la Organización para la Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE), Chile gasta un 9,1% del PIB en salud, por sobre el promedio de países del bloque, pero esto se debe a que este país posee uno de los más altos “gastos de bolsillo”. ¿Qué quiere decir esto? Que gran parte del gasto (el 34%) es realizado por las personas después de las coberturas básicas de los seguros privados y públicos. En el fondo, las personas financian parte importante de su atención.

Esto significa que, mientras las personas tengan una capacidad monetaria alta, podrán tener una mejor atención de salud. Por el contrario, si no existe un poder adquisitivo suficiente como para poder financiar una asistencia privada de salud, no queda otra opción que atenderse en el sistema público. Carente de recursos, este no ha dado abasto durante la pandemia, y tampoco lo hace desde hace muchos años, como reflejan, por ejemplo, las listas de espera para cirugías cercanas a casi un año.

Atención dispareja

En el país, la situación hospitalaria, en particular la disponibilidad de camas y ventiladores mecánicos, experimentó graves colapsos. En los meses donde el virus ya había alcanzado sus puntos más altos de contagio (junio y julio de 2020), tanto clínicas como hospitales no daban abasto para atender a toda la gente que venía contagiada.

Una de las medidas del gobierno fue trasladar a pacientes críticos de Covid-19, desde la región Metropolitana a distintas ciudades a lo largo del país, y viceversa. Otra, los arriendos que pagó para instalar cientos de camas para pacientes en estado grave en Espacio Riesco y, por último, la compra de miles de camas y

ventiladores mecánicos para los hospitales públicos más necesitados.

En mayo, junio y julio de 2020 fue donde el país sufrió de peor manera. Una crisis que se agudizaba cada vez más a medida que transcurrían los días. Era algo insostenible, y la gente más necesitada era la que sufría las peores consecuencias. Se instaló el dicho que esta enfermedad la trajeron los ricos, pero los pobres la padecían.

La desigualdad en términos de atención en hospitales comparados con las clínicas no radica exclusivamente en la calidad de ella –la “hotelería”, dicen los trabajadores de la salud– y de la capacidad del recinto, sino que su causa es aún más profunda. Muchos de los pacientes que se internaron en hospitales públicos arrastraban enfermedades crónicas mal atendidas.

Según datos del Centro de Investigación Periodística, más conocido por su acrónimo Ciper, la tasa de mortalidad de los hospitales públicos en la región Metropolitana duplica a la de las clínicas. Un ejemplo que refleja esta disparidad es el caso del Hospital Padre Hurtado, que al 19 de junio de 2020, llegó a la preocupante cifra de un 25% de decesos por la Covid-19, mientras que en la Clínica Las Condes la cifra alcanzó un 5% de muertes.

Sin embargo, era tal el colapso que los expertos advertían que esto no se trataba de dinero. Ni siquiera la persona con mayor riqueza en Chile, si se contagiaba, podría conseguir una cama y un ventilador si estaban ocupados por otro paciente.

Juan Pablo Bonilla, un joven de 23 años, estudiante de Derecho en la Universidad de los Andes, sufrió de una extraña enfermedad a la piel, justo después de haber dado positivo en la prueba de PCR de coronavirus.

– Mis primeros síntomas fueron manchas en la piel. Nada respiratorio, ni dolores de cabeza, fiebre... sólo manchas en la piel. El tema es que a mí me afectó en la sangre, dejándome prácticamente sin plaquetas y eso era muy peligroso al final y por eso me tuvieron que hospitalizar.

Bonilla estuvo hospitalizado en la Clínica Las Condes, una de las más caras y prestigiosas del país. El cuidado tanto de las enfermeras como de los doctores era extremo. “Las enfermeras para entrar a tu pieza, antes tenían que pasar por otra pieza, con un lavamanos para desinfectarse todo, entraban con trajes

más o menos que radioactivos, con mil delantales, tapadas enteras, escudos faciales, todo”, cuenta.

A pesar de que esta es una de las mejores clínicas del país, el primer día no tuvo cama.

– No había camas y eso te demuestra que no por tener harta plata ibas a tener una asegurada, sino que era por el que llegara primero nomás, sin importar tanto la gravedad del paciente. Entonces ahí como que vives el efecto pandemia, y de ver que en verdad estaba sobrepasado el sistema-

Distinto es el caso de Jorge Cepillo Villalobos, de 68 años, que vive en La Serena y también se contagió de coronavirus, en abril y fue hospitalizado en el hospital de esa ciudad. Sus síntomas fueron de malestar general: “Mucho dolor en el cuerpo, dolores similares a cuando tienes cuando haces un ejercicio poco habitual, y te duele la musculatura”.

Cuenta que nunca estuvo tan grave, pero que sí le afectó de forma significativa la respiración. Estuvo internado cerca de una semana en el hospital y vivió momentos que nunca olvidará.

– A mí me tocó ver en mi sala, éramos seis personas en donde se suponía que estábamos bien, en mejores condiciones que el resto de las personas del hospital, sin estar nosotros en una unidad de tratamiento especial. Sin embargo, sí me tocó ver compañeros de pieza que... que se fueron. Gente de mayor edad, que lamentablemente no pudieron soportarlo y pasaron a la otra etapa de nuestra existencia, la muerte. Eso impacta mucho. Lo que pensé en ese momento es cuándo me iba a tocar a mí...

El valora la asistencia que recibió como “muy buena”. Sin embargo, lo marcó en forma indeleble haber visto cómo fallecían compañeros con los cuales compartía pieza.

Las fuertes diferencias socioeconómicas que existen en nuestro país, se han visto incrementadas en tiempos de pandemia. Quienes tienen menores recursos han sufrido tanto en temas de salud como de trabajo. Cepillo dice:

– Al ser independiente, también te afecta económicamente. El que es independiente, si no trabaja, no hay ingresos...

La desigualdad, un problema de raíz

La desigual situación que hay en nuestro país es innegable y ha sido una constante por muchísimo tiempo en todo Chile, siendo la pandemia un factor que evidenció y acrecentó esta situación. Situaciones como las que pasó Francisco Leyton, al estar enfermo de Covid viviendo con diez personas más en su hogar son un fiel reflejo de lo que ha pasado una parte importante de nuestra población, debiendo batallar día a día para poder salir adelante frente a esta enfermedad que arrebató fuentes de trabajo, ingresos y vidas.

Nadie queda exento de lo perjudicial que ha sido esta pandemia. Pero se debe tener presente que hay miles de familias que han tenido que sortear muchos obstáculos para salir adelante, directamente ligados a lo económico, como fue el caso de Julio, que debió en un comienzo llevarse al hombro el trabajo y pasó a ser el sustento para la familia, velando por la salud de sus padres, que son parte de la población de riesgo, teniendo que adaptarse a hacer labores lejanas a su área audiovisual, pues la sobrevivencia es lo importante.


Según el informe que entregó la OCDE a comienzos de 2020, Chile está dentro de los tres países con mayor desigualdad a nivel latinoamericano, hecho que con esta pandemia quedó en mayor evidencia, como mencionó Tomas Vodanovic, sociólogo de la Universidad Católica: “La pandemia vino a exacerbar todas las desigualdades existentes y a mostrarlas al descubierto y con toda su crudeza, una desigualdad que no es solo material, sino que también es de redes de apoyo, una desigualdad territorial, socioeconómica por supuesto, de condiciones materiales de vida y en cuanto a condiciones de salud”.

Los chilenos se caracterizan por su capacidad para poder salir adelante en situaciones adversas. Terremotos, tsunamis, incendios forestales, aluviones. Muchos desastres naturales han reflejado el espíritu de lucha que tiene en general la población chilena para salir adelante, y este caso, probablemente, no será la excepción.

CAPÍTULO 16.

La pandemia detrás del estallido

RAIMUNDO IRAZABAL
JOSÉ PINTO
ANDRÉS PUIG

 octubre de 2019 marcó un cambio fundamental en la historia reciente del país. Desde ese entonces, las calles de Chile fueron testigos de una masa de personas que desbordaron las grandes avenidas. El sonido de las cacerolas, el asfixiante aire mezclado con lacrimógenas y el abrasante calor de las barricadas acompañó a los chilenos durante meses. Aunque hubo múltiples factores que marcaron el estallido social, el fundamental fue el cansancio acumulado de las personas con la enorme desigualdad de Chile, que salió a manifestar en las calles su descontento.

La desigualdad tiene diversos rostros en el país: es de ingresos, pero también de oportunidades, de salud, de educación, de condiciones de vivienda, de género. Si en 2019 las manifestaciones tuvieron su punto cúlmine el domingo 25 de octubre con más de un millón de personas en la capital y otros tantos en regiones expresando su rechazo a los abusos, al sistema de pensiones de capitalización individual, la salud y educación para ricos y pobres, en 2020, tuvieron dos jornadas épicas.

La primera fue el domingo 8 de marzo, una jornada única e histórica, en que casi dos millones de personas se congregaron en las calles de Santiago para conmemorar el Día Internacional de la Mujer (8M). La segunda fue el plebiscito del domingo 25 de octubre, en que más de cinco millones 800 mil personas se pronunciaron por el cambio de la Constitución de 1980 mediante una convención constitucional.

El llamado estallido social comenzó con el rechazo de estudiantes de Santiago al alza del pasaje del Metro, decretada por el ministerio de Transportes de acuerdo con recomendaciones técnicas. Inicialmente el movimiento fue solidario: los estudiantes se manifestaron en las calles contra alzas que no los perjudicaban directamente, porque el ticket escolar no subió, pero sí a sus familias. Pronto pasaron de marchas a los llamados a evasión del pasaje y a saltarse los torniquetes de la red.

La primera respuesta del gobierno fue policial: rechazar la petición de derogar el alza y bloquear las estaciones del Metro que eran ocupadas por estudiantes. Pronto las manifestaciones adquirieron ribetes más violentos con destrozos en decenas de estaciones del Metro, saqueos en supermercados y pequeñas

tiendas, cuyos autores no han sido encontrados hasta hoy. El presidente declaró Estado de Emergencia, sacó los militares a las calles y decretó toque de queda, lo que no frenó las movilizaciones. El estallido social ya era una realidad, y aunque después se derogó el alza del Metro, esto no impidió que las manifestaciones se multiplicaran y extendieran por todas las ciudades del país durante meses. Violaciones a los derechos humanos y daños a la propiedad pública y privada se hicieron cotidianos en el último trimestre de 2019.

El 8M apareció como una extensión de los meses anteriores. Había canalizado la tensión acumulada en un verano más apacible, cuando el movimiento social se tomó cierto respiro tras los vertiginosos hechos ocurridos desde octubre. Parecía que ese día el estallido volvería a surgir con las mujeres en las calles. Sin embargo, un virus dijo algo distinto.

Cuando muchos temían una nueva explosión social, el coronavirus se apropió de la agenda del país. Ya no había espacio para las protestas. El 3 de marzo de 2020, en la región del Maule, se registró el primer contagiado por la Covid-19 en el país. El 8 de marzo, el mismo día en que dos millones de mujeres salieron a las calles, eran diez los casos. Y hacia finales de marzo había casi 3.000 personas infectadas con el virus.

Mientras Chile entraba en las semanas más oscuras de la pandemia, el prolongado confinamiento se encargó de frenar el impulso del estallido social, pero no aplacó el descontento. El país entraba en una nueva etapa, en medio de una pandemia, pero con un hecho histórico en el horizonte: el plebiscito por el cambio de Constitución, como resultado del acuerdo del 15 de noviembre de 2019 de los partidos políticos y el gobierno para impulsar un proceso de cambio constitucional que dejara en manos de las personas el futuro de la Carta Magna. Era una válvula de escape al descontento y buscaba el término de la violencia.

Pactado para el 26 de abril de 2020, la pandemia obligó a diferir esa votación. Finalmente, fue el 25 de octubre de ese año fue el día escogido para el plebiscito. Aunque se esperaba un triunfo del Apruebo, este sorprendió por su magnitud.

Marzo 2020: el cese del estallido

El verano estaba terminando. El calor era sofocante y el aire estaba denso, como un día cualquiera de marzo en pleno Santiago. El Metro iba abarrotado de personas, pero sin la amargura o estrés de un día laboral en la capital. Eran mujeres, de todas las edades y lugares de Santiago, dando la impresión de una marea teñida de verde y morado, desde niñas y jóvenes hasta abuelitas. También, uno que otro varón que las acompañaba. No era un día cualquiera sino el 8M, el de la marcha más grande que el país había presenciado hasta ese momento: cerca de dos millones de personas congregadas pacíficamente en contra de la desigualdad y violencia de género.

Ese día, Isabel Suárez caminaba por la Alameda. Mirando de un lado a otro, incrédula, no comprendía lo que pasaba. Hace algunos meses se había unido a la Coordinadora 8M por convicción, pero también con la ilusión de iniciar un camino que les abriera más espacio a las mujeres en la sociedad y en la política. Un camino difícil, pero que ese día parecía por fin rendir sus frutos.

– Había muchas mujeres en las calles aledañas –dice mientras suspira–. Para mí fue un día maravilloso. Nunca imaginé que esto podía suceder..

La conmemoración del Día Internacional la Mujer de 2020 fue especial. No solo por la cantidad de personas que salieron a las calles, sino porque era la primera gran manifestación luego del estallido social. Después de la extraña tranquilidad presenciada durante el verano, ese 8 de marzo resurgió con intensidad la movilización social. Los cánticos y pancartas inundaban el lugar: “Somos el grito de las que ya no tienen voz”, clamaba uno de ellos.

Las manifestantes se quejaban no solo por los sistemáticos abusos y desigualdad de género en el país. También criticaban a la clase política, por las mismas razones que originaron el estallido de octubre. Sin embargo, todo estaba por cambiar.

LAS CLAVES DEL ESTALLIDO SOCIAL

2019

Este año estuvo marcado por el inicio de las protestas que culminaron con el estallido social del 18 de octubre. Ante la grave crisis social y política, el acuerdo por un nuevo plebiscito terminó por marcar la pauta.

Panel de expertos del Transporte público deciden subir en \$ 30 pesos el pasaje del metro

1
OCTUBRE

7
OCTUBRE

Empiezan las primeras evasiones masivas por parte de jóvenes estudiantes por el alza del transporte público

El inicio del Estallido. Comienzan los saqueos, barricadas y cierre de las líneas del metro

18
OCTUBRE

25
OCTUBRE

La marcha más grande de la historia. Una gran cantidad de chilenos y chilenas sale a manifestarse pacíficamente a lo largo del país

Gran acuerdo nacional por la paz. Con apoyo transversal de todo el espectro político, se acuerda el plebiscito para una nueva Constitución

15
NOVIEMBRE

2020

Año de la pandemia y del plebiscito. Dado el imparable avance del Covid-19 en el país, las manifestaciones bajaron su intensidad. Sin embargo, eso no fue suficiente para celebrar el plebiscito en octubre.

**3
MARZO**

Se registra el primer contagiado por coronavirus en el país. Se trata de un hombre de 33 años que viajaba por el sudeste asiático

El 8 de marzo fue la marcha más grande que se ha hecho en toda la historia del país con cerca de 2 millones de mujeres marchando por sus derechos.

**8
MARZO**

**19
MARZO**

Debido a la pandemia producto del COVID-19, el Congreso Nacional decide aplazar la fecha del plebiscito para el 25 de octubre.

Se cumple un año desde el inicio del estallido social. Nuevamente, miles de personas salen a manifestarse a las calles, ahora en medio de una pandemia

**18
OCTUBRE**

**25
OCTUBRE**

Se celebra el plebiscito para una nueva Constitución. La opción Apruebo se lleva una aplastante victoria con más del 78% de las preferencias

Fuente: Elaboración propia con base en información de prensa.

Los días posteriores al 8 de marzo estuvieron marcados por el cambio de agenda. Lo que se creía sería la reactivación de las protestas terminó siendo la última gran manifestación en largos meses. Los problemas que generaron las movilizaciones no terminaron en ese momento: la desigualdad y los abusos prosiguieron, así como el malestar social. Pero pasaron a un segundo plano después de la confirmación y expansión del brote de Covid-19 en el país. El avance fue rápido e imparable.

Esto significó un cambio de paradigma. Manifestarse en las calles ya no era una opción, la crisis sanitaria no lo hacía posible. Sobre quien lo intentó, además, había represión. Con el primer caso confirmado el 3 de marzo, el gobierno del presidente Sebastián Piñera debió actuar rápidamente. El 18 de ese mes, se decretó Estado de Excepción de Catástrofe, dando pie a una seguidilla de restricciones: primero el toque de queda, luego las cuarentenas parciales y, finalmente, el confinamiento total para la mayor parte de la población del país. El silencio desolador que acompañó a las calles durante el invierno fue un duro contraste para aquellos acostumbrados al ruido de los cánticos y cacerolas. Durante ese tiempo se terminó por sepultar cualquier esperanza de revivir lo ocurrido el 18 de octubre del 2019, aquel episodio que comenzó con las bulladas evasiones en el Metro.

Retrospectiva: ¿Qué pasó en octubre?

“En medio de esta América Latina convulsionada, Chile, nuestro país es un verdadero oasis con una democracia estable”, dijo el presidente Piñera, una semana antes de que empezaran las evasiones al Metro de jóvenes secundarios que, con la consigna de “evadir, no pagar, otra forma de luchar”, protestaban contra el alza de \$30 al pasaje.

Pero al oasis lo secó una tormenta de arena que comenzó esa noche del 18 de octubre con la evasión al tren subterráneo, cuyas estaciones debieron cerrarse para evitar más desmanes. A eso lo siguieron los cacerolazos que atronaron en diversos barrios de la capital, hasta en sectores acomodados, y el incendio de la escalera del edificio Enel. Las protestas se masificaron y extendieron por todas las ciudades del país.

Esa noche, el presidente, como si no pasara nada, celebró el cumpleaños de uno de sus nietos en un restaurante Romaria en la comuna de Vitacura. Mientras la gente salía a protestar, y otros a saquear, las redes sociales ardían al ver la foto del mandatario en la pizzería.

“Fuimos y había pacos por todas partes, apagando fuego. Ese fue el primer día, entonces reaccionaron fuerte, en donde veían a alguien y empezaban a gritar al tiro. Ahí nos dispararon, cerca del edificio Enel”, relata José Tomás Aguilera, que estuvo presente la noche en que se quemó.

El 19 de octubre las personas salieron a la calle a manifestarse, cada uno con su propia demanda en diversas partes del país, mientras algunos se encontraban aterrados al ver a los militares nuevamente en las calles como en la dictadura que vivió Chile durante 17 años. Por otro lado, los jóvenes que no vivieron esa época le perdieron el miedo a ver soldados con sus fusiles en la vía pública y persistieron en sus demandas. Durante todo el sábado fueron saqueados 60 recintos de la cadena de supermercados Walmart, otras 150 tiendas y supermercados de la cadena SMU, farmacias, bancos, automotoras y oficinas de las AFP; todos símbolos del modelo neoliberal.

La madrugada del 20 de octubre, Piñera afirmó que “estamos en guerra contra un enemigo poderoso, implacable, que no respeta a nada ni a nadie”. Por su parte el general Javier Iturriaga, elegido por el mismo presidente para liderar el Estado de Emergencia en la región Metropolitana, sostuvo un día después de la frase del mandatario que “soy un hombre feliz la verdad, no estoy en guerra con nadie”.

Durante toda esa semana hubo manifestaciones desde Arica a Punta Arenas, algunas pacíficas y otras fueron manchadas por actos violentos, hasta que el 25 ocurrió una de las manifestaciones más multitudinarias que ha tenido Chile en toda su historia. En un ambiente alegre y de esperanza se escuchaban los gritos: “El pueblo, el pueblo, el pueblo, donde está”. Diferentes manifestantes llevaron sus carteles con sus propias demandas o afiches en contra del gobierno de Piñera. Según reconoció el gobierno, y registraron los medios de comunicación, un millón doscientas mil personas asistieron a lo que se conoció como la “Marcha Más Grande de Chile”.

A días de que hubiera comenzado el estallido social el presidente hizo su primer cambio de gabinete, forzado por la aprobación en el Senado (23 votos a favor y 18 en contra) de una acusación constitucional de la mayoría opositora contra el ministro del Interior, Andrés Chadwick. La cámara alta aprobó los dos cargos de la acusación por 23 votos a favor y 18 en contra: el primero, no haber impedido que continuaran violaciones a los derechos humanos en el estallido social; y por sus actuaciones durante el Estado de Emergencia. Chadwick quedó inhabilitado para ejercer cargos públicos durante cinco años, hasta 2024.

Piñera aprovechó de hacer un ajuste profundo de gabinete, que afectó a ocho ministros. En La Moneda, asumió en Interior, en reemplazo de Chadwick, Gonzalo Blumel, que dejó la secretaría general de la Presidencia. Llegaron al palacio Karla Rubilar como ministra vocera de Gobierno, que dejó la intendencia de la región Metropolitana, y salió Cecilia Pérez que se fue a Deportes, donde sustituyó a Pauline Kantor; y al ministerio de la Presidencia llegó el diputado UDI Felipe Ward. En Hacienda salió Felipe Larraín, que fue reemplazado por el académico Ignacio Briones. En las dos carteras principales del gabinete, Interior y Hacienda, llegaron dos cartas de Evopoli, que pasó a tener un mayor peso en el equipo político y económico del gobierno.

Pero este diseño, cuya idea original era dar una señal de mayor “escucha” de las demandas ciudadanas, solo resistió hasta mediados de 2020.

– El estallido social fue un conjunto de cosas y demandas que se mezclaron – dice el académico Francisco Javier Covarrubias, decano de Artes Liberales de la Universidad Adolfo Ibáñez–. Es una nueva generación que no sufrió la Unidad Popular ni la dictadura militar y que, además, logró salir de la pobreza.

Sostiene también que lo que ocurrió en Chile a partir del 18 de octubre fue que dejó de crecer económicamente y la clase política en general, no cumplió las expectativas de la población.

“Tiene que ver con el desacople de la política con la ciudadanía, que hace que efectivamente, para unos estábamos viviendo en el país de las maravillas y para otros, todo es producto de acuerdos de la elite”, afirma la cientista política, Gloria de la Fuente.

INFORMES SOBRE VIOLACIONES A LOS DDHH DURANTE EL ESTALLIDO SOCIAL

Diversos informes, tanto nacionales como internacionales, documentaron y condenaron las violaciones a los derechos humanos ocurridos en Chile durante el estallido social. A continuación, se presentan los cuatro informes más importantes durante este periodo.



El Instituto Nacional de Derechos Humanos, liderado por Sergio Micco, presentó 2520 querrelas de violaciones a los DDHH, de las cuales 621 son relacionadas a vulneración contra mujeres.

Además se registraron 163 víctimas de trauma ocular donde 32 personas perdieron la visión de uno o los dos ojos, sumado a 2340 querrelas contra carabineros

El informe también menciona que hubo represión en manifestaciones pacíficas, torturas contra niños y niñas.



El informe de Amnistía Internacional mencionó que hubo 2.300 casos de violaciones graves a los DDHH. Se documentaron 5 muertes por agentes del Estado.

Además, se registraron más de 1000 casos de torturas, tratos crueles, inhumanos y degradantes.

El organismo analizó 23 casos emblemáticos de violaciones a los derechos humanos como el del joven Gustavo Gatica y el de Fabiola Campillay.



Este informe mencionó el amplio uso de armas de fuego lo que provocó el 77% de las lesiones oculares.

También menciona los maltratos, abuso sexual y torturas durante las detenciones en las manifestaciones.

Cabe destacar que el informe constata que un grupo de carabineros habría forzado el desnudamiento de personas, aunque no hubiese existido sospecha de que portaran elementos ilícitos



En el documento el organismo advierte que Carabineros de Chile y las Fuerzas Armadas incumplieron las normas y estándares internacionales sobre control de asambleas y uso de la fuerza durante sus labores en medio de las protestas y manifestaciones desde el 18 de octubre

Especial énfasis puso en la información de personal médico que indicaba que había detectado plomo en los perdigones, lo que fue confirmado por dos estudios académicos.

Fuente: Elaboración propia en base a la información extraída del INDH, Amnistía Internacional, Human Rights Watch y ACNUDH.

Fueron en total 459 las víctimas contabilizadas por el Instituto Nacional de Derechos Humanos con daños oculares, para las cuales todavía no hay reparación integral por lo sucedido. Según la Unidad Especializada en Derechos Humanos de la Fiscalía Nacional hubo 5.556 casos de violaciones a los derechos humanos durante el estallido social, de los cuales 4.525 personas corresponderían a hombres y 1.031 a mujeres. En términos etarios, 4.719 serían adultos y 834 niños, niñas o adolescentes. También existen 490 casos de vulneración de los derechos fundamentales de las mujeres.

La zona cero: de Plaza Italia a Plaza Dignidad

Desde la declaración del Estado de Emergencia y durante casi un año, en la capital las manifestaciones tuvieron su epicentro en el lugar donde habitualmente los santiaguinos celebran en especial los triunfos deportivos, en la plaza donde la avenida Alameda Bernardo O'Higgins, la principal, pasa a llamarse avenida Providencia.

Este lugar tuvo su bautizo como Plaza La Serena, inaugurada en el siglo XIX en honor a la provincia de Coquimbo. Su segundo nombre fue Plaza Colón, por el navegante europeo que llegó a América, Cristóbal Colón, con ocasión del cuarto centenario del descubrimiento del continente. Con motivo de las celebraciones del centenario de la república fue llamada Plaza Italia. Su denominación popular incorporó también, indistintamente, el nombre de Plaza Baquedano, en homenaje al general Manuel Baquedano, el jefe del Ejército chileno en la guerra contra Perú y Bolivia, de 1879-1884, cuyo monumento ecuestre se emplazó en ese lugar. Posteriormente, la estación del Metro en la plaza tomó el nombre de Baquedano.

La Plaza Italia marca el punto de diferencia y divide la ciudad entre los sectores sociales de los ricos y los pobres. Ya que de Plaza Italia “para arriba”, como se dice comúnmente, están los barrios más adinerados. Esta plaza ha sido parte de la historia chilena, fue construida y reconstruida una y otra vez para que siempre esté vigente como sitio de encuentro para sus ciudadanos.

La Plaza Italia ha sido el campo de reunión predilecto de los capitalinos desde la vuelta a la democracia. El lugar neutral en donde la gente sale a marchar, a

manifestarse, organizarse y celebrar con triunfos esporádicos de fútbol o de política.

Durante el estallido los manifestantes rebautizaron el lugar como Plaza de la Dignidad. Ha sido el punto de batalla más fuerte, en donde se han enfrentado múltiples veces las fuerzas especiales de Carabineros contra los manifestantes, que muchos de ellos le dicen las “capuchas” o “encapuchados”. Y hasta hoy esporádicamente lo es, aunque a fines de 2020 las manifestaciones en la capital comenzaron a intentar marchar por la Alameda hacia La Moneda.

Las víctimas de la cercanía con el epicentro del descontento social han sido los vecinos del sector. Con frecuencia se interrumpe el tránsito y muchos negocios del lugar; iglesias y hasta una sede universitaria han sido quemadas y/o saqueados. Los químicos de las lacrimógenas, el líquido pestilente de los carros lanzaaguas, los restos de barricadas y fogatas, y en ocasiones el riesgo de ser alcanzado por perdigones, lacrimógenas o piedras, son parte de la cotidianeidad en las cercanías de esta plaza, siempre custodiada por carabineros.

Sin embargo, un vecino, estudiante de psicología de la Universidad Católica, José Tomás Aguilera, le encuentra un lado positivo a lo que ocurre en las cercanías de la denominada “zona cero”. Él cuenta su visión de cómo es vivir cerca de la Plaza de la Dignidad, el lugar “donde las papas queman”. En el lugar existe una tensión palpable y las marchas siempre dan de qué hablar a los vecinos.

–Al principio estaban todos los viejos demasiados asustados –explica Aguilera–, les daban *flashbacks* del golpe y la dictadura. Las noticias mostraban fuegos, balazos y era eso lo que yo escuchaba afuera.

Admite entre risas tener una opinión poco popular sobre lo ocurrido. Dice que le gusta, no solo por participar, sino por observar de cerca los eventos de octubre.

– Fui más espectador que actor en la manifestación. A mí me gusta pensar por qué pasan las cosas, entender todo lo que está ocurriendo. Pero sí había momentos en que estaba encerrado con muchas personas y si se ponían a cantar, tu no podías no cantar. Si están todos haciéndolo, se te mete esa energía. Se justifica porque como rancagüino no hay mucho qué hacer en su ciudad.

De pasar esas tardes de hacer nada a estos días en donde hay marchas, que todos los días pasaron a ser con ruidos, cánticos, balazos, humo y el sabor a lacrimógena, no tenía donde perderse.

Su caso es excepcional. A muchos, incluso que coinciden con las reivindicaciones sociales expresadas en las calles, las manifestaciones los agotaron y, por la falta de respuestas, terminaron desalentando.

Otra cara del estallido

La violencia de los días de octubre y noviembre no se percibió solamente en Santiago, se hizo presente en todo Chile. Los saqueos que se mostraban a través de los canales nacionales dejaron de lado a las regiones, a muchas ciudades en donde estaba ocurriendo lo mismo o peor. Pequeños comerciantes perdieron sus mercaderías y algunos nunca se recuperaron. Pocos responsables fueron detenidos.

En Valparaíso, cada día se hacían manifestaciones con el propósito de llegar al Congreso para que se escuchara la voz de la calle. Nunca lo lograron con ese método. La respuesta fue siempre la misma: lacrimógenas por parte de los uniformados de Carabineros y detenciones, para proteger el perímetro del área de las dos cámaras del Congreso Nacional.

Pero no todos los que estaban en las calles participaban de las demandas o querían desmanes. Para muchos es una necesidad porque solo así pueden solventar sus gastos diarios, trabajando en la calle.

Adefe es uno de los cientos de vendedores ambulantes de Valparaíso, quienes ofrecen de todo un poco en las calles. Él tiene su sitio favorito en una esquina de las calles bohemias de Valparaíso, casi siempre cerca de la subida Ecuador, con sus diferentes tabacos de sabores tropicales que están listos para que los transeúntes apurados puedan comprar mientras caminan a sus destinos. Se destaca entre sus pares por siempre estar “tirando la talla”, risueño, de pelo negro largo con rastas, muy delgado y con ropa ancha. Se lo veía trabajar mientras jugaba en su teléfono al “Call of Duty Mobile” en los tiempos previos a la pandemia.

Recuerda Adefe el 18 de octubre con la siguiente frase: “La primera marcha

que no terminó más”, porque las demandas persisten hasta hoy. Cuando hace memoria para conversar sobre el tema, relata que “ya estaban avisados de que quedaría la cagá...”. Se hablaba por las calles que el tío de un amigo que es marino avisó. Todos estaban avisados, según él, en las calles.

– De pesado me metí a hacer las barricadas en la esquina de la subida, fui uno de los primeros en prender al principio.

Fue lo único que hizo para participar en las marchas, tenía otra preocupación. Su hijo y su polola. El primer día fue difícil para ellos llegar a su casa, con el tránsito cortado por las barreras de basura, madera o lo que se encontrara a mano. El centro estaba pasado a lacrimógenas, describe. Camino a su casa vio el mismo día las consecuencias de los saqueos en Ripley: “La gente subiendo por el cerro con cosas, de todo; teles, teléfonos, ropa, cajas de zapatillas, etc.”. También vio un saqueo en un supermercado. La fecha no la recuerda bien, pero sí que abrían el Líder de Colón con Avenida Argentina. Reconoce que al verlo tomó algunos alimentos, por temor de que la comida se hiciera escasa. Cuenta entre risas que su polola le prohibió participar en las marchas por temor a que lo mataran o lo “molieran a palos”.

Los Carabineros estaban peleando contra la gente peleando en otro lugar y pensó que podía hacerlo sin mayores problemas. Al entrar, la situación era una “locura” con adrenalina. Tropezó contra un estante por las botellas de aceite de oliva que había reventadas en el piso. Se cayó con todo el *rack*, recuerda. Estuvo muy poco tiempo, pero logró sacar aceite, fideos, arroz y café. Arrancó al escuchar el grito “¡Vienen los pacos!” dentro de la tienda.

“No me acuerdo exactamente en qué se fueron estas cosas”. Algunos paquetes de fideos se cambiaban por un kilo de lentejas u otras cosas. Nunca fue por maldad, sino por necesidad”, recalca. El café, recuerda, se fue a trueque.

– Muchos que saqueaban supermercados después regalaban las cosas en la calle. Decían “¿quieren pañales pa’ su guagua?, tomen. Entonces ahí nos regalaban pañales a la pasada”. Me acuerdo que un tipo saqueó unas zapatillas del Ripley, pero no le quedaron bien. Entonces tuvo que cambiarla por otra cosa. Yo me pegué caleta de asados. Cambiaba dos paquetes de tabaco por un pedazo de carne.

Balas en Reñaca

Había pasado casi un mes después del 18 de octubre, en donde la normalidad aún no se podía encontrar y lo nuevo era siempre salir con tiempo sobrante para llegar sin ningún incidente o atraso por culpa de las marchas, barricadas o cortes de tránsito policiales.

“Chao mamá, sí... cualquier cosa te aviso. Sí, bajaré a Reñaca, vuelvo más tarde”, gritó Ignacio Puig. antes de salir a prisa de su casa a esperar el bus. Mientras lo hacía revisó con una lista mental tener sus cosas a mano, tocando sus bolsillos para ver si tiene todo listo: “Teléfono, billetera, llaves, pase escolar, monedas a mano para la micro”.

El joven viñamarino de 22 años bajó al centro de Reñaca a observar la marcha que se había convocado para llevar la “lucha” a donde “más duele”, como decían las redes sociales.

La cita tuvo como propósito ir a manifestarse en los sectores de altos ingresos, ya que por lo general las manifestaciones se encuentran lejos de zonas residenciales. En muchas ciudades, la “zona cero” de las protestas son espacios públicos destinados al comercio, donde hay negocios de gente común y corriente, no grandes marcas consolidadas, quienes estaban sufriendo a través de la violencia y delincuencia.

No era la primera vez que manifestantes intentaron llevar la marcha hacia Reñaca. Lo habían intentado antes, pero fueron repelidos por los “chalecos amarillos”, que los esperaban cerca del Starbucks de avenida Borgoño, en la entrada del famoso balneario veraniego. Fue el 5 de noviembre, pero los vecinos del barrio estaban ahí impidiendo el paso a los manifestantes. Cinco días después pasaron sin problemas. Ignacio estuvo presente cuando la marcha pacífica llegó a la playa de Reñaca y se instalaron entre el primer y tercer sector.

– Llegué tipo tres o cuatro de la tarde más o menos, iba a juntarme con unos amigos, pero me quedé para ver lo que estaba pasando. Había mucha gente, pero yo fui como a sapear, a ver qué onda, cómo estaba el ambiente, porque no es normal que vaya una masa de gente a Reñaca a protestar, a celebrar, menos

en noviembre. El día estaba soleado, bonito y hacía calor.

El ambiente lo describe como carnavalesco y relajado, gente bebiendo en las playas, algunos con un asado, otros con música. Ignacio recuerda estar fascinado observando el comportamiento de las personas.

Cuenta que iba a la casa de unos amigos en Bosques de Montemar, pero se terminó quedando, se encontró con gente conocida, pero estuvo la mayor parte del tiempo solo. Pasaron los minutos y luego las horas. Su lugar de observación fue la rotonda de Reñaca, cerca del tercer sector, cerca de concurridos locales emblemáticos como “Las Empanadas Roldán” y “Palm Beach”.

Esa tarde, durante el *peak* de la invasiva performance “si no baila, no pasa”, los manifestantes detenían a los vehículos justo en ese sector. Muchos automovilistas participaban y tocaban la bocina; muy pocos se resistieron hasta que llegó una camioneta Mitsubishi ploma. El ambiente se puso tenso, rememora Ignacio.

El conductor de pelo blanco, vestido con un chaleco amarillo, no quiso participar y aceleró bruscamente para pasar esta performance inédita en Chile. Los manifestantes empezaron a mover la camioneta gritando “el que no baila no pasa”. Él no se bajó y empezó a acelerar. Después se hizo un costado, ya que había seguido de largo. Puig estaba a una distancia de cinco a ocho metros del lugar.

– En ese momento este tipo aceleró y avanzó nuevamente como diez o veinte metros. Paró. Y ahí fue cuando vi que se agachó como a buscar algo de la guantera. En eso le empezaron a tirar botellas. Avanzó un poco más allá, porque le empezaron a pegar al auto.

Mientras le arrojaban objetos, el conductor aceleró un poco más allá, recuerda Puig.

– Se detuvo dos veces en total. Paró una vez para recoger la pistola y cargarla, la segunda vez avanzó 30 metros más y ahí se bajó y empezó a disparar. En ese momento no sabía lo que estaba viendo. Estaba rodeado de 500 personas más cuando vi que se bajó y empezaron a tirarle más cosas y él empezó a disparar. Cuando Puig escuchó el primer tiro pensó: “Aquí va a quedar la cagá”. Había entrado en “modo adrenalina”, relata.

– Todo el mundo empezó a correr hacia Concón, hacia el cuarto y quinto sector de la playa para alejarse de él. Todos en masa, con gente, con perros, guaguas, vi mucha gente con niños.

Este hecho fue inédito en las protestas, especialmente para el tranquilo sector de Reñaca. Rápidamente se descubrió quién fue el autor de los disparos. Se trataba de John Cobin, de nacionalidad estadounidense y residente del barrio de Jardín del Mar.

– Se había bajado del auto para disparar su arma de fuego, pero no para advertir de que no se acercara la gente. Era con intención de herir –dice Puig. Relata con mucha precisión lo que pasó segundos después. Los niños empezaron a llorar, la gente corrió buscando un lugar más seguro mientras otros gritaban enfurecidos por lo que había pasado. “Fue la gota que rebalsó el vaso” recuerda.

Puig relata que el ambiente pacífico y tranquilo se transformó en un lugar denso, inquietante. Pasaron unos minutos y escuchó gritos de que había un herido, una víctima del arma de Cobin. Él se acercó para ver qué había ocurrido. Cuenta:

– Le había llegado a la pierna, en el muslo. Estuve a un metro de él, junto con la gente que lo estuvo ayudando y asistiendo. Todo lo que se había descrito antes cambió para mal, la multitud empezó a destrozar, hacer barricadas y romper todo lo que encontraba. Locales costeros como “Ana Sushi” fueron completamente destruidos y saqueados, los muebles que decoraban el lugar fueron expuestos a la calle para poder impedir el paso de los autos.

Prosigue: “Me impresionó mucho, me marcó ver cómo llegaron con barrotos, pusieron las barricadas, se pusieron a gritar y a pelear entre todos. De un momento a otro, un ambiente familiar, y todo a uno totalmente hostil, parecía una guerra civil.. Lo que había vivido más temprano durante el día cambió drásticamente”.

Confiesa Puig que mantuvo un poco en secreto a su familia el haber estado tan cerca en un tiroteo, de lo que había pasado en una tarde que pudo haber sido bastante tranquila si John Cobin no hubiese disparado en cuatro oportunidades. El estadounidense, quien vive en Chile hace más de 20 años, fue condenado

por la justicia en octubre de 2020 como culpable de tres cargos: autor de delito frustrado de homicidio simple, autor de un delito de homicidio simple en grado de tentativa y por el delito de disparo injustificado en vía pública, completando una sentencia de 11 años. Tras su apelación, la Corte Suprema recalificó los delitos en febrero de 2021 como “lesiones graves” y “daño”, reduciendo su sentencia de cárcel a seis años y un día.

Todo esto ocurrió por no haber participado en “el que baila pasa” y haber generado un acto de violencia injustificada en la calle principal de Reñaca.

Manifestarse en pandemia

Desde el 18 de octubre, quienes salieron a las calles a manifestarse concibieron una nueva forma de entender la realidad social del país. Las marchas, saqueos y la violencia desatada armaron un ciclo que parecía no tener fin. Sin embargo, el avance de la Covid-19 y las numerosas restricciones impuestas por el gobierno para frenar la pandemia terminaron por aplacar ese escenario.

Con más de 540 mil casos acumulados a noviembre de 2020, los meses de mayo y junio mostraron la peor cara de la crisis sanitaria con una tasa de contagio diario que llegaba, y por momentos superaba, las seis mil personas. El gobierno de no daba abasto y el Ministerio de Salud debió decretar cuarentenas en gran parte del territorio nacional. Con 9.500 muertes acumuladas el 31 de julio, al descontento social causado por la desigualdad se sumaba una ola de indignación producto de la inoperancia del ejecutivo para controlar esta crisis. “Estamos preparados para enfrentar esta pandemia” decía el presidente desde el Palacio de la Moneda el 3 de marzo, el mismo día que se registraba el primer contagiado en el país. Pero en 2020, Chile se convirtió en uno de los países más golpeados de la región y sus palabras se convirtieron prontamente en motivo de malestar para los millones de compatriotas encerrados en sus casas.

Frente al avance imparable de la pandemia, las medidas tomadas por Sebastián Piñera parecían un intento extremo de mantener en pie la economía. A los expertos les parecía que la prioridad estaba puesta en la economía y no en la situación sanitaria. Primero fueron las cuarentenas dinámicas, que restringían el desplazamiento solo en aquellas comunas con mayor tasa de contagio, y no en

regiones completas, con lo que el traslado de las personas era fácil. Después, a la laxitud con que se concedieron los salvoconductos: las cuarentenas apenas disminuían la circulación de personas en las calles. El manejo de las cifras de la pandemia contribuyó a erosionar la credibilidad en las instituciones.

Posterior a aquello, en abril, en vísperas de los peores meses de la pandemia, se presentó el “Plan Retorno Seguro” que buscaba la reactivación del país con el retorno de trabajadores y estudiantes a sus actividades. Aquí se impuso la realidad a los planes. El aumento exponencial de los casos y fallecidos no hizo posible de concretar este “retorno seguro”.

En mayo, lo siguió el intenso debate entre el gobierno y la oposición por el ingreso de emergencia para aquellas personas que sufrieron de una fuerte caída de sus ingresos. El resultado: victoria del ejecutivo al dejar en \$65.000 el monto repartido por familia.

Luego vino la batalla por las canastas. Muchos expertos las criticaron por ser ineficaces, la tardanza con que llegaban a quienes las necesitaban y la insuficiencia del apoyo, que no era universal. Incluso hubo críticas por su uso político.

Ninguna de estas propuestas fue particularmente popular, al contrario, significó un rechazo similar al vivido en octubre pasado. Muchos alcaldes, incluso algunos de las filas de Chile Vamos, encabezaron los cuestionamientos a estas medidas. Ante la imposibilidad de demostrar el descontento en la calle, las personas encontraron diversas formas de hacerse escuchar. A partir de ese momento, el golpeteo de las cacerolas inundó esporádicamente las ciudades del país. Era una respuesta rápida, casi inmediata, a las impopulares y tardías acciones emprendidas por el gobierno para enfrentar la crisis.

No fue de extrañar que a los pocos meses Piñera debiera retroceder en sus declaraciones iniciales y reconocer la realidad que enfrentaba Chile: “Ningún país, ni siquiera los más desarrollados, estaba preparado para enfrentar la pandemia del coronavirus (...) Chile tampoco”, dijo en mayo en medio de una expectante cadena nacional. Sus palabras, en un marcado tono conciliador, no bastaron para frenar el descontento. Este se expresó en la caída de la aprobación presidencial en las encuestas, del que solo se recuperó parcialmente

con la llegada de las vacunas y su administración. Y también en cacerolazos esporádicos en diferentes ciudades,

Los meses pasaron, y aunque con una leve mejoría, la Covid-19 aún ahogaba cualquier intento de manifestación en las calles. Sin embargo, en agosto de 2020 se dio paso a una lenta reactivación del escenario vivido en octubre pasado con el término de la cuarentena en la comuna de Providencia y la consiguiente apertura de Plaza Italia, la “zona cero” de las manifestaciones.

El primer aniversario del estallido social, octubre de 2020, coincidió con el mes del plebiscito constitucional y fue otro punto de inflexión. La conmemoración del 18 O terminó con los cielos empañados por una densa capa de humo. Las manifestaciones rebrotaron a un año del inicio de la revuelta y con violencia: primero fue la iglesia Asunción, luego la Iglesia San Francisco de Borja, ambas profanadas y calcinadas.

Así terminaba la jornada de protesta más importante desde el inicio de la pandemia. Con ello, resurgían las barricadas, el fuerte olor a lacrimógenas y el enfrentamiento con la policía. Sin embargo, el sentimiento era distinto: el plebiscito se asomaba en el horizonte.

El cambio de fecha

El 15 de noviembre de 2019, en pleno estallido social, los partidos políticos buscaron y el gobierno darle una salida institucional a la crisis que vivía Chile y, movidos por la presión ciudadana y la violencia en las calles. El resultado fue el Acuerdo por la Paz Social y la Nueva Constitución, que suscribieron representantes de la gran mayoría de las colectividades.

En el documento se ofreció someter a un plebiscito si se quería una nueva Constitución, algo impensable antes del estallido social, mediante un voto de “rechazo” o “apruebo”. Además, en una segunda pregunta, que se aplicaría si triunfaba el “Apruebo”, se votaría el tipo de órgano que iba a redactar la nueva Carta Magna, entre dos posibilidades: una Convención Mixta Constitucional (con participación de ciudadanos electos por votación y parlamentarios) y una Convención Constitucional (solo con participación de ciudadanos electos por votación). Y el trabajo de los convencionales, el texto de una nueva constitución,

sería sometido a un plebiscito de salida o ratificatorio, con voto obligatorio, 60 días después de terminado el trabajo de redacción de la nueva Constitución. El plebiscito de entrada estaba contemplado para que se realizara el 26 de abril. El debate para llegar a este acuerdo fue áspero. El punto central de fricción entre las fuerzas políticas fue la norma sexta del Acuerdo, que establece: “El órgano constituyente deberá aprobar las normas y el reglamento de votación de las mismas por un quorum de dos tercios de sus miembros en ejercicio”. El alto quorum tornaba clave tanto el plebiscito constitucional como la elección de los delegados a la Convención.

Sin embargo, esto no aplacó los ánimos en las calles. Las protestas siguieron periódicamente en 2019 y 2020 hasta el inicio de la pandemia. Si bien la demanda por una nueva Constitución no era la principal entre la heterogeneidad de reivindicaciones que pedían los manifestantes, sí estuvo presente desde un comienzo.

Lo que calmó los ánimos fue la pandemia. Con la propagación del virus en el país en marzo de 2020, los parlamentarios hicieron una nueva reforma constitucional para cambiar la fecha del plebiscito. Pocos lo rechazaron: una abrumadora mayoría parlamentaria acogió aplazar la fecha del referéndum para el 25 de octubre.

Plebiscito 2020: una jornada histórica

El movimiento social que floreció en plena primavera, maduró en verano de 2019 y se mantuvo en pie a pesar de la pandemia, para reafirmarse el 25 de octubre de 2020 luego de que la opción Apruebo y Convención Constituyente arrasaran en las urnas, con más del 78% de los votos y una alta participación electoral.

La jornada del plebiscito fue distinta a otras elecciones porque debido a la pandemia se tomaron ciertas medidas sanitarias para evitar nuevos brotes de coronavirus. Entre estas, se encontraron el horario especial para los adultos mayores, el distanciamiento social, límites de personas en los locales de votación y un horario extendido para evitar aglomeraciones de sufragantes.

Tras una campaña atípica, sin actos masivos de cierre y con una propaganda

confusa en la franja televisiva, en que algunos partidos estaban con mensajes tanto en la franja del Apruebo como la del Rechazo, el domingo 25 poco antes de las 8:00 horas los vocales de mesa empezaron a movilizarse para llegar a los centros electorales. Cerca del mediodía el 100% de las mesas se encontraban constituidas. Lo propio ocurría en el extranjero, donde, por ejemplo, en Nueva Zelanda se escrutaron los primeros votos. En el país oceánico casi 800 compatriotas le dieron su apoyo al Apruebo con un 93,33% y a la Convención Constitucional con un 94,03%.

Las largas filas fueron una de las principales características del día. Hubo una gran afluencia de jóvenes motivados para votar con su lápiz azul y la mascarilla –que solo se podía quitar durante tres segundos cuando el presidente de la mesa lo requería, lo que muchas veces no se cumplió debido al nerviosismo que había por el plebiscito y la pandemia– algunos electores esperaron bajo un fuerte sol, mientras que más al sur a otros les tocó una leve lluvia.

Pasadas las 20:00 el país se encontraba expectante por los resultados. Pocos minutos antes había empezado el recuento, donde los presidentes de mesa como históricamente lo han hecho empezaron a gritar a viva voz los sufragios. A las 21:30 horas ya había una clara tendencia hacia la opción Apruebo y se comenzaron a reunir las personas en la Plaza de la Dignidad como hace un año, pero ahora con el primer triunfo de un largo proceso.

En ninguna región del país ganó la opción del Rechazo ni la Convención Mixta Constitucional. Los votantes se pronunciaron en forma aplastante por el Cambio de la Constitución de 1980 y para que en el órgano que resolverá el nuevo texto no participen los parlamentarios.

Según el Tribunal Calificador de Elecciones (Tricel), la opción Apruebo obtuvo el 78,31% de los votos, casi cuadruplicando al Rechazo (21,69%). Más amplio fue incluso el triunfo de la Convención Constitucional (79,18%) por sobre la Convención Mixta Constitucional (20,82%).

El triunfo del Apruebo sobre el Rechazo entre los votantes chilenos en el exterior fue incluso mayor (82,03% sobre 17,97%). Lo mismo ocurrió con la Convención Constitucional (82,28%) que más que cuadruplicó a la Convención Mixta Constitucional (17,72%).

En distintos puntos neurálgicos del país los partidarios del Apruebo festejaron el triunfo de la opción de poner fin a la Constitución de Pinochet y abrir un proceso democrático donde los chilenos y chilenas escribirán un nuevo pacto social. Con fuegos artificiales, luces de láser —muy comunes durante el estallido social—, pancartas, banderas chilenas y mapuches, bocinazos para los que querían cuidarse del coronavirus, muchos celebraron el resultado de esa jornada.

¿Qué sigue ahora?

Para muchos chilenos, la palabra “normal” perdió el significado, dado que se ha desplazado la estabilidad y la cotidianidad como era antes del 18 de octubre de 2019. Esa semana, que inició con los jóvenes evadiendo el Metro para demostrar su descontento con el alza, cambió la historia de los años siguientes, para bien o para mal, como se sabrá.

Chile está buscando su nueva Carta Magna, por una que no sea hecha a medida para servir a un cierto porcentaje de la población o que haya sido creada en un gobierno militar. Una Constitución que represente la voz de las mayorías. Por primera vez en la historia del país este proceso será realizado por delegados electos con paridad de género y con representantes de los pueblos indígenas. Mucho dependerá del resultado de la elección de los convencionales en abril de 2021. Mientras los opositores enfrentarán el proceso divididos en numerosas listas, erosionando sus posibilidades de obtener el quorum de los dos tercios, el oficialismo se concentró en una sola, justamente para lograr más de un tercio e imponer o forzar una negociación para llegar al texto final de la nueva Constitución.

Pero más dependerá todavía del desempeño de la Convención Constitucional y de la dinámica que se arme entre sus delegados. Y del comportamiento de la pandemia, mientras se busca vacunar a población adulta.

El futuro es un libro abierto.

El Proceso Constituyente

2020

El 25 de octubre Chile decidió en las urnas, por mayoría democrática, que el país necesita una nueva Constitución, la cual, será redactada por una Convención Constituyente. Será compuesta por 155 miembros electos por votación popular el 11 de abril de 2021.

Los constituyentes tendrán 9 meses para presentar un nuevo texto constitucional, pudiendo ser ampliado por 3 meses más, en una sola oportunidad. De esta manera, a mediados de 2022, el país vivirá un nuevo Plebiscito de salida para aprobar o rechazar la nueva Constitución..

¿Qué viene ahora?



11
ABRIL 2021

Elección de convencionales constituyentes.

Instalación de la Convención Constituyente.

4
JULIO 2021



HASTA 9 O 12
MESES DESPUÉS

Convención aprueba un nuevo texto constitucional



APROXIMAMENTE
60 DÍAS
DESPUÉS

Plebiscito para aprobar o rechazar una nueva Constitución.

información
<https://www.aob.cl/procesoconstituente/>

CAPÍTULO 17.

Salud mental en tiempos de pandemia: historias de un mundo interior

ROSARIO CARCAVILLA
ALBERTO COBO
BENJAMÍN PONCE
SALLY VARGAS

Nadie sabía que una llamada telefónica marcaría un antes y un después en la familia Cortés Salinas, de Calama. Todo dependía de un medicamento que no se sabía si iba a funcionar. Cristian, fiel creyente de la Virgen de Ayquina y padre de dos hijos, se encontraba en el limbo entre la vida y la muerte, sujeto a una interminable incertidumbre: sobrevivir o morir. Pero la vida tiene mil vueltas, y de un segundo a otro, la esperanza que todos tenían se opacó con una voz femenina a través del teléfono diciendo: “Cristian murió”.

Infiernos como estos suceden cada día en distintos hogares de nuestro país, más aún desde ese 3 de marzo de 2020; desde ese primer contagio, la historia cambió completamente. En una pandemia, no sólo hay que cuidarse de lo que podría alguien atrapar afuera, sino que también de lo que se puede encontrar dentro: un recuerdo, una pérdida, una imagen que no es fácil borrar de la memoria. Es necesario ser fuertes. No es solo el sistema inmune el que corre peligro, sino que también nuestra salud mental. Hay muchas personas peleando constantemente por sonreír todos los días, y cada una de sus historias merece ser contada y conocida. En este capítulo se conocerán algunos testimonios de esas personas fuertes y luchadoras, que han enfrentado un sinnúmero de obstáculos durante este tiempo de encierro. Todos ellos han autorizado que se conozcan sus historias.

El testimonio que se dio a conocer al inicio es de una de ellas; una mujer que vio la oportunidad de ir más allá y dejar un recuerdo. Es un momento íntimo para que todos los lectores reciban no sólo el contenido, sino que se atrevan a hablar, a expresarse, y a llegar a personas que pueden estar viviendo lo mismo.

Oración de entrega

Padre de dos jóvenes, esposo de su amada “negrita”, ejemplar hijo y amigo. Un hombre que dedicó su vida a servir con fe y misericordia por el prójimo. Creyente de la Virgen de Ayquina y recordado por el característico denario que siempre llevaba en su mano. Uno de los bomberos más queridos de Calama, músico por amor al arte, profesor de religión, radioaficionado y trabajador del rubro minero en el norte de Chile. “Mucha gente vive, pero nadie vive como

él vivió”, frases como esa rondan las redes sociales tras el fallecimiento de Cristian Cortés, luego de luchar tres semanas contra la Covid-19. Dejó huellas en muchos, sobre todo en su esposa, enamorada de su Pelao.

Hoy, ella se enfrenta a uno de los desafíos más dolorosos: vivir un duelo en plena pandemia de coronavirus.

Aislamiento social, cuarentena, toque de queda e innumerables medidas para intentar controlar el virus en Chile y en el mundo provocaron una profunda depresión en Mireya Salinas, la profesora de inglés que hoy lidia con su propia cabeza. Una mente que no puede salir de la casa donde compartió con la persona que había elegido para el resto de su vida; como a muchos, un proyecto que este virus destruyó y no dejó tiempo ni lugar para replantear las cosas.

Desde el comienzo del confinamiento, en marzo, Mireya dejó de asistir al liceo particular subvencionado Obispo Silva Lezaeta, donde hace clases hace más de diez años. En ese lugar compartía con sus colegas y era profesora de un octavo básico. Pero todo esto está escrito en pasado. Sus alumnos le envían mensajes manifestándole cuánto la extrañan: “Miss, espero que vuelva pronto”. Oriunda de Toconao, apasionada de la pedagogía, de disfrutar de sus “niños” y estar en el aula. Lo que más echa de menos es el contacto físico con ellos, los abrazos. – Los alumnos son muy afectuosos, son muy cariñosos, son de piel –dice.

Deterioro de la salud mental

“La visión global de todos los países es que la salud mental se ha deteriorado enormemente y desde sintomatología básica, como lo es el estrés. Que puede ser bueno, pero en este caso pasa a ser un estrés patológico. Lo mismo pasa con la ansiedad. Porque se han desregulado funcionamientos que son básicos para las personas. Sueño, actividad física, alimentación, principalmente”, plantea la psicóloga clínica de la Universidad del Desarrollo (UDD), Daniela Saralegui.

Agrega la especialista:

“La salud mental no se puede separar de la salud física, creo que van siempre de la mano. Son cosas que tal vez había cómo obviarlos en la vida normal y pasamos al tiro a buscar lo patológico en la salud mental, y no nos dábamos cuenta de ver si esas necesidades estaban cubiertas o no”.

China es un país lejano y en la familia Cortés Salinas jamás escucharon de Wuhan, una gran ciudad del país asiático, hasta que el virus surgió entre sus habitantes. Considerando la lejanía, que llegara a Chile era algo impensado en la vida de ellos. En Calama, las medidas sanitarias se tomaron tarde y, por ende, las repercusiones fueron fatales para muchos nortinos.

El calvario comenzó en junio, cuando los dos hijos del matrimonio, Matías y Cristian, empezaron a sentir fiebre, dolor de cabeza, pérdida de olfato y gusto. Ella y su esposo pensaron que era un resfriado común. Así lo diagnosticó una doctora de la clínica que frecuentaban. Los días pasaron y lo mismo le sucedió a Cristian, su esposo. Sin darse cuenta, de un momento a otro, ya estaba hospitalizado y el diagnóstico era claro: Covid-19.

Los primeros días en la clínica, Cristian hablaba frecuentemente con Mireya. Ella lo escuchaba bien, muy animado y tranquilo. A los pocos días todo se tornó gris, comenzaron las cadenas de oración, la saturación de Cristian bajaba y sus signos vitales empeoraron. Sin que lo advirtiera, las cosas no andaban bien en su organismo. Diez días después de entrar a la clínica, llegó el momento de la intubación. La esperanza y fe de esta cristiana familia calameña estaba intacta. Ellos iban a salir adelante, el Pelao se iba a mejorar.

No todas las coincidencias son buenas y no todo resulta como muchas veces se planea con tanta ilusión. Así lo supo el matrimonio Cortés Salinas. El 26 de junio, estaba previsto su viaje de celebración de 25 años de matrimonio. Los Países Bajos iba a ser el destino al que nunca llegaron. Tenían los pasajes comprados. Su sueño siempre fue conocer el país europeo. Cuando lo intubaron, a las 7:00 horas, deberían haber salido en un avión con retorno, no como el vuelo al que Cristian terminó subiéndose.

El mundo de Mireya, hija única de una familia muy pequeña, se reducía a su esposo, hijos, madre y abuela. Sus últimos años han sido muy duros; ha vivido pérdidas muy seguidas y con la constante sensación de injusticia dentro de su cabeza. Su madre falleció en 2016 y se quedó con su abuela que tenía 102 años, quien murió el año pasado.

La vida no siempre es justa, sobre todo cuando existe un virus que no discrimina ni identifica a sus víctimas. Su mundo se derrumbó en dos meses.

El paso ligero del malestar en sus hijos hacía lucir el coronavirus como una enfermedad simple. Sin embargo, con Cristian, esa simpleza se transformó en un desenlace completamente inesperado. Generalmente, cuando alguien tiene malos sueños, el clímax termina por despertarlos y sacarlos de la cama de un salto, pero de esta pesadilla nadie despertó. Las esperanzas se desvanecieron en un cuarto con tres personas que ansiaban la calma después de la tormenta. Mireya, a través de sus ojos aceitunados, transmite fuertes recuerdos que, hasta el presente, la acompañan sin claudicar ante el tiempo.

Se encontraban los tres en la pieza. El teléfono comenzó a sonar y el hijo mayor con mano temblorosa abrió la puerta y se dirigió a un lugar distante de la casa. La esperanza de un nuevo medicamento que funcionara alumbraba el turbio momento, pero una simple llamada logró apagarlo.

Contestó.

Se enteró de que su padre ya no estaba. Las lágrimas no dejaban salir las palabras, y la esperanza quedó apaciguada por un nudo en la garganta. Sólo se abrazaron y lo lamentaron. Hay frases que nunca se borran de una escena, y en la mente de los integrantes de esta familia resuena un desgarrador: “¿Por qué? Si nosotros teníamos la fe en que saldría adelante”.

La última vez que hablaron fue la mañana previa a la intubación. Conversaron alrededor de una hora y se notaba tranquilo. Sin embargo, ambos sabían que la saturación no marcaba bien y necesitaba oxígeno. La respiración estaba al límite.

– Tú, negrita, te tienes que cuidar, porque tú eres nuestro pilar.

Y ella pensaba que no, que él lo era. Pero en ese instante, ya no había vuelta atrás: él le estaba entregando el mando de la familia Cortés Salinas.

Hoy, Mireya no se siente en condiciones, aún no está segura, ni puede detener el llanto. No le gustaría que los alumnos la vean tan apenada. El trabajo de esta madre por mantenerse en pie y sobrellevar la depresión que desató este último acontecimiento, es digno de admirar. Perder a una de las personas que más se ama en el mundo no es fácil, mucho menos cuando se trata de un padre de familia. Esta mujer enseña de su vida, del amor; lo importante que es una palabra, una caricia. Ella lo amará para toda la vida y se casó con él porque era

su otra mitad, así lo repite una y otra vez.

Cada espacio de su hogar está impregnado del amor de esta pareja. En los espejos quedaron plasmados los “te amo”, escritos por él y las fotos familiares que llenaban las paredes. Incluso, solían llamarse y enviarse mensajes durante la jornada de trabajo. No paraban de decirse cuánto se amaban, agregando habitualmente un “por siempre juntos”.

El primer paso para salir de ese sentimiento de ahogo, de angustia y de diversas crisis emocionales, es pedir ayuda profesional. A sus 54 años, se atiende de manera personal y presencial con su psiquiatra. Una hora no siempre es suficiente, incluso pueden llegar a ser dos. Ha sido una pieza clave en su recuperación anímica.

– ¿Cómo controla su pena?

– Estoy con tratamiento con un psiquiatra y ansiolíticos, antidepresivos y remedios para dormir. Aunque los últimos ya no los estoy tomando porque nos entraron a robar la semana pasada. Saltaron el muro y me sentí insegura. Me faltaba mi protector, que a pesar de que no lo iba a pillar, el tenerlo al lado me daba mucha seguridad – responde con voz temblorosa.

– ¿Los medicamentos han servido?

– Sí, me siento mucho más controlada. Y las sesiones me ayudan a desahogarme. Paso mucho tiempo con pena mirando fotos.

Es un trabajo diario para poder salir adelante. Cree que volverán sus esperanzas y sonrisas que se reflejan en cada palabra que dice de su Cristian. Será el día en que recupere una parte de la felicidad con la que vivía antes de perderlo.

Mireya, entre llantos de tristeza y emoción al hablar de él, transmite cierta tranquilidad. La fe la ha llevado por un esperanzador camino que la hace sentir que su esposo cumplió su misión y alcanzó a hacer todo en la vida.

– Él vivió como apurado para hacer todo. Tenía hasta un grupo de radioaficionados donde trabajaba con la gobernadora, los militares, carabineros y doctores.

Mireya no perdió del todo el norte. Eligió vivir, y entre fármacos, terapias y oraciones, quiere cumplir en vida los mismos proyectos que los ilusionaba como matrimonio. Por él y su memoria. Por la fe que le dejó inculcada, y por

sus hijos, a quienes ama profundamente. A Cristian le gustaba cantar, sobre todo en la iglesia. Siempre tarareaba una canción que se llama “oración de entrega”. Su familia tiene la certeza de que cuando lo llevaban a intubación, él estaba cantando esa melodía. Dice: “Señor aquí estoy, haz de mí lo que quieras, estoy dispuesto a todo”.

– Viajar por todo el mundo. Quiero viajar. No quiero quedarme en la casa porque mi casa está llena de recuerdos, quiero salir, conocer nuevos lugares.

La salud mental es clave

Según declaró en 2020 la Organización Mundial de la Salud (OMS), “la pandemia de Covid-19 ha perturbado o paralizado los servicios de salud mental esenciales del 93% de los países del mundo, en tanto que aumenta la demanda de atención de salud mental”.

Agregó el organismo multilateral: “La pandemia está provocando un incremento de la demanda de servicios de salud mental. El duelo, el aislamiento, la pérdida de ingresos y el miedo están generando o agravando trastornos de salud mental. Muchas personas han aumentado su consumo de alcohol o drogas y sufren crecientes problemas de insomnio y ansiedad. Por otro lado, la misma COVID-19 puede traer consigo complicaciones neurológicas y mentales, como estados delirantes, agitación o accidentes cerebrovasculares”.

Un *link* de despedida

La vida de Carolyn Rothkegel podía describirse como ideal: dos increíbles hijas, un trabajo estable, una familia numerosa y una madre jovial. Pero todo se trastocó. A María Isabel, su madre, que solía usar largas faldas de seda, elegantes blusas pastel y extravagantes joyas, el coronavirus la atropelló como una avalancha. Debió cambiar sus prendas por un blanco y opaco delantal, como una más de los miles de pacientes contagiados con Covid-19 en Chile. Como si fuera un avión en despegue, su salud se mantuvo hasta que una falla en el motor lo hizo caer en picada. Su muerte sacudió a quienes la rodeaban, sobre todo a su hijo.

Pérdida, luto... un adiós.

El lunes 3 de mayo de 2020 la pandemia tomó una pluma y un papel y comenzó a escribir la historia de la familia Cornejo. Cristóbal, de 36 años, estaba en su hogar, como cualquier otro día. Vivía en la comuna de Huechuraba, en una casa que le regaló su padre. Ahí también residía su mamá, María Isabel, de 81 años, conocida por su espíritu jovial y aventurero. Él es hijo de la segunda pareja que tuvo su mamá, Álvaro. A pesar de ser hijo único de esa unión, María Isabel tuvo cuatro hijos antes, de los que uno de ellos es Carlyne.

¿Confuso? Puede ser.

Ese día, Cristóbal despertó con un leve malestar físico. Se sentía raro, extraño, con dolores corporales y jaqueca. Preocupado, tomó las llaves colgadas en la entrada de su casa, se subió a su camioneta, y partió rumbo a la clínica Indisa; quería saber qué le ocurría. Cuando lo atendieron, caminó lentamente hacia la sala en donde, sentados frente a frente con el doctor, comenzarían a descifrar la causa de todos sus malestares.

Después de una larga conversación, el diagnóstico oficial fue que Cristóbal estaba teniendo una crisis de pánico. Luego de llevar meses encerrados y sin poder salir, un trastorno emocional y psicológico era una conclusión factible. Volvió a su casa, claramente preocupado de lo que le dijeron. Pasaron un par de días y mientras hablaba con un amigo de la vida, Cristóbal le contó sobre lo que pasaba. Extrañado, su amigo le dijo que se fuera a hacer un examen PCR. Tenía los síntomas del virus, ¿cómo podrían dejarlo pasar?

Sólo quedaba esperar. A las pocas horas llegó ese mensaje que cambiaría todo. El celular de Cristóbal comenzó a sonar. Una notificación le anunciaba que había recibido un *mail*. Le avisaron que el examen había salido positivo y todos los síntomas que, en un principio eran por una supuesta crisis de pánico, resultaron ser a causa del virus. Estaba contagiado. Ya no había nada que hacer. Llevaba días en contacto con su mamá, hablaba y comía con ella.

El lunes 11 de mayo, María Isabel se comenzó a sentir muy cansada. Su espalda le dolía y los ojos le pesaban, como si no hubiese dormido desde que comenzó la pandemia. Mientras el reloj avanzaba como un auto de carreras, Cristóbal notó que la situación de su madre no era un simple cansancio, ni tampoco

consecuencia de la edad... ya no podía respirar. Tomó el teléfono y llamó a su hermana Carolyn.

– ¡Mi mamá no puede respirar! –gritó Cristóbal por el teléfono.

– Okey, te mando una ambulancia –respondió su hermana.

– ¡No, no quiero que los vecinos se enteren! –replicó.

Vivían en un condominio muy transitado, donde todos se daban cuenta de lo que decían o hacían los demás. Los prejuicios eran muchos. Pese a estar diagnosticado con Covid-19 y sin importar las consecuencias, partieron rumbo a la clínica Indisa, en donde la ingresaron de urgencias.

Seis días pasaron. El doctor entró a su pieza, y sin ningún gesto extraño, ni tampoco con una cara de asombro o de miedo, le dijo que estaba con Covid-19. Ella tenía un buen pronóstico.

– **¿Pudieron verla?**

– No, en un principio no. Pero después, cuando ella ya estaba mejor, sí nos dejaron. Mis hijas le hicieron un cartel que decía “Te amamos” con un corazón dibujado, y los médicos nos hicieron la gauchada de dejarlo entrar y se lo pegaron, entonces cuando ella despertaba podía verlo.

El panorama era tan positivo, que el médico que la estaba atendiendo le aseguró a Carolyn que su mamá iba a poder irse a la casa el jueves 21 de mayo. Pero como una película de Hollywood, toda historia, toda producción, requiere de un clímax para ser real. Como una prenda que parecía estar perfectamente cocida, la punta de un hilo suelto comenzó a desarmar todas las puntadas que se suponía estaban completamente ajustadas. Una elegante falda se transformaba en un ordinario pedazo de tela.

Ese jueves, Carolyn recibió un llamado de la clínica. Con las manos temblorosas, pero con la mente convencida de que todo iba bien, contestó.

– Su mamá está grave –dijo el doctor.

Lo que parecía ser una recuperación, al menos a los ojos de los médicos, resultó el camino al desenlace de su novela, el final del libro que la pandemia había escrito sobre esta mujer. Ese día falleció.

¿Alguna vez pensaron ver un funeral a través de una pantalla?

Esa pregunta nunca se la hizo Carolyn hasta el día en que le dijeron que no

podrían estar en su ceremonia. Después de diversos trámites, lograron realizar un pequeño ritual, una reunión religiosa con el fin de despedir a su madre. Sin embargo, todas las personas que hubiesen querido estar ahí, tuvieron que hacerlo desde sus casas, frente a un computador.

– Hicimos un pequeño responso, en el que estuvieron mis dos hijas, Adolfo, exmarido de mi mamá, y el pololo de mi hija mayor. Las demás personas que querían estar pudieron hacerlo por Zoom, que era algo nuevo. Ella ya estaba cremada, entonces tú tienes que confiar que son las cenizas de tu madre.

El dolor de la pérdida

“En caso de muerte o duelo el tema es complejo”, advierte Macarena Manzur, psicóloga de la Universidad Adolfo Ibáñez.

“Sabemos que los funerales han ido siendo más normales, pero en su minuto tuvieron una realidad bien cruda. Poca gente, tener que elegir qué personas van por sobre otras, es súper duro. Uno no se puede despedir y todos esos procesos y duelos son distintos de soltar”, advierte la especialista.

Ella pide estar atentos a la salud mental. “Hay que entender que está la mente, que es el constructo, y que está el cerebro, un órgano biológico, y que cuando se empieza a enfermar, uno se puede hacer el tonto. Con remedios se puede hacer frente, pero cuando un problema ataca a la parte más abstracta por resultado de esta crisis, es probable que la mente no esté al 100%. No hay que subestimarlos”.

Dos horas después del responso, sus más cercanos decidieron reunirse. Si bien no fue presencial, una videollamada se transformaría en el lugar en donde todos los sentimientos reprimidos por el contexto saldrían a la luz. Un enlace a la aplicación Zoom, enviado por *mail* a todos ellos, sería lo más parecido a una reunión cara a cara, pero sin el abrazo que cada uno querría recibir. Todos abrieron el *link*.

Algo parecido a un mosaico rectangular apareció en la pantalla. En cada cuadro se podía ver una cara diferente. Sus hijos, sus amigos, sus nietos... todos con un rostro tembloroso, intentando contener el llanto que la situación provocaba. Todos estaban viviendo un cataclismo emocional, sin embargo, era

un momento para celebrar la partida de una persona que había dejado un legado emocional majestuoso... una huella.

Vestidos de blanco y con una copa en mano, fueron las indicaciones que pidieron los familiares para despedir a una madre, a una abuela, y para muchos, una amiga. Un color que lograba transmitir la luz que irradiaba día a día; uno que no sólo representaba la libertad, sino que también la belleza y simpleza de su personalidad. Luego de un champañazo, mostraron un video en el que había una recopilación de fotos de ella y de su vida. Acompañado de la canción *Here comes the sun* de *The Beatles*, cada una de las fotos que mostraron, se transformaron en una lágrima que corría por la mejilla de todos los que estaban presentes.

La muerte de un familiar ya es algo difícil de digerir, algo complicado de abarcar, y casi imposible de entender. Sin embargo, si esto sucede durante un confinamiento, las condiciones y el contexto cambia; todo se vuelve más difícil, las preguntas y los cuestionamientos comienzan a aparecer, y el encierro entre cuatro paredes se transforma en un infierno. Carolyne, luego de la muerte de su madre, vio la vida de otra forma. Se aferró a lo positivo y comenzó a ver su existencia de diferente manera.

– Es complejo, pero creo que de cierta manera me ayudó un poco la pandemia, podía estar conmigo misma. No tenía que pretender estar contenta o sonreír cuando no quería. Yo siempre me levantaba, tenía una rutina, miraba mucho el sol; me sentaba en la terraza a observarlo, y lo único que hacía era llorar. Ahora, mirándolo desde la distancia, creo que ayudó un poco; ayudó a centrarme en mí misma, en mi dolor, y no a esconderlo.

Pasaron los días y Carolyne empezó a sentir la ausencia de su mamá. Ellas dos eran muy unidas; además de ser madre e hija, eran amigas. Siempre se juntaban a tomar un café, o a caminar por Andrés Bello, Las Urbinas, y esas calles de Providencia que tanto le gustaban.

Cada día que pasaba, la lucha para Carolyne era más ardua. Sin embargo, hizo un esfuerzo y decidió ver la vida con otros ojos. María Isabel adoraba caminar de noche, sin rumbo, sin saber qué le depararía el futuro, mirando las luces de los edificios y de los locales nocturnos. Cada uno de esos recuerdos acompañó

a Carlyne todos los días, en detalles tan mínimos como un cartel iluminado en la mitad de la avenida Apoquindo. A pesar de que ella pueda ver el panorama con ojos sumamente positivos, de manera indirecta e involuntaria, el encierro afecta.

– Al principio estuve con ayuda psiquiátrica y psicológica. Ahora sólo recibo ayuda psiquiátrica cada 45 días, mientras que antes era semanal. Para mí fue muy fuerte esto, o sea, un remezón de vida. Yo no sabía lo que era un luto de un pariente cercano, y más aún sin poder despedirte.

Cristóbal, el hermano de Carlyne, tampoco salió invicto de lo que la mente puede ocasionar en situaciones como estas. A pesar de no tocarse el tema dentro de la familia, se dio por sabido de que podría haber sido él quien la contagió.

– **¿Cómo se tomó esta situación tu hermano?**

– Se asumió no más. Nunca le dijimos “tú la contagiaste”.

Cristóbal, desde ese día, en el que su mundo se puso de cabeza, está recibiendo ayuda profesional. Quedó muy afectado por las circunstancias y el contexto que provocó la muerte de su madre. Como estaba contagiado no pudo asistir al funeral. Luego de hacer la cuarentena volvió a realizarse el examen PCR. Nuevamente salió positivo. Su confinamiento, que se prolongó 20 días más luego del segundo test, carcomió su mente. Vivir un luto encerrado es como un abismo, pero hacerlo sintiéndose culpable es más profundo. Es depresión. Lloraba a diario. Sentía frío en sus extremidades, como si toneladas de hielo cayeran sin cesar sobre su cabeza y su cuerpo. Una pesadilla. Hasta hoy sigue en tratamiento psicológico para superar la situación. Lo que ha vivido lo acompañará siempre como una fractura expuesta.

La vida de Cristóbal, de Carlyne, y de muchas otras personas cambió ese 21 de mayo. El fallecimiento de María Isabel marcó un hito en la vida de muchas personas, quienes la amaban y admiraban por su característico espíritu jovial.

– **La muerte de tu mamá, ¿te hizo ver la vida de otra manera?**

– Sí. Yo ilusamente pensaba que los padres iban a estar para siempre. Si bien sabía que se podían ir, no era tema; siempre dije “mi mamá siempre va a estar”. En vez de haber disfrutado, de haber estado más con ella, todas las

culpabilidades aparecen en uno; cuántas veces ella quería que yo fuera y a mí me daba lata ir. Te vienen todas esas culpas. La fragilidad de la vida y valorarla más, y menos las cosas materiales, es algo que me quedó marcado. Hay que vivir más el día a día, y no pensar “es que tengo que hacer esto”, y que “mañana tengo que hacer esto otro”; no, estás acá, tomándote un vinito, disfrutando.

Bruno Peña, médico siquiatra de la Universidad de Chile:

“Lo que sí me preocupa es que haya personas que digan que la pandemia es mentira”

– ¿Cuáles cree que serán los cambios visibles social y mentalmente hablando al terminar la pandemia?

– Inicialmente habrá un gran temor a acercarse. Esa costumbre latinoamericana, de ser cercanos, de tocarse, de abrazarse y besarse, será más mesurada inicialmente, hasta que salga la vacuna, con eso ya se quitaría el temor a la infección.

“Ya he visto muchas personas a las que se les han exacerbado sus manías y trastornos obsesivos compulsivos en relación con la limpieza. Esas cosas tienden a persistir. Una de las cosas buenas que se han inculcado en las personas es el concepto de infectología. Ahora saben de dónde viene la enfermedad y que no es solo pasar frío o que viene mágicamente por cualquier cosa. Una persona que no se contagia o que no recibe una gotita de otra persona, no se contagiará de la enfermedad. De hecho, lo ideal sería que las personas, sean del gobierno, jefes, empleados, etc., tengan conciencia para que las personas infectadas puedan tomarse el descanso suficiente para poder recuperarse y no enfermar al resto. Cuando una persona va a trabajar y está enferma, contagia y después están todos enfermos. Así se generan las pandemias y estas cosas”.

– ¿Qué aspectos normados podrían ser los más preocupantes?

– De verdad, no se me ocurre. Lo que yo he notado de las personas es que no normalizan el confinamiento. Están a la espera de salir, a la espera de estar con otras personas. No encuentran que esto sea normal. La tendencia es a volver a lo que era antes. No siento que haya algo que se esté normalizando. Lo que sí me preocupa es que haya personas que digan que la pandemia es mentira.

– **¿Qué opina de la psicosis o histeria general generada por este virus? ¿Cómo cree que se manejó a nivel del país y el mundo?**

– Nadie sabía ni tenía la certeza respecto a las cosas. Algunos países fueron agresivos y otros paulatinos, algunos salieron “bien” y “mal”. Es muy difícil juzgar si es que las cosas se hicieron bien o mal. Ningún gobierno tenía respuestas de cómo hacer las cosas. Ni siquiera a nivel de infecciones conocidas tenemos alguna regla. Esto de poder contagiarse nuevamente es totalmente nuevo. No hay ideas descabelladas, sino que todo es muy nuevo. La histeria y psicosis ha ido en mal camino, preocupándose de limpiarse los zapatos o llenar todo de amonio cuaternario, cuando lo más importante es estar con una buena mascarilla. Hay gente que anda con mascarilla de tela y dejando las zapatillas afuera. El riesgo de contagio sigue siendo mayor al no tener una buena mascarilla.

– **¿Qué comentario agregaría respecto al tema de salud mental en Chile?**

– Como cualquier otra área de la salud, debemos dedicarle tiempo y esfuerzo. Son necesarios controles con especialistas. No siempre sabemos que estamos pasando por algún momento malo. De hecho, las enfermedades mentales se caracterizan por un concepto que se llama “anosognosia”, que es la incapacidad de darse cuenta de que uno está enfermo. Por eso, es importante, o, mejor dicho, es que otras personas son las que te diagnostican.

“En ese sentido, uno siempre va a creer que la realidad de uno es buena, o es normal. Es importante, de vez cuando, sobre todo después de haber pasado por algún momento o cosas como importantes, o momentos duros, hacerse algún chequeo por algún especialista. Como un psicólogo para que te diga si estás bien, o si a lo mejor estás un poco deprimido y te recomiendo hacer tal y tal cosa”.

El confinamiento agrava las cosas

Veintinueve años conviviendo con tres niños portadores de discapacidad mental y física no es fácil, menos para un joven que ha dedicado su vida al cuidado de ellos. De personalidad amable y una paciencia inigualable, Cristóbal se ha convertido en uno de los protagonistas de la historia de resiliencia de la familia B..., tras la muerte de su padre.

Romper cosas, golpear, tirar el pelo y gritar, son algunas de las características de las crisis que a veces se apoderan de los tres hermanos del joven empresario, quien vive un torbellino constante de emociones y frustraciones al lidiar con los problemas mentales de *Cako*, *Panchi* y *Polo*, como les llamaremos en este capítulo para respetar su privacidad. Las crisis de pánico, la preocupación y la desesperación producto de la estresante vida en cuarentena con su familia, lo han llevado al colapso y a numerosas teleconsultas con psiquiatras y psicólogos. La familia vive en una casa en una comuna rural. Un hogar que, a pesar de parecer normal, contiene un cúmulo de historias y sentimientos reprimidos hace años, los cuales se intensificaron durante el encierro. Cristóbal, de 30 años, vive junto a sus tres hermanos y con su madre. A pesar de que el amor familiar siempre ha estado presente, han tenido que atravesar por un largo campo minado de emociones.

Cuando *Cako* nació, quien actualmente tiene 31 años, la madre comenzó a notar que diversas patologías físicas y psicológicas surgieron en él. Al ir creciendo, poco a poco, y con la ayuda de diferentes expertos, se le diagnosticó un nivel de autismo severo. En cuanto a su fisiología, también se empezaron a ver diferencias en comparación a otros niños. Los brazos de *Cako* no crecieron como tendrían que haberlo hecho; el lado derecho de su cuerpo, poco a poco, comenzó a estar más caído que el izquierdo, y al ir pasando los años, diversas enfermedades surgieron, como osteoporosis, diabetes, hipertensión, entre otras. En el caso de *Panchi* y *Polo*, mellizos de 28 años, desde que nacieron fueron diagnosticados con un retraso mental. La ira, la rabia, las conductas inesperadas comenzaron a ser cotidianas en la vida de la familia B.

– El *Cako* es un niño, tiene 31 años, pero él no se puede expresar bien, cada vez que le duele algo grita, patalea, entonces tenemos que estar adivinando qué le pasa, es súper agresivo cuando pasan estas cosas. A mi mamá le ha sacado la cresta, a mí también. Nos ha tirado platos, vasos, cosas de metal, hemos estado al borde... Tiene mucha fuerza porque es grandote.

Durante años, el crecimiento, la educación, y las enseñanzas que podían darle a estos tres hermanos, fue una lucha que los padres tuvieron que afrontar. Durante su niñez y adolescencia, la familia contaba con el apoyo de una madre

y un padre, quienes día a día tenían que utilizar todas las herramientas posibles para sacar adelante a sus cuatro hijos. Sin embargo, la vida tiene un sin fin de vueltas, y a pesar de todas las que ya había dado esta familia, un cáncer al cerebro que se apoderó del cuerpo de José, el padre, comenzó a alterar lo que ya habían avanzado. A sus 52 años, ya tenía un largo historial junto a su esposa, con quien había logrado hacer surgir a tres hijos con discapacidad.

Ese mismo año, 2016, la historia tuvo un quiebre, una desviación al objetivo de vida que esperaban conseguir; el cáncer había arrebatado la vida de un padre y un esposo. La muerte tiende a asociarse a la vejez, o a alguna enfermedad de la tercera edad, pero nunca creyeron que luego de haber luchado por tantos años, de haber sacado a flote a sus hijos, llegaría una enfermedad a desarmar todos los planes de vida que tenía la familia B.

Luego de su muerte, todo cambió. Quienes llevaban el orden de la casa, ya no eran dos, sino una. Su madre se vio dentro de un túnel oscuro y largo, sin ningún mínimo destello de luz que le diese esperanzas. La situación comenzó a complicarse, el dinero a reducirse, y el tiempo parecía como un leve y corto soplo.

A partir de 2016, Cristóbal se hizo cargo de las necesidades de ellos tres. A la par de su madre, fueron los responsables de atenderlos, alimentarlos y hasta vestirlos. La historia siempre se mantuvo igual, sujeta a las mismas rutinas, tareas y obligaciones. No obstante, lo que ya era difícil para ellos, marzo del 2020 fue el encargado de cambiarlo, desde sus hábitos hasta el comportamiento de cada uno de los miembros de esta familia.

El encierro marcó un antes y un después en la vida de Cristóbal, de su madre y hermanos. Verse obligados a no salir de la casa fue algo que transformó y mutó todas las relaciones interpersonales que durante años han luchado por mantener. Los ataques de rabia se intensificaron, las obsesiones aumentaron y los medicamentos no dejaban de aparecer. Rutinas tan cotidianas como comer, ducharse o dormir, se transformaron cada día en una odisea. A pesar de que los mellizos, *Panchi* y *Polo*, padecen de un retraso mental importante, *Cako* fue quien más demostró graves consecuencias debido a la cuarentena.

– Ha sido bien difícil, muy estresante. Cuando le dan todas estas crisis, son

gritos, idas a la clínica, agresiones, tiradas de pelo a mi mamá cuando lo ducha, porque tiene horarios. Por ejemplo, a las 7 de la tarde se tiene que duchar y ahí son sí o sí todos los días gritos y pataletas. Siempre estamos en esa tensión. Nosotros lo tenemos muy normalizado, yo nací con el *Cako*, él es mayor que yo. Sus diversas enfermedades comenzaron a requerir de más tiempo y atención por parte de Cristóbal y su madre. Sus necesidades se transforman en posibles golpes y rabietas. Las cosas que pedía, exigía recibirlas. Cada día era un reto mayor en esta competencia llamada encierro.

– Estar las 24 horas del día en casa con ellos es desesperante, porque conlleva responsabilidades. Por ejemplo, el *Cako* toma remedios en la mañana y en la tarde, y son todos distintos (...) hasta darle sus comidas, porque no es autovalente, es dependiente de nosotros. Y soportar todas esas crisis que le dan, que uno no sabe cuándo le va a dar.

El control y el cuidado de los hermanos nunca fue fácil. Jamás podrán olvidar cuando *Tatán* desapareció hace dos años. De un segundo a otro, empezaron a buscarlo. Luego de unos minutos, se dieron cuenta que no estaba, que no aparecía. Las calles cercanas se transformaron en una posible escena del crimen. No había caso, estaba perdido. Fueron a Carabineros a preguntar si había llegado alguien con él, y a dejar una constancia de que su hijo se había perdido. Pasó un día, luego dos, luego tres... *Tato* no aparecía. Ya no era un tema local, sino que se transformó en una búsqueda a nivel nacional. Considerando la discapacidad de su hijo, la familia veía un panorama no muy favorable. Al cuarto día, Cristóbal, *Cako* y *Panchi* almorzaban con su madre en el comedor de

Jóvenes, víctimas del confinamiento

Para Antonia Errázuriz, académica de psiquiatría de la Universidad Católica, “al mirar la proporción de personas que presentan problemas de salud mental asociados con la pandemia, se ve que el 39,3% tiene entre 21 y 34 años. Esto se condice con estudios internacionales, donde los grupos que estarían reportando peores niveles de salud mental incluyen a adultos jóvenes, así como a quienes viven solos”.

su casa. De pronto, alguien abrió la puerta y caminó lentamente hasta donde ellos estaban. Era *Tatán*. Llevaba cuatro días en las calles, sin darse cuenta de lo que estaba haciendo; cuatro días conversando con personas desconocidas, comiendo con ellos, sin saber ni entender qué sucedía.

La pandemia y la cuarentena implicaron cambios para los tres hermanos, especialmente para Cristóbal y su madre, quienes luego de meses sin poder salir y girando en torno a los cuidados de ellos, vieron como su salud mental estuvo afectada. Él asume la carga de todos en la familia.

– Ha sido bien estresante, muy complejo. Mi vieja siempre ha tenido la cualidad de ser muy paciente, pero también colapsa. Se quedó sola y eso hace la pega mucho más dura para ella y para mí también de hecho, porque quedamos solos en el fondo.

Durante la pandemia, Cristóbal y su madre recibieron un mensaje que marcó un vuelco en la historia que estaban viviendo. Luego de todo un seguimiento médico en el que Cako ha participado durante toda su vida, los doctores le aseguraron que no iba a vivir más de tres meses. La noticia significó un tsunami de emociones para todos. Considerando todas las enfermedades que tenía, ya era peligroso que un virus pudiese entrar en su organismo. La diabetes

Deterioro en el estado anímico

“El 49,4% de los adultos evalúa que su estado de ánimo es ‘peor’ o ‘mucho peor’ desde que inició la pandemia; el 54,8% indica sentirse más agobiado y en tensión, y el 48,9% reconoce que las preocupaciones actuales le han hecho perder mucho sueño, más que lo habitual”. Así lo sostienen la Universidad Católica y la Asociación Chilena de Seguridad (ACHS).

y la hipertensión eran las razones principales de las muertes por coronavirus. Sin embargo, ahora ese miedo pasó a segundo plano... según los doctores, sus días estaban contados. Qué pensar, qué decir o qué hacer ya no tenían respuesta. Les habían avisado que *Cako* podía morir en cualquier minuto. De un instante a otro, una madre podía perder un hijo.

– Él tiene problemas con los pulmones, hace constantemente neumonía y esas cosas. Entonces, si

yo contagiara al *Cako*, hay más de 90% de posibilidades que se muera, eso nos dijo el doctor. Por eso tenemos que ser conscientes y ser precavidos con eso. Hemos tenido mucho miedo de perder a mi hermano, el *Cako*.

El deterioro mental, la incertidumbre y la pena, cada día se apoderaban de la familia B. La pandemia se había transformado en un escenario al que nunca pensaron entrar. Sus mentes y sus conciencias cada día estaban más alteradas, afectadas y contaminadas por las situaciones que han tenido que vivir, antes y después de que llegara el coronavirus. Las noches se transformaron en días, los días en noche; dormir ya no era fácil, pensar, menos. Las crisis comenzaron a surgir y la medicación se transformó en el menú preferido de Cristóbal y su madre. La situación agobiaba al hijo constantemente.

– La incertidumbre, el no saber cuándo va a pasar esto. Ahora últimamente ya se puede salir, aunque sea un poco, a tomar aire. Pero aun así es muy complejo. Yo tengo mucho insomnio. He experimentado muchas crisis de pánico, donde siento que me voy a morir, sensaciones de ahogo, hormigueo en las manos... La situación en mi casa es poco común, no es una casa normal, aquí no se puede hacer nada. Ver a mi vieja agobiada, la situación de mi hermano... Yo también estoy súper agotado emocional y físicamente. Un tiempo estuve con muchas crisis de pánico, todos días prácticamente. Es una sensación muy desagradable. Ha sido muy cansador el tema del insomnio.

Cristóbal ha acudido a diferentes medidas de escape para sobrellevar todo lo que estaba sucediendo, y el deporte fue uno de ellos. Cuando se permitió salir de las casas, aprovechó todo momento “libre” para despejarse y ejercitar su cuerpo... no obstante, siempre supo que más que ejercicio físico, él buscaba poder descansar su mente. El deporte y el aire libre no fueron suficientes. Para canalizar la crisis que estaban viviendo, necesitaba acudir a otras herramientas. Cristóbal visitó psicólogos y psiquiatras, quienes luego de un largo seguimiento, decidieron recetar diversos medicamentos para controlar su estado anímico.

– Me dieron tratamiento con estabilizador de emociones y Clotiazepam como SOS para las crisis de pánico.

Para esta familia, la pandemia fue un giro en su vida. Además de tener tres personas totalmente dependientes, la cuarentena incrementó todo síntoma,

El bienestar subjetivo de cada uno

“Yo creo que la pandemia nos ayudó a evidenciar mucho cuanto falta priorizar y mejorar la salud mental en Chile”, argumenta María José Ubillo, psicóloga clínica de la Universidad Católica de Antofagasta.

Según la profesional, “la atención de salud mental es algo que no puede esperar y que no se debe minimizar frente a la atención médica general”.

Si esto es necesario en todo momento, en plena pandemia “lo es más aún. En estas circunstancias donde el miedo y la incertidumbre se convirtieron dificultades del día a día para las personas”.

Explica Ubillo que “la salud mental tiene que ser vista no solo como ausencia de la enfermedad, sino también como el bienestar subjetivo de cada uno de nosotros con nuestro proyecto de vida”.

patología o desorden mental que pudiesen haber tenido previamente. El virus continúa, el miedo aumenta, pero ni Cristóbal ni su madre se darán por vencidos. Cada segundo, minuto y hora, lucharán para que esta familia no caiga en el oscuro hoyo que la pandemia ha provocado en muchos otros hogares.

Hibernación inducida

La pérdida de un hijo puede transformarse en un huracán de emociones, pero dentro de cuatro paredes cualquier tornado puede convertirse en la peor catástrofe que pueda experimentar un ser humano.

– El 19 de junio me ingerí 36 pastillas, entre Clonazepam y Cefradina.

Así comienza a relatar sus vivencias, en medio de la pandemia, Shirley Urquieta, profesora de matemáticas de 38 años del extremo norte de Chile, Arica.

Leucemia fue la palabra que marcó un antes y un después en la vida de esta docente de enseñanza media del liceo A-5 y en la de su hijo, a quien, hace tres años, el cáncer le arrebató la adolescencia y el resto de la vida que soñaba tener por delante.

Alejandro Torres fue diagnosticado con un cáncer a los 14 años, uno de los más agresivos, que tiene un 20% de probabilidad de vida. Tras dos años de intenso

tratamiento, el 26 de junio de 2017 fue dado de alta. En ese momento, todo parecía tener sabor a alegría y triunfo, hasta que exactamente 22 días después recayó. Sin darle tregua, esta maliciosa enfermedad se apoderó de todo su cuerpo, arrebatándole la vida el 12 de agosto del mismo año.

– Luego de recaer, mi hijo me dijo “no más”. Él me dijo “mamá, ¿sabes qué?... Yo no voy a seguir luchando, ya no quiero más”. Eso fue un miércoles y las doctoras llamaron al día siguiente diciendo que ya no había más que hacer, que mi hijo iba a morir. Dos días después mi hijo murió.

Esos diálogos e imágenes fueron enterrados de a poco por la rutina y el tumulto del trabajo. La compañía, actividades y los ruidos cotidianos fueron camuflando la pena, el dolor y un complejo luto. Después de un tiempo, comenzó a parecer el recuerdo distante de un mal sueño. Con el paso de los años, esta remembranza se fue haciendo cada vez más lejana, al igual que los momentos para pensar en ella. Hasta que un día todos fueron forzados a compartir sus miedos, traumas y desórdenes interiores: llegó el coronavirus.

Alejandro era un fanático de la cocina y las películas. Le gustaban los tallarines con salsa, las empanadas y las cazuelas. Era un excelente deportista. Jugaba básquetbol, vóleibol y le gustaba bajar del Morro de Arica en bicicleta. Uno de sus mayores atributos era el amor incondicional que sentía por la gente, su carisma, el excelente carácter que tenía, incluso en medio de su enfermedad.

– A veces fui tan estúpida en protegerlo tanto. En ocasiones me arrepiento de haberlo protegido mucho para que no le pasara nada, y al final, le pasó igual. Uno trata de ser una súper mamá y nada, no soy súper mamá.

Y nadie lo es. Ninguna persona está preparada para la pérdida de un hijo, ni tampoco para lo que viene después. Muchas suelen evitar sus penas con trabajo y ocupaciones, pero al momento de quedar atrapados en las mismas paredes de recuerdos felices que hoy son dolorosos, no existe ni un superhéroe que no le afecte.

– Él habló con una psiquiatra y un psicólogo, que al salir me dijo que lo único que le importaba a mi hijo era que yo y su hermana estuviésemos bien; me pidieron que le diera la tranquilidad que necesitaba. Hablaron con él sobre la muerte y me dijeron que hablara con él sobre eso también. Sobre lo que

quería y esas cosas. No fui capaz. Entré, lo miré, se puso a llorar y lo abracé. No había por qué hablar tonteras si sabíamos lo que estaba pasando.

Así fue el desenlace de la historia de Alejandro, quien hoy acompaña a su madre en todo lugar. Lo lleva a sus viajes y lo tiene permanentemente en su casa. El joven tiene su lugar; un ánfora en un mueble que Shirley confeccionó, con sus fotos y recuerdos. Esta le trae tranquilidad, y le hace sentir su cercanía. – Sí, me da mucha tranquilidad. Siento como si estuviera cerca. Antes de que lo cremaran me llamaron para que viéramos que él estaba entrando al horno. Fuimos con el papá y lo vimos por última vez. Lo tocamos, lo abrazamos, mi hijo estaba precioso. Todavía no estaba rígido y su cara era preciosa. Era como que estaba durmiendo.

Shirley y su hija menor de 11 años, Katrina, enfrentaron la vida con resiliencia y evadiendo el doloroso acontecimiento que las marcó. Continuaron una rutina normal, postergaron –sin advertirlo– un luto que era necesario vivir. Se mantuvieron ocupadas con actividades, viajes, colegio, trabajo, responsabilidades, hasta que llegó el día en que todos se confinaron y solo tenían una opción: enfrentar el acontecimiento más duro; asumir que Alejandro ya no estaba. Eso dolía, angustiaba y desgarraba.

Llega el momento del luto, pero no uno cualquiera, sino que uno inducido por el encierro. Tal y como la noticia de que un familiar fue contagiado gravemente por el virus, un sentimiento repentino atacó a Shirley. Súbito, pero que se venía gestando y acumulando con el tiempo. Antes de la pandemia, ir a un trabajo que partía a las siete y media de la mañana y que terminaba a las seis de la tarde, ayudaba a tener la cabeza en otra parte, a pesar de volver a la misma casa en donde vivía él. Sin embargo, todo cambió. Los fines de semanas copados de actividades ya no estaban, el panorama de los sábados y domingos pasó a llamarse cuarentena. El poco tiempo para pensar en la ausencia creció exponencialmente... y la pena igual. Surgieron las preguntas: qué se pudo hacer distinto, qué se dijo y qué no. En dónde estará Alejandro ahora... un laberinto agobiante.

– Su sufrimiento, siento que no se lo merecía. No se merecía quedar inválido ni con doce máquinas conectadas. No merecía sentir que se estaba muriendo

y no poder hacer nada, él amaba su vida. Él era feliz, se enojaba a veces con sus juegos estúpidos de Internet y yo le decía que era para pasarla bien y de ahí se ponía a reír. Hasta ahí llegaba el enojo. Amaba a toda la gente y encontraba todas las cosas buenas en ellos. Podía ver a la persona más mala del mundo en frente y le encontraba algo bueno. No es justo lo que pasó y eso me da lata.

El 19 de junio todo se tornó oscuro. Shirley quería desaparecer por un rato del mundo. Estaba agotada de tanta tristeza en medio del encierro. Ya no daba más. Decidió ingerir 36 pastillas, entre Clonazepam y Sertralina. Fue exactamente ese acontecimiento el que abrió un nuevo umbral de dolor, pero esta vez asumiendo y enfrentando un duelo tardío, acompañada de especialistas y su familia.

Los psiquiatras y psicólogos le explicaron que es su forma de enfrentar el dolor en medio de tanta soledad y desesperación. Hay cosas que duelen tanto que la única manera que puedes salir de ahí es desapareciendo por un momento. Shirley recalca una y otra vez que no se trata de querer suicidarse, ni mucho menos. Tiene una hija a la que jamás abandonaría. El extender una siesta lo suficiente para olvidar y dejar un poco de lado el pensar, siempre es tentador en situaciones así. El querer dejar y olvidar el dolor no es un camino fácil, y parece que solo el tiempo puede ayudar a disminuirlo.

La salud mental siempre queda afectada, pero algunas personas como Shirley creen que las cosas, a veces, pasan por algo.

– Lo que pasó ahora último sí, o sea igual lo necesitaba, tenía que llegar. Yo igual conversé con amigos y hablamos de que si no me pasaba ahora, iba a ser peor después. Ahora que una está en un tratamiento, las cosas se van a arreglar. Bueno y yo también estoy poniendo de mi parte, no saco nada con estar en un tratamiento si no pongo de mi parte...

La profesora de enseñanza media está convencida de que a veces es necesario tocar fondo para poder sanar y volver a nacer. Después del incidente de sobredosis de pastillas que tuvo en pleno confinamiento, Shirley asegura estar renaciendo. Pese a que el proceso y las consecuencias emocionales fueron tardías, aún cree estar a tiempo.

Así mismo se lo plantea su psiquiatra, quien la incentiva a no perder la esperanza.

Shirley arrastra una depresión endógena por varios años, por lo que su escape siempre fue evadirla. La pérdida de su hijo ha incrementado sustancialmente este cuadro y evitarla se transformó en la tarea más difícil de su vida.

Farmacología para salud mental en tiempos de COVID-19

¿Cómo apaciguar el malestar de la mente?

Un medicamento está para cumplir una función buena, regular, pero el paciente puede hacer mal uso de eso y nadie está controlando esto, sostiene Daniela Saralegui, psicóloga clínica de la Universidad del Desarrollo (UDD).

Explica que, en algunos casos, como el paciente no tiene que funcionar, nadie sabe de él aunque tenga trabajos que hacer, como escribir informes, revisar planillas Excel y conectarse una vez a la semana... Nadie sabe de esa persona.

También está el caso de pacientes con alguna adicción. "De hecho, hay ciertos medicamentos que no se les puede dar, porque generan adicción, entonces hay que cambiarlos. Hay que tener mucho cuidado, a veces hay que tratar de compensar y asumir una pérdida, pensar que es mejor que tenga un poco de esta sintomatología a darle este medicamento, porque al final será peor. En eso es más peligroso estar en pandemia y el uso de medicamentos debiera ser regulado", plantea Saralegui.

Enfermedad	Síntomas	Tratamientos
Estrés postraumático	Recuerdos intrusivos. Evasión. Cambios negativos en el pensamiento y/o estados de ánimo. Cambios en reacciones física o emocionales.	Trabajo junto a un especialista de manera constante y periódica (idealmente un psicólogo o psiquiatra).
Ansiedad	Nerviosismo, agitación o tensión. Sensación de peligro inminente, pánico o catástrofe. Aumento del ritmo cardíaco y respiración. Sudoración, temblores o cansancio. Problemas para concentrarse. Problemas para dormir. Problemas gastrointestinales. Evasión de situaciones de ansiedad.	Trabajo junto a un especialista de manera constante y periódica (idealmente un psicólogo o psiquiatra).
Depresión	Sentimiento de tristeza, enojo. Pérdida de interés y placer. Insomnio o dormir mucho. Falta de apetito y energía. Sentirse inútil o culpable. Pensamientos más recurrentes sobre la muerte. Problemas físicos inexplicables (dolor de espalda).	Trabajo junto a un especialista de manera constante y periódica (idealmente un psicólogo o psiquiatra).
Aumento de agresividad	Ira, irritabilidad y más energía. Pensamientos acelerados. Hormigueos, palpitaciones o temblores. Opresión en el pecho.	Solo existe prevención, pero siempre se recomienda un trabajo junto a un especialista.
Trastornos derivados de fobias u obsesiones	Temor recurrente respecto a algo o alguien específico.	Si existe una alteración grande en la vida del paciente se recomienda ser tratado junto a un experto.

Fuente: Elaboración propia con información de Clínica Mayo.

CAPÍTULO 18.

La doble amenaza: virus afuera, golpes adentro

MAURICIO LATRILLE
BRIAN MIRANDA
FRANCISCA MOYA
JOSEFINA PIDDO

“ Dame un segundo, déjame cerrar la puerta”.

La habitación de Rocío –a quien llamaremos así para conservar su anonimato– era completamente blanca. Sin embargo, la luz dorada de la pequeña lámpara en su velador, iluminaba las paredes, que iban adquiriendo un color crema y llenando el pequeño espacio de unos diez metros cuadrados, de calidez. Su cama, sobre la cual reposaban unos cuantos peluches y una manta mullida del mismo tono ario, adquiriría también un halo cándido y acogedor, casi como si comunicara que dentro de ese lugar no había ningún dolor o daño.

Pero esa luz no alivianaba la oscuridad de su relato.

La dueña del cuarto no difería mucho de su ambiente: un par de ojos grandes llenos de tristeza acompañaban el ritmo de sus palabras. Su cabello rubio, liso y ordenado estaba peinado con precisión en un moño perfecto hacia atrás. Su voz nunca se quebró, mantuvo –casi siempre– el semblante en alto y una cadencia pausada.

– La persona de la que quiero hablarte es mi hermana mayor. Esta es su historia. Así comenzó a contar los detalles: ambos se conocieron alrededor de los 13 años. Él vivía en Santiago, ella en Viña del Mar. Se separaron después. Cada uno en su lugar y no se vieron más hasta los 18, cuando él vino a buscarla.

– Todo muy fantástico, la historia es muy bonita desde afuera. Ahora tienen 35, han sido la única pareja que ambos han tenido, tienen un hijo de por medio.

– ¿Cuándo fue la primera vez que supiste que tu hermana sufría de violencia?

Rocío, quien hasta entonces se mantenía calmada, elevó las comisuras de su boca en una media sonrisa melancólica.

– Hace, no sé, cuatro años. Estábamos en el cumpleaños de mi hermana chica en un *paintball* y llegó mi hermana grande con su pareja. Y bueno, ella siempre ha sido como de maquillarse harto, pero llevaba más maquillaje, con mucho estuco, se le notaba que tenía el ojo morado. Desde ahí yo sabía que era violento y que él responde de una forma más agresiva si es que está con alcohol en el cuerpo.

Así, a través de una llamada por Zoom, Rocío explicó los episodios cíclicos de violencia que vivía su pariente. Cómo en distintas ocasiones la había llamado

desesperada para que la salvara de morir, cómo habían hecho una denuncia a Carabineros sin ningún resultado y cómo hoy, con la pandemia, ella siente que es la única luchando por el bienestar de su hermana, pues su familia ha normalizado la situación: “Espero que el día que la maten, nadie esté llorando, porque la responsabilidad recae en todos ellos. De verdad no le toman el peso a la situación. Yo tengo miedo y agradezco que mi hermana no esté en la portada del diario o en titulares de noticias, porque ese es el único final que estoy viendo”.

Violencia en pandemia

Una de cada tres mujeres reconoce haber vivido algún tipo de violencia en el contexto de pandemia, según un estudio de la Corporación MILES Chile en colaboración con el Centro de Estudio de la Mujer. De ellas, un 89% sufrió violencia psicológica que se tradujo en descalificaciones, humillaciones y malos tratos. Un 13,5% reconoce violencia económica y por expresión de género.

Asimismo, el 80% de las mujeres encuestadas se vio dificultada para tomar decisiones económicas con autonomía, y un 5,5% fueron víctimas de violencia sexual. La encuesta también da cuenta de que un 57% de las mujeres prefirió mantener silencio durante una pelea.

El miedo de Rocío no es infundado, pues en Chile, entre enero y diciembre de 2020, el Ministerio de la Mujer y la Equidad de Género (Mimeg) registró 39 asesinatos consumados y 147 frustrados. Desde la Red Chilena contra la Violencia hacia las Mujeres, las cifras son peores: 53 casos efectivos, 14 más que la institución gubernamental. La palabra femicidio es utilizada para referirse a este tipo de crímenes, cuyo autor es o ha sido su esposo, conviviente, pareja sin convivencia, padre de sus hijos o por “razón de género”.

Según la seremi de la Mujer y Equidad de Género de la región de Valparaíso, Valentina Stagno, una de las consecuencias de la pandemia es que este tipo de situaciones sufrió un aumento considerable, porque “lo que hace la crisis sanitaria es agudizar las relaciones asimétricas de poder y se reducen las posibilidades de interrupción de estos episodios, porque se minimizan los

canales de atención”.

El 19 de marzo de 2020, la titular subrogante del Ministerio de la Mujer y Equidad de Género (Mimeg) de ese entonces, Carolina Cuevas (Isabel Plá renunció el 13 de marzo), se reunió con las jefaturas de la División Jurídica y el Departamento de Reformas Legales, además de los representantes de otras instituciones en busca de una solución. El 1 de abril se elaboró un plan de contingencia para la implementación y reforzamiento de las entidades dependientes del Sernameg, como la continuidad en la atención de los Centros de la Mujer, Centros de Violencia Sexual, las casas de acogida y el refuerzo del Fono 1455, además de estudiar una novedosa iniciativa europea: la “Mascarilla-19”.

Mascarilla- 19 “chilensis”

El camino duró aproximadamente unos veinte minutos, pero cada segundo se hizo eterno. Tras una pequeña parada en el supermercado Santa Isabel, ubicado en calle Quillota, un poco de cansancio provocado por acarrear el peso de los víveres hacia la maletera del auto y el transcurso de cinco minutos desde el local de suministros alimenticios a la farmacia de Avenida Libertad, junto a mi acompañante, nos estacionamos frente a las puertas metálicas de la Cruz Verde.

El primer pensamiento que vino a la mente al observar las luces blancas provenientes del establecimiento fue el tiempo: tras las puertas cristalinas de vidrio templado se extendía una fila de tres personas con mascarilla esperando su turno para ser atendidas. Dos de ellas mujeres; un hombre.

¿Cuánto dura la ventana de oportunidad de una mujer buscando denunciar abuso? (si es que tiene la oportunidad), ¿Una hora?, ¿Media?, ¿Unos cuantos minutos? Quizás simplemente basta calcular el tiempo exacto para que su agresor no note ni sospeche su ausencia, tal vez ni eso sea suficiente.

Sin embargo, lentamente la fila empezó a moverse y los clientes, uno por uno, entraron al local. Me pidieron el permiso que había sacado hace más o menos una hora en la Comisaría Virtual para circular en cuarentena, me tomaron la temperatura y pusieron alcohol gel en mis manos.

Si uno no presta atención a los detalles del lugar, nada podría indicarle a los

clientes que vivimos tiempos excepcionales: los productos de limpieza y aseo personal seguían estando medianamente ordenados en las repisas de acero blancas, las barras de proteína exageradamente caras se mantenían frente a las cajas y los distintivos trozos de papel numerados marcaban el mismo orden de atención predeterminada. Mi turno era el 44.

Unos pequeños globos desinflados y decadentes acompañados de guirnaldas blancas, azules y rojas, colgaban del techo cuando me llamaron. Nos acercábamos a principios de octubre, pero estos adornos seguían recordando las celebraciones patrias pasadas, casi como si se esperase que marchitaran lentamente con la festividad misma.

La ansiedad fue subiendo considerablemente al acercarme al mostrador. Un farmacéutico, hombre, me esperaba sereno mientras rápidamente desenfundaba mi billetera y caminaba a paso corto.

– ¿En qué le puedo ayudar?

No me atreví a mirarlo a los ojos. En vez de eso, traté de desviar un poco la mirada hacia los productos a su espalda

– **¿Tiene... Blistex?**

– Sí, claro, ¿Algo más?

– **Sí, algo más. Necesito una mascarilla. Una mascarilla I9.**

Con una creciente ola de casos de Covid-19 en Europa, en marzo de 2020, las Islas Canarias españolas fueron los pioneros de una nueva forma para alertar sobre situaciones de violencia hacia las mujeres: la mascarilla I9. La autoridad regional presentó un plan junto a sus dos colegios farmacéuticos, ya que el aislamiento obligatorio y la prohibición de la libre circulación aumentaron exponencialmente el peligro para las víctimas de agresión.

“Se trata de un reto colectivo para contener la curva del coronavirus sin disparar la violencia de género”, aseveró el 30 de marzo al Portal Milenio la directora del Instituto Canario Igualdad y propulsora de la campaña “Mascarilla-I9”, Kika Fumero, quien resaltó posteriormente la gran preocupación que ha generado el confinamiento entre los profesionales, ya que suponía, o bien la convivencia 24 horas con el agresor o la oportunidad de ser agredidas sexualmente en la calle con mayor facilidad.

Campaña internacional

El 31 de agosto de 2020 se realizó un encuentro internacional con la directora del Instituto Canario Igualdad, Kika Fumero, propulsora de la campaña “Mascarilla-19”. Los países participantes fueron Chile, Argentina y Colombia. En aquella reunión se dieron a conocer los siguientes datos: se adhirieron 16.000 farmacias españolas (770 en Canarias), 1.900 chilenas, 12.000 argentinas y 50 del municipio de Popoyán, en Colombia.



Fuente: www.portalfarma.com

En abril, antes de cualquier avance respecto de la implementación de esta nueva vía de denuncia, los medios nacionales hablaban ya sobre el plan que el Ministerio de la Mujer y Equidad de Género buscaba impulsar en Chile. La subsecretaria —en ese momento ministra interina— Cuevas, comentó que se estaban asesorando con autoridades del Ministerio de la Igualdad de España para conocer más antecedentes sobre el plan “Mascarilla 19” con el fin de aplicarlo en territorio nacional.

Con una cobertura generosa por parte de la prensa, el inicio de la campaña en Chile fue presentada el 25 de abril por el Mimed. La iniciativa, explicada por Cuevas, fue calificada por noticieros como “la clave para denunciar la violencia de género”. De esta forma, la medida, acompañada del fono ayuda y mensajería de texto, aseguraba un acompañamiento en el proceso de denuncia. Por su parte, el subgerente de sucursales de la zona poniente de Santiago de Cruz Verde, Raúl Aliaga destacó que “todas nuestras farmacias saben el protocolo y se han atendido casos de éxito”.

La palabra clave representaba una coordinación por parte de farmacéuticos preparados, el ministerio y servicios de ayuda como números telefónicos, centros de la mujer y Carabineros, además de un seguimiento al solicitar los datos personales de la persona denunciante.

Según el Ministerio de la Mujer y Equidad de Género, la iniciativa contó con la participación de más de tres mil farmacias a lo largo del país, incluidas dos de las principales cadenas como Cruz Verde y Salcobrand. Además, obtuvo la participación de locales municipales y más de 1.500 independientes.

El 15 de mayo del 2020, Ciper realizó un balance de “Mascarilla 19”. En dicho seguimiento, se esperaban resultados alentadores. Sin embargo, la realidad fue otra. En Chile, 50 mujeres dijeron la palabra clave, pero solo 11 de ellas realmente necesitaban ayuda, las otras 39 querían comprar un barbijo. Además, según el mismo medio, diversas organizaciones feministas fueron a distintas farmacias de cadenas –como Ahumada, Salcobrand y Cruz Verde– a pedirla y la respuesta habitual fue “no nos quedan”.

Desde el anuncio de esta iniciativa, hubo distintos grupos de mujeres que criticaron su efectividad, catalogándola como una “solución parche”. Es el caso de la abogada y miembro de la coordinación nacional de la Red Chilena Contra la Violencia hacia las Mujeres, Lorena Astudillo, quien determinó que todas estas medidas terminan en exactamente lo mismo.

“Las únicas políticas públicas que ellos hicieron fue Mascarilla 19, que es una copia de España y Whatsapp mujer. Están estas medidas que son de orientación, de decirle a la mujer ‘mire usted puede hacer esto y esto otro’, pero en casos extremos todas terminan en exactamente lo mismo, llamar a los Carabineros

para hacer la denuncia”, aseguró la representante.

Silvana del Valle, integrante de la coordinación nacional de la misma organización y directora de la Escuela de Derecho de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano, comentó el 27 de mayo para el diario de la Universidad de Chile que la Mascarilla 19 tiene falencias por donde se le mire.

“No revisa el problema de la violencia contra la mujer como lo que realmente es: un problema estructural, que está en la base de la sociedad y que, además, es continuo a lo largo de la vida de las mujeres. Esto afecta no solo a adultas en situaciones de pareja, sino que también a niñas, jóvenes, tercera edad en una diversidad de relaciones (...) una medida como esta, claramente, no va a abarcar situaciones como aquellas”, dijo la especialista.

A seis meses de su implementación, las cifras actualizadas del ministerio indicaban que 63 mujeres denunciaron por medio de la palabra clave. De estas, 16 ocurrieron en abril, 14 en mayo, 15 en junio, 8 en julio, 6 en agosto, 6 en septiembre y solo 4 en octubre.

Poco a poco, los medios de comunicación también perdieron interés en hacerle seguimiento al proyecto y su desarrollo, pues las últimas –escasas– notas y reportajes sobre el tema son de agosto. De esta manera, a pesar de los esfuerzos por posicionar la “Mascarilla 19” en Chile, al igual que la disminución de quienes utilizaron dicho código, la campaña fue perdiendo fuerza a los pocos meses de ser lanzada. Ya para mediados de año, con la misma rapidez con que surgió, desapareció.

El plástico que me separaba del farmacéutico al otro lado del mostrador en el que me encontraba se fue engrosando poco a poco. Pasó de ser una fina capa transparente a sentirse como concreto puro con cada palabra que salió de su boca en respuesta a mi pregunta:

– La mascarilla 19 cuesta 4.990 pesos, pero están agotadas.

“Nunca una denuncia”

Otra de las herramientas que presenta el ministerio para ir en ayuda de las víctimas de violencia son el Fono 1455 y Whatsapp Mujer, las que están a cargo del Servicio Nacional de la Mujer y Equidad de Género (SernamEG). Su función es orientar y acompañar a quienes estén pasando por situaciones complejas. El equipo multidisciplinario que toma sus casos está constituido por psicólogas, trabajadoras sociales y abogados que las acompañarán en el proceso. Entre marzo y octubre del 2020 el servicio recibió 96.127 llamados a su número de ayuda, lo que —en comparación con el año anterior— reflejaba un aumento de 183,6%. El mes más alto fue septiembre, con un total de 14.746 contactos, lo que corresponde a una variación de 266%.

Según detalla Stagno, con el inicio de la pandemia, se elaboró rápidamente y de manera oportuna un plan de contingencia para facilitar vías de atención y orientación: “Nos preocupamos de establecer canales como el Fono 1455, que es un medio para informar y orientar. Empezamos a recibir muchísimos llamados, fueron número altos. Luego, para descongestionar y habilitar un canal de denuncia silencioso, se activó WhatsApp Mujer, una herramienta súper potente para las sobrevivientes de violencia”, precisó.

Fuentes del Centro de la Mujer de Los Andes, comentan que producto del confinamiento, más víctimas han utilizado el número de atención del Mimeg, ya que en muchos casos es la única forma de buscar ayuda y orientación: “Esta línea ofrece a cualquier mujer, en todo horario, llamar y habrá un equipo que las atenderá dependiendo de la necesidad específica de cada una. Hay algunas que necesitan capacitación, otras por situaciones de violencia, etc.”.

Los otros canales ofrecidos por la entidad, Whatsapp Mujer y chat web, alcanzaron entre abril y octubre un total de 18.625 y 5.417 mensajes respectivamente. Ante esto, el vocero de Gobierno y exdiputado UDI, Jaime Bellolio, afirma que esta iniciativa es muy importante para los tiempos que se viven ya que “la violencia se ha visibilizado, por ejemplo, en la cantidad de consultas que recibe diariamente este medio (...) y este fono ayuda va en esa dirección”.

– **¿Quieres empezar a hablar tú o quieres que te haga preguntas?**

– Prefiero que partas haciéndome preguntas.

– **¿Qué relación tienes con esta persona?**

– Familiar.

– **¿Hermano? ¿Padre?**

– Padre.

Lucía, quien mantendrá este apodo a lo largo de su relato, utilizó Whatsapp Mujer para idear maneras que le permitieran denunciar a su padre. Al contar su historia, estaba sentada en lo que posiblemente era un escritorio. Sin embargo, los elementos que en su mayoría acaparaban los píxeles de la videollamada eran parte de su rostro: ojos cafés grandes, como aquellos de un venado, rodeados por unos marcos de lentes estilo *vintage* y una pequeña nariz de botón. Una pared blanca y una ventana mediana cubierta por cortinas verdes se hicieron notar en el fondo, pero en comparación a la transparencia de su semblante ambas adquirieron un tono más opaco.

Durante unos 45 minutos habló sobre su padre. De cómo ella y su mamá habían sido víctimas de violencia psicológica por años y hoy, con el contexto sanitario, tratan una vez más de mantener la calma.

“La situación es más que nada algo que se ha dado durante el tiempo. Desde chica siempre estuve acostumbrada a vivir en una casa donde de repente se hacían problemas por casi nada, por detalles. Entonces hasta cierto punto de mi adolescencia aprendí a llevar una vida manejando todas estas cosas, peleas, situaciones agresivas (...) con mi mamá y conmigo, pero más que nada yo hablo como testigo de ella, quien es la primera afectada”.

Tras estar durante algunos años lejos de casa, Lucía volvió a enfrentarse a una realidad que estaba evitando. Saber que su madre había dejado de trabajar por presión de su papá, escuchar nuevamente rondas de insultos a los que ya no estaba acostumbrada y ciclos de violencia constante. Todo eso, en algún punto, colmó su paciencia.

“Yo los estaba escuchando discutir de una manera súper agresiva, con amenazas,

y empecé a grabar la pelea con mi celular –con audio– como pensando “ya, si es que mi mamá en algún momento denuncia o si es que esto se pone peor, tengo evidencia”. En ese momento me pongo a llorar más fuerte que otras veces, más allá de frustración: me di cuenta de que estoy pensando en denunciar a mi padre”.

– ¿Crees que tu mamá vaya a denunciar cuando termine la pandemia?

– No. Pero lo que sí creo es que en algún momento va a ver todas las soluciones que hay, que nosotros le sugerimos (...) el poder salir, irse sola a otro lugar, aunque sea por su cuenta. Quizás en algunos años más podrá tomar esa decisión.

– Pero, ¿por ahora no?

– No, no creo. Ella me dice “estoy tratando de tener plata y de no hacerlo enojar”, ahora está viendo autos y departamentos. Entonces yo creo que en ese camino está la salida, pero no, nunca en una denuncia.

A nivel nacional, pese a que han aumentado exponencialmente los llamados telefónicos, las denuncias efectivas han disminuido y esto tiene una lógica justificación: las víctimas en su mayoría están encerradas con su agresor. Según fuentes del Centro de la Mujer, lo que ha pasado es que en pandemia algunas mujeres no han podido salir de sus casas por temas económicos. Además, la dependencia monetaria hace que muchas dejen sin efecto los procesos de declaraciones porque si estos no son efectivos, es probable que la situación empeore.

Otro factor que se hace presente es que el SernamEG no puede obligarlas a salir de sus casas, por lo que, en algunas situaciones, lo único que pueden hacer es monitorearlas para evitar que tengan nuevos episodios de violencia. Tampoco tienen capacidad de ayudarlas con dinero: “Muchas veces quedamos atados de manos porque si bien necesitan alejarse de su agresor, su situación puede no ser tan grave como para derivarlas a un centro de acogida”, explica una dirigente del Centro de la Mujer de Valparaíso.

Los mensajes de texto que Lucía escribió al Fono Ayuda finalmente sirvieron para tener información y acompañamiento de las funcionarias. A ojos de ella, hizo que su madre se sintiese bien y al menos, viera una posible salida.

Entre la espada y la pared

Los centros de acogida son otra manera que tiene el Servicio Nacional de la Mujer y Equidad de Género para ofrecer un asilo temporal a mujeres que se encuentren en situaciones donde sus vidas corran peligro. Para ello, la Fiscalía tiene que establecer la existencia de un delito más allá de una situación puntual de violencia. Por esto se hace una distinción entre crímenes y sanciones: “Todo lo que sea vulneración física o sexual son delitos, porque se puede constatar lesiones. También cuenta como un crimen la amenaza de muerte, pero lamentablemente las que son psicológicas o económicas sólo tienen sanciones y se ven en el tribunal de familia”, explican desde el Centro de la Mujer.

Además, dice que Carabineros debe llegar, constatar lesiones y luego Fiscalía hace una pauta íntegra de riesgo. Las que estén en peligro grave o vital se derivan a casas de acogida, sobre todo cuando no tienen redes de apoyo. Estos lugares son secretos y por lo general están alejados, para evitar que las víctimas se devuelvan o que el agresor las siga. Por otra parte, se le avisa a la familia lo que está pasando y se las desconecta para evitar cualquier tipo de inconveniente.

Lorena Astudillo explica que en estos sitios tienen que ingeniárselas para poder compartir esos espacios, pero tampoco se les entregan mayores oportunidades o herramientas para poder permanecer en sus viviendas, sacar al agresor, terminar el colegio, acceder a un oficio, estudiar una carrera o algo técnico. “No hay lugares donde una mujer pueda hacer una reeducación, o a volver retomar su autonomía, porque tampoco hay más recursos”, reflexiona. El fiscal Gonzalo Marks advierte que no hay oferta pública para todas las mujeres que corren peligro de muerte. Por ejemplo, no se aceptan adictas a sustancias psicotrópicas, alcohólicas o en situación de calle. Esto, porque existen normas de convivencia para no poner en peligro la integridad del resto de las convivientes en dichos centros. Aun así, asegura que debiese existir alguna otra alternativa para ellas.

Ante esta situación, Valentina Stagno indica que “la evaluación que tenemos con la directora regional del SernamEG sobre los dispositivos es bastante

buena, no solo de los centros de la mujer, sino que también de los refugios temporales, nunca se dejó de atender, fue potente, pudieron abordar todos los casos”.

Desde la Red Chilena contra la Violencia hacia las Mujeres, concluyen que, si bien el Ministerio de la Mujer y Equidad de Género posee canales de orientación como el 1455, Whatsapp Mujer y las casas de acogida, además de iniciativas como Mascarilla-19, finalmente siempre terminan en el mismo punto: Carabineros de Chile, Fiscalía o PDI.

El problema de la legalidad

Actualmente hay dos normativas que pueden ayudar en materia de violencia de género, mas no existe una específica sobre el tema. Por un lado, está la Ley 20.066 de violencia intrafamiliar y por otro, la reciente norma 21.212, también conocida como “Ley Gabriela”. Según la Biblioteca del Congreso Nacional, la primera crea el delito de maltrato reiterado que castiga con cárcel la violencia psíquica y física. También aumenta las sanciones a este tipo de conductas y modifica el Código Penal subiendo en un grado en caso de lesiones causadas por violencia intrafamiliar. Los organismos judiciales que se ocupan de regular esto son los Tribunales de Familia, cuando no se constituya un delito, y el Ministerio Público, cuando sí lo haya.

Desde el Centro de la Mujer, en Valparaíso, aclaran que hay muchas cosas que como institución no pueden hacer, porque la legalidad no se los permite: “Por ejemplo, con respecto a las denuncias, cuando son parejas o pololos estas no pueden ser tratadas, porque solo podemos ayudar a quienes sufren violencia en el contexto de pareja o expareja. Tiene que haber una situación en común de convivencia, hijos o que sean cónyuges”.

Sobre esta legislación, Ximena Díaz, de la Corporación de Familia, aclara que la Ley 20.006 presenta falencias, pues en muchos casos cuesta acreditar o que les crean cuando no hay signos evidentes de violencia: “Además existe un sesgo muy discriminatorio respecto a la mujer que denuncia la violencia intrafamiliar y al menos desde el punto de vista del abogado, habrá siempre una barrera, ya que no creen mucho lo que se denuncia. Entonces hay veces que llegan las

víctimas y te piden las medidas cautelares, pero tú no tienes medios de prueba suficiente para acreditar los hechos y como la Ley actúa *a posteriori* y no antes de, en el fondo deja a muchas realmente desprotegidas”, explica.

En el caso de los tribunales de familia, Díaz comenta que en estos procedimientos se puede lograr un “término del juicio”, cuando el presunto victimario asume su culpabilidad: “Si este reconoce los hechos y además se compromete a no ejercer nuevos actos, el juez puede aprobar lo que se denomina la suspensión condicional de la dictación de la sentencia (...) si luego de un año se ha cumplido con las condiciones, se borran los antecedentes y se dicta una resolución archivando la causa”.

A su vez, Lorena Astudillo agrega que se siguen haciendo legislaciones que acentúan la idea de que las víctimas son heterosexuales, casadas, con marido o que conviven con un hombre y que son madres: “No solamente no existen políticas públicas preventivas, educativas y reparatorias, sino que además, se asume un modelo instaurado que es familista, por lo tanto se sitúa la violencia en un ámbito intrafamiliar y esto —más allá de solamente parecer que hay un desconocimiento o no querer reconocer la violencia hacia ellas— tiene una ideología detrás”.

La Ley Gabriela, publicada el 2 de marzo del 2020, es la única instancia en donde se castiga la violencia en una relación de pareja informal, pero solo en caso de asesinato. Esta amplía el concepto de femicidio incluyendo pololeos u otras relaciones de pareja en el marco de acabar con la vida de una mujer, sin haber convivido con el autor del delito. Se establecen penas que van desde el presidio mayor en su grado máximo a presidio perpetuo calificado, es decir, de 15 años y un día a 40 años.

El problema de dicha normativa es que solo estipula el asesinato de la pareja y no otros tipos de violencia. Es por esto que el 29 de mayo de 2020 fue presentado el proyecto que busca modificar el Código Penal, con el objeto de agravar la pena aplicable al delito de lesiones en el caso de que el autor de estas sea una persona con quien la víctima tiene o ha tenido una relación de pareja, sin existir convivencia de por medio.

Según la “Encuesta Nacional Bicentenario 2012, el 56% de los jóvenes mayores

de edad no considera delito o como un acto constitutivo de maltrato el abofetear a su pareja por “coquetear” con otro hombre. Igualmente se señala en la VII Encuesta Nacional de la Juventud del 2013, que un 13% de los encuestados reconoció haber empujado, zamarreado o golpeado en alguna oportunidad a su pareja”.

En el marco de la pandemia, el Ministerio Público dio a conocer los criterios generales para determinar cómo operará el organismo durante la prolongación de la crisis sanitaria. El 18 de marzo de 2020, la Fiscalía habilitó un canal de denuncia *online* para minimizar las probabilidades de contagio. Según las medidas dadas a conocer por el fiscal nacional, Jorge Abbott, la recepción presencial en todas las oficinas de atención a lo largo de Chile, se ha limitado al mínimo posible, dando prioridad solo a aquellos casos de máxima urgencia. Se dará prioridad a los casos de víctimas de violencia intrafamiliar u otros que pudieran requerir, por ejemplo, la dictación de una medida cautelar que le brinde seguridad a la víctima del delito. Para estos efectos, se dispuso de un formulario de denuncia en el sitio web del organismo, para ser completado y enviado a través de correo electrónico.

Desde la Red Chilena, aseguran que, a nivel institucional, son escasas las políticas públicas que están dirigidas a la prevención, reparación y erradicación de la agresión hacia mujeres, pues “tienden a centrarse en sancionar las manifestaciones más explícitas, a partir de leyes que no hacen más que fragmentar la comprensión del problema. La Ley 20.066 (VIF) es, desde 1994 hasta la fecha, la única herramienta jurídica de la que disponen para denunciar a sus agresores; centrándose meramente en el ámbito familiar e invisibilizando que somos mayormente las víctimas de estos delitos”.

La nueva ministra de la Mujer y Equidad de Género, Mónica Zalaquett, quien asumió el 9 de junio del 2020 en reemplazo de Macarena Santelices (ella estuvo 34 días en el cargo y debió renunciar), comenta que una de las medidas para solventar el problema de vacíos legales que actualmente existen es el proyecto de Ley Integral, que entrega mayores atribuciones al Ejecutivo y permite la coordinación entre las distintas instituciones involucradas. Además, asegura que “esta legislación es un avance muy importante para generar

las condiciones que permitan a las mujeres en Chile vivir una vida libre de violencia”. Sin embargo, la iniciativa se mantiene paralizada desde hace tres años en el Congreso y durante el 2020, el gobierno de Sebastián Piñera ha ampliado el plazo de suma urgencia –que le confiere un máximo de 15 días para ser despachada– 21 veces.

“Tienes que llegar ensangrentada para que te crean”

“Cuando él me insultaba yo le respondía, ahí empezó a cachetearme. A los combos me hacía callar y después me hacía responsable a mí”.

+549. El código telefónico se mostró unos diez segundos antes de atender el teléfono. Johana Farías llamaba desde Mendoza, su ciudad natal, para compartir su historia. Para explicar cómo, durante seis años había sido víctima de abusos y golpes por parte de su ex y cómo hoy, con el coronavirus a cuestas, viajaba de vuelta a Santiago a denunciarlo.

“No sabes el miedo que tengo. Nunca tuve tanto miedo como ahora. Estoy tratando de sacarlo por avión, porque si yo me voy por bus lo conocen todos y a mí también. Son diez años que he estado con él, todo el mundo me conoce. Entonces alguien que me vean en el bus o bajándome en el terminal le van a decir “está en Chile””, cuenta preocupada.

Johanna y Rolo –su expareja– comenzaron a salir en 2010. Lo conocía de antes, pero no mucho. Ese mismo año concibieron a su primer hijo. Poco después tuvo sus primeros moretones.

– ¿Qué fue lo que hiciste tú en ese momento?

– Me quedaba callada. Me quedaba muy callada, siempre baja la cabeza y decía que era culpa mía. Como él me hacía creer eso, era culpa mía.

Las rondas de golpes y disculpas duraron por años hasta que un día Johanna quiso denunciar, primero en Mendoza y luego en Chile. Ambas con decepcionantes resultados.

–Yo lo denuncié antes de venirme para las vacaciones. Yo denuncié porque le pega a mi hijo mayor, eso nunca lo había permitido. Entonces cuando le pega a mi hijo mayor me pegó a mí. Cuando me pegó a mí yo fui a Carabineros. Lo denuncié y los carabineros no lo tomaron muy bien.

– **¿Qué te dijeron?**

– Que yo había provocado la situación.

– **¿Recuerdas las palabras exactas que te dijeron?**

– “¿Qué había sucedido?” me preguntaron. Yo le dije que habíamos discutido y él me había levantado la mano y que yo lo quería denunciar. Me dijo el carabiniere que no podía hacer nada porque tenía que haber llamado en el momento, me pegó en la mañana y yo fui en la noche. No me quisieron constatar lesiones.

Frente a esto, Astudillo aclara que llamar a Carabineros para hacer una denuncia implica encontrarse con todo tipo de situaciones. Algunos culpan a las mujeres y les preguntan cosas como: “¿Qué hizo usted?”, “por algo le habrá pegado”, “si usted no tiene pruebas, ¿para qué hará la denuncia?”, “va perder tiempo”, “¿está segura?, porque después se puede arrepentir”. Por otra parte, existe un problema que se ha dado tanto en el pasado estallido social de 2019, como en la pandemia: la falta de personal.

El fiscal Gonzalo Marks comenta que “ahora hay pocos funcionarios en Carabineros, por lo que, si hay un llamado por robo con violencia y otro por violencia intrafamiliar, es muy probable que vayan al primero y que respondan que en el otro caso tiene que ir alguien de familia”.

Esta situación se ve reflejada en las cifras: entre enero y junio del 2020, el Fono Familia 149 de Carabineros, registró un aumento de un 107,7% en llamadas telefónicas relacionadas a temas de violencia de género. En este mismo período, reportó un crecimiento de 105,3% relacionadas a violaciones y 225% por acoso sexual. Pero las denuncias formales disminuyeron en un 13,7%.

Desde el Centro de la Mujer aseguran que esta baja se debe a que muchas de las denuncias que las mujeres hacen en Carabineros quedan en nada, porque no hay lesiones visibles. Ello supondría un riesgo mayor, ya que el marido o pareja terminaría enterándose y podría significar aún más violencia cuando vuelva a casa: “Tienes que llegar golpeada o ensangrentada para que te crean”, confiesa.

Entre abril y septiembre del 2020 (fechas de confinamiento a nivel nacional), Carabineros recibió 47.240 denuncias por violencia intrafamiliar y delitos sexuales, es decir, una disminución de casi un 14,5% respecto al año anterior.

Por otra parte, las detenciones durante esta pandemia fueron 12.535, por lo que solo el 26,5% de las denuncias fueron efectivas y derivaron en la detención de los agresores.

En noviembre del 2020, se publicó el estudio exploratorio de la Red Chilena, donde se mostraron las respuestas de Carabineros frente a denuncias por mujeres que sufrieron violencia. En dicha publicación, denunciaron la negligencia con la que son llevados los procesos judiciales que tienen relación con estos crímenes, asegurando que no existe una formación en materia de género por parte de las policías ni por los operadores de justicia, donde incluso audiencias y sentencias están cargadas de prejuicios machistas.

El mismo informe contó con una encuesta realizada entre junio y septiembre del 2020 a 205 víctimas del país que recurrieron a Carabineros. La edad promedio de las participantes cuando intentaron denunciar o realizaron efectivamente el procedimiento es de 30 años. Del total de encuestadas, un 81% aseguró que su experiencia fue negativa en el proceso con dicha institución; 14% afirmó tener una percepción positiva o neutra y un 4,9% prefirió no incluir el relato de su denuncia.

La seremi Stagno comenta que, si bien existen estos casos donde no han protegido ni amparado a las víctimas, su labor sigue siendo valiosa: “Uno nunca puede generalizar, por cierto, obviamente tenemos relatos de malas acogidas o eventos en los cuales se ha hecho el llamado y Carabineros no ha acudido al lugar de los hechos, como también tenemos experiencias que nos indican que han llegado al lugar, que han acogido la denuncia, incluso que han interrumpido hechos de violencia”.

Por esto, Díaz propone que se debe educar las fuerzas policiales para tratar este tipo de denuncias y ello significa también introducir pautas para todos los uniformados ya que son los que toman las denuncias iniciales. “En lo personal, las mismas opiniones de las usuarias nuestras dicen que Carabineros no es una instancia que a ellas les haya reconfortado o aportado. Finalmente, ellas se han sentido mucho más apoyadas cuando estas denuncias las hacen directamente en la Fiscalía o en el Tribunal de Familia, pero sienten que Carabineros no les ha dado mayor solución”, sentencia.

“Tenía miedo de mi expareja”

“Tardé dos años en denunciar, pues tenía miedo de mi expareja. Lo hice recién debido a que hace poco volvió a intentar tener contacto conmigo. La respuesta de Carabineros fue: ‘¿Y por qué tardó tanto? Bueno, si quería hacer algo, debió hacerlo antes... Bloquéelo, así evita tener contacto con él’” (20 años, comuna de Pedro Aguirre Cerda).

“Recibí respuestas como: ‘¿Para qué se queja si no tiene nada fracturado?’. Finalmente dejé de denunciar (...). Me llevaron a conversar con él para que arregláramos nuestros problemas amorosos. ¡Horrible!” (29 años, comunas de La Reina y Los Domínicos).

Fuente: Estudio exploratorio de la Red Chilena contra la violencia, noviembre de 2020.

Desde la cartera ministerial, Zalaquett explica que “estamos trabajando en fortalecer las unidades de género de las policías, a través de capacitaciones, charlas y talleres. Tanto para carabineros como la PDI, porque sabemos que son ellos los que reciben a las mujeres que denuncian y por tanto deben contar con una formación especial que les permita acoger y no cuestionar a las víctimas que llegan a pedir ayuda y protección”.

Y claramente aquello es necesario. De acuerdo a cifras dadas a conocer al cierre de este reportaje, el Mimeg recibió en su número 1455 un total de 126.064 llamados por violencia hacia la mujer durante 2020, lo que representa un aumento de 148% respecto al 2019. En cuanto el número de Carabineros para denunciar violencia intrafamiliar, el 149, el número de atenciones se incrementó en un 97% en relación al año anterior.

Estas cifras, según las autoridades –como constata el medio electrónico *El Mostrador*–, son el reflejo de las consecuencias de la pandemia y el confinamiento, lo que terminó con 43 femicidios consumados y 150 frustrados durante el año pasado.

#EnRedNosCuidamos

La Red Chilena contra la Violencia en su estudio exploratorio 2020 concluyó que “al parecer, estaríamos descubriendo (o constatando) que aquellas otras instituciones, como el Ministerio de la Mujer y Equidad de Género, Fiscalía y Tribunales de Familia –que debieran por sobre todo velar por la prevención y erradicación de la violencia de género– replican y responden al mismo mandato de masculinidad agresiva”.

Ante lo expuesto, Astudillo aseguró que las agrupaciones feministas fueron las primeras en salir y abordar estos temas para generar espacios solidarios entre mujeres: “Sabemos que al gobierno de turno le costó mucho asumir y visibilizar esto mismo que reflexionamos nosotras. Por lo tanto, lo que hemos sabido es que hay organizaciones que pertenecen a la Red, que empezaron hacer acompañamiento psicológico, jurídico y de contención en todo Chile”.

De esta forma, diversos grupos de la sociedad civil han salido a la palestra al constatar los vacíos y falencias que presentan las instancias gubernamentales. Una de ellas es la campaña virtual #EnRedNosCuidamos, impulsada por organizaciones feministas como la ya mencionada Red Chilena, la Coordinadora Feminista 8M, Red Feminista de Estudiantes y Trabajadoras de la Psicología, Yo Cuido y Corporación La Morada, las que tienen por finalidad difundir información útil y establecer canales de apoyo en diferentes zonas del país.

Paula Jeria, participante del colectivo Olla Revuelta de la Región de Coquimbo -que está articulada con la Red Chilena Contra la Violencia Hacia Las Mujeres y la Red de Feministas Norte- comenta que en casos de emergencia van a buscar a quienes están en peligro y se las llevan a un lugar seguro, “así lo hemos hecho durante la pandemia (...), entendiendo que nosotras no contamos con una casa de acogida”.

Desde el gobierno, Zalaquett explica que estos grupos “han hecho una labor muy importante en visibilizar esta herida abierta que aún tiene Chile (...) lo que estas organizaciones hacen es totalmente complementario a lo que hacemos desde el ministerio”. Por eso, asegura que han hecho un llamado a generar un cambio cultural y condenar los actos de violencia siempre.

Astudillo agrega que “ahora, si bien las feministas nos hemos organizado y apoyado, hay que reconocer que nuestros recursos son escasos, no tenemos la capacidad económica, ni física de poder llegar a todo país y a todas las mujeres, para eso existe el Estado y como hemos visto, no se está haciendo cargo”.

De hecho, estas organizaciones alternativas se han movilizado con el objetivo de subsanar la falta de apoyo gubernamental, sin embargo, no tienen el alcance para ayudar a todas las víctimas. Se mantiene un vacío para aquellas mujeres vulnerables que por un lado no reciben contención ni apoyo público y, por otro, no tienen conocimiento de las instancias de ayuda independiente. También existen malas experiencias en recepción de casos por parte de los organismos estatales y debido a ello, a veces se valen por sí mismas.

El miércoles 4 de noviembre –cuando acordamos juntarnos por primera vez en persona–, doce días después de su llegada a Chile, Johanna Farías sugirió reunirnos afuera del Terminal Alameda, ubicado en Estación Central. El establecimiento donde en ese momento trabajaba su expareja y el mismo lugar que un mes antes le aterraba pisar.

En la avenida Andrés Bello, afuera del recinto, Johanna se encontraba sentada en una banca. Vestía de manera sencilla: zapatillas deportivas, polera lila deslavada, pantalones verde militar y mascarilla del mismo estilo. Su cabello rubio ondulado estaba peinado hacia atrás y no llevaba maquillaje. Traía dos anillos plateados en la mano izquierda, los que manipuló unas cuantas veces entre sus dedos antes de comenzar a hablar.

Para Johanna, llegar a Chile no fue fácil. Uno de sus problemas fue la imposibilidad de viajar en avión, lo que la llevó a trasladarse en bus a Santiago. Quería pasar inadvertida, pero todos la conocían. Como ella preveía, Rolo la contactó para que se juntaran. La llamó varias veces y tras unos cuantos intentos, ella accedió. Se reunieron en un lugar público, acompañada por sus tíos y cerca de una comisaría. Hablaron sobre los malos tratos y el hecho de que nunca le había dado un peso para la manutención de sus hijos. Él la quería recuperar, pero ella se mantuvo firme: “Ahora se ve que tienes control, me dijo”.

Verlo de nuevo le dio pena, nervios y rabia, pero lo despidió con un abrazo. Mirando hacia atrás, ve su relación de forma ambigua, pero aprendió lo importante que es la independencia y autonomía: “Sí se puede vivir sin ellos (los hombres), a veces es más costumbre que cariño y no es necesario estar con alguien por los hijos”, rescató.

Fuera de la mente y los recuerdos de Johanna, todo seguía siendo igual: Los vendedores ambulantes se mantuvieron en la acera, mirando de reojo a sus costados, conscientes de la posible aparición de un carabinero; los pequeños locales de la Alameda siguieron atendiendo con un estandarizado –y en algunos casos dudoso– protocolo sanitario; los transeúntes, cargados con maletas, mantuvieron su paso acelerado en busca del bus correcto, y las ambulancias, con estridencia, siguieron su paso hacia el hospital más cercano. Pero Johanna, aquella mujer argentina de pelo rubio y tez clara, con tres hijos y varios moretones marcados en la piel, resultado del infierno de abuso físico y emocional que vivió por diez años, dejó todo para cambiar su vida y empezar de cero. Ya no era la misma.

“Hoy por hoy, ya no tengo miedo, no le tengo miedo a él”.

HISTORIAS DE COVID



LA COVID-19 HA DEJADO A SU PASO UNA TRÁGICA ESTELA DE MILLONES DE CONTAGIADOS, FALLECIDOS Y AFECTADOS EN TODO EL PLANETA, TANTO POR LA ENFERMEDAD QUE DESENCADENA EL VIRUS, COMO POR LAS MEDIDAS ECONÓMICAS QUE TOMAN LOS PAÍSES PARA AMINORAR SU IMPACTO. LA PANDEMIA HA CAMBIADO EL MUNDO, A CHILE Y A TODOS.

ESTE LIBRO, *HISTORIAS DE COVID*, REPORTEADO Y ESCRITO POR 66 AUTORES, ALUMNOS DE LOS CURSOS DE PERIODISMO AVANZADO, DEL OCTAVO SEMESTRE DE LA CARRERA DE PERIODISMO, EN LA ESCUELA DE COMUNICACIONES Y PERIODISMO DE LA UNIVERSIDAD ADOLFO IBÁÑEZ (UAI), NOS NARRA LAS HISTORIAS DE QUIENES HAN PADECIDO, ESTUDIADO Y LUCHADO CONTRA ESTE VIRUS. APASIONANTE, CONMOVEDOR, TRISTE, PERO TAMBIÉN LUMINOSO Y ESPERANZADOR, PLETÓRICO DE HUMANIDAD EN CADA UNA DE SUS PÁGINAS, EL LIBRO NOS INTERNA EN LA COTIDIANEIDAD, LOS SENTIMIENTOS, LAS REFLEXIONES Y PROCESOS DE SUS PROTAGONISTAS, EN CHILE Y OTROS PAÍSES, Y RELATA LA NOTICIA MÁS IMPORTANTE EN LO QUE VA DE ESTE SIGLO XXI.

EDITADO POR LOS DOCENTES Y PERIODISTAS MANUEL DÉLANO Y KAREN TRAJTEMBERG, *HISTORIAS DE COVID* CONSTITUYE UNA EXPERIENCIA DE APRENDIZAJE INÉDITA DE DOS CURSOS, Y MUY VALIOSA, QUE AHORA ES LLEVADA AL FORMATO DIGITAL PARA DEJAR UN REGISTRO DEL PRIMER AÑO DEL VIRUS, EL AZOTE DE 2020.